EDICIONES POPULARES

DE LOS MEJORES ANTIGUOS Y MODERNOS MAS LEIDOS EN EUROPA, ENRIQUECIDAS CON PROFUSION DE GRABADOS.

BIBLIOTECA UNIVERSAL,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

de D. Angel Fernandez de los Rios.

TOMO II.

CONTIENE LAS OBRAS SIGUIENTES, QUE EN EDICIONES COMUNES FORMAN VEINTE VOLÚMENES:

EL VICARIO DE WAKEFIELD.—UNA HORA MAS TARDE.—EL MURCIÉLAGO ALEVOSO.—LA VIDA ES SUEÑO.—A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA.—CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR.—DON QUIJOTE DE LA MANCHA.—EL BUSCAPIÉ.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
DONACION HIDALGO

MADRID.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION, A CARGO DE G. ALHAMBRA
JACOMETREZO 26.

1851.

EDICIONES POPULARES

DE LOS LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS MAS LEIDOS EN EUROPA, ENRIQUECIDAS CON PROFUSION DE GRABADOS.

BIBLIOTECA UNIVERSAL,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

de D. Angel Fernandez de los Rios.

TOMO II.

CONTIENE LAS OBRAS SIGUIENTES, QUE EN EDICIONES COMUNES FORMAN VEINTE VOLÚMENES:

EL VICARIO DE WAKEFIELD.—UNA HORA MAS TARDE.—EL MURCIÉLAGO ALEVOSO.—LA VIDA ES SUEÑO.—A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA.—CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR.—DON QUIJOTE DE LA MANCHA.—EL BUSCAPIÉ.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
DONACION HIDALGO

MADRID.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION, A CARGO DE G. ALHAMBRA
JACOMETREZO 26.

1851.

R 27555

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

Don Angel Fernandez de los Rios.

ARTE

DE BRILLAR EN LA SOCIEDAD.

El arte de brillar en la sociedad y conducirse en todas las circunstancias de la vida.--Conversacion.---Pureza de lenguaje.---Faltas que deben evitarse.---Usos de la sociedad.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

PREFACIO.

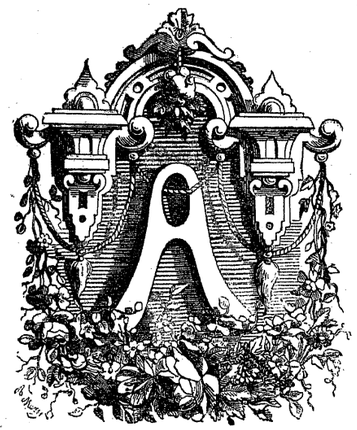
Siendo Lord Chesterfield ministro del rey de Inglaterra, dedicaba parte del tiempo que le dejaban libre sus obligaciones, á escribir para su hijo, niño de siete años, sobre objetos que á la mayor parte de las gentes parecerian pueriles, pero que este hombre de Estado y de mundo consideraba graves y muy importantes. Sus escritos estan llenos de advertencias sobre la manera de entrar en una sala, de sentarse y de salir; sobre la postura que debe tenerse en la mesa, en el teatro, en el paseo, en la iglesia: nada se ha echado allí en olvido, ni aun el modo de sonarse decentemente y sin ruido. Muchos lectores no podrán menos de reirse al leer este último encargo: y sin embargo es necesario reconocer en él la solicitud de un padre que todo lo prevee, que todo lo repara, y que quiere encontrar la perfeccion en el objeto de su ternura. Sin tratar de remitir á nuestros lectores á la *urbanidad pueril y decente*, hemos creido que un libro que contuviese todas las leyes, reglas, máximas y prácticas del arte de agradar, y del modo de portarse en todas las circunstancias de la vida, no seria un libro enteramente inútil, sobre todo en nuestros dias, en que tantas fortunas han sido arruinadas, tantas posiciones destruidas, y en que la confusion de las clases tiende de dia en dia á hacer desaparecer esa finura de modales que en todas ocasiones se gana las simpatías de las gentes. Intentar hacer un tratado completo de las reglas del arte de agradar, tan necesario en todas las situaciones y edades, y no tan frívolos como muchos aparentan creerlo hoy dia, seria sin duda un proyecto necio y ridículo. El modo de hacerse estimable menos, se aprende en los libros que en los salones. Con todo, á falta de preceptos positivos pueden darse algunos consejos escelentes, y que auxilien la inesperiencia de la juventud á su entrada en el mundo. Los tratados de retórica jamás han formado ni formarán por sí solos un hombre elo-

cuente; con todo, esto no ha impedido á Ciceron, á Quintiliano y á tantos otros hombres sabios, componer preciosos trabajos, cuya utilidad no puede menos de ser reconocida. El arte de agradar parece que no requiere, en efecto, mas que el talento natural en la mayor parte de las gentes, ó á lo menos que puedan adquirirlos sin mucho trabajo. La naturaleza, que nos ha criado para la sociedad, nos ha dado á todos la posibilidad de hacernos estimar en ella, aunque no á todos haya concedido talento para lucir; para lo primero es suficiente observar y evitar las faltas que suelen cometerse en el trato, y sacar de este conocimiento máximas que puedan servirnos de regla en nuestra conducta. Así, aunque puede suceder muy bien que hombres de modales finos y distinguidos, de conversacion agradable, interesante y útil, no encuentren nada de nuevo en una obra de esta naturaleza, no por eso debe negarse que pueda servir de mucho á los que, en edad en que todavía se está formando la razon, quieran adelantar en la manera de portarse y de seguir una conversacion, origen de tanto recreo y felicidad. En efecto, hasta cierto punto puede inculcarse este arte, porque si las personas de mas agradable trato y conversacion deben esta ventaja á una infinidad de reflexiones rápidas y agudas que han hecho y están continuamente haciendo sobre el modo de agradar y de evitar los defectos que suelen ofender, reflexiones que muchas veces hacen sin echarlo de ver ellas mismas, pero jamas abandonan; es evidente que, reuniendo esas mismas reflexiones, pueden presentarse á los que nunca las han hecho, proporcionándoles de este modo los medios de evitar las faltas en que suele caerse en sociedad, y los inconvenientes y disgustos que pueden traer consigo.

Tal es la obra que nos hemos propuesto. Tratamos de reunir algunos preceptos en obsequio de las personas que, faltas de guia al introducirse en el mundo, no saben de qué modo presentarse en él convenientemente. En medio de tantas pretensiones arrogantes, ¿no es cosa singular que se haya descuidado la de hacerse estimable? y el no hacer caso de ella, ¿no es en cierto modo renunciar á ella? Hemos sacado los materiales de nuestra obra de las mejores fuentes; nos hemos imbuido en los escritos de nuestros moralistas mas respetados, y en una palabra, nos hemos aprovechado de cuantos libros tratan directa ó indirectamente de la materia. Hemos registrado mas de cien volúmenes; pero los de que hemos tomado trozos citándolos testualmente, ó acomodándolos á nuestras ideas ó á nuestro plan, son principalmente: *El modo de saber vivir en Francia*, por la señora condesa de B...; el *Manual de la buena compañía*, por madama Celnart; el *Tratado de la conversacion*, por Horacio Raisson, y todas las *Enciclopedias*. Nuestro libro, tan nuevo como interesante, ofrece pues el estracto, resúmen y complemento de cuanto hasta ahora se ha escrito sobre el modo de agradar en general y sobre la conversacion en particular. El reverendo Sr. Gannel ha calculado que cada individuo, por un término medio, habla tres horas al cabo del dia, á razon de cien palabras por minuto, ó veinte páginas en octavo por hora, y que á esta cuenta habla cada uno por valor de cuatrocientas páginas por semana y cincuenta y dos tomos al año; cálculo que bien entendido no puede aplicarse á las mujeres. Nos tendriamos por felices si esos cincuenta y dos tomos hablando pudiesen volverse por medio de nuestro diccionario menos fastidiosos y menos molestos para los pobres oyentes. No tenemos pretensiones por cierto de repartir talento al que no lo tiene; porque nuestra única mira es presentar los recursos que pueden ayudarlo, y cuya falta hace que muchas veces un hombre dotado de buenas disposiciones naturales sea confundido con un imbécil idiota. Hemos querido ahorrar á la juventud el hacerse á sí mismo los cargos que se hace un jóven en el *Espectador* de Adisson.

«Soy un jóven que ha vivido largo tiempo encerrado en un colegio. Habia leido mucho y visto muy poco, y no sabía de mundo mas que lo que me habian enseñado mis libros y mis mapas. Habia hecho muchos adelantos en los estudios; las ciencias eran mis delicias; pero me fastidiaba la conversacion. A fuerza de conversar con los muertos, me he hecho casi insoportable á los vivos. En comunicacion desde muchos años con los antiguos, habia concebido una bárbara aversion á los modernos, y cuando tenia precision de hablar, tenia que violentarme mucho, é incomodaba á cuantos me rodeaban. En fin, hiciéronme conocer mis defectos no dirigiéndome jamas la palabra, ni tampoco yo la soltaba á no ser en conversacion que versase sobre libros. El tedio me mataba. En fin, engolféme en el mundo; he buscado las compañías mas escogidas, y espero con la algazara desvanecer el fastidio con que me miraba á mí mismo. Imitando las maneras de las gentes de buen gusto llegué á conocer que hacia lo bastante para hacerme apreciar.»

En pocas palabras, nuestro plan está reducido á enseñar los medios de presentarse con desembarazo en una reunion, en un convite, en una tertulia, en una situacion cualquiera en que pueda colocarnos la casualidad. La utilidad sola nos ha determinado; pareciéndonos que no podia menos de ser bien recibido un libro que resumiese en algunas páginas las reglas de la urbanidad y de la conversacion, tales cuales las exigen los usos de la sociedad presente. ¡Ojalá no se engañen nuestras esperanzas!



Abandono. Una de las principales reglas para agradar y para sostener la conversacion, no es por cierto el no proferir nunca mas que sentencias, sino por el contrario dejarse llevar de la primera impresion; porque la verdad, aun en las ideas ilusorias que no hacen mas que pintar las rápidas sensaciones de nuestra alma, tiene siempre su atractivo particular. Por otra parte, es menester no olvidar que hay mas animacion y agrado en la conversacion, cuando uno se abandona á ella sin ningun cálculo de vanidad ó de amor propio. Cualquiera conoce lo enfadosa que sería la conversacion en que se echase de ver el trabajo de una frasseología elegante y pedantesca, remolcada por una eleccion afectada, una conversacion que no sería sino un discurso académico, sembrado de todas las flores retóricas que Batteux y Rollin enseñan á los oradores noveles.

Ab irato. Supuesto que las leyes condenan el testamento hecho en esta disposicion, la sana razon debiera prescribir que se anulasen tambien las palabras proferidas en un arranque de cólera. Las muchas observaciones que acerca de esto se han hecho, aconsejan que se dejen pasar veinte y cuatro horas para atender á ese movimiento, y tener en cuenta sus resultados. Sería de desear que las palabras pronunciadas bajo la influencia de la ira no tuviesen consecuencias mas funestas que las de la anécdota siguiente: M. de B..., hombre de carácter muy violento, tuvo un altercado con otro de genio mas tranquilo. Estaban sentados á los dos estremos de una larga mesa: el primero perdiendo la paciencia, dijo: Os envio un bofeton.—Y yo os mato, respondió el otro.

Abnegacion. La principal y la mas rara de las prendas sociales es la abnegacion de sí mismo. Debemos portarnos en palabras y obras de manera que los demas queden satisfechos de nosotros y de sí mismos. Una correspondencia insignificante de ideas y pequeños servicios produce en la sociedad una feliz armonía de sentimientos y modo de pensar: el deseo de agradar inspira entonces los modales afectuosos, las espresiones benévolas, y las atenciones delicadas, que por sí solas hacen dulces y gratas las relaciones sociales. En una palabra, no se da gusto en el mundo sino por medio de un sacrificio continuo del amor propio y de una infinidad de cosas gustosas ó cómodas.

Accento. Las costumbres de la infancia, de los pueblos pequeños, y el acento provincial son cosas que perjudican frecuentemente á la buena pronunciacion: pongamos algunos ejemplos. Es bastante comun, aun entre personas bien educadas, el decir *haiga* por *haya*; *atrailivo* por *atractivo*. Por lo que hace al acento, cada provincia tiene el suyo. El medio de evitar este defecto es reconocerlo sin presuncion, y tratar de corregirlo con la costumbre contraria: pero por ridículo que puede parecer el caer con frecuencia en estos defectos, es cien veces mas disimulable que el de ciertas personas, verdaderos sustitutos de los maestros de escuela, que con la sonrisa en los labios interrumpen á otra en medio de la conversacion, para repetirla irónicamente una frase vulgar, una palabra mal pronunciada, ó un acento desabrido que acaba de soltar. No solamente entre personas de buena sociedad es preciso condenar el pedantismo en punto á conversacion, sino que aun conviene reprender con Rousseau el purismo. No se puede sufrir, y con razon, á algunas personas que pronuncian con mucha afectacion algunas letras, como la *d* en *callado, asombrado*, la *c* en *lector, doctor*, etc.

Actividad. Hay una que es muy dañosa: esta es la que nos arrastra á mezclarnos en los negocios agenos y á fastidiar á los demas para evitar nuestro propio fastidio: es aquella actividad que no tiene otro objeto que satisfacer una curiosidad despreciable; suplir la estirilidad de un corazon privado de afectos, y de una cabeza pobre de ideas; entretener con cuentos insustanciales la mayor parte, y perniciosos muchas veces, á las mugeres desocupadas y á los hombres inútiles: aquella, en fin, cuya inquietud no tiene otro objeto que llevar en lenguas, inquietar y criticar á tal ó cual, que por su parte no suele acordarse jamas de quien de él murmuraba. ¡Librenos Dios de semejantes lenguas!

Afabilidad. Genio dulce, bondadoso y benévolo, que se manifiesta en el modo de conversar con los inferiores, de recibirlos, de escucharlos y de tratar con ellos. La afabilidad hace concebir una buena idea de las personas que están dotadas de ella, é inspira confianza á los inferiores que son tratados con ella. Es necesario no confundirla con la política. Es menester ser político con todas las personas con quienes hay que tratar, y afable con los inferiores; el hombre político usa atenciones, el hombre afable manifiesta benevolencia. Habiendo manifestado Luis XIV á un orador mediano que lo volvería á oir con gusto en el púlpito, este hombre salió pagado de sí mismo, y encantado de la afabilidad del rey, cuando una princesa de un gusto tan juicioso como delicado, manifestó la sorpresa que esto le causaba: «Soy de vuestra misma opinion, le dijo el monarca; pero cuando con una palabra puede hacerse á un hombre feliz, ¿qué corazon habrá tan duro que se la niegue? El abate Nainal fué presentado á Federico el Grande, estando rodeado de sus generales. El monarca le dió la mano, y ofreciéndole un asiento á su lado, le dijo con una sencillez digna de los tiempos heróicos: «Nos juntamos dos viejos, sentémonos y hablaremos.»

Astucia. Se llama asi en general el talento para manejarse en las empresas de manera que se salga bien de ellas. Tomada en buen sentido, es una cualidad con cuyo auxilio evitamos los escollos, triunfamos de las dificultades, y salimos de las situaciones apuradas. Cuando por llegar á su fin sigue uno caminos secretos y torcidos, entonces esta sagacidad degenera en sutileza y picardía. Entre la sagacidad y la presencia de espíritu hay esta diferencia, que la primera procede de un plan sabiamente combinado, mientras la segunda no es mas que una iluminacion repentina que nos comunica una circunstancia del todo imprevista, y que nos inspira espedientes útiles.

La sagacidad que supo desplegar el célebre ministro inglés Villiam Pitt, fué la que le dió la poderosa y larga influencia que ejerció en los destinos de la Gran Bretaña. Pocos oradores políticos hay que hayan poseido en el grado que él la destreza de emplear los raciocinios mas adecuados al carácter y á las opiniones de sus oyentes; y acaso á este arte mas que á sus talentos debió el buen éxito de sus triunfos. Su mérito esencial en la tribuna consistia en su presencia de espíritu, con que reasumia todas las ideas que servian á su objeto, descartando siempre con la mas diestra sencillez cuantas podian alejarle de él. Su padre, el ilustre Lord Chatam, que habia querido encargarse de su primera educacion, habia desenvuelto en él esta preciosa cualidad. Bajo la direccion de tal maestro habia adquirido Pitt muy temprano la costumbre de hablar con facilidad. Desde su mas tierna edad, Lord Chatam, para acostumbralo á hablar en las reuniones, lo hacia subir á una mesa cuando las habia muy concurridas en su casa, y haciéndole muchas preguntas proporcionadas á su capacidad, lo estimulaba á responderle en el acto con toda la verdad. De esta manera adquirió Pitt en grado notable esa seguridad y presencia de espíritu que tanto lo distinguieron, y que tan necesarias son para un hombre de Estado. Sin duda se nos perdonará que citemos el rasgo siguiente: Un predicador no sabía mas que un solo sermon que andaba repitiendo por los pueblos. Habiéndolo predicado en cierta ocasion, el señor del pueblo lo detuvo para el dia siguiente, que tambien era de fiesta, esperando que les predicaria un sermon tan bueno como el de la víspera. Esta invitacion era honrosa, pero ponia en un brete á nuestro pobre predicador. ¿Lo repetirá? ¿qué podrá decir que no haya dicho ya? ¿qué concepto va á formar de él su auditorio? En lugar de corresponder á la lisonjera invitacion que lo honra, va á hacerse la fábula de un auditorio escogido. ¿Pues qué medio tomará? Es necesario predicar. Llega la hora, y sube al púlpito. «Señores, les dijo, algunas personas me han acusado de haberos predicado ayer proposiciones contrarias á la fe, y de haber interpretado mal algunos pasajes de las Sagradas Escrituras. Apelo á este ilustrado auditorio para convencerlos de impostura; y para probaros la pureza de mi doctrina, voy á repetiros mi sermon punto por punto. Dignaos escucharme, os ruego, con toda la atencion que merece una causa de que vosotros mismos vais á ser los jueces. ¿No es esto salir diestramente de un apuro?

Asuntos. Unos los tienen, y nunca hablan de ellos: estos son los mas prudentes. Otros los tienen, y hablan demasiado. Otros, en fin, como el Timantes de Molière, no los tienen, y dicen que los tienen, por decir cualquier cosa. Sean los asuntos un cargo gratuito ó una carga lucrativa, apliquémonos á simplificarlos; de esta manera el peso se aligerará y la carga se hará mas lucrativa. Pero lo que es una cosa enfadosa, y que se puede evitar poniendo algun esfuerzo de su parte, es el presentar en la sociedad el aire caviloso y taciturno de los negocios. «Personas hay, dice la señorita Scudery, que tienen siempre trazas de ocupadas, como si llevasen mil negocios entre manos, aunque no tengan otros de que ocuparse que los agenos.» Estos son unos de los seres ridículos que pintaba Molière cuando decia:

«Al pasar nos dirige una mirada inquieta, y sin ninguna ocupacion anda siempre ocupado.»

Afectacion. La maña habitual de agradar, y de llamar la atencion con una amalgama de sentimientos, ocurrencias y espresiones estudiadas, es lo contrario á la naturalidad y sencillez. Tiene su orígen en el sentido interior mal organizado, y se deja conocer tanto en las personas de mediana capacidad como en las de un mérito distinguido. Se insinua en el corazon de un sabio lo mismo que en la cabeza de un tonto. Por todas partes llama la atencion: domina en la barra; sube á la cátedra de la verdad; brilla en la escena, en las reuniones, en los paseos, en los sitios públicos, y casi en todas las clases de la sociedad. El maldito deseo de presentarse con lucimiento y de hacerse admirar produce, particularmente en los jóvenes y en las mugeres, esos estravíos del espíritu que esparcen una ridiculez mas ó menos notable en su presencia, en sus actitudes, gestos, lenguaje, vestido y semblante. La afectacion quita muchas veces su mérito al hombre en público, y su ilusion á la hermosura: se diferencia poco del afeite. No seamos nunca sino nosotros, siempre nosotros; pero tan perfectos como sea posible, y no olvidemos que la afectacion es el esterior de la falta de naturalidad y de la mentira.

Agrado. Consiste en una reunion de rasgos finos, delicados y naturales que corresponden á nuestro carácter, y contribuyen á los goces del alma. Dícese, por ejemplo, de una persona que su conversacion está llena de agrado, cuando al hablar la tal persona escita ideas que

recrean el espíritu, ó sentimientos que mueven el corazon. Hay esta diferencia entre la gracia y el agrado, que la primera se admira y alaba,

mientras gusta el segundo y se goza realmente. No hay cosa ninguna que no necesite un poco de agrado, hasta la verdad misma.

El agrado todo lo encubre, y lo hace pasar todo: hoy dia no se conoce en el mundo mas que un crímen, y es la molestia.

(Gresset.)

El poeta Poisson tenia un humor agradable que le abria las puertas de todos los grandes, y si les pedia algun favor, lo hacia con una urbanidad tan delicada y esquisita, que al concederle el beneficio, el bienhechor creia que solo le pagaba una deuda. Un dia presentó unos versos al gran Colbert, que habia sido padrino de uno de sus hijos. El ministro los rehusó diciendo: «Los poetas no habeis nacido mas que para incomodarnos con el humo de vuestros inciensos.—Señor, respondió Poisson, yo os aseguro que este no se os subirá á la cabeza.» Muchos señores que se hallaban presentes, pidieron á Colbert que se los dejase leer; en fin, el ministro se lo consintió, pero con la condicion espresa de que no habian de contener alabanzas: Poisson empezó:

El gran ministro de la paz,
Colbert, á quien venera la Francia,
Cuyo nombre no morirá jámas...

«No me cumplís la palabra: callad, ó me retiro;» dijo el ministro. Los presentes lo detuvieron, y Poisson, despues de haber repetido los tres primeros versos, añadió:

Pues bien ¡sabed que es mi compadre.
Orgulloso por un honor tan poco comun,
se sorprenderán de que me admire
de que entre tantos empleos como distribuye,
no haya uno para mi hijo!

Colbert le dió en el acto para su hijo el empleo que le pedia.

Aspereza. La de carácter es una enfermedad que puede proceder de cualquiera falta en la complexion. Cuando proviene de la obstinacion de una suerte contraria, cede á la primera impresion de la buena dicha. Pero si se reunen las dos causas en un desgraciado para hacerlo fastidiar de la vida, reflexione antes de entregarse á los accesos de su mal humor, que el hacerse desagradable á todo el mundo no remediará lo que le atormenta, y que á su disgusto de la sociedad puede añadir los inconvenientes de la soledad, donde no sabrá qué hacer, no estando de mejor humor consigo mismo que con los demas.

¿De qué sirve una sabiduria desabrida y descontentadiza? ¡Dichosa la virtud dulce, amable y atractiva, cuyos pasos siguen las risas y las gracias! La misma razon viene á ser dañosa cuando no agrada.

(La Chaussée.)

Aire. Lo que es sobre todo inaguantable en una muger, es el aire inquieto, audaz é imperioso, porque este aire es contra su natural, y en ningun caso es permitido. Cuando una muger tiene cuidados, ocúltelos á los ojos del mundo, ó no se presente en él: por grande que sea su mérito, no olvide nunca que, si puede ser hombre por la superioridad de su talento y por la fuerza de su voluntad, en el esterior debe aparecer muger. Siempre debe presentar ese ser nacido para complacer y para buscar un apoyo: en toda su persona debe descubrirse un aspecto afectuoso, casi tímido, y una tierna solicitud por todos los que la rodean. Su fisonomía debe respirar benevolencia, dulzura y satisfaccion, procurando ahuyentar el abatimiento, la inquietud y el mal humor.

Un jóven debe escuchar á los demas, no con aire de entusiasmo, como sucede con demasiada frecuencia, sino solo con señales de tomarse interes por lo que dicen. El aire distraido ofende en un superior y en un igual: de parte de un jóven mueve á desprecio. Cuando se molesta, es menester retirarse. Otra cosa de que se debe cuidar es de no manifestar en sociedad impresiones fuertes. Es menester no tomar un aire imponente, ni disputar con los que no son de nuestra opinion con semblante alterado. La conversacion es una arena donde se debe ganar á la carrera y con la velocidad de Atlante; pero no es permitido detener á su adversario sino arrojándole manzanas de oro: la lucha y todo combate mas serio conviene reservarlos para momentos mas pensados y donde menos rodeen los espectadores; porque el amor propio perdona muchas veces las objeciones fuertes y aun severas, hechas de persona á persona, pero no olvida jamas una fisonomía demasiado alterada, ó las palabras imponentes y de reprension en un público.

Alusion. La propension á hacérselas de cuanto se dice, venga de buena ó de mala parte, prueba una gran dosis de amor propio. Los que no creen que los demas se cuidan de ello, están libres de este tormento. Es una cosa involuntaria para los hombres de genio, para las hermosas y para los reyes; un consuelo para los príncipes destronados, para las feas y para los espíritus medianos. Cualquiera puede suprimir á su voluntad de sus escritos ó discursos toda alusion ofensiva; y esta precaucion será propia de un ánimo guiado por un buen corazon. Uno de esos miserables que están pagados para hacer mal, habiendo un dia hecho observar en un espectáculo un verso que atacaba fuertemente un vicio comun á muchos grandes, esclamó: La alusion es ofensiva, y muy digna de castigo: «Muy digna de castigo, respondió una voz desde una platea; pero siendo vos quien la hace, vos debeis ser el castigado.»

Amabilidad. Parece que uno de los placeres del alma y de la conversacion es el poderse acomodar á la intencion, al amor propio y á las ideas de los demas por undulacion, si es lícito esplicarse así, y como el acompañamiento en la música. Esta facultad tiende algunas veces á la falta de principios y de ideas seguras y razonadas: depende tambien algunas veces de ciertas cualidades y de ciertos defectos que ni son condescendencia, ni franqueza, ni interés, pero que tienen todo el atractivo aparente. Un hombre curioso escudriña vuestra mirada, sigue todas vuestras palabras: os deja de este modo satisfecho, y sin embargo no se toma por lo que decis otro interes que el de la curiosidad: así, con el deseo de complacer é insinuarse en el corazon, habla y responde como desean los demas, manifiesta franqueza, dulzura, sensibilidad, y no piensa en realidad sino en hacerse mas amable.

Amenidad. La amenidad es respecto del carácter, lo que a amabilidad respecto del espíritu: ni una ni otra se pueden adquirir; pero una y otra se perfeccionan con la educacion y el trato culto. Con la amenidad, ó cierta clase de amenidad que es la que mas comunmente encontramos, con la complacencia, cuyo lenguaje adopta aquella, va unida la condescendencia que se acomoda á todos los tonos, y la indolencia que elude toda especie de esfuerzos. El hombre menos servicial del mundo puede ser un modelo de amenidad; pero la del tal, bien entendida, es una mera modificacion del egoismo y de la política. Pocas veces levanta la voz, corta las disputas; pero es únicamente por cuidar de sus pulmones: de miedo de cansarse, dejará de cansar á los demas. Trata de agradar, ese es todo su fin; y con tal que lo logre, ya está contento. Pero sus pretensiones y sus medias virtudes no pasan de la corteza: es el mérito á *flor de la cutis*, de que habla la señorita de l' Espinasse: el rasguño mas pequeño le levantará la piel y destruirá la ilusion. En los climas templados es mas comun la amenidad, esa cualidad tan precisa siempre en el comercio de la vida; se encuentra en ambos sexos y en todas las edades. La igualdad de genio es uno de los encantos por cuyo medio la naturaleza nos libra de los secretos pesares y nos consuela: pero desconfiemos siempre de una sonrisa permanente y de unas gracias que nada es capaz de alterar.

Amor propio. El amor propio reside en todas las personas mas ó menos claramente. No hay ninguno que no esté dispuesto á dejarse seducir de sus halagos: es tal vez el sentimiento que mas fácilmente toma cuerpo y que acarrea mas desazones en el trato social. Los aciertos y la alabanza lo exaltan. No hay cosa mas nociva que la adulacion, pues acostumbra á las personas bastante débiles para darle oidos, á no poder oir jamas la verdad. El amor propio es insufrible, sobre todo en personas nulas ó medianas, y aun molesta y tiene algo de insultante y enojoso en un hombre de mérito. Cuando este sentimiento ha sido fomentado inconsideradamente en la juventud, llega á una susceptibilidad escesiva, turba las mas íntimas relaciones, consume á la menor contradiccion á los que atormenta, y hasta puede alterar notablemente la salud. En ninguna clase de la sociedad es mas vivo y quisquilloso que entre los autores, los abogados, músicos, poetas, cómicos, bailarines, y en general entre todos los hombres que reciben señales de aprobacion. En efecto, el amor propio no se ciñe á una simple complacencia interior; requiere un teatro, un auditorio, muestras esteriores y apreciadores. Como se ha notado muy juiciosamente, el amor propio es el autor de muchas pequeñas cualidades buenas y malas: es el que menos trabaja ordinariamente por la gloria, y el que mas por la vanagloria. El amor propio va

siempre mezclado poco ó mucho en nuestras acciones y palabras. «Si hemos hecho un bien, dice madama de Chatelet, el amor propio es el que ha guiado secretamente nuestra conducta. Es el viento que hincha las velas, y sin el cual no andaria la nave.» El amor propio tiene su buena y mala parte, sus buenos y malos resultados. El amor propio es un defecto comun á todas las edades, pero se echa de ver especialmente en la juventud. No hay cosa mas variable: es el Proteo de la fábula. Unas veces se enajena satisfecho de sí mismo, y se mece en el lleno de sus goces ideales; luego se cree ofendido, se entristece, se irrita, y viene á parar en furor; porque, como ha dicho un poeta, el amor propio ofendido no perdona jamas. Unas veces se manifiesta sin rebozo; las mas se oculta y encubre, como para huir de las miradas; pero los velos con que se envuelve no pueden ocultarlo del todo. Habiendo reparado Sócrates que su discípulo Antístenes afectaba en su esterior negligencia y descuido hasta en la decencia, le dijo: «Antístenes, veo tu vanidad por entre las roturas de tu manto.» Cárlos IX gustaba de oir conversar á Guillermo Portel, á quien daba el título de su filósofo. Habiendo recibido este príncipe carta del rey de Ormuz, se la envió á Portel para que se la interpretase. Tradújola delante de toda la corte; y luego orgulloso de saber lo que acababa de probar: «Señor, dijo con un tono que la modestia no dictaba, ya puedo ir sin tropezar desde aquí hasta la China. Conozco las lenguas de todos los pueblos lo mismo que la verdad.» Reparad que este humilde doctor, despues de haber escrito mucho tiempo como un visionario, acabó por ser tan estravagante en sus costumbres como en sus escritos. La duquesa de la Ferté, habiendo hecho algunos favores á madama de Launai, le dijo con una de sus ocurrencias dictadas por el amor propio: «Mira, hija mia, advierto que siempre soy yo la que tiene razon.»

Analisis. Esta es seguramente la parte mas difícil de una conversacion, y el que no esté muy seguro de que sabrá clasificar sus ideas con órden, espresarlas con claridad y una elegancia natural, que no cometa la temeridad de meterse á analizar una pieza de teatro ó un libro. Quien tal haga tiene segura alguna mortificacion que influya desfavorablemente en su introduccion en el mundo. No se crea sin embargo por esto que tratamos de condenar á nadie para siempre al silencio; solamente deseamos inspirar una saludable desconfianza, á fin de evitar algun duro tropiezo, y de que cada cual procure ponerse en el caso de poder dar su voto competentemente algun dia ante una reunion escogida y brillante. Empiece por apuntar un ligero estracto de alguna pieza de corta estension, tal como de un sainete, ú otra pequeña pieza teatral. Asi se debe seguir hasta que esté uno seguro de que puede desembarazadamente hacer el resúmen de la pieza y entrar en sus pormenores. Cuando haya llegado á este punto, absténgase de esa especie de análisis, que aunque mas correctos en verdad, descubren por lo mismo mayor artificio, y que por lo mismo tendrán menos naturalidad, oportunidad y gracia. Entérese bien del argumento, y consérvelo en la memoria, pues toda prevencion para pensar lo que ha de decir, le haria contraer dos defectos intolerables, la afectacion y la rigidez. Por lo demas, solo damos estos consejos á las personas que con un espíritu vivo y penetrante, con grande amor á las artes, y mucha disposicion para dedicarse á ellas, se encuentran en el caso de disponerse á hablar acertadamente acerca de ellas, y de las producciones literarias. Los que se han dedicado menos á ellas, conténtense con esponer simple y brevemente su argumento, con dar cuenta del efecto que en ellos ha producido, con hablar de ciertos pasos notables, añadiendo que no tienen la presuncion de poder dar su juicio acerca de ellas.

Anécdota. La primera condicion de una buena anécdota es que sea nueva. Pierde un hombre su reputacion de noticiero, si la anécdota que presenta data de mas de ocho dias, porque se halla ya absolutamente en el mismo caso que si la encontrase en la *Moral en accion*. Es necesario que la anécdota entretenga ó interese á las personas á quienes se refiere. El que cuente un caso muy divertido, guárdese sobre todo de reirse; pero una lagrimita de ternura no dice mal cuando la relacion es patética: esta es una de las singulares anomalías, una de las contradicciones chocantes que se ven frecuentemente en el mundo. Es menester evitar en una relacion las frecuentes digresiones, apresurándose á llegar al fin. Cuando se tiene la desgracia de no hacer efecto en el auditorio, conviene buscar al punto el medio mas disimulado de evadirse. Una historieta debe contarse sin presuncion, y en especial sin promesas. Los preámbulos solo sirven para volver á los oyentes mas exigentes y severos: importa dejarles á ellos el cuidado de decir: *Es cosa chusca! es interesante!* Porque si se les avisa que van á reir ó á enternecerse, tanto menos rien ó se enternecen, cuando parece que se les ha impuesto por obligacion: no hay ninguno que guste que se le enseñe lo que tiene que hacer. Conviene ser muy económico en las anécdotas: son una moneda de que un hombre de gusto y de talento solo hace uso en las grandes ocasiones. Duclos gustaba de anécdotas, las referia con gracia, y se quejaba de los que las repetian mal. *Me estropean mis lindas historietas*, decia.

Antipatía. La antipatía es un odio violento, que no raciocina.

Aparte. Una jóven no va sino á las reuniones adonde la llevan; pero debe procurar ser amable, siendo realmente buena y agradecida á las atenciones que gasten con ella. En una reunion de confianza tiene sobrada ocasion para hablar. Sería de desear que en las casas que frecuenta, tuviesen las mugeres la costumbre de entretenerse con un trabajo cualquiera, y que pudiese tomar tambien su labor: no ha cosa que entretenga mas útilmente á las jóvenes. En las tertulias debe una jóven mirar con desconfianza á las personas de su edad y sexo que forman corrillos aparte para cuchichear y prorumpir en risotadas, cuya causa saben ellas solas. Tales corrillos son impertinentes, y se forma mal concepto de las jóvenes que necesitan dejar ignorar lo que están hablando. Lo que de las jóvenes decimos, debe aplicarse del mismo modo á los hombres. Si en el teatro son los apartes una verdadera licencia teatral, deben igualmente desterrarse del todo de cualquiera reunion. Cierto dia estaban hablando de los apartes Boileau, Molière y otros hombres de gusto, hablando unos en pró, y otros en contra. La Fontaine era de los últimos, y sostenia con calor que los apartes eran una cosa enteramente inverosímil: mientras así hablaba tan acalorado, Bioleau, que se hallaba á su lado, estaba diciendo en alta voz: «El ganso de la Fontaine ¡testarudo! ¡vaya un estravagante que es el tal la Fontaine! etc.» La Fontaine proseguia sin advertirlo. En fin, todos los presentes se echaron á reir: la Fontaine preguntó por qué. «Estais declamando contra los apartes, le dijo Boileau, diciendo que están fuera de toda verosimilitud. Hace una hora que os estoy diciendo mil injurias al oido, y todavia no lo habeis reparado.»

Apotegma. Se llama así una sentencia grave y juiciosa de un hombre respetable, dicha en pocas palabras. «Cuando tengais que dar un consejo á un superior, decia el canciller Bacon, presentádselo como un apotegma de un antiguo sabio, y la leccion será mucho mejor recibida, que si la creyese fruto de vuestra cosecha.»

Apóstrofe. Un predicador se atrevió á apostrofar desde el púlpito á Luis XIV. Así que hubo bajado, le dijo el rey: «Me gusta tomar mi parte en un sermon; pero no me gusta que me la dén.»

Aplicaciones. Comparaciones, pasajes, citas que se adaptan á algun objeto estraño de que se está tratando. Estas aplicaciones causan siempre una sorpresa agradable, si son acertadas y traidas oportunamente.

Aderezo. Llamo hombre aderezado al que trata de darse importancia y lucimiento: se le conoce por su tesura, afectacion y acicalamiento. No tiene ni la flexibilidad, ni la blandura, ni el abandono necesarios. En una palabra, los mas fatuos son los mas propensos á esta clase de refinamiento.

A propósito. La Harpe decia un dia á un jóven por quien se tomaba bastante interés para darle lecciones y consejos: «Amigo mio, cuando vayas á una casa á leer alguna cosa ó á pasar el rato en conversacion, atiende, y si adviertes alguna espresion de enfado, no te enfades, ni des á entender que te has picado; porque no hay cosa mas necia, y sobre todo que mas lo parezca. Pretesta un dolor de muelas ó de cabeza.... Si estás hablando, y la conversacion empieza á cansar, llévala con maña al punto en que puedas dejarla sin que lo reparen. En fin, cuando trates de agradar, escoge el *á propósito* y te saldrás con tu intencion.

Arreglo. El arreglo, sinónimo de acomodamiento, debe terminar toda discusion, cuando no la ha prevenido: ¿qué abogado puede defender mejor que cada uno la causa de la tranquilidad de su vida?

Arrogancia. Está siempre dispuesta á humillar á los demas con palabras duras, por la superioridad que cree tener sobre ellos. Se manifiesta por su tono imperioso y ultrajante; y si se ve humillada, como sucede no pocas veces, degenera en furor.

Atencion. El gran secreto de la conversacion es la atencion continua, es decir, el cuidado de prevenir y de entender; porque el mejor modo de atender á sí mismo, es estar atento continuamente á los demas. Verdaderamente no se puede tener acierto en la conversacion sino conservando la atencion y la calma, dejando hablar á los demas, probándoles con nuestras respuestas que los escuchamos con interes, y que nuestros pensamientos están enlazados con los suyos. Estar distraidos cuando hablan los demas, sea dirigiéndonos la palabra, sea cuando les damos una respuesta, es no querer comprender, sino imperfectamente, los pensamientos de los otros, escuchándolos negligentemente, y esplicar mal los nuestros, no queriendo atendernos á nosotros mismos. Fenelon se atrajo una reprension bastante amarga cierto dia que se dormia estando oyendo en Versalles un sermon que el padre Serafin, capuchino, predicaba delante de Luis XIV. El predicador, viéndole en tal estado, interrumpió su discurso diciendo: «Despertad pues á ese abate que se duerme, y que sin duda no ha venido aquí mas que á hacer la corte al rey.» Sin duda era una falta de respeto al soberano tomarse la libertad de salir con tal apóstrofe en su presencia; pero el monarca no se ofendió, y no hizo mas que sonreirse. Hé aquí otro caso. Vespasiano estuvo á pique de ser condenado á muerte porque se descuidó en bostezar mientras que Neron cantaba en el teatro de Roma. No aprobamos la conducta de Neron ni la del capuchino; pero citamos esos hechos para probar hasta qué estremo pueden indisponer al que habla la distraccion, el fastidio y los bostezos.

Atenciones. Son los testimonios de la deferencia particular que

nos merecen las personas, y consisten en los cuidados oficiosos que les prueban el deseo que tenemos de proporcionarles satisfacciones ó ventajas, de contribuir á su complacencia, de agradarles é inspirarles sentimientos favorables. Son el efecto de la actividad y del celo; y esta actividad la inspira el afecto, ó el deseo de captarnos la benevolencia de los demas, ó cualquier motivo secreto de interes. Hay atenciones que exigen la naturaleza y el bien parecer, tales como las que se deben á los parientes, á los amigos y á los bienhechores. Otras hay de gracia y de favor, que solo tiran á complacer. Guardar atenciones con todos, es una prueba de que está uno penetrado de los verdaderos principios sociales.

Audiencia. Es menester no echar nunca en olvido que cuando se pide una audiencia es con el fin de ser entendidos, y que una vez conseguido este favor, debemos procurar aprovecharnos de él. Lo que mas convenia en este caso era conocer el carácter, gustos é inclinaciones del señor que se digna admitirnos en su gabinete: tratemos pues de enterarnos de todas estas cosas antes de ser introducidos á su presencia, para no cometer alguna falta que le predisponga contra nosotros. Si los informes que hemos tomado nos advierten que S. E. no abandona jamas el tono ministerial, no le hablemos nunca en términos vulgares y comunes; todas nuestras palabras deben estar tomadas de un diccionario retórico y poético, componiendo con la aglomeracion de frases largos períodos; y al modo que Píndaro sacaba gran partido de las digresiones, huyamos de la sencillez vulgar como de un escollo; en fin, debemos procurar que nuestras palabras tengan el tono de un panegírico y la gravedad de un elogio académico. El escelentísimo no se acordará de mirar á su reloj hasta que haya acabado nuestro discurso. Si tenemos que presentarnos á un personaje que crea que la afabilidad no está reñida con las altas funciones, y que puede muy bien ser ministro sin afectacion ridícula, y sin énfasis impertinente, no olvidemos las reglas de la política, cumpliendo exactamente cuanto nos prescriben; pero despojándola cuanto posible sea de fórmulas inútiles, de superfluidades monótonas, y yendo derechamente al objeto de nuestra visita, entremos pronto en materia, dando á conocer con nuestras palabras breves, claras y metódicas, que conocemos el valor del tiempo, y que no nos dirigimos sino á la justicia de S. E.: entonces oirá con gusto nuestra pretension, y será menester que tengamos muy poco derecho, ó que obstáculos invencibles se opongan á nuestros deseos, para no salir bien despedidos de la audiencia ministerial. No echemos en olvido que una audiencia, cualquiera que sea, no debe durar mas de diez minutos; y para no parecer indiscretos, y no esponernos á que el ministro nos ponga sin mucho miramiento en la puerta, convendrá reflexionar de antemano lo que se le va á decir, para poder hablar ante él sin perder tiempo: de esa manera no nos esponemos á quedarnos sin saber por dónde empezar, como les sucede á no pocos de los señores suplicantes.

Ausentes. La justicia nos impone el deber de defender la causa de los ausentes. El presidente Rosa sabia, lo que se sabe poco en la córte y fuera de ella, defender á sus amigos acusados y ausentes; pero al valor para defenderlos juntaba el artificio necesario para no comprometerse ni poco ni mucho, de lo que dió una prueba en una ocasion delicada. Hé aquí cómo refiere el abate Olivet esta curiosa anécdota: «Victorio Siri, conocido por su *Mercurio* y por su *Memoria recóndita*, vivia en Chaillot en sus últimos años, con una decente pension que le habia señalado el cardenal Mazarino. Su casa era el punto de reunion de los políticos, y en especial de los ministros estranjeros, que nunca dejaban de detenerse en su casa á su vuelta de Versalles, los dias que iban allá á sus audiencias. Un dia en que se habian juntado allí algunos de estos ministros, uno hizo recaer la conversacion en la campaña de Flandes, cuya gloria parece que atribuia por entero á M. de Louvois. Victorio, que aborrecia á este ministro, interrumpió el elogio, y con su gerga, que ni era italiano ni frances: «Monsú, le dijo, parece que quereis hacernos de ese monsú Louvet el hombre mas grande de Europa: contentaos con presentarlo como el mas grande agente, y si quereis añadirle algo, como el mas grande brutal.» El dia siguiente enteraron á M. de Louvois, quien no dejó de quejarse al rey. Aquel gran príncipe que solia decir que ofender á los que él honraba con su confianza era ofenderlo á él mismo, respondió que no dejaria sin castigo la insolencia del abate Siri. Rosa, de quien se servia S. M. para dirigir su correspondencia particular, se hallaba en este momento en el despacho del rey y oyó lo que pasaba. Cuando se retiró el ministro, suplicó al rey que tuviese á bien suspender su justo enojo hasta la tarde. Parte sin perder tiempo para Chaillot, se entera del hecho, vuelve á la hora de retirarse el rey, y habiéndole pedido un momento de audiencia: «Señor, le dijo, el hecho es poco mas ó menos tal como ha sido contado á V. M. Vos sabeis que mi amigo Siri tiene muy mala lengua, y que se deja llevar ligeramente de la cólera; pero se vuelve loco y furioso cuando cree que se ofende á la gloria de V. M. Vió que en presencia de todos los estranjeros que se hallaban en su casa se alababa á M. de Louvois, como si la campaña de Flandes no perteneciese mas que á este ministro. Se trató de hacerlo aparecer á los ojos de los estranjeros como el hombre mas grande de la tierra. Entonces mi pobre amigo perdió la cabeza: dijo que M. de Louvois podia ser un buen comisionado, pero no otra cosa; que era muy fácil salir bien de un encargo, cuando con todos los recursos del reino no tenia que hacer mas que poner en ejecucion proyectos tan sabiamente formados, y órdenes tan prudentemente comunicadas como las de V. M.....—«¡Ah! es tan anciano, dijo el rey, que no debemos darle un disgusto.» ¿No se puede decir, como Perrin Dandin en los *Pleiteantes: qué es esto sino mover las pasiones á tiempo?*

Aventura. Cuando hagas la relacion de una aventura personal cuyas circunstancias te honren, si alguna persona muy distinguida te ha auxiliado en ella, solamente debes mencionar á esa persona, y en lugar de la frase pueril, *resolvimos ó hicimos tal cosa*, dirás olvidándote de tí mismo: *El señor don... resolvió, ó hizo tal cosa.* Este sacrificio de la modestia debe pagársete con delicadeza, publicando el superior á su vez á espensas del suyo, el mérito que en esta ocasion has contraido.

Agudezas. Las agudezas son rasgos vivos é ingeniosos, traidos con delicadeza y oportunidad. Pueden contener un cumplimiento ó un epígrama, ó simplemente un pensamiento espresado con delicadeza, una respuesta picante. Volter se engaña cuando asegura que la mayor parte de las agudezas no son mas que repeticiones. Puede suceder muy bien que se citen algunos dichos nuevos trazados sobre el modelo de espresiones memorables de los antiguos; pero son una escepcion, y no una regla. Siendo por lo comun las agudezas ocurrencias repentinas que inspiran circunstancias imprevistas, y debiendo sobre todo tener un color enteramente local, no pueden acomodarse precisamente mas que á las mismas circunstancias que las inspiraron, y por consiguiente tienen casi siempre el sello de la originalidad. Serian necesarios muchos volúmenes para recopilar todas estas ocurrencias; pero solo citaremos las siguientes que vienen bien á nuestro objeto.

Un sofista muy verboso decia para ensalzar su profesion delante de Agis II, rey de Esparta, que el discurso era la cosa mas escelente del mundo. «Cuando estás callado, le respondió el monarca, no tienes segun eso ningun mérito.»

Un avaro hablaba mucho y muy mal. Su bolsa siempre estaba cerrada, y su boca siempre abierta. Díjole uno: Pon tu dinero en la boca, y tu lengua en la bolsa.»

Malherbe estaba comiendo con el arzobispo de Rouen. Apenas se levantó de la mesa, se durmió. El prelado que tenia que predicar, y lo hacia muy mal, lo despertó convidándole al sermon. «¡Ah monseñor! dijo Malherbe, dispensadme si os place, que sin eso dormiré bien.»

Defecto muy grosero, y sin embargo muy comun en la conversacion, es el repetir el chiste que se ha soltado, cuando los presentes no han hecho caso de él, dudando si lo han oido. Ademas de que con esto se les hace una especie de insulto, es una vanidad ridícula no querer perder una agudeza, una ocurrencia feliz: es ademas una señal de escasez: al que es fecundo, poco le importan algunas pequeñas pérdidas.

Alegría. No tratamos por cierto de desterrar la alegría de la conversacion, sino queremos que reine la alegría única que le conviene. Hay alegría moderada, y alegría estrepitosa: esta última se manifiesta con risotadas ruidosas, con voces desentonadas y gestos pantomímicos; la primera, mas interior, se manifiesta con movimientos mas moderados, y no hace mas que sonreirse. Es cierto en general que la alegría moderada se sostiene mas tiempo que la alegría ruidosa: aquella se comunica mas fácilmente, y cada uno de los presentes contribuye á aumentarla. La alegría demasiado viva no pasa por el contrario fácilmente de quien la tiene á los demas. Si llega á hacer impresion en ellos, no contribuyen á aumentarla, y comunmente los caractéres frios que se hallan en la reunion, se arman contra ella: así es qué el que ocasiona tal alegría en la conversacion hace solo el gasto, porque los demas no hacen mas que dejarse llevar casi maquinalmente, cuando no la resisten. No sabemos si nuestros lectores habrán reparado en la fría formalidad que suele suceder á las risotadas estrepitosas que ha movido un mal juego de palabras: observen, les encargamos, los semblantes que se pronuncian contra este mal gusto. Nos parece que pueden darse muchas razones para esto. El gusto que nos causan esas salidas, solo dura un momento; son fuegos artificiales, por decirlo así, que en pos de sí dejan una oscuridad aun mas profunda: mientras el hombre de buen humor prodiga sus ocurrencias, los demas no se acuerdan de nadie, siendo unos espectadores pasivos. Así, al volver los ojos al tiempo que acaba de pasar, encuentran un vacío, han vivido menos en ese intervalo, y quedan descontentos de su inaccion, ó cuando menos se ven privados de la satisfaccion que resulta de haber ejercitado su espíritu. La alegría demasiado viva, aun sin hacer caso de la algazara que la acompaña comunmente, atolondra y aturde en la conversacion. Las ideas presentadas de este modo llaman la atencion; pero una atencion estúpida en cierto modo. Como esta alegría nace de una manera particular de ver los objetos, por lo comun solo hay en la concurrencia muy pocas personas que tengan el mismo modo de verlos. Todos los demas se ven precisados á hacer un esfuerzo para mirar los objetos bajo el mismo punto de vista; con que no se pueden esperar ocurrencias de la misma naturaleza. Solo el hombre poseido de esa alegría podrá pues sostener la conversacion, ó mas bien dicho, no podrá haber conversacion; pues será él solo el que esté hablando.

La alegría escesiva mata la conversacion, al paso que la moderada la alimenta y sostiene. Creemos que los que parecen mas á propósito para derramar la alegría en la conversacion, son los que menos suelen conseguirlo y comunicarla á sus oyentes, por no saber observar y aprovechar el momento mas favorable para causar su impresion: su alegría nos escita antes que las cuerdas de nuestra alma estén bastante templadas para dar los sonidos que se les piden, y resistimos siempre un tanto á esa especie de imperio que quieren ejercer sobre nosotros. La alegría templada no tiene tales inconvenientes, y por eso estamos de ordinario mas dispuestos á participar de ella. Como es menos agena del estado habitual de la mayor parte de las gentes, se hace lugar sin encontrar resistencia, y se estiende; todos participan de ella, y contribuyen á aumentarla.

Agradar (medio de). Para agradar en la conversacion es menester comenzar tanteando el terreno, es decir, hacerse cargo de la clase de personas con quienes se va á platicar, para hablarles de materias que estén á sus alcances, que les gusten, y de que estén mejor enterados. Por ejemplo, el medio mas seguro de complacer á un hombre infatuado con su linaje, es darle ocasion de que pueda desahogarse hablando de sus antepasados; á un soldado, de contar los sitios y combates en que ha tenido parte; á un negociante, de los negocios que ha tenido entre manos; á un viajero, de las tierras que ha visto; y á este tenor á otras clases de hombres. Esto proviene de que casi siempre procuran hacer parecer que son mas apreciables que los demas por las ventajas que creen llevar al comun de las gentes, y porque gustan mas de los que los aplauden, que de los que mendigan sus aplausos Se necesita pues que el que trata de agradar, emplee su destreza mucho menos en dar á conocer las prendas que él posee, que en hacer resaltar las de los otros, patentizando con oportunidad y delicadeza las cosas buenas que hayan dicho ó hecho. El sacrificio de sus intereses, que al parecer hace con esto, es un rodeo ingenioso que le abrevia un largo camino, proporcionándole mayores progresos en su estimacion y amistad, que cuantas maravillas pudiera decirles. «Es preciso siempre, dice madama Necker, hacer hablar á las gentes de lo que les interesa, pues es el único medio de sacar partido de ellas.» El hombre que en general nos es mas inferior, nos es muy superior en ciertos ramos del saber, á que ha tenido que dedicarse especialmente: es menester pues conversar con él sobre los objetos en que lleva la ventaja, á fin de instruirnos un poco con su conversacion; porque en talento, como en comercio, se pierde lo que no se gana. Si hacemos hablar á gentes medianas sobre cosas que ignoran, la conversacion será un curso de trivialidades y absurdos. Este es el consejo que Racine daba á su hijo: «No creas, le decia, que sean mis versos los que me grangean tantos obsequios en toda la corte. Corneille hace versos mil veces mejores que los mios, y sin embargo nadie hace caso de él; no se le quiere mas que en la boca de sus actores; en vez de que, sin fastidiar á las gentes leyéndoles mis obras, de que nunca les hablo, me contento con tenerles conversaciones agradables, y divertirlos con cosas gustosas. Mi talento para con ellos no consiste en darles á conocer si yo lo tengo, sino en hacerles advertir que lo tienen ellos. Así, cuando ves á un señor duque pasar á veces largas horas en mi compañía, te quedarias pasmado si lo presenciases, de ver que se despide muchas veces sin haber hablado yo cuatro palabras; pero poco á poco lo pongo en ganas de hablar, y me deja aun mas satisfecho de sí mismo que de mí.

Alabanzas. Hay una moneda que circula por todos los pueblos, en todos tiempos y lugares; aunque sea falsa, todos la admiten; aunque sea vulgar, nunca pierde de su valor, y muchas veces se la alcanza en cambio de las cosas mas preciosas: esta moneda es *la alabanza*. Dulces ha dicho que aun la misma adulacion, cuyo esceso se deja conocer, produce su efecto. «Sé que me lisonjeas, decia uno, pero no por eso me complaces menos.» Un hombre de talento, á quien habian comparado con Dios, decia: «Es un poco demasiado, pero siempre es cosa que hace honor.» Una de las cosas mas descabelladas es alabar en esceso y fuera de razon. Los elogios exagerados é inoportunos hacen tanto mal al que los recibe como al que los tributa. El medio mas infalible de hacer parecer tonto á un hombre de mérito, es hacer de él elogios exagerados cara á cara y sin rebozo; porque en efecto es cosa que embaraza bastante el darles una respuesta. Si guarda silencio, parece que está respirando alegremente el incienso; si responde vivamente, parece que trata de encenderlo aun mas. Así vemos en casos semejantes, que hombres fuera de eso de mucho talento, no saben responder sino con algunas necias esclamaciones, y á veces con frases rematadamente groseras, como: *V. se burla; V. trata de divertirse, etc.* Esto es cosa intolerable, porque no se debe suponer que la persona que alaba sea capaz de semejante felonía. Creemos que sería mas conveniente responder: *Si no tuviera muy conocida su amistad, ó su bondad, creeria que V. trataba de chancearse conmigo:* ó bien: *La bondad lo ciega á V. sin duda, etc.* Los hombres sin esperiencia creen ordinariamente que no pueden acercarse á una muger sin abrumarla de cumplimientos. Esto es un error. Es cosa de muy mal gusto fastidiar con insípidas galanterías á cuantas mugeres se encuentra, sin distincion de edades, clases ó méritos. Tales soseces pueden satisfacer á algunas mugeres ligeras, pero empalagan seguramente á las sensatas. Gustemos con las mugeres una conversacion viva, picante y variada, acordándonos de que su imaginacion demasiado viva, y su gran movilidad de pensamientos, no son á propósito para sostener por mucho tiempo la conversacion sobre el mismo objeto. ¿Será pues necesario suprimir por entero los elogios? No: la sociedad no ha llegado todavia á ese grado de filosofía: las alabanzas son y serán todavia por mucho tiempo un medio de obtener buenos resultados; pero por lo pronto deben ser verdaderas, ó cuando menos verosímiles, para que no tengan el aire de un ultraje descarado; deben ser indirectas, delicadas, para que se las pueda oir sin verse en la precision de interrumpirlas; debe templarlas una especie de censura, cuya misma severidad bien manejada es una verdadera alabanza. Una señora conocida por su mucha virtud y por el gran conocimiento que tenia del mundo, madama Geofrin, establecia como otras tantas reglas: 1.° Es menester alabar muy pocas veces á sus amigos: 2.° Es menester no alabarlos sino generalmente, y nunca por tal ó cual accion, ó citando un hecho determinado, porque nunca deja de quedar alguna duda sobre su verdad, ni falta quien procure buscarle algun motivo menos laudable por quitarle el mérito: 3.° Tampoco conviene defenderlos cuando se les ataca enérjicamente, sino en términos generales y en pocas palabras, porque todo lo que en estos casos se dice solo sirve para animar á los detractores, y hacerles llevar mas adelante la censura.

Apuntador. La sociedad ofrece originales de varias especies, y entre ellos es notable uno que puede llamarse un *apuntador*. Este es el hombre que no deja acabar la frase á ninguno que habla, queriendo á toda costa suministrarle palabras y espresiones, como si él mismo no se las pudiese encontrar: ridículo é impertinente á la vez, no ve que su proceder es una ofensa al amor propio, y que aun cuando estuviese hablando con un tonto, no saldria bien librado con él con esta clase de servicios. Aceptarlos sería confesar su cortedad y estupidez: ¿y quién sería el hombre que consintiese en reconocer públicamente que no puede hablar sin tener cabe sí un diccionario?

Aspirar á la confianza. Cuando hayas tenido la fortuna de ser admitido en una casa donde se reunen personas estimadas generalmente, y la dueña de la casa te anime á repetir las visitas, conserva cuidadosamente su estimacion redoblando tus atenciones. No repitas jamas, al hablar de las personas, lo que has oido decir de ellas: este es el medio de saber mucho. Los noveleros son poco apreciados, porque todos temen ser á su vez el objeto de sus historias; se guardan de ellos, y muchas veces ponen en duda su veracidad. Si empiezas por escuchar en vez de hablar, pronto habrás adquirido bastante discernimiento para saber en qué casas es permitido *aspirar á la confianza*. No pretendemos quitarte ese gusto, el primero de todos para un hombre honrado; pero si te advertimos que serás bastante dichoso si en el discurso de tu vida encuentras tres ó cuatro casas semejantes, y te quieren recibir bien en ellas.

Asuntos de conversacion. Cuando te pongas á hablar, sea de una materia de que tengas perfecto conocimiento: no imites á las personas que escogen con preferencia asuntos que les son enteramente desconocidos. ¿Cuántas veces no se ha visto á hombres que dirian cosas escelentes sobre las artes y ciencias, ponerse á hablar esclusivamente de caceras y caballos? Otros que casi toda la vida la han pasado á caballo metidos en los bosques, se engolfan en las cuestiones mas abstractas, queriendo echarla de eruditos. Todos quieren saber de todo. Este es el medio de fastidiar, y de caer en mil errores groseros; porque no puede andarse á pie firme por terreno que no se tiene conocido. ¿Por qué pues, cuando nos hallamos reunidos, no hemos de hablar de lo que tenemos bien sabido, de lo que tenemos entre manos todos los dias? ¿Por qué el sabio, con un lenguaje sencillo y metódico, no pondrá la sociedad en que se encuentra al corriente de los nuevos descubrimientos, y de los progresos de las ciencias que tienden á la instruccion y á la felicidad del género humano? ¿Por qué el artista, el abogado, el médico, no escogerán de entre sus propias observaciones las que puedan llamar la atencion general? No decimos que de vez en cuando no se pueda hacer alguna escursion al terreno de los vecinos; pero en general quisiéramos que cada cual hablase de lo que sabe, de lo que ha visto, sin caer sin embargo en una falta que nunca se perdona, y es la de hablar de sí mismo con demasiada frecuencia. Entre las ideas que cada uno puede esplotar en su estado y en su método de vida, hay asuntos vastos y fecundos que pueden interesar á todos. Tales son las grandes ideas de justicia, de órden, de moral, sobre que descansa la sociedad, y que deben ocurrir en la conversacion habitual de los ciudadanos; los descubrimientos de la industria, que provee á las necesidades y á los solaces de la vida de los jornaleros; en fin las bellas artes y la literatura, ese lujo de la vida social, ese lazo comun que aproxima á los hombres de todas las clases, proporcionando á su entendimiento goces puros y apacibles. Los negocios públicos vendrian naturalmente á colocarse al lado de los asuntos de interes general, si al hablar de ellos se consultase, no á sus pasiones é intereses, sino á su conciencia y á su razon.

Asuntos frivolos. Se engañaria de medio á medio quien creyera que los asuntos frívolos eran por sí solos suficientes para soste-

ner una conversacion: por el contrario, esos son los que las hacen morir, porque solo las ideas sustanciales son las que le pueden dar una duracion agradable. Si se le quita ese alimento, se sostiene algun rato como por artificio; pero pronto decae y cesa, porque su misma frivolidad encierra un gérmen de muerte.

Baile. El baile es entre todas las diversiones la que mejor sienta á la juventud; pero en él, como en otras muchas ocasiones, la diversion no deja de tener algunas espinas para la gente bien educada. El que no sepa bailar, ó no haya aprendido los bailes nuevos, guárdese de presentarse en medio del salon, porque se pondrá en ridículo. El que no tenga buen oido para seguir el compas de la música, guárdese del mismo modo de probarse á bailar, porque cometerá mil faltas que lo llenarán de confusion. Pero, el que esté satisfecho de que sabe bailar, póngase á disposicion de la señora de la casa, que, á no dudarlo, le pedirá que baile con las abandonadas: estas son por lo comun las pobres de hermosura, y sobre todo de bienes. No es por cierto muy agradable tomar lo que han dejado otros; pero será profusamente recompensado de este pequeño sacrificio por el agradecimiento de todas las mugeres, que lo elogiarán á despecho de todo, y lo defenderán en cualquiera ocasion. El que no baile no se siente al lado de quien lo haga: cuando escasean los asientos, es menester reservarlos para las señoras, mantenerse en pie, aunque se sepa que despues se ha de tener agujetas; porque asi lo exige la política. En otros tiempos era costumbre ofrecer á las señoras cucuruchos de dulces, como se presenta hoy dia la caja del rapé, pero esta costumbre se ha desterrado casi enteramente. La música, las luces, el ruido, la confusion y los perfumes producen en el baile una especie de enajenamiento con que se debe tener mucha cuenta. Cuidado con que la alegría no degenere en bulliciosa, confiada y familiar, que es muchas veces el resultado de la algazara y

de los movimientos violentos: súbese la sangre á la cabeza, y entonces se habla sin reflexion, y se obra del mismo modo. Conviene no sacar á bailar á una misma señora sino lo mas dos veces en un mismo baile, aunque sea la mas hermosa, la que mejor se presenta, y aunque parezca que nos distingue de los demas. Cuando se presente la mano á una señora, sea para bailar, sea en otra ocasion cualquiera, no se abra la mano enteramente, porque la mano de una señora no se ha de meter en la de un hombre, sino solamente apoyarse en ella. En un wals debe colocarse el brazo en la cintura de la pareja, y no sobre los pliegues del vestido, no acercando al pecho mas que su mano, y no su persona. En toda ocasion es necesario acordarse, que parece que un hombre de buena educacion teme tocar en la ropa de una muger. Todas estas reglas y otras muchas que pudiéramos añadir, solo hablan de los bailes de sociedad; porque estamos persuadidos de que nuestros lectores no asisten jamas á bailes públicos, á no ser muy decentes. Para estos nos contentaremos con formular este aforismo, que no tiene sino muy raras escepciones. La frescura es allí artificial, la máscara embustera, el espíritu de contrabando, y los corsés acolchados.

Belleza. Cualquiera accion, cualquier gesto que altere la belleza y la proporcion de las formas y facciones, está mal á las mugeres. Plutarco nos cuenta que Minerva se avergonzó de sí misma cierto dia que tocando la flauta, reparo viéndose en el agua lo fea que se ponia hinchando los carrillos; y arrojando lejos de sí el instrumento, recobró la serenidad de sus hermosas facciones. Pero en esta parte creemos inútil insistir en mas recomendaciones; porque el secreto instinto que vela por la conservacion de la hermosura de las mugeres, les hace evitar cuidadosamente cuanto puede deslucirlas y menoscabar sus gracias.

Benevolencia. La dulzura en la conversacion es un verdadero beneficio para los desgraciados, y para las personas de imaginacion instable. La bondad natural es una buena guia cuando se trata de calmar las penas de otros, pero es menester formarse tambien su método: por ejemplo, presentar siempre el remedio al lado del mal; cuando uno recuerda ideas tristes, no contradecirle jamas en medio de su sentimiento, y aun convenir en las reconvenciones que nos dirigen, y en los defectos que nos encuentran en un acceso de mal humor; procurar en nuestras respuestas conformarnos con sus gustos y opiniones, cuando no pueden traer ningun inconveniente, no tratando jamas de sostener las nuestras, ni aun dejarlas conocer, cuando pueden disgustar. La benevolencia era una de las prendas mas sobresalientes del rey Estanislao, de aquel príncipe que dedicaba los primeros instantes del dia á pensar en sus obligaciones, y todo lo restante á cumplirlas. No acabariamos de elogiar la activa solicitud con que procuraba entusiasmar á los artistas: sabia bien que los príncipes pueden con una sola palabra animar y matar los talentos. Un jóven pintor, habiendo hecho un cuadro que creia de mucho mérito, alcanzó un dia el permiso de presentárselo á Estanislao, que era inteligente. El cuadro no era ninguna obra maestra, y los cortesanos lo censuraron severamente. «Pues yo, dijo el príncipe, no tengo tal opinion: creo por el contrario que el pincel que ha trazado este boceto, puede pasar muy adelante.» ¡Eh! señores, añadió asi que se hubo retirado el pintor; ¿no veis que si acobardamos á este jóven artista, malogramos las buenas disposiciones que descubre? Ayudemos siempre á los hombres á levantarse, y temamos perderlos desanimándolos.

Blasfemias. Filipo Augusto desde el principio de su reinado publicó una ley contra todos los que pronunciasen palabras que ultrajasen á Dios, y los culpables, siendo nobles, debian ser condenados á una retractacion pública; y si plebeyos, ser encerrados en un saco y arrojados al rio. La madre de Luis IX habia hecho atar desnudos á una escalera á un platero de San Cesario, acusado de haber jurado. En aquel tiempo ataban al condenado á una escalera, que era la picota de entonces. Pero no se ciñeron á esto las leyes bárbaras. Luis IX hizo publicar una ordenanza declarando que cualquiera que profiriese una blasfemia, sería marcado en la frente con un hierro rusiente, y que en caso de reincidencia, se les atravesaria igualmente el labio y la lengua con un hierro hecho ascua.

Carlos IX, formado en la escuela de Gondi y de Duperron, habia, dice Brantome, aprendido de ellos á blasfemar y jurar en sus arranques de cólera, y se acostumbró tanto á este vicio, que no sabía hablar sin blasfemar y jurar, siendo mas bien una especie de palabra y de espresion de bravura y gentileza que de pecado. Asi es que este rey á cada palabra repetia su juramento ordinario: Por la muerte de Dios.

Dufresny habia prometido á Luis XIV no blasfemar mas en el juego, como lo tenia de costumbre. Algun tiempo despues volvió á jugar, perdió y volvió la tentacion de consolarse á su manera; pero lo contenian las amenazas del rey. En fin, despues de haberse contenido algun tiempo, no pudiendo aguantar mas, dejó la partida con algunas monedas que todavia le quedaban, se salió sin direccion fija mordiéndose los labios, y fué á sentarse junto á la chimenea, donde vió un pobre diablo que se mordia los puños de rabia dando profundos suspiros. «¿Qué teneis? le preguntó.—Que no me queda un real para volver á ganar mi dinero, respondió el otro.—Tanto mejor, saltó Dufres-

ny, tanto mejor: Ahí tienes diez luises, volved al juego; pero os ruego que jureis mucho por mí, porque á mí me lo ha prohibido el rey.»

Bilioso. Un hombre bilioso ó colérico es casi siempre aferrado y porfiado en sus caprichos, en sus pensamientos y en sus opiniones. Tiene un genio que no sabe amoldarse á nada, y lo hace aborrecible á la sociedad; por eso ni es amado, ni tampoco se cuida mucho de serlo: hay antipatías, como odios recíprocos: donde las dan las toman.

Boberia Depravacion del juicio, que por falta de ideas claras acerca de los objetos en sí mismos, ó acerca de sus relaciones, hace hablar sin tino, y por lo comun con terquedad. Lo que tiene la boberia mas pernicioso para sí mismo y mas enojoso para los demas, es el no conocerse á sí misma, y erigirse muchas en juez hasta de las capacidades y talentos. El académico Tomás iba siempre á caza del talento, aunque él tenia mucho, lo que hizo decir á una amable señora, de no menos talento que él: «El mayor defecto de Mr. Tomás es el no haber sido nunca tonto.»

Bondad. La bondad es una preciosa cualidad del alma: es la que nos inclina á hacer, cuando la poseemos, lo que es útil ó agradable á los demas. Es muy difícil que un hipócrita la finja. El pícaro que trata de encubrirse con su máscara, no tarda mucho en descubrirse: en efecto, ¿cómo habia de mantener por mucho tiempo, y con todo el mundo, un artificio que exige la complacencia, la indulgencia, la amenidad y la beneficencia? La verdadera bondad, dice Senancour, nos acompaña en todo tiempo, regula siempre nuestra conducta, entra en todas las resoluciones, y todo lo rectifica en las funciones que tenemos que desempeñar. La bondad hermosea hasta las fisonomías mas vulgares, la bondad es por sí sola casi una hermosura; su influencia derrama por todas las facciones y por toda la persona un atractivo que cautiva el corazon. Los labios sonrien con mas gracia, los ojos brillan con mas dulzura, el semblante tiene mas serenidad, los movimientos mas armonía. De todas las buenas prendas es la bondad natural la mas generalmente apreciada y con mas constancia entre las gentes. Estando Pisistrato sentado á la mesa, uno de los convidados, exaltado

por el vino, empezó á llenarlo de injurias. Sus amigos le aconsejaron que castigase su insolencia, pero Pisistrato les respondió: «Si cuando voy andando por la calle viniese un ciego á estrellarse contra mí, ¿me aconsejaríais que lo castigase?» Madama Cottin reunia en su persona todas las cualidades que cautivan á la juventud: una alegría dulce, una bondad inagotable, una rara indulgencia, una paciencia á toda prueba. Respondia, sin quejarse jamas de que la cansasen, á todas las preguntas de la infancia, que á veces son demasiadas y demasiado impertinentes. Aun cuando estaba mas engolfada en su trabajo al momento que oia alguna de sus vecinitas llamando quedito á su puerta, respondia con la mayor dulzura, *Entrad!* la hacia sentar á su lado ó en sus rodillas, la abrazaba para animarla á hablar con confianza, escuchaba sus quejas, le daba tiernos consejos, la despedia tan tranquila como agitada habia llegado, y volvia sin trabajo á tomar el hilo de sus ideas, que habia interrumpido sin sentimiento.

Buen sentido. La mayor parte de los hombres nacen con un entendimiento, una razon y una inteligencia ordinaria, que llaman *sentido comun ó buen sentido*. El buen sentido da mas particularmente la recta razon; el sentido esquisito comunica al alma un tacto fino, una percepcion y una sagacidad superior en sus juicios. El talento es la razon razonada, ó el buen sentido que brilla; pero separado de la razon, el talento no es las mas veces sino una luz que nos deslumbra y nos estravía. Conviene pues no confundir el buen sentido con el talento. El uno tiende á lo útil, el otro á lo agradable; el uno es tan profundo como superficial el otro, tan sencillo como el otro refinado, tan constante como caprichoso el otro, tan circunspecto como aquel inconsiderado; este se lanza á saltos, vá, viene, brinca; aquel con un paso igual, arrebatado á veces, sigue una direccion constante. El uno es el arte de decir y hacer cosas muy lindas, el otro la ciencia de decirlas y hacerlas buenas.

Boca. Importa muy poco tener boca pequeña ó grande, y como no es posible cambiar lo que la naturaleza nos ha dado, es menester sacar sabiamente su partido de ella, considerando sobre todo que en igual caso es siempre lo esencial lo que corrige la forma. Es estremadamente ridículo tratar de achicar la boca hablando, y es el gesto mas repugnante que puede desligurar una cara. Cuando se recibe alguna noticia estraordinaria, es muy natural quedarse con la boca abierta, prorumpiendo en estas ó semejantes esclamaciones: *ah! oh!* Entonces es necesario tener cuidado de no dejar ver lo interior de la pieza, con sus dientes, sus quijadas, lengua y adherentes. Mejor es que la risa no pase de los labios, que entreabrirlos para dar paso á las esplosiones de fuertes risotadas. Cuando oimos una relacion que interesa ó divierte, debemos guardarnos de estar con la boca abierta; los idiotas, por regla general, no la cierran jamas. El ladear la boca para darse un aire original, cerrarla para hacerla parecer pequeña, acostumbrar los labios á temblar con movimientos convulsivos cuando se escucha ó lee alguna cosa terrible y asombrosa, son defectos chocantes y gestos insoportables.

Brevedad. Es indispensable que el lenguaje se preste á las diversas formas que exige la narracion; pero tambien es necesario no entretenerse con pretesto de adornar el discurso, en buscar comparaciones traidas por los cabellos, en detalles supérfluos, y en diálogos interminables. Toda narracion debe ser breve, y la brevedad consiste, no en esplicarse en pocas palabras, sino en descartar todas las circunstancias no necesarias para la inteligencia ó interes de la accion. La relacion de un mismo suceso puede ser breve en cuatro páginas, y larga en diez renglones. En efecto, la segunda narracion será larga, si contiene circunstancias inútiles; y la primera será corta, si no dice nada que sobre, y si es interesante desde el principio hasta el fin. Habiéndose presentado un arengador á Enrique IV á la hora de comer, comenzó con estas palabras: «Señor, Agesilao, rey de Lacedemonia.....» El rey, calculando por el exordio que iba á ser muy largo, le interrumpió diciendo: «Ese Agesilao sin duda habria comido ya cuando tenia que oir una arenga, y yo todavia estoy en ayunas.»

Bufon. Entiendo por bufon, dice Chesterfield á su hijo, un hombre que se rie frecuente y estrepitosamente, que es la señal de un mentecato ó de un hombre sin educacion. Deseo de todo corazon que te vean sonreir muchas veces, pero reir nunca. Por medio de esas risotadas indecentes manifiesta el populacho su insensata alegría al oir patochadas; ¡y eso es á lo que llaman ser jovial! En mi opinion no hay cosa mas ridícula y que pruebe peor educacion que el reir á carcajadas. La verdadera jovialidad y el buen sentido jamas hacen reir á nadie de esa manera: complacen al espíritu, haciendo rebosar fuera su buen humor; pero solamente las bufonadas bajas y los dichos absurdos mueven semejante risa. Hé aquí por qué las personas de buen sentido y bien educadas deben manifestarse superiores á esas pequeñeces. Un hombre que va á sentarse creyendo que detras tiene una silla, cae de espaldas porque le falta esta: semejante paso hace prorumpir en risotadas á todos los circunstantes, del modo que no lo harian las ocurrencias mas felices: esto prueba evidentemente en mi opinion, que el reir es cosa descortés y baja, sin hablar de la algazara desagradable que lo acompaña, y de las contorsiones repugnantes que ocasiona en la cara. Es fácil, con un poco de reflexion, contener la risa en sus justos límí-

es; pero como en general va unida á la idea de la alegría, no se pára bastante la atencion en lo que tiene de absurdo. Conozco un hombre de muy buena cabeza, que no puede decir ni la cosa mas comun sin reirse, cosa que entre los que no le conocen lo hacen pasar á primera vista por un mentecato. «Algunas personas, dice Pope, se ganan la reputacion de vivas por un atolondramiento, que no merece el nombre de viveza mejor que la embriaguez.

Brindis. El uso de los brindis, introducido en tiempo de Augusto, ha llegado hasta nosotros bajo los auspicios encontrados de la franqueza y de la lisonja, de la política y de la mentira. Han estado algun tiempo en desuso, pero hoy dia vuelven á estar en boga; y en la mejor compañía se brinda por desgracia mas alegre que sinceramente.

Burlas. Si la sociedad no es ninguna escuela para ejercitar los pedantes, mucho menos es una arena á disposicion de ciertas personas malignamente vivaces, que se creen autorizadas para insultar con gracia. Por mucha que sea la sagacidad de sus rasgos, la sal de sus observaciones, la misma risa á que nos mueven, nosotros nos guardaremos mucho de dar á esos genios sarcásticos y burlones el nombre de personas finas, de personas de buen tono, porque la política consiste en la benevolencia. Ora bien, los que están atentos sin cesar á turbar, á incomodar á las personas, sin tener mas cuidado ni precaucion que la de quitarles el derecho y medio de quejarse; que andan á caza de la menor equivocacion para amplificarla, envenenarla, y presentarla por el lado mas ridículo; que se ceban bajamente en los que no pueden responderles, ó se esponen todos los dias por un sarcasmo á perder su vida ó la agena en un duelo, ¿qué clase de hombres son estos? No nos atrevemos en verdad á decirlo. Una pintura semejante, y que por cierto no es exagerada, bastaría á hacer para siempre odiosa la chanza; pero chancearse no es parecerse á semejantes hombres, gracias á Dios. Es al contrario diferenciarse de ellos; porque la chanza dulce, graciosa, ligera, debe partir de un corazon benévolo para aquellos mismos que son objeto de ella: esta es una lucha amigable, jovial, en que jamas debe aparecer el sarcasmo, la desconfianza, el resentimiento. En el momento en que se deja ver sombra de esto, cesa el agrado de la chanza: dejad pues entonces tambien de usarla.

Candor. El candor supone la ignorancia del mal: se manifiesta en las acciones lo mismo que en las palabras, y hasta el silencio mismo lo descubre, así como lo anuncian tambien las facciones y color del rostro. Es la señal mas cierta de una buena alma, y la conviccion de su propia pureza es lo que la impide creer que deba ocultarse cosa ninguna delante de los que pasan su vida en un perpétuo disimulo. Las almas candorosas son por lo comun mas sencillas en el bien que precavidas contra el mal: esta es la causa porque son tan fáciles de engañar. Por eso el candor suele ser el carácter distintivo de los jóvenes, que aun no han aprendido á espensas suyas á vivir alerta contra las redes que el mundo les tiende. El candor es un cristal cuya pureza empaña el mas ligero soplo: un nonada lo pervierte y lo hace desaparecer para siempre. Tampoco puede subsistir en medio de las tormentas del mundo y de sus pasiones. ¡Ah! ¡sepamos siquiera, despues de haberlo perdido nosotros, respetarlo en los demas! Hallábase una jóven en cierta reunion con una hermana menor recien salida del colegio. Uno de los presentes se puso á contar una aventura amorosa; pero en términos tan oscuros y de una manera tan discreta, que una jóven inesperta no podia entender palabra. Cuanto mas oscura era la relacion, tanto mas atenta estaba la hermana menor dejando notar ingenuamente su curiosidad. La hermana mayor, pretendiendo dar á conocer que tenia mas modestia que su hermana, le dijo: «¡Hola! hermanita mia, ¿puedes oir sin ruborizarte lo que dicen estos señores?—Yo no sé cuándo debo ruborizarme, respondió sencillamente la jóven.

Calor. Las personas acostumbradas á que se las atienda, hablan regularmente con poco calor, hablando bajo, como si todos tuviesen que morderse los labios cuando ellos abren la boca; y esta moderacion, que tan bien les sienta en pueblos de corto vecindario, no les saldria bien en las ciudades populosas y de mucho movimiento, donde no se logra hacerse atender sino empleando todos los medios imaginables. Las conclusiones secas son siempre desagradables en una conversacion, porque dan á sospechar que no quiere uno tomarse la molestia de alegar sus razones y tratar de probarlas. Para agradar en la sociedad es necesario dar importancia á cuanto se dice, indistintamente, y hablar con calor.

Caminos de hierro. Cada cual puede á su gusto alabar los caminos de hierro, y adorar los caminos de hierro; pero yo los miro con horror. En una diligencia y aun en un ómnibus se puede hablar con el compañero, por poco amable que sea, ó con la compañera, por poca que sea su gracia y hermosura. Pero, ¿dónde está el medio de sostener una conversacion en una maldita máquina que corre con una velocidad de diez ó doce leguas por hora, silbando, arrojando humo, fuego y cenizas, rechinando, crujiendo, gruñendo, ladrando, arrastrando en pos de sí una multitud innumerable de viajeros, tan completamente separados unos de otros, que ni pueden hablarse, ni mucho menos gastar entre sí las galanterías de uso de los carruajes públicos? ¡Ah! ¡cuánto mas valia el antiguo modo de viajar! ¡Qué horas tan deliciosas se pasaban en una diligencia, cuando una jóven hermosa agobiada de cansancio y vencida del sueño, dejaba al cabo caer la cabeza sobre la espalda de un viajero, y tomándolo por su primo, iba durmiendo una parte del viaje, olvidada é ignorante de cuanto pasaba alrededor de ella! A lo menos se ofrecia á la vista un castillo gótico, una hermosa ciudad, algun sitio delicioso, y tenia uno proporcion de hacérselos admirar á un compañero, y pasar por hombre entendido haciendo alguna corta disertacion sobre tal objeto. Pero en un camino de hierro, apenas ha habido tiempo para esclamar, ¡Qué sitio tan delicioso! y ya queda media legua mas atras: la maldita máquina aleja con tal precipitacion de las colinas, de las montañas, castillos y ciudades, que no parece sino que es un crímen admirar las bellezas de la naturaleza. No hay pues mas remedio que guardar un silencio absoluto en esta especie de nichos en que va embutido el viajero, sujeto al régimen de aislamiento de las casas de penitencia, y privado de comunicarse por ningun medio con los compañeros ó compañeras que lleva á los lados. No os ofendais pues del mal humor de tales viajeros, ni los censureis si os miran con malos ojos: considerad que acaso los ha atacado la hipocondría, y que por consiguiente no han tenido intencion de ofenderos, y de ese modo los mirareis con indulgencia. Si les dirigís la palabra y no os dan respuesta, atribuidlo al ruido de las ruedas, ruido infernal que hace rechinar los dientes y taladra los oidos. Tal vez nuestros sabios acabarán por encontrar un remedio á un mal que tanto lo reclama.

Carácter. Es el emblema de las disposiciones morales de la persona, de sus inclinaciones naturales, de sus sentimientos, etc.; es del mismo modo la esplicacion compendiosa de sus hábitos y costumbres, y de la manera con que se porta con sus semejantes. Todo cuanto procede del alma y del corazon, viene á formar el carácter. M. Necker no gustaba de mugeres sabias, y deseaba que su hija fuese solamente una muger apreciable. Descansaba de sus tareas políticas conversando con ella, y de este modo se estableció entre los dos esa confianza mutua absoluta, que jamas se pierde. «Debo, decia madama de Stael, á la penetracion increible de mi padre, la franqueza de mi carácter y la naturalidad de mi genio. El quitaba la máscara á todo lo afectado, y á su lado adquirí la costumbre de creer que cualquiera penetraba claramente mi corazon.» Madama Geofrin habia compendiado su razon en máximas, para poder aplicarla mejor á sus usos. El abate Morellet ha conservado muchas de aquellas máximas, que llevan el sello de un talento observador, bajo una forma semejante algunas veces á la de las paradojas. Hé aquí una que podria añadirse á las que ella miraba como el objeto de una práctica constante: «Las buenas índoles solo se afligen por sus propios defectos, y nunca por los de otros. Desead, añadia, que cometa yo alguna falta contra vos.»

Ceder. Se le censuraba al filósofo Favorino haber cedido al emperador Adriano, en cierta ocasion en que este príncipe se empeñó en defender una cosa falsa. Favorino respondió: «¿Cómo podia dejar de ceder á un hombre que mantiene en pie treinta legiones?» Caton el Uticense queria que se cediese al mas anciano y al mas poderoso; y que sin embargo se perdonase al jóven desvalido que no quisiese ceder. El duque de Borgoña jugaba un dia mano á mano con uno de sus gobernadores. Hubo una suerte dudosa. El duque sostenia que habia ganado, y el gobernador, por probar al príncipe, defendia su causa con el mismo calor y obstinacion. «Creeis tener razon, le decia, y yo creo tambien que la tengo: ¿quién de los dos cederá?—Vos, respondió el duque de Borgoña con alguna altivez; y luego serenándose, añadió: porque sois el mas razonable.»

Cháchara. El gusto de la conversacion, unido al que causa una buena cara, es un preservativo contra el fastidio. Piron decia con este motivo: «Los bocados *picoteados* son los mas fáciles de digerir.

La cháchara degrada el buen sentido;
esperemos á que nos pregunten
para responder como hombres prudentes.
El silencio es la ley del sabio,
y la cháchara es el patrimonio
de los insensatos y de los niños.

Charadas. Sería un salon una cosa bastante insípida y triste, si la moda no consintiese algunas veces un juego nuevo, algun chiste, alguna chanza decente, que fuesen á esparcir por él el buen humor y el movimiento. Se han visto brillar los cómicos de sociedad, pasó la época de los poetas didácticos, los bufones han desaparecido, no se quiere oir mas equívocos, los cantores de romances y canciones populares asustan á los oyentes mas valerosos; pero todavia se toleran algunas charadas ingeniosas, con tal que sean originales. No hay cosa mas cansada y enojosa que las charadas ejecutadas por un tonto. Es preciso sobresalir en esta clase de pasatiempos, ó dejarlos.

Charla. Charlar es hablar mucho para no decir nada, ó lo que viene á dar lo mismo, es entretenerse en bagatelas, tener políticas supérfluas, insignificantes; es hablar, charlar, picotear á diestro y siniestro. La charla es mas comun en las ciudades mas populosas, pero es en las cortes donde principalmente está en todo su furor, y sobre todo entre las mujeres, cuya volubilidad de lengua, rapidez en a pronunciacion y facilidad en la conversacion, no hay cosa que pueda igualar. Escuchad la conversacion de dos que apenas se han visto en toda su vida. Despues de una cáfila de cumplimientos tan poco sinceros de una parte como de otra, vienen como un torrente una tras otras una multitud de preguntas, que ni merecen ni aguardan á veces la respuesta. Han estado hablando largamente en la sala y en el recibimiento, sin poder decir muchas de qué, al fin de la conversacion: no les basta: empieza de nuevo en la puerta, sigue por toda la escalera de arriba abajo, y ya se han perdido de vista y están á distancia de no poder percibir siquiera el eco, y aun siguen repitiendo lo que mil veces han repetido. ¡Cuántas palabras inútiles en las tiendas antes de comprar valor de dos reales! Pues, ¿y en las reuniones de hombres? En los cafés, en los gabinetes de lectura, ¿qué fárrago de estúpidos comentarios sobre un artículo ó noticia de cualquier periódico! ¡Qué flujo de palabras en sus encuentros por las calles y paseos! ¡Cuántas veces se esponen á ser atropellados por un caballo ó coche, ó interceptar las aceras, incomodando á los transeuntes embebecidos en sus frívolas conversaciones! ¿Qué no dará materia á la lengua en una corte donde hay tanto ocioso, tanto vagabundo que se echa á la calle huyendo del fastidio con que en casa le abruma la indolencia? Las modas, los cintajos, una modista de fama, un peinado en boga, una tienda nueva de encajes, un poco de la casa, otro poco de murmuracion, en que no se perdona ni á las vecinas ni á las amigas, hé aquí materias abundantes para el pico de las mugeres. La moda de un frac ó pantalon, del peinado, del bigote, el paseo del dia anterior en el Prado, la esquela y la cita de Paquita, la primera salida de una prima donna en la ópera, son tambien fecundos recursos para el pico de nuestros pollos, y aun de gallos con espolones. Qué diremos de la charla de la Bolsa, de los banqueros, de los especuladores, de los agentes que por todas partes pululan, de los pretendientes, de los recien llegados, ya del Palacio, ya del Prado ó de la Puerta del Sol, luego de los tribunales, de los jueces, del fiscal etc., de las Californias, de la lotería, de las casas de juego, de los agentes de policía etc. etc.? ¿Pues y la charla de los literatos, de las gentes del gran tono, de los periodistas, de los diputados, y de tantos otros charlatanes como allí se reunen?... No pensamos entrar en materia, porque si nos pusiéramos á hacer una pintura de cada clase de charlatanes,

no acabaríamos nunca: en este tiempo mas que nunca, en que el charlatanismo vá dando pasos agigantados en nuestra patria: el charlatan se mete en todo, todo lo invade, á todo se atreve, y por desgracia casi siempre encuentra un premio su falta de modestia. Es un asunto inagotable, pero damos aquí punto por no ser acusados á nuestra vez de haber ofrecido mas palabras que sustancia.

Charlatan. Se les echa en cara á las mugeres que son unas charlatanas, y no pasa de ser una injusticia y una ingratitud. Este es uno de los designios de la naturaleza, pues encargadas de la primera educacion de sus hijos, logran á favor de una charla no interrumpida imprimir en sus tiernos cerebros una multitud de rasgos ideales, que sin su auxilio dificilmente se grabarian allí. Con todo, hasta en cátedra de la caridad se ha representado esta charla de las mugeres, si no como un vicio, á lo menos como una cosa ridícula. Predicando un capuchino el dia de pascua delante de unas religiosas, dijo: que si Jesucristo se apareció lo primero á las mugeres, despues de su resurreccion, es porque sabía muy bien que por medio de su charla no dejaria de divulgarse pronto la noticia.

Chocarrero. Los chocarreros son gentes que hacen todo lo contrario que los verdaderamente graciosos, y no tienen mas que los defectos de los que tratan de remedar. El chocarrero emplea grandes frases para nada, y encaja cara á cara y á boca de jarro una descarga de cumplimientos enfáticos y ridículos. Las mugeres, mas obligadas en cierto modo á escucharlos, son sus principales víctimas. El chocarrero hace llover sobre ellas un diluvio de galanterías rancias ó remozadas, pronunciadas con un aire de satisfaccion difícil de espresar. *Venus, las flores, las gracias, las silfides, las sirenas, la llama, las flechas, la aljaba;* las palabras *encantadora, hechicera*, aun los de *embaucadora, ladrona de corazones*, y otras tan chuscas como estas, son de uso comun en la insulsa galantería de un chocarrero. ¡Líbrenos Dios de caer en manos de un ente semejante! Hagamos justicia al mérito de las mugeres, pero sin fastidiarlas á fuerza de insulseces y cumplimientos necios.

Circunlóquios. ¡Cuántos rodean de largos y fastidiosos circunloquios lo que, aun esplicado en pocas palabras, sería supérfluo!

Circunspeccion. Nada requiere tanta circunspeccion como la conversacion, por ser el ejercicio mas ordinario de la vida. Si se necesita un buen discernimiento para escribir una carta, que es una conversacion meditada, mucho mas necesario es todavía en la conversacion. En efecto, conversando, aun cuando medie confianza, ocurren una multitud de ideas que no sabe uno cómo desenvolver, quedando algunas veces reducido al silencio por no tener tiempo para ordenarlas. No siempre se tiene á mano la espresion clara y exacta que debe enunciarlas, la única que corresponde á nuestro pensamiento, ni podemos detenernos á buscarla. Por otra parte, muchas veces se-

mejante espresion sería, por lo atrevida, contra la sencillez que debe reinar en una conversacion familiar. Hay que temer ademas ser interrumpido á cada momento por la persona con quien se está hablando. Estas interrupciones impertinentes cortan el hilo de las ideas, nos llevan á mil leguas del objeto que nos ocupa, obligándonos muchas veces á decir casi lo contrario de lo que nos habiamos propuesto al principio.

Citas. La manía de las citas es una especie de ridiculez bastante generalizada en nuestros dias, cuando hay tantas personas que han aprendido alguna especie ó alguna palabra latina en las escuelas ó en los libros. Pero una que otra palabra en latin, ni aun en griego, no pueden servir de pruebas de erudicion; y los que acostumbran á encajar, sin que se les pida, un hemistiquio de Horacio ó un verso de Virgilio, debieran convencerse de que no hay en el mundo oficio mas fácil que el de citador. Esos hemistiquios, esos versos de los poetas antiguos se hallan repetidos por todas partes; por todos son traducidos y comentados; sirven para adornar las portadas de la mayor parte de los libros, y no hay, hasta un mal novelista, quien no encabece sus capítulos con algun paso griego. Los cocineros, los porteros, las doncellas, los ayudas de cámara, los mancebos de las tiendas podian hacerse á poca costa fecundos citadores, si tratasen de retener en la memoria las frases de Ciceron ó Virgilio que encuentran esparcidas por los libros; las citarian tan á propósito como cualquier pedante, y si la reputacion de sabio no costase mas trabajo que ese, podian pronunciar ó abrir cátedra en un instituto. A pesar de eso no queremos decir que no venga muy bien citar algunas veces el pensamiento de un gran filósofo, una palabra picante de algun personaje célebre, un verso castellano bien aplicado; creemos por el contrario que una cita oportuna agrada y aprovecha á cuantos la oyen. En efecto las citas, cuando son escogidas con tino, pocas y breves, dan variedad á la conversacion, y añaden á nuestra opinion un grado mas de verdad por el mérito de su autor. Pero su uso requiere mucho tacto y buen gusto, y no podremos encargar bastante la prudencia en este punto á los jóvenes que traten de producirse ventajosamente en una reunion. Guárdense de hacer ostentacion de una vana erudicion de escuela, y de atacar la reputacion de los sabios, de emplear palabras tomadas de idiomas estranjeros, ó términos científicos ignorados del comun del pueblo. No se olviden sobre todo de que para agradar en una conversacion, es mas necesario recurrir al entendimiento que á la memoria, porque lo que aquel nos sugiere es lo que mas adecua á las personas con quienes estamos hablando. En general, cuando hay talento, vale mas ser un original que una traduccion: es la diferencia que hay entre lo presente y lo pasado. Ana de Bretaña respondia discretamente á los que le dirigian alguna arenga; pero por una afectacion pueril, cuando recibia á los embajadores, nunca dejaba, para darles una idea elevada de sus conocimientos, de mezclar en sus discursos algunas palabras ó frases de su lengua, aunque no la entendiese ni poco ni mucho. Estaban hablando á un hombre de talento de una persona que deseaban darle á conocer, y para realzar su mérito decian que sabia de memoria todo el *Quijote*. «Aqui lo traigo en el bolsillo,» respondió el otro friamente. Ninon de Lenclos no podia atravesar á los sabios de profesion que no pueden pronunciar cuatro palabras sin moler á puras citas. Un dia que estaba en su casa el célebre pintor Mignard, se lamentaba delante de algunos sabios de este cuño de que su hija, que era sumamente hermosa, y que luego fué condesa de Fesuquieres, era falta de memoria. «Tanto mejor, le respondió Ninon; con eso no citará.»

Claridad. La primera cualidad, tanto del lenguaje hablado como del escrito, es la claridad. Es necesario que el lenguaje sea claro, es decir, que represente fielmente, y haga ver claro, como la luz, el pensamiento del que habla. Como el objeto del discurso es únicamente comunicar las ideas, es preciso ante todo hablar de modo que sean bien comprendidas. No basta que pueda entendernos el que nos oye; es menester ademas que no pueda dejar de entendernos de manera alguna. El filósofo Favorino dijo á un orador jóven que afectaba ser muy oscuro en su estilo, sirviéndose de palabras antiguas y desusadas: «Si no quereis que os entiendan, ¿quién os obliga á hablar?» El razonador que nos pone en precision de seguir sus discursos con una atencion prolija, á pararnos á pensar, y á hacerle repetir las frases para enterarnos de su sentido, no puede agradarnos por mucho tiempo. El que habla para instruir á otros, haga cuenta que no ha dicho nada, si los oyentes no lo han comprendido; y eso aun cuando todo lo que esplica sean cosas muy claras para él. La claridad de la frase está íntimamente unida con la del pensamiento; y por eso la primera condicion para hacerse entender de los demas, es que se entienda uno bien á sí mismo. La claridad del discurso y la de las ideas casi vienen á ser lo mismo; resulta tambien de la propiedad de las palabras, de la regularidad de su construccion, del órden natural de las ideas, de manera que formen una cadena continuada, y que parezca que nacen sin esfuerzo unas de otras. No hay cosa que mas contribuya á la claridad del discurso que el enlace de las ideas. Si no fuese tan comun la manía de hablar sin haber reflexionado, no tendriamos que aguantar tantos discursos oscuros, enredados, confusos, cuyo fin y objeto no es fácil entrever, y que pueden compararse con esas antiguas inscripciones gastadas por el tiempo, cuyo sentido no llega á interpretar el viajero sino despues de muchos esfuerzos y vueltas que les da. ¡En cuántos descuidos incurre el que está poseido de esta manía! Unas veces omite una circunstancia esencial de que depende la inteligencia de lo que está contando; otras introduce un personaje de quien todavia no se tiene noticia; otras reune cosas sumamente desemejantes ó contradictorias, que se quedan pasmadas al encontrarse reunidas; confunde los lugares, y suprime á Atenas de la Atica; sitúa á Corinto en una isla; arranca á Esparta del Peloponeso; confunde igualmente los tiempos, haciendo conversar á Alejandro con CarloMagno; envia á Alcibiades á matar á Héctor; hace comparecer á Arístides y á Platon en el consejo de Clodoveo. Otras veces equivoca los caractéres de los personajes, y del teólogo Orígenes hace un guerrero, de Calígula un Marco Aurelio, y da á Rodrigo la prudencia de Salomon. No pocas veces al llegar á mitad de su discurso ha olvidado ya el principio, y no puede encontrar el fin. No es un discurso lo que se está oyendo, es un amasijo de palabras, de hechos, de circunstancias, de lugares, de personas, sin conexion ni órden. Seria menester que Prometeo tocase este cieno, y que ademas soplase Minerva para animarlo. Cierto eclesiástico, estando predicando, perdió la memoria. Un chusco saltó: «Que cierren las puertas. Aquí no hay mas que personas honradas, y es menester que se encuentre la palabra del señor.»

Clases. En toda sociedad hay tres clases de individuos: bobos, hombres de práctica sin talento, y hombres de talento sin práctica. Los bobos deben oir y callar, creyéndose bastante felices con que se les admita á hacer el papel de estampas. Los hombres que no tienen práctica, no hablan sino cuando viene bien, y si no dicen nada notable, á lo menos se abstienen de toda patochada. Los hombres de talento, sin práctica, toman muchas veces por señales de aprobacion las risas que provocan sus ocurrencias: si pudiesen adquirir un poco de buen sentido, no les haria ningun daño.

Clasificacion moral. Contemplando la sociedad en su conjunto, desde luego se advierte un cierto número de grupos, cuyas miras, gustos é inclinaciones son enteramente distintas, ó tienen siquiera un sello particular que impide que se las confunda. Un escritor satírico, queriendo espresar con una sola plumada el carácter moral de cada uno de estos grupos, atendiendo á la pasion dominante que cada uno de ellos presenta, ha creido que debia establecer la clasificacion siguiente, á que ha dado por base el orgullo, sobre el que, segun él, descansa enteramente nuestro edificio social.

Los nobles.	orgullo de sangre.
Los poderosos. . .	orgullo de poder.
Los ricos.	orgullo de fortuna.
Los trabajadores. .	orgullo industrial.
Los pobres. . . .	orgullo humillado.

Dejando á nuestros lectores el cuidado de examinar la exactitud de esta clasificacion, diremos solamente que es bueno hacerse cargo de la fisonomía moral de cada una de las clases sociales, porque conviene, especialmente al hallarse en una reunion, saber de antemano la clase de personas con quienes tenemos que alternar.

Cojos, tuertos, jorobados. Suele darse muchas razones fundadas de la malignidad, por no decir de la bellaquería que es de ordinario el distintivo de los tuertos, cojos y jorobados: esta es una obra defectuosa en su origen. Su débil complexion engendra su humor descontentadizo; procuran reparar sus defectos por medio de la astucia y de la picardía; parece que su ánimo exasperado por los ultrajes de la suerte, trata de vengarse de todo el género humano; y contraen un carácter sarcástico y maligno, que vuelve su alma tan deforme como su cuerpo. Hay sin embargo muchas escepciones: muchas veces estos defectos están compensados en ellos con otras grandes ventajas: muchas veces tambien una buena educacion corrige los vicios á que son inclinados: entonces se hacen mas interesantes: se les tienen encuenta, por decirlo así, los esfuerzos que han hecho para vencer su natural. Pero en último resultado debe considerarse siempre que estos son consejos que les ha dictado la naturaleza, y que muchas veces se arrepienten de haber despreciado. Debemos sobre todo estar alerta contra esos seres sin aplomo, de piernas torcidas, sobre las que parece que la naturaleza ha cargado una mano maléfica: contra esos seres defectuosos, esas producciones abortivas, que no han recibido un entero desarrollo, que parecen plantas anubladas entre la especie humana, ó á los árboles achaparrados en una selva magnífica. De ellos es de quienes se ha dicho con mucha razon, que un sordo, con la vista puede juzgar de su corazon; y un ciego, con solo oirlos, de su estatura. Quien quiera que recuerde todos los individuos de esta especie que conoce ó ha conocido, convendrá en que tenian todos los defectos notables de talento ó de corazon, ó de uno y otro á la vez. Por cierto, nuestra intencion no es afligir á los seres desgraciados á quienes demasiado ha maltratado ya la naturaleza; pero si una constante esperiencia ha demostrado estas verdades, es inútil tratar de desconocerlas: debe aconsejárseles, lo mismo que á los encargados de su educacion, que procuren enmendar los defectos de su conformacion con las perfecciones del alma.

Cólera. Movimiento impetuoso suscitado por el odio, la injuria

ó el desprecio, la ofensa y cuanto supone intencion de hacer daño y lastimar. Hombres hay que se irritan contra sí mismos, despechados de haber cometido alguna falta, tenido alguna pérdida, sufrido un castigo ó afrenta por su propio engaño, por falta de atencion, ó á consecuencia de sus pasiones. El carácter colérico anuncia un síntoma de sufrimiento y desazon interior. Las personas mas vanidosas son tambien las mas susceptibles; por eso se las ha comparado á una vejiga llena de aire, de donde una punzada de alfiler basta para hacer salir tempestades. Esta es la causa por qué la arrogancia de los poetas, de los artistas, de los sabios, y hasta de los aficionados á quimeras, se exaspera fácilmente, y guarda un rencor implacable contra cualquiera que no respeta sus ídolos. Lo mismo que don Quijote, sacan á relucir su tizona por su Dulcinea. Si los débiles y pobres, creyéndose demasiado á menudo objeto de desprecio, se vuelven irascibles y suspicaces, los grandes y los ricos, inflados por la vanidad que les inspira su fortuna, se estrellan por el menor olvido de los respetos que creen debérseles: en fin, la viva sensibilidad de las muejres, de los niños, de seres delicados, engendra pequeños pero continuos choques, conserva las semillas de las rencillas, sobre todo á causa de las preferencias sociales, que tantos disgustos ocasionan en la vida. Todos los dias vemos hombres, en quienes la cólera ha llegado á ser ya una especie de necesidad; buscan ocasiones de estrellarse con todos; su mayor impaciencia es cuando ven que no se les contesta mal, porque es absolutamente preciso encontrar contra quien desfogar su mal humor habitual. A estos genios violentos que no saben irse á la mano, es cosa consoladora poder oponer el ejemplo de Luis XIV, que arrojó su baston por el balcon, por no sacudir á Lauzun, que acababa de ofenderlo gravemente: del mismo modo se portó Focraber: «Te sacudiria si no estuviera encolerizado», dijo á un esclavo que lo habia incomodado. Leibnit ha conservado en un epígrama latino una anécdota singular sobre un zapatero de Leide. Siempre que habia oposiciones en aquella universidad era seguro encontrar allí á nuestro ente. Uno que lo observó le preguntó si sabia latin.—«No, respondió el artesano, ni quiero tampoco tomarme el trabajo de entenderlo.—¿Por qué venís pues tanto á esta asamblea donde no se habla sino en latin?—Es porque me gusta juzgar de los golpes.—¿Y cómo podeis juzgar de ellos sin entender lo que se dice?—Yo tengo aquí para mí otro modo de juzgar: cuando conozco en la cara de alguno que se enfada y monta en cólera, saco por consecuencia que le falta la razon.»

Compañia. La buena compañia, dice Duclos, se asemeja á una república dispersada: encuéntranse sus miembros en todas las clases: independiente del estado y del rango, solo se encuentra entre los que piensan y sienten del mismo modo, siendo sus ideas justas y sus sentimientos honrados. Siendo la política la espresion ó la imitacion de las virtudes sociales, el buen tono y el saber vivir dependen sobre todo del cuidado de observar y de la costumbre: el primero nos ayuda á instruirnos en las prácticas, la segunda nos hace fácil de ejecutar lo que hemos observado. Conviene pues ante todo aplicarse á buscar una buena compañía; ¿pero dónde se encontrará fijamente? Por lo que á nosotros hace, nos sería bien difícil satisfacer á esta pregunta, porque creemos que la buena compañia, tal cual la apinta Duclos, es cosa muy escasa en todas partes. Con todo un escritor, de cuyo nombre no nos acordamos, no es de este parecer. «Las clases elevadas, dice, atentas sin interrupcion á grandes intereses de fortuna ó de ambicion, llevan á sus brillantes reuniones usos serios, casi diplomáticos, cuya solemnidad destierra la franqueza y libertad. Las diversiones del pueblo, inventadas mas bien para atolondrarlo que para divertirlo, no son para el observador sino un espectáculo, pocas veces guiado por el gusto. Las costumbres y la educacion de los grandes y del pueblo tienen por otra parte muchos puntos de semejanza, para encontrar en ellas los elementos de la buena compañia. Los hijos del pueblo vegetan en la ignorancia por falta de medios para instruirse; los grandes por el desprecio de las ciencias. Es pues en un justo medio donde conviene buscar casi esclusivamente la buena compañia; en esa clase afortunada, que gozando de la *aurea mediocritas* de Horacio, no tiene las ideas abatidas por el trabajo servil, ni trastornada la cabeza por ideas ambiciosas. Las reuniones de esa clase están llenas de atractivos; allí se encuentra divergencia de opiniones, de genios, de intereses, pero ningun principio dominador ni uso estraordinario.» Esta opinion estará lejos de ser rehusada por la generalidad de nuestros lectores, y cualquiera que *piense* bien, y *sienta* bien, tendrá derecho de llamarse y creerse buena compañía.

Comparaciones. La comparacion trata de personificar y ponernos delante de los ojos el objeto descrito. El uso de esta figura exige mucho tino y buen gusto. Sería de hecho inconveniente si dijésemos delante de las personas cuya profesion ajan las comparaciones injuriosas: *charlatan como un médico; codicioso como un procurador; chismoso como un abogado;* y así de otras. En fin, la política y el gusto tampoco admiten las comparaciones, cuando son usadas ó triviales, como son por ejemplo las siguientes; *negro como la chimenea, bueno como el pan blanco:* cuando son hinchadas y rebuscadas, como estas: *sabio como las musas: fresca como las praderas, etc.*

Compasar. Es medir el pensamiento y enunciarlo con una precision rigorosa, y por decirlo así, matemática:

Mas me gusta un loco que dice cuanto le ocurre,
que esas gentes sombrias, obstinadas en su silencio,
ó que no dicen nada que no sea compasado.
(DESTOUCHES.)

Complacencia. Es entre las prendas sociales una de las mas preciosas. Consiste en hallar placer en hacer lo que agrada á los demas. Sin ella desaparecen las satisfacciones de la sociedad, las ventajas y dulzuras de la intimidad. Exige el sacrificio de nuestros gustos, de nuestras comodidades, de nuestros goces y de nuestras miras personales. La complacencia es la señal mas segura de una bondad afectuosa: se complace en anticiparse á los menores deseos. Inspirado por el deseo de agradar, es al mismo tiempo el medio mas seguro de conseguirlo. En una palabra, la complacencia es una moneda con que cada uno puede pagar, con muy poco gasto, su escote en el mundo. Siempre os tiene cuenta pagar así.

Conciertos. Los conciertos públicos, que en nada se diferencian de una funcion teatral, no están sujetos á reglas particulares: la conducta que en ellos debe observarse la dictan las reglas generales del uso y de la política. No podemos pues hablar aquí sino de los conciertos de aficionados. ¡Dios os libre de que vuestro semblante revele en semejantes conciertos la incomodidad que sufren vuestros oidos, si acaso os hallais en alguno donde se cree que están dando una música, porque hacen rechinar discordemente cuatro ó seis instrumentos! Si teneis nervios, y no podeis reprimir algunas muecas de reprobacion, apoyando la frente en la mano, cubrid la cara con el pañuelo, y aparentad la inmobilidad estática de un *dilettanti*. Muchas veces sucede que despues de haber terminado un convite, la señora de la casa pasea un rato sus dedos por las teclas de su piano; en ese caso un poco de paciencia y política: tiene mucho derecho para desollaros el tímpano durante un cuarto de hora, despues de haberos regalado los demas sentidos durante medio dia entero. Si entendeis de música, es preciso plantarse detras del atril, alerta para volver la hoja. Aficionados de todas clases, tocad y cantad en lo mas retirado de vuestra casa, si en ello encontrais gusto; pero no cedais jamás á las instancias que os hagan para haceros cantar en una reunion; considerad que tales instancias son promovidas mas por la política, que por las ganas que tengan de oiros.

Confianza. El trato de las gentes bien educadas no puede sostenerse sin alguna especie de confianza: debe ser igual de una y otra parte: es menester que cada uno tenga tales trazas de seguridad y de discrecion, que no dé lugar á temer que pueda decir nada por imprudencia.

Confidencia. Es siempre un depósito sagrado que se debe conservar con todo respeto, so pena de hacerse indigno de la confianza del que os la ha hecho. El que recibe una confidencia, debe ocultarla con una discrecion absoluta: es un secreto que no le pertenece: divulgarlo sería una bajeza, y tal vez una vil y vergonzosa traicion. La confidencia es la prueba mas fuerte y la mas natural de la amistad. Un hablador acaba de contar á cuantos encuentra, aunque apenas los conozca de vista, un secreto de grande importancia, y le encarga que no se lo diga á nadie. «Pierda V. cuidado, le dice su confidente; seré cuando menos tan discreto como V.»

Consejos. Los consejos son una cosa muy buena, es muy cierto; y sin embargo son cosa que las mas veces incomoda á las gentes. Un consejero que repite á todas horas *yo en vuestro caso haria tal cosa*, revienta á cualquiera con su vanidad é indiscrecion. El tal impertinente debia saber que los consejos no deben darse sino cuando se piden, y que los que los piden son muy pocos: con todo eso, aquí no tratamos de esos consejos vanidosos de costumbre, sino de los consejos que el afecto y la obligacion justifican. Conviene darlos con mucha reserva y miramiento, porque de otro modo parecerian dados con un tono de superioridad, que podria prevenir el amor propio del mejor amigo contra los consejos mas prudentes. En casos semejantes no están demas las fórmulas de la modestia: *puede ser que yo me engañe: yo mismo estaria bien lejos de tener la resolucion que os aconsejo: mi parecer no puede tener gran peso, pero es este: etc., etc.* Si os hacen algunas objeciones, no digais, *V. no me ha comprendido*, sino *me he esplicado mal, etc.* Hé aquí otros aforismos que pueden tambien ser útiles: No pidais muchos consejos, temiendo no os llegue á pesar despues el no haberlos seguido. Si poneis en práctica alguno, procurad que el que os escucha crea que lo ha dado él mismo.

Consideracion. Se ha repetido demasiado que una buena casa y una buena mesa bastan para dar consideracion en el mundo, porque ¿se puede obtener mucha consideracion sin tener una buena casa y sin dar ningun banquete? La riqueza atrae á los parásitos y á una multitud de ociosos; lisonjas ridículas y sin alma: este es todo su imperio, cuando no la acompañan el poder ó el mérito. La consideracion es un sufragio universal que no se refiere sino al tono, al talento, á los modales, y al decoro esterior de la conducta. La virtud no es absolutamente indispensable para la consideracion; pero el vicio desca-

rado y su apariencia la pierden siempre. Las cosas que menos se avienen con la consideracion son un mal tono, la indiscrecion, la impolítica, la inexactitud en el cumplimiento de sus obligaciones, y aun otras mas frívolas, como la costumbre de mentir, la fatuidad, y la falta absoluta de genio. Nunca se ha visto que en el mundo hayan tenido verdadera consideracion los tontos, los chocarreros, los embusteros y charlatanes. El mundo, ligero en las pláticas de sociedad, es siempre severo, delicado, justiciero y moral en todas las leyes que él mismo ha establecido. La consideracion pública era el blanco de madama Geofrin, el blanco de toda su vida; pero la queria á la vez general y tranquila, calculándolo todo para que nada suyo escitase la envidia. Hacer todo el bien posible y respetar los usos establecidos, ¿no es el mejor medio de ponerse al abrigo de todo cargo y de evitar todo escollo?

Consonantes. Es costumbre de ciertas cabezas pobres desvirtuar ó suprimir ciertos consonantes como demasiado ásperos á la pronunciacion, y como si pudiesen atender los órganos sensibles y delicados, cosa que embrolla mucho el sistema de articulaciones; y esto solo porque personas mas ó menos notables en la sociedad, especialmente de ciertas clases y provincias, tienen semejante defecto ó afectacion. Afortunadamente todas las personas juiciosas que componen la gran mayoría, miran como deben semejantes necedades, tratando con igual desden á tales fatuos y á sus discursos.

Contar (talento para). El talento para contar de una manera agradable, no es cosa rara, pero hay muchos modos de contar. Algunas personas cuentan en pocas palabras y estilo conciso, porque escogiendo las circunstancias principales, las refieren con precision, omitiendo los pormenores. Otros poseen el arte de contar minuciosamente sin cansar, adornando las circunstancias mas insignificantes, y pintándolas con viveza. Algunos narradores cuentan friamente, y esta misma frialdad hace resaltar mas lo que el cuento encierra de picante, como un fondo oscuro hace brillar mas los colores vivos. Otros cuentan con mas jovialidad, y hacen reir con las gracias que esparcen en sus relaciones, aunque se rien los primeros ellos mismos. Unos son pantomímicos, y remedan la voz y los gestos de las personas que introducen en sus diálogos: estos son cómicos; los demas solo historiadores. Todos estos modos de contar tienen su agrado: cada cual debe ceñirse á la mas análoga á la flexibilidad de su talento y á la naturaleza de su índole, y aun á su misma figura y disposicion corporal. Por ejemplo, una muger hermosa no debe gesticular contando, porque los movimientos violentos, las muecas, las mudanzas de la voz y del semblante, fatigarian á los circunstantes en vez de divertirlos, por contrastar demasiado con sus gracias y los encantos de su hermosura. Afortunadamente, las mugeres, como saben bien lo que las afea ó embellece, caen pocas veces en esta falta. Por lo mismo las personas que tienen semblante y trazas desgraciadas, las que declaman mal y son de carácter frio, deben abstenerse de referir cómicamente: el tono frio é igual les cuadra, pero no pueden sostener el otro hasta el fin. Madama Geofrin puede ser citada como un modelo en este género. Su verdadero talento consistia en contar sin rodeos, sin pretensiones, como si solamente tratara de dar pié á otro mas hábil ó mejor inspirado que ella. Un dia dijo á un caballero jóven que comiendo en su casa trinchaba con mucho trabajo un ave, y no salia mas airoso de una larga relacion: «Permitidme, caballero, que os advierta que á vuestra edad sería bueno tener largos cuchillos y cortas historias.» Si le tocaba á ella referir algun suceso ú ocurrencia feliz, y se le pedia que citase el autor, «no recuerdo, respondia, quien ha venido á clavar este alfiler en mi almohadilla.»

Contradictor. Algunas personas parece que contraen la obligacion de hacerse incómodas y fastidiosas en todas las reuniones que frecuentan. Todo su prurito es contradecir, sin miramiento á las personas que están hablando, ni á las cosas que relatan. Sin dejar acabar la palabra, se anticipan á negar la asercion de otro; y si él aparenta que se acomoda á su opinion, y conviene en que se ha equivocado, entonces se les ve amostazarse y porfiar tenazmente que el otro tenia razon. Molière hace en el *Misántropo* la siguiente pintura de un contradictor:

> Nunca le gusta lo que piensan otros,
> sigue siempre la opinion contraria;
> y pensaría que pasaba por una persona vulgar,
> si se le viese de acuerdo con otro cualquiera.
> La manía de contradecir está tan arraigada en él,
> que muchas veces da armas contra sí mismo;
> y combate sus verdaderas opiniones
> luego que las oye de boca de otros.

Morellet cita tambien el siguiente diálogo, que dice haber oido él mismo. Dos hombres estaban recorriendo un arsenal, y dijo el uno: *¡Vaya una madera hermosa!—Todo lo contrario*, dijo el otro, *no vale nada*. El primero se acercó, y fingiendo que la estaba observando con mas atencion, dijo: *En efecto, está carcomida la mayor parte.—¿Carcomida dices? Ni señal siquiera. Yo me engañé antes, porque la madera es de la mas sana que en mi vida he visto.* Cuando la mala estrella nos ponga en contacto con uno de esos espíritus de contradiccion, no pensemos en trabar con ellos discusion alguna; mas vale ceder. Aunque tuviésemos mas lógica que Aristóteles y mas elocuencia que Demóstenes, siempre saldriamos perdiendo con él. ¿Cómo hemos de tener razon jamas con unas personas que tienen sus delicias en estar en perpétua oposicion con todos, con el buen sentido, con la razon, con la evidencia, y muchas veces con su misma opinion? Hemos tenido precisamente nosotros mismos la desgracia de conocer el tipo de esta especie de personas. ¡Era por cierto un interlocutor de lo mas estúpido! Si uno sacaba su reloj, sin falta tenia que ir atrasado ó adelantado algunos minutos; estaba muy seguro de ello, porque por la mañana habia arreglado el suyo por el de Palacio ó el de la Puerta del Sol. Si se hablaba de una noticia publicada por algun periódico, era falsa: él habia leido otro mejor enterado que la contaba de otro modo. Aplaudia estrepitosamente á los actores mas desacreditados; solo alababa las obras abortivas y las piezas silbadas. El que tenga la desgracia de dar con algun necio de estos, póngase siempre de su opinion; y como su única delicia es disputar, por sí mismos pondrán fin á poco rato á una conversacion, que para ellos no tiene ningun atractivo.

Contradiccion (espíritu de). El espíritu de contradiccion es una propension del hombre á oponerse á las ideas ó sentimientos que tratan de hacerle adoptar, ó á las acciones que quieren hacerle ejecutar, precisamente por lo mismo que ve los esfuerzos que hacen para inspirarle semejantes ideas y pensamientos, ó que se le exigen tales acciones. En efecto, siempre que oimos sentar una proposicion, una opinion, un simple hecho con autoridad; siempre que se nos exige una accion, un movimiento, nos sentimos tentados, aunque no sea mas que ligeramente, á dudar, á negar, á rehusar: en una palabra, á contradecir. No solamente esperimentamos esta propension á contradecir, sino que la dejamos conocer en sociedad, y tenemos que ceder á ella á cada paso. Todo lo que la cortesía y el uso pueden lograr, es revestirla del modo menos desagradable posible. Se la presenta con el aire de duda modesta, con el deseo de una esplicacion mas clara, de un escrúpulo: *Permítame V. que le pregunte..... Hágame V. el obsequio de esplicarme cómo..... Sin embargo, he oido decir..... Acaso eso no será enteramente exacto, etc., etc.* Pero no por eso deja de ser una contradiccion real. ¿No es acaso la contradiccion la que provee esas minas inagotables de conversaciones frívolas de tantas personas como se reunen en las grandes ciudades, reducida casi esclusivamente á dudar de lo que otro afirma, á modificarlo y combatirlo? Y la política de la conversacion, ¿qué otra cosa es mas que una atencion no interrumpida á ocultar cada uno su espíritu de contradiccion, y á no escitar demasiado vivamente el de los otros?

Conveniente. La observancia de lo conveniente es la conformidad exacta y escrupulosa de la conducta y de las palabras con el gusto, las costumbres y la urbanidad. Lo conveniente se regula segun la edad, la índole y estado de las personas, los lugares y las circunstancias que nos rodean. No olvidemos tampoco que lo conveniente se

acomoda del mismo modo á la topografía, y que debe variar segun los diferentes lugares y climas: así una frase, una chocarrería que sería, de efecto escelente en las Vistillas, sería muy mal oida en los barrios céntricos de la corte; un cuento que haria furor en el barrio de Lavapies, haria salir los colores en una reunion de gentes medianamente educadas. Es menester tener en cuenta el traje, la educacion de las personas y su posicion social: y segun esto, no debemos hablar de modas al lado de un frac que cuenta medio siglo, ni de buena salud delante de una cara macilenta y consumida; ni de la fortuna en presencia de un buen hombre á quien ha arruinado una bancarrota, una revolucion ó un empréstito español. Luis XVIII estaba dotado de un raro espíritu de política; así es que daba mucha importancia á la rígida observancia de lo conveniente. Casi todas las mañanas convidaba á desayunarse al comandante de su guardia, á algunos grandes oficiales y al gentil-hombre de servicio. Como tenia costumbre de decir que la exactitud es la política de los reyes, queria que fuesen muy exactos en la hora, y que desempeñasen bien su oficio; de lo contrario, solia dar lecciones que no dejaban de llevar malicia. Un dia llegó el gentil-hombre largo rato despues de haberse sentado el rey á la mesa, y se escusó lo mejor que pudo. Era el conde Amades de P.... S. M. le hizo servir los mejores platos que guardaban aun en la mesa, y le preguntó si estaban á su gusto. «Señor, dijo el gentil-hombre, nunca pongo atencion en lo que como.—Tanto peor, respondió el rey: es necesario, señor P..., poner atencion en lo que se come y en lo que se dice.»

Conversacion. (*Su definicion.*) ¿Definiremos la conversacion? ¿pero á qué fin? La conversacion ha sido definida de mil modos. Moralistas, filósofos, poetas, todo el mundo se ha ocupado de ella, hasta las personas que definen todo... lo que es indefinible. Han aguzado los puntos, redondeado las antítesis, alambicado las frases, tratando de dar una idea justa y precisa de esta comunicacion del pensamiento por medio de la palabra. Nosotros hemos buscado, hojeado y registrado todas las obras, tanto antiguas como modernas, con la esperanza de encontrar en ellas una definicion satisfactoria; pero, preciso es advertirlo, nuestras diligencias han sido infructuosas: tanto griegos como latinos, ingleses como franceses, modernos como antiguos, nos han dejado en ayunas. Con todo, como podria suceder que algun sábio instruido en la lengua china ó en algun dialecto del Indostan, tuviese un gusto maligno en convencernos de ignorancia ó ligereza en nuestros asertos, debemos advertir que nuestras investigaciones no han llegado tan lejos. ¿Qué importa por otra parte que cierto mandarin, cierto brahma haya definido la conversacion ingeniosa, exacta, claramente, ó de un modo diferente? Sin saber precisamente lo que se llama propiamente conversar, todos saben poco mas ó menos lo que debe entenderse por esta palabra, que afortunadamente nada tiene de comun con los *shibboleth*, *higgaion ó selah* (1). La conversacion es la comunicacion de las almas entre sí por medio de la palabra; es el acto en que muchas personas, reunidas voluntariamente ó por casualidad, y movidas por el instinto mútuo de benevolencia y union afectuosa, ponen en comun familiarmente y sin estudio, pero sin ofender jamás al gusto ni á la elegancia, todo cuanto tienen mas escogido en la imaginacion, en la sensibilidad, en la razon, sobre un asunto cualquiera, llegando á sacar provecho y recreo unas de otras por este delicado contacto de pensamientos, y exaltacion agradable que produce; es un banquete en que todos los concurrentes toman parte y gozan; es una especie de comercio de unas almas con otras, en el que todas se enriquecen con las producciones recíprocas. «Una reunion de personas de buena disposicion y crianza, que se juntan para entretenerse é instruirse á la vez, en una conversacion agradable, con la comunicacion de sus ideas y pensamientos, me ha parecido siempre, dice Delille, la mas feliz representacion del género humano y de la perfeccion social. Cada cual lleva allí sus deseos y medios de agradar, su sensibilidad, su imaginacion, su esperiencia, todo embellecido por la política, y medido por la decencia; allí reina un mútuo instinto de afectos benévolos, un dulce sentimiento de confianza, inspirado por el carácter y afianzado por la costumbre; allí sin reglamentos ni obligaciones reina una dulce policía, fundada en el respeto que se inspiran mútuamente las personas en reunion, por la necesidad que tienen de parecer bien, y por una especie de pundonor que delante de muchos oyentes y testigos rechaza cuanto puede ofender, parecer malo é injusto; allí una palabra, una mirada, hace nacer una inclinacion, previene una falta, exige una atencion, descubre la intencion, reprime la petulancia; allí el talento, ejercitado por la observacion y la esperiencia, lee en los ojos y en el semblante, en el aspecto de cada uno, lo que su amor propio teme ó desea conocer, y asegurando á la sociedad el equilibrio de pretensiones opuestas y de vanidades rivales, forma de todo que podria parar en luchas y combates la conformidad mas armoniosa, hace que los hombres en sociedad se agraden recíprocamente, les inspira deseos de volver á verse, y la víspera prepara los goces del dia siguiente.»

Conversacion. (origen, historia y progresos de la). La conversacion, ese poder de los pueblos civilizados, ha seguido en todos los pueblos el progreso de las ideas: desde que los hombres pudieron salir de las especialidades de la vida material, y apreciar los fenómenos de que se veian rodeados, debieron sentir la necesidad de comunicar sus pensamientos. Esta necesidad se fué arreglando á medida que se aumentaba con la civilizacion, y la conversacion vino á ser un arte con sus principios y reglas. Entre los pueblos antiguos que se dedicaron al estudio de la filosofía, tomó la forma de verdadera conversacion, y Platon en la Academia, enseñando las leyes sublimes de la naturaleza y de la sabiduría, *conversaba* con sus discípulos. Pero milagro sería que conservase siempre sus formas tan pacíficas. El carácter del gobierno influye siempre mas ó menos en el de la sociedad. En Atenas y en Roma la plaza pública ó el forum era el teatro habitual de las conversaciones políticas. Allí los ambiciosos é intrigantes, escitados por los oradores apasionados, andaban por los corrillos de un populacho desenfrenado, acalorándolo con sus discursos; allí no se atendia ni á las insinuaciones de la amistad, ni á los consejos de la prudencia, sino á los gritos violentos del furor y de la exaltacion. Los espectadores y factores de estas escenas violentas las trasladaban á sus sociedades particulares, á los mismos sitios á donde los ciudadanos iban á conversar pacíficamente para entretenerse. Los que apoyaban ó seguian el partido de los que se disputaban el poder, conservando las impresiones que habian recibido ó comunicado, convertian el salon en un campo de batalla: ya no conservaban mas su propio carácter: cada uno era un Mario ó un Sila, un Pompeyo ó un César, un Antonio ó un Augusto, y combatia á favor de aquel á quien deseaba agradar, ó que venia mejor á sus miras interesadas. Allí se reproducian los gritos y los movimientos violentos é impetuosos que habian estallado en la plaza pública.—Entre las naciones modernas la conversacion siguió el génio de los tiempos, de los lugares, y de las opiniones reinantes: tomó el tono de la argumentacion y de la disputa; fué mística ó caballerosa en los tiempos de la edad media; pero luego tomó las formas elegantes y variadas, todos los tonos y colores. Fué viva, jovial, ligera, picante, mordaz; frecuentó los cafés con los literatos y los grandes señores, pero en ninguna parte fué mas amable y animada que en las salas de madama Geofrin y de Defant. Allí cada uno pagaba su tributo: el cuento, la anécdota, el epígrama, el pensamiento filosófico eran llevados allá todas las noches para entretener el buen humor

(1) Palabras hebreas sobre cuyo sentido no estan acordes los intérpretes.

y el tiempo, que con el nuevo dia esperaba nuevas riquezas que derramar. La conversacion veia entonces en estas reuniones pasar su cetro de mano en mano, y manejarlo cada cual á su manera, procurando añadirle algun atractivo. Figúrese cualquiera lo que seria en este tiempo una conversacion provocada por una muger amable, viva y de talento, y sostenida sucesivamente por D'Alembert, Voltaire, Diderot, madama de Chatelet, Pont de Veyle, la señorita de Boufflers etc. etc. Pero entonces todavía no reinaba, por decirlo así, sino en un círculo y hasta cierto punto inaccesible. Se hallaba en otras partes, se conversaba tal vez; pero la conversacion con todos sus encantos y con todas sus galas no existia realmente sino allí donde se hallaban sus dueños; todavía no tenia importancia y carácter nacional: se dominaba por su medio, pero su importancia no existia sino donde era vida.—Mas tarde, despues que Volter hubo entendido todos sus atractivos, hasta la intimidad del gran Federico, degeneró: la filosofía y la religion fueron sus objetos principales: todavía se oian esos sarcasmos llenos de gracia y de talento; pero con mas frecuencia los grandes maestros que la habian creado tan franca, tan picante y graciosa, la presentaron ultrajante y grosera. El espíritu del siglo era religioso é impío: la conversacion se volvió embustera y atea; no habló ya mas que un lenguaje florido, haciéndose el intérprete de todos los que clamaban por la reforma, y llegando pronto la revolucion, huyó asustada delante del reinado del terror.—Luego que, despues de una larga série de tormentas revolucionarias, volvió á reinar la calma, reapareció la conversacion, empezando por dejarse oir en los salones republicanos; pero es menester advertir que entonces no conservó ya las formas graciosas y finas, ni el espíritu festivo, picante y original que tantos encantos la daban. Resucitó, pero arrogante, séria, altanera, desnuda de aquella urbanidad tan apetecida de las gentes ilustradas.—En los reinados del absolutismo era bien acogida en una reunion; se la veia sostenida por talentos privilegiados, adoradores distinguidos y mugeres célebres por ella; pero pesaban sobre ella leyes severas, que le señalaban la senda que tenia que seguir; la policía era su regulador y su freno.—Pareció que la conversacion renacia con los gobiernos constitucionales; en efecto, libre de añejas trabas, alegre y festiva, empezó á cebarse en todos los abusos, á discurrir en amable concurrencia sobre los reyes y su política; á hablar, muchas veces con poco respeto, de sus señores; creyó que podia llegar sin peligro á las antiguas libertades, hablando contra esa carcomida nobleza llena de escudos, de ceño y de rencor, que vejetaba en todas las naciones; pero fué reprimida: el miedo le embargó la voz, y desde entonces no osa hablar, sino callandito, de las necedades y disparates de sus enemigos y de los rancios privilegios. Deseemos que, cesando las causas que hoy dia la hacen suspicaz y recelosa, volvamos á encontrarla siempre decorosa y digna, pero al mismo tiempo jovial y cortés, anatematizando todas las especies de fanatismo y de ridículo, evitando las disputas y personalidades, y desnuda de las preocupaciones y ódios de todo partido.

Conversacion (utilidad y necesidad de la). Siendo un medio de placer y de felicidad, tan útil, tan inocente, tan fácil para todas las personas, tan conveniente á todas las edades y condiciones de la vida, no podia tampoco la conversacion escapar de la mordacidad de la sátira. Con la variedad de sus fases é infinidad de objetos que abraza, abria un campo soberbio á la malignidad de los poetas; y precisamente porque ofrece una fuente inagotable de solaces, debia del mismo modo ser el blanco de las declamaciones de los moralistas. Unos y otros han imitado en esto á las dos mugeres de la fábula, que arrancando una los cabellos negros y otra los blancos, dejaron calva á la pobre que habian tomado por su cuenta. ¿Quién no sabe por otra parte que se necesita algo de exageracion para hacer impresion y desvelar nuestros sentidos adormecidos? Los poetas y los moralistas la han conocido bien, y asi no se han contentado con atacar los defectos reales de la conversacion, defectos que despues de todo son en bien corto número, sino que se los han forjado imaginarios, recreándose de ese modo en engendrar fantasmas á propósito, cuando mas, para asustar chiquillos. Pero criticar la conversacion porque á veces encierra algunos abusos, ¿no es lo mismo que proscribir el vino porque produce la embriaguez, y el sueño porque á veces las pesadillas turban nuestro espíritu? Un poeta cómico que queria pintar los vicios del gran mundo, pudo decir con mucha razon:

La mentira preside las conversaciones
dirige los discursos y arregla los gestos;
y á esta falsedad dan el nombre de política.

Pero juzgar de la conversacion y de la urbanidad, tan íntimamente unidas, por estos versos, seria tan absurdo como mirar á la mogigata como el tipo de la devocion. La urbanidad y la conversacion de ese modo definidas no son mas que la hipocresía de la conversacion y de la urbanidad, como la devocion de la Mogigata de Moratin no es mas que la hipocresía de la verdadera devocion. ¿Qué prueban las sátiras mas ó menos finas, mas ó menos ingeniosas? Los talentos mas privilegiados y mejor intencionados no han cesado de proclamar la alta importancia de la conversacion. La conversacion, dice Saint-Evemont, es un bien peculiar del hombre, lo mismo que la razon. Este es el lazo de la sociedad; por ese medio se mantiene el comercio de la vida civil, los hombres se comunican sus pensamientos, los carazones conciben sus afectos, empiezan las amistades y se conservan.» «La conversacion, dice tambien Svif, es la grande escuela del espíritu, no solamente porque ella lo enriquece de conocimientos que difícilmente podria beber en otras fuentes, sino porque lo vuelve mas vigoroso, mas justo, mas penetrante, mas profundo. La mayor parte de los hombres, aun de aquellos que mas han cultivado sus talentos, deben una gran parte de sus conocimientos á la conversacion.» Bien se conocerá que aquí no hablamos de las nociones elementales y primeras ideas sociales, morales, literarias etc.,

que comunica la educacion mucho antes de estar los hombres en el caso de hacer uso de la conversacion; aun acaso puede decirse con toda verdad que no son frecuentemente sino una amalgama de palabras y frases que no encierra ninguna idea bien concebida hasta que han sido debatidas, y pasado por el alambique de la conversacion. Queremos solamente hablar de las opiniones que cada uno ha podido examinar entre sí en la edad de la reflexion, y que ha recibido y adoptado en esta época, y estamos persuadidos de que este exámen y adopcion no se verifican en la mayor parte de los hombres sino por medio de la conversacion.

Conversacion. (Su influencia en la felicidad). Los desgraciados mortales, para quienes el tiempo, ese tesoro inapreciable, está muchas veces tasado, encuentran en la conversacion una distraccion tan inocente como agradable. Sea cual fuere la causa de la necesidad

que hay de conversar, ello es que existe, y esta necesidad la sienten los hombres, principalmente despues del trabajo, del estudio y de los

negocios. Aun es mas exigente en los ricos que no estan sujetos á ninguna especie de ocupaciones; pero sobre todo domina á las mugeres, dotadas de mayor sensibilidad, y condenadas por su mismo sexo á una vida mas monótona. ¡Qué deliciosa ciudad es Venecia! decia un dia una señora.—¿Y qué ha encontrado V. allí tan encantador? le preguntó uno.—*Allí estaba hablando todo el dia*, respondió la señora. La necesidad de la conversacion suministra sin cesar nuevo alimento al instinto social, que conduce á los hombres á reunirse para comunicarse sus esperanzas y temores, y penas y placeres. Hasta entre las hordas selváticas se tienen estas reuniones sociales, ni mas ni menos que entre las personas mas finas de una ciudad. Semejante al iman, la necesidad de conversar reune muchas veces y relaciona á las personas mas indiferentes. Considerada como un medio de reparar las fuerzas ó de buscar nuevas sensaciones, la conversacion tiene parte en otras diversiones, y es en sí misma tan inocente, como lo es un paseo ó una partida de ecarté. Contemplad al hombre retirado en la soledad, bien lo haya llevado á ella algun pesar ó la necesidad; esta costumbre de vivir aislado le inspira una negra misantropía, que le hace mirar como á sus enemigos á todo el género humano; la desconfianza y la inquietud le sitian en todas partes; es un verdadero desgraciado. Pero si la casualidad conduce á su retiro á algun amigo que se haya acordado de alguna relacion antigua, ¡con qué alegría es recibido! ¡con qué afan le pregunta para que le dé nuevas del mundo! Es inútil que abrace un género de vida que resiste su corazon y desaprueba su pensamiento; no puede resistir á ese instinto que le arrastra hácia sus semejantes; todavía conversa, y difícilmente podrá su interlocutor satisfacer á cuanto exige su curiosidad. Su semblante se ha despojado de ese velo adusto que lo tiene siempre contristado; la sonrisa ha vuelto á asomar á sus labios; es feliz, porque con una conversacion de algunos instantes ha podido, por decirlo así, reconciliarse con la humanidad. Hé aquí una humorada bastante singular, pero que á pesar de todo no pasa de ser una humorada. Timon cenaba un dia con Apemanto, otro misántropo como él, celebrando juntos la fiesta de las *libaciones fúnebres*. Despues de un largo rato de silencio, Apemanto esclamó lleno de alborozo: «¡Oh Timon, qué cena tan agradable!—Sí, respondió Timon, si no hubieras asistido tú.» En una reunion de personas que se estiman y se aman, el sentimiento de la fuerza, que nos es tan necesaria en medio de las vicisitudes de la vida, toma mayor intensidad. Conociendo cada cual las disposiciones comunes, hace en su pensamiento la aplicacion de las fuerzas de los demas á sus propias necesidades. Se dice á sí mismo, y aun está seguro, de que en caso de necesidad, hallaría apologistas, si fuese calumniado; protectores, si algun contratiempo lo arruinase; consejos, si su inesperiencia lo espusiese á algun tropiezo; en fin, consuelos, si algun pesar llegase á afligirlo. Esta confianza, asegurada por la costumbre, lucha contra los vagos temores que algunas veces nacen en nuestra imaginacion, ó que escitan las intrigas de nuestros enemigos. En esto consiste sin duda que los pueblos que viven mas unidos para su mútua conservacion, parece que no tienen un gran temor por su porvenir. Podrian hallarse ejemplos en París y en Venecia.

Arte de conducirse en todas las circunstancias de la vida —El colegio.

Conversacion. (Su influencia en las opiniones.) La disputa, miradada científicamente, presta grandes servicios á los libros y á la reflexion individual. No teniendo ni el mismo génio, ni los mismos talentos, ni la misma flexibilidad de espíritu, hallan los hombres en ella un verdadero tesoro comun, donde cada uno deposita y saca á la vez. Esta especie de conversacion sustanciosa y animada, al mismo tiempo que esclarece todas las ideas cotejando unas con otras, escita la curiosidad, pone y mantiene en vela la atencion, ofrece recursos al pensamiento, haciéndole descubrir sin cesar nuevos puntos de vista que hasta entonces se le habian escapado. Lo menos que podemos ganar con el contacto de gentes de opiniones diversas, es aprender á reconocer la estrechez de nuestras miras, á ser de dia en dia menos esclusivos y mas tolerantes; porque el espectáculo de opiniones encontradas sostenidas con iguales ventajas por hombres igualmente hábiles, es un preservativo escelente contra el fanatismo y las utopías de todas especies. Añadamos á esto, que obligándonos la disputa á formular nuestros pensamientos, y á presentarlos por el lado y en el órden mas favorables, nos vuelve limpios, precisos y claros en nuestros discursos, comunicando á nuestra alma viveza y flexibilidad. Pero nuestras disputas raras veces paran en lo que debian ser para tener estos felices resultados, es decir, en discusiones pacíficas, agenas de otras miras é interés cualquiera que no sea el de la verdad. Por lo comun solo tratamos puntos de amor propio. Estas no son las mas veces sino querellas y altercados con que cada uno defiende su opinion, no porque la crea mas verdadera, sino porque es la suya; y ved aquí por qué la palabra *disputa* ya no se emplea hoy dia sino en mal sentido. Es muy sabido aquello de Rhuliere:

Quien *discute* tiene razon,
quien *disputa* sinrazon.

Puede refutarse lo que decimos aquí acerca de la influencia que la conversacion tiene en las opiniones con esta observacion tan comun, que de las discusiones que se traban en la sociedad, los dos antagonistas salen regularmente con las mismas opiniones que al principio. Pero á esto respondemos, que á pesar de la dificultad de convencer al que lleva la peor parte en la disputa ó discusion, no es menos cierta la influencia de la conversacion en las opiniones: primero, porque los que son meros y desinteresados espectadores del combate, forman su opinion despues de haber oido las razones que han alegado los dos contendientes: segundo, porque aun el mismo que está en error, y durante la disputa cierra los ojos á la verdad, por no confesarse vencido delante de los demas, no conserva esa misma obstinacion cuando despues á sus solas reflexiona á sangre fria, y muchas veces llega por sí mismo á adoptar las ideas que habia combatido. No tenemos necesidad de declarar que los hombres en quienes la animacion de la conversacion desenvuelve y perfecciona de este modo los recursos naturales, son los hombres de talento y de buena fé; porque los espíritus superficiales y vanos, y los hombres de partido para quienes la conversacion no es mas que una arena donde combaten como gladiadores, y que no tratan sino de conseguir una victoria aparente, y no de llegar á aclarar la verdad, estos no hacen sino volverse aun mas superficiales, y aferrarse mas en sus opiniones.

Conversacion. (Su influencia en la moral y en la sociabilidad.) Uno de los efectos, y no el menos interesante, de la conversacion, es el contribuir á perfeccionar la moralidad y la sociabilidad del hombre. La moral de la conversacion tiende naturalmente á ser buena. Un hombre muy bien puede formarse y profesar máximas inmorales, mientras no habla sino consigo mismo; pero en el comercio recíproco de los hombres es imposible que se establezcan máximas morales, que se quiera con buen resultado hacer pasar al vicio por virtud: no pueden atacar descaradamente los principios generales de la moral, ni negar su justa aplicacion. La justicia es una necesidad del hombre, y tiene tanto imperio sobre él, que fuera de los tiempos de desórden, en que domina el espíritu de partido, no se la puede atacar á cara descubierta, y todos, por el contrario, se precian de rendirla homenaje. Lo que acabamos de decir mira las costumbres como buenas ó malas; pero consi-

derándolas como simplemente sociales, está reconocido que la actividad de la conversacion es el carácter principal y la causa mas eficaz de la perfeccion de la sociabilidad de las naciones. La comparacion de las naciones en que es mas activa la conversacion, con las en que es de uso menos frecuente, ha suministrado una esperiencia demostrativa de esta verdad. Si es cierto que entre todas las naciones de Europa es la Francia la que tiene un espíritu mas sociable, es porque en Francia es la conversacion mas frecuente que en ningun pais del mundo, y porque, aunque la conversacion está allí manchada de grandes lunares, estos defectos no impiden que produzca los buenos resultados de que hablamos aquí. Pero el decir que la conversacion hace á los pueblos mas sociables, no es sino repetir una verdad trivial. «Me parece, dice el abate Morellet, que cuanto se ha dicho hasta el presente sobre esta materia ha sido demasiado vago, y que no se ha aplicado una idea bien clara á la palabra *sociedad*. Es necesario, en mi opinion, distinguir la simple union de los hombres, que aunque reunidos, no tienen entre sí otro comercio que el relativo á sus necesidades físicas, de otro comercio menos necesario, pero mas íntimo, por cuyo medio quedan satisfechas las necesidades del espíritu, y al que es menester atribuir los principales efectos que produce entre los hombres el estado de sociedad. Esta distincion derrama mas claridad en la cuestion que estamos tratando, y nos hace reconocer la conversacion como una causa poderosa de los adelantos de la especie humana mas allá del simple estado de sociedad. No temo decir que el primer grado de sociabilidad producido por la reunion de los hombres en sociedad política, es poco considerable comparado con el que proporciona el comercio de estos hombres reunidos, cuando se comunican sus ideas por medio de frecuentes conversaciones. Supongamos que unos salvajes que constituyen de improviso una sociedad reuniendo sus familias, pierden ciertamente con solo dar este paso parte de su ferocidad; las nuevas relaciones que los unen desarrollan en ellos sentimientos de humanidad y beneficencia que nunca habian conocido: pero si suponemos tambien que los gefes de estas familias reunidas continúan dedicando la mayor parte de su vida á la caza, cada uno por su lado, como sucede en las naciones de salvajes en América, serán muy pequeñas las diferencias que distingan estos salvajes reunidos, de los errantes y esparcidos por las florestas y bosques. Supongamos tambien que estos salvajes que viven reunidos lo mismo que los pueblos civilizados de Europa, tienen un idioma reducido á un pequeño número de palabras relativas á los objetos de primera necesidad, faltándoles todas las que espresan los objetos abstractos en los pueblos civilizados, las ideas de los vicios, virtudes, obligaciones etc.; la moral de este pueblo será tan mezquina como su lengua. Tal vez conocerá y cumplirá con los primeros deberes que resultan de las estrechas relaciones entre padres é hijos, entre marido y muger; pero ignorará una multitud de otros sentimientos delicados, que tantas dulzuras derraman sobre la vida, y con los que se perfecciona y completa la civilizacion. En una palabra, las principales diferencias que distinguen al hombre civilizado del salvaje, son debidas á la conversacion. En el primero las sensaciones, las ideas, los deseos, los temores, en una palabra, todas las pasiones son modificadas de mil maneras por la accion de sus semejantes, de que se halla rodeado. Por medio de la conversacion las ideas se desarrollan, se modifican y se coordinan. Los arrebatos de las pasiones son contenidos, los gustos se purifican y templan; en fin, de ella es, si se puede decir así, de quien el hombre en el estado de la naturaleza recibe, si no sus primeros vestidos y los mas necesarios, á lo menos los mas cómodos y agradables.»

Conversacion. (Su influencia en la moda, los modales, y en todos los negocios del mundo.) Agradar es de necesidad general: hombres y mugeres hacen de esto un estudio de toda la vida; los primeros las mas veces por ambicion; las segundas casi siempre por coquetería. Esta regla no deja de tener muchas escepciones; pero de cualquier manera que contemplemos el mundo, hallaremos siempre en él el gran resorte que le imprime el movimiento. Este es un interés comun, un espíritu de cálculo que domina, y que pone en movimiento á todos los actores de la comedia social: todos se aplican á desempeñar su papel con el mayor arte y talento que les es posible. ¿A qué fin se dirijen con tanta perseverancia? ¿qué es lo que puede causar tantos esfuerzos, inspirar esa emulacion, esa rivalidad tan ardiente, que jamás se cansa ni afloja? Es el deseo de agradar. Este deseo templa la rudeza y grosería natural del hombre, manifiesta y desenvuelve por medio de la conversacion, y la costumbre de espresarlo engendra tambien la de sentirlo. Como el principal lazo social, la conversacion es á la vez un placer y una necesidad para todo el mundo: si se la aleja de la sociedad, la sociedad deja de existir: desaparecen todas las relaciones amistosas; las costumbres se vuelven silvestres y feroces; el amor no es ya sino un instinto brutal; la galantería, que tantos encantos proporciona á la vida del hombre civilizado, cede el lugar á los groseros movimientos de una naturaleza bárbara, y poco á poco desaparece la civilizacion. Volviendo á estenderse el gusto de la conversacion, hace renacer y florecer ese espíritu de amenidad, esa afabilidad graciosa, esa dignidad dulce, esa elegante sencillez, y esa recíproca benevolencia que es el mas dulce lazo de la sociedad. Perfeccionando las costumbres, quedan al mismo paso perfeccionados los modales; la gracia y delicadeza reemplazan á la rudeza y grosería. El hombre ha aprendido á observar y conocer esas atenciones y concesiones mútuas de la cortesía que derraman tantos encantos y gustos en las deliciosas reuniones donde se tienen esas conversaciones finas, preferidas frecuentemente á las fiestas mas brillantes, á las diversiones mas esquisitas, y á los espectáculos mas magníficos. La conversacion es el eje que hace mover todos los negocios de este mundo: todos los intereses, tanto públicos como privados, van unidos al comercio diario de la palabra. La conversacion arregla los negocios de un estado, lo mismo que los de una casa particular; y desde la diplomácia, que no es otra cosa que el arte de hablar bien sobre las cuestiones políticas, hasta las mas insignificantes especulaciones mercantiles, todo rinde homenaje á su influencia y á su imperio. Pero cuando pasamos á contemplarla en otras relaciones sociales, ¡qué ventajas no le trae el talento para conversar al que aspira al crédito, á la estimacion y á la fortuna, en fin, á cualquiera que trata de ser algo en el mundo! Es menester mirarlo como es, es decir, con sus ridiculeces, sus injusticias y sus errores. Y sin duda no es imposible que un hombre sin conversacion, que no sabe ó que no se atreve á hablar, sea un hombre de mucho mérito; pero desgraciadamente el mundo no juzga sino por las apariencias, y no puede dedicarse á apreciar positivamente, á informarse de los hechos y cualidades de una persona que nada dice, ó que se esplica mal. Siempre está dispuesto á mirar como un tonto al hombre mudo ó que no sabe las prácticas sociales, ni el arte de llamar la atencion por medio de una conversacion que indique ingenio y talento con reflexiones acertadas y observaciones oportunas. Quien quiera que sea, no tiene ningun derecho á quejarse del mundo, supuesto que él se ha convenido en juzgar por el esterior los razonamientos y acciones públicas. Levantan el grito contra una porcion de la sociedad que clasifica á las personas por sus palabras y reverencias; ¿pero en qué vendrian á parar millares de personas, si para ser admitidas en esta sociedad fuera necesario que diesen pruebas de virtud, de saber, de todos los méritos que requieren un largo exámen? Se toman precauciones cuando se trata de escojer un amigo; pero para llenar una sala, convidar á un concierto ó á un baile, es inútil tomarse tantos cuidados: media hora de conversacion es suficiente para contraer una relacion; y si el tiempo justifica que el fondo corresponde á las apariencias, le sigue la intimidad. No es pues la frivolidad, sino la benevolencia y el amor social, los que han introducido la costumbre de juzgar al pronto superficialmente. En fin, suponiendo que la buena compañía sufre una ofensa por esta cuenta, esta ofensa se ha convertido en un derecho que no se le puede negar, cuando se la puede satisfacer. En lugar de declamar contra una exigencia que se deja satisfecha á tan poca costa, la mayoría debe bendecirla; porque ella es sin duda quien ha dispuesto así las cosas. Pero, dirán, se absuelve ó se condena por una palabra, por una espresion declarada de mal gusto; y esta decision arbitraria de algunas reuniones, ¿ha habido lugar para conocerla en un colegio, en un rincon de una provincia, para conformarse con ella, y parecer de este modo que pertenece á esa buena compañía de que se lisonjea ser un miembro? Con respecto á esto, lo mismo que á otras muchas cosas, un talento perspicaz da mucho tino. El deseo de estar *bien* y de obrar *bien*, corrije la presuncion, vuelve á los hombres dóciles á los consejos, y se los hace buscar; en punto á costumbres, usos, modales finos, querer instruirse, es ya casi estar instruido. A esta facilidad de adquirir el buen tono y modales finos, es á lo que se debe atribuir la severidad de las personas de buen trato con las gentes que lo descuidan, ó tratan de sustraerse á sus leyes. ¿Quién podrá negar la influencia de la conversacion en todos los negocios de la tierra? Es la que decide de la suerte de la mayor parte de los hombres, cualquiera que sea su condicion, sean las que fueren sus miras y sus esperanzas; y con todo bien pocos son los que saben apreciar esta influencia que se hace sentir por todas partes, aunque sin ruido. Creen muchos que pueden impunemente hablar mal, hablar sin gusto, sin miramiento, ser fastidiosos é indiscretos. Un negocio importante, cuyo resultado parecia seguro, les falla á lo mejor; entonces el hombre desatinado mira alrededor de sí, busca en vano el obstáculo que ha burlado sus cálculos, y derribado sus esperanzas. No puede concebir la causa de su mal resultado; su amor propio se guardará bien de confesar que la causa está en su falta de talento. Una palabra inoportuna, una reflexion incongruente, una frase ridícula, han bastado tal vez para perderlo. ¿Ha pesado bien todas sus palabras, desde que puso los pies en casa de su Mecenas, que le habia ofrecido su poderosa proteccion? ¿Cómo ha respondido á las preguntas que le hizo su secretario? ¿Y acaso no se habia olvidado de dirigir algunos cumplimientos de una galante urbanidad á la señora que ha hallado en el cuarto de su noble protector? ¡Oh vosotros los que acusais de injusta á la suerte! ¡Oh vosotros los que no cesais de maldecir vuestra mala estrella, y que estais repitiendo continuamente las palabras de adversidad, fatalidad! examinad con una atencion concienzuda vuestra conducta en la sociedad; tratad de recordar lo que en ella habeis podido decir, y conoceréis que si no salís bien librados, vuestra conversacion tiene una gran parte en los repetidos malos éxitos de vuestros planes. Se trata de un casamiento ventajoso, de una plaza lucrativa ú honrosa, de una gracia que se pide: á la conversacion es á quien debe preguntarse el resultado, pues que le pertenece el monopolio casi esclusivo de los favores del mundo. ¡Cuántas personas los buscan, sin dejar piedra por mover para llegar á la fortuna, sin hacerse cargo de los medios que hacen triunfar de las dificultades, y ante los cuales se allanan todas las barreras! Si algun escultor moderno quisiese representar la conversacion, le aconsejaríamos que le diese las facciones de una linda jóven, con semblante franco, vivo y animado: en la mano debia llevar una llave de oro, símbolo de su poder, y seria el mas verdadero de la influencia que ejerce sobre los corazones y ánimos, insinuándose en ellos con facilidad. En efecto, el medio de que sirve la conversacion para abrir la puerta de todos los salones, para introducirse hasta en los palacios; el arte con que sabe avasallar los entendimientos, y llamar hácia sí la atencion, ¿no dan la idea de una llave mágica, y de encantos maravillosos á que nada es capaz de resistir?

Conversacion. (Su influencia sobre las artes.) En esos círculos cultos, donde se confunden todos los rangos, todos los estados, todas las edades, contribuyendo esto al comun placer, cada cual quiere á competencia brillar por su opulencia, igualar, esceder á los demas, deslumbrarlos con la elegancia de su vestido. Esta propension al lujo, estendiéndose á todas las manufacturas, ha contribuido indudablemente á los progresos de las artes. Por eso el pueblo francés, el mas inclinado á la conversacion que hay en el mundo, es tambien el árbitro soberano de la moda. Tiempo hubo en que no estuvo tan estendido el gusto de la conversacion, y era considerable el número de los que se daban á la borrachera, á la vida licenciosa, y en una palabra, á todos los vicios bajos y mas degradantes. Los capitales que entonces se derrochaban en comilonas y borracheras, hoy dia se invierten en los adornos de la persona, ó en los de las habitaciones. Los moralistas han declamado furiosamente contra el lujo: pero ¿creen por ventura que un ébrio sea preferible á un hombre bien portado? No es el lujo lo que merece condenarse, sino el esceso del lujo; y aun seria bueno ponerse de acuerdo y trazar de antemano la línea divisoria entre el lujo supérfluo y el necesario. ¿No son infinitas las necesidades de la vida humana? ¿No dependen de la educacion, del temperamento, del estado de la salud, y de las costumbres? Lo necesario y lo supérfluo ¿no tienen que variar segun la fortuna de los sugetos, segun el estado de las sociedades, segun los progresos de la civilizacion? Lujo hay en todos los estados, en todas las sociedades: el salvaje tiene su hamaca, que ha comprado dando pieles de animales; el europeo su divan, su cama colgada; nuestras mugeres se coronan de brillantes y se cubren de cachemires; en la Florida se embadurnan de azul y se adornan de abalorios: en fin, lo mismo que una gran ciudad, tiene su lujo el pueblo mas miserable, y un príncipe negro hace tanto caso del penacho de plumas que adorna su cabeza, como el mogol de los diamantes que hermosean su trono. En diferentes épocas han tratado los legisladores, lo mismo que Licurgo, de refrenar el lujo; pero sus leyes han sido insuficientes. Añadamos tambien que las mas de las veces estas leyes no estarian exentas de inconvenientes. Hoy dia los ciudadanos menos acomodados viven con un lujo, en que no soñaban siquiera los señores de otros tiempos. Que prueben, por ejemplo, á prohibir el uso de los coches y otros carruajes. Al punto tenemos que andar á pié, ó servirnos de caballos, mulas y asnos, y hétenos otra vez en el tiempo en que, como en el reinado del rey Roberto, era una empresa árdua separarse cincuenta leguas de su casa. Los caballos, mulas y asnos se multiplicarán pues en proporcion de los capitales que consuman, capitales que antes se destinaban á la compra de los coches; es decir, que los caballos, mulas y asnos ocuparán el lugar de los menestrales y artistas. ¿Qué tal la reforma? Pero llevémoslas todavia mas adelante, y conformándonos con lo que predican ciertos moralistas, suprimamos el uso de los principales goces en el vestido, en la mesa, en el mueblaje, etc. ¿Qué sucederá? Que despues de haber arruinado ciertos ramos de industria y ciertas profesiones, los artistas y comerciantes se verán reducidos á vender sus géneros, á quienes?... ¡á los pájaros! Esta adquisicion de comodidades ¿no es por el contrario el mas noble estímulo, la recompensa mas hermosa del trabajo? ¿Qué seria de nuestra sociedad, si renunciando cada uno á todos los objetos de lujo, se ciñera á lo simplemente necesario? ¿A dónde iban á parar las letras, las ciencias, las artes, en fin, todos los productos de la inteligencia y de la industria? Sin el lujo, los capitales se esconderian bien pronto en las arcas, que la beneficencia y las empresas puramente útiles no podrian agotar. El lujo es un resorte sin el cual todo decaeria: destruirlo seria secar la fuente.

El lujo es el que prende y hace brotar la luz del génio, despertando el talento, removiendo con su voz las artes que enriquecen al hombre, suavizan sus costumbres, estienden su inteligencia, y de una estupidez feroz que le asemeja al bruto, le convierten en un ser sociable, ilustrado, en una creacion inteligente, endulzando al mismo tiempo las naturales amarguras de la vida. Con sus declamaciones furibundas, los detractores del lujo que han procurado sin embargo su goce, nos llevarian nada menos que á espulsarnos á los bosques, y á hacer que la sociedad retrocediera al primitivo estado de salvaje ferocidad, ó á cierta fantástica sencillez que ni ha existido ni podrá existir jamás. Pero volvamos á nuestro fin. El placer de la conversacion ha cambiado completamente los usos económicos del hombre, introduciendo costumbres mejores que las de aquellos tiempos en que la comodidad y los placeres de la vida no eran solicitados. El hábito de gastar conduce á la disipacion, y engendra un irresistible deseo de trato y comunicacion con todo el mundo. Por este comercio, el alma distraida siempre, es menos susceptible de pasiones fuertes, y la precision de agradar á todos aquellos con quienes mantenemos comunicacion, nos enseña á ser dueños de nosotros mismos. Todas estas circunstancias dan por resultado el que los habitantes de una nacion opulenta sean dulces, amables, y enemigos de crímenes violentos. Al propagarse, pues, el gusto de la conversacion, ha favorecido al mismo tiempo las artes y la moral.

Conversacion general. En la conversacion general, el que habla se encuentra rodeado de una especie de auditorio, que le anima y le sostiene, y le obliga á poner mayor cuidado en lo que dice; que le encierra en un lenguaje preciso y claro, y le impide ser vago ó difuso, en fin, que le impele á corregir su estilo, y observar cierto método en sus ideas. La conversacion general es por consiguiente la mejor escuela de los hombres que se disponen para hablar en público. Aumentando la fuerza de los medios naturales del que habla, despierta tambien la atencion de los que le escuchan. El movimiento de la conversacion da al espíritu mas actividad, á la memoria mas firmeza, al juicio mas penetracion. La necesidad de hablar claramente, hace encontrar espresiones mas exactas; el temor de dejarse llevar de un paralogismo que sería notado, hace evitar la paradoja. Por último, el deseo de ser escuchado favorablemente sugiere cuantos recursos de elocuencia permite la conversacion, y hasta formas oratorias acomodadas al sitio y las circunstancias. ¡Qué diferencia no hay entre el hombre que toma parte en una conversacion general y el que vive alejado en su gabinete! No esperimentando la necesidad de comunicar sus ideas á los otros, no teniendo á su alrededor personas que le contradigan, este último no aprenderá quizá nunca el inestimable arte de convencer los entendimientos sin lastimar el amor propio, y de vencer, por medio de un rasgo agudo ó gracioso, la inercia de los que le rodean, forzándoles á tomar parte en una discusion que ejercita y fortifica las facultades de su alma. Solo siempre consigo mismo y sin objeto de comparacion, dispuesto á mirar como otros tantos descubrimientos cuantas ideas le pasen por la cabeza, y no encontrándose nunca preparado á las pequeñas luchas de sociedad que nos dan tan pronto la medida de nuestras fuerzas, este ser llegará naturalmente á concebir una idea exajerada de las suyas, y á esponer sus opiniones á los demas con altivez y desprecio. Puede decirse de la conversacion lo que Alfieri decia de los viajes: «Se aprende con ellos mejor que en todos los libros del mundo, no precisamente á estimar ó despreciar á los hombres, sino á conocerse uno propio, y á conocer en parte á los otros.»

Conversaciones particulares. Tocamos aquí en uno de los mayores vicios que echan á perder la conversacion, quitándole su encanto y valía: la costumbre de establecer diversas conversaciones particulares en medio de una sociedad donde pudiera haber una conversacion general mas agradable é instructiva para todos. La conversacion se declara general desde el momento en que toman parte en ella todas las personas reunidas, ya como actores, ya como espectadores. Debe creerse que los antiguos practicaron y conocieron mejor que nosotros este género de conversacion, en vista de la forma del diálogo que sus escritores usaron. Sócrates, Platon, Ciceron, Plutarco, Luciano y otros, nos representan la conversacion de su tiempo entre los personajes que ponian en escena, que frecuentemente son muy numerosos y que todos tomaban parte en aquella. Al rebelarnos contra la sociedad particular, sustituida á la general, lo hacemos en el sentido de que sea en una reunion corta, compuesta de diez á doce personas instruidas y de talento; porque si la asamblea fuese muy numerosa, y no del todo escogida, no sabriamos libertarnos del fastidio y el aburrimiento sin hablar con un individuo que pueda comprendernos. En la suposicion pues sobre que razonamos, es como decimos que la sociedad pierde mucho con la introduccion de estos *apartes*. La conversacion general tiene desde luego la ventaja de poner en contribucion los medios de cada uno para el goce intelectual de todos, ayudando, facilitando y haciendo mas fecundo el trabajo de los que empiezan su carrera. Sucede con mucha frecuencia que el que habla no tenga sino una idea incompleta, cuyo desarrollo no haya seguido; un principio, cuyas consecuencias no haya alcanzado. Anunciando este principio ante una sociedad, cada cual se sentirá inspirado; y el enunciante, oyendo á todos, formará al cabo la idea mas completa posible. Porque tal como á él se le ocurrió primeramente, no era sino como una frase principiada, á la cual con facilidad se agrega el complemento que está reclamando. La conversacion es un género de empresa, en la cual el

capital de un solo particular es generalmente muy débil para la útil esplotacion del fondo comun. En la conversacion general, el capital es mas considerable á medida que es mayor el número de accionistas. Abandonando la metáfora anterior, diremos que la conversacion general difunde mas luz sobre las cuestiones propuestas en ella. En una reunion de diez ó doce personas, en quienes supongamos cierto grado de instruccion, seria difícil no encontrar mas de una que tuviese conocimientos especiales en la materia que se discuta, y que ofrezca llegar con ellos al conocimiento de la verdad. Pero este comercio de ideas es menos favorable en cada una de las diversas conversaciones particulares, que da por resultado una sociedad dividida en pelotones. La conversacion particular lleva consigo casi siempre la injusticia del que la provoca, en pretender apartar de la general á uno ó varios individuos de los que la sostienen. El sugeto que esto hace, puede decir con cierta razon, al separarse de la sociedad, que hace lo que quiere y puede hacer; mas no milita la misma escusa respecto de la persona ingeniosa, instruida, alegre, que contribuye al placer general, sobre la que todos tienen un derecho, y á la cual él arrebata para sí. Esta reflexion no parecerá inútil, si se tiene en cuenta que la persona designada para tales odiosos apartes es siempre la mas divertida, la mas interesante del círculo. La conversacion general tiene tambien con mucha frecuencia el atractivo de una constante variedad, puesto que cada uno contribuye con sus ideas particulares á la masa comun, y emite su modo peculiar de ver las cosas, que suele no parecerse al de los demas. En el artículo anterior hemos apuntado otras ventajas importantísimas de la conversacion general.

Conversacion modelo. ¡Cuánto me seduce, dice M. Filon, la representacion del cuadro que tiene lugar algunas veces en el mundo, el de una conversacion libre, interesante, animada, en la que cada uno toma parte con franqueza y sinceridad, sin otras pretensiones que las de instruirse y comunicarse mútuamente las ideas! Todos los hombres reunidos pertenecen á profesiones distintas; unos han adquirido reputacion en las ciencias y las artes; otros han honrado la carrera administrativa y la judicial por un talento claro y una honradez sin tacha; y otros, finalmente, han llevado al comercio y á la industria su lealtad y actividad infatigable. Estos, habiendo concluido su carrera, no asisten á la vida sino como espectadores; y viendo que la pública estimacion corona sus canas, arrastran alegremente el peso de sus años; aquellos, jóvenes aun, se arrojan á la liza llenos de ardor y de esperanza. En este terreno no hay confusion, no hay rivalidad: toma la palabra el que la quiere, y la conversacion no se hace lánguida nunca, porque tiene por base ideas positivas y sólidas. El individuo, evitando el defecto de hablar demasiado de sí propio, halla en sus recuerdos y conocimientos algo que interese á todos. Pásase una revista á los descubrimientos recientes, á los progresos de las ciencias, á los productos del arte, á las obras literarias, á los negocios públicos, á las costumbres de los diferentes pueblos del mundo, y todos estos importantes objetos son juzgados, si no con profundidad, al menos con precision y buena fé. No se va siempre derecho al fin, del que mil incidentes desvian la atencion; pues como Bacon ha dicho, *la conversacion no es un camino que conduce á casa, sino un agradable sendero donde paseamos al acaso*. Un chiste sucede á una palabra séria, y una palabra séria á un chiste. Uno se espresa en un lenguaje conciso y breve; otro con menos lógica, pero con mas abandono y gracia. Este último se apodera del ridículo que muchas cosas humanas ofrecen; y los demas, celebrando las ocurrencias, contribuyen con él al gusto general. Aun las señoras pueden mezclarse en estas conversaciones, ora otorgando una sonrisa de premio al que haya brillado mas por su elocuencia ó penetracion, ora haciendo esas observaciones agudas que son hijas de un talento natural y de una educacion esmerada. La instruccion, pues, nace por consiguiente del placer mismo; porque la conversacion no es solo, como dice Madama Stael, la coyuntura de decir lo que se piensa, de hacerse aplaudir sin trabajo, de manifestar la chispa por el acento, el gesto ó la mirada; es además un ejercicio provechoso para la razon, y al retirarse, cada cual lleva consigo una cosa que vale mas que un recuerdo de amor propio, la satisfaccion de haber dicho ú oido algo útil é interesante. ¡Ojalá que los jóvenes que lean estas páginas lleguen algun dia á ocupar un buen puesto en este linaje de conversaciones! Dios quiera que consigan demostrar en sus palabras como en sus escritos, que saben poner en práctica las teorías del arte de pensar y del bien decir, confundiendo estos dos artes, y no olvidando jamás esta sentencia de Fenelon, que está por encima de todas las reglas: *El hombre digno de ser escuchado es aquel que no se sirve de la palabra sino por el pensamiento; y del pensamiento sino por la verdad y la virtud.*

Coquetería. La coqueta no piensa mas que en embellecerse y hacerse admirar de sus adoradores, cuyo número quisiera aumentar por momentos, y despreciando el mérito real y las cualidades verdaderamente estimables, no se ocupa sino de bagatelas y galanterías. Quiere agradar á cualquier precio; y su principal estudio consiste en preparar su toilett, en ensayar sus maneras, sus gestos y actitudes, para tender lazos á los hombres, y abusar de ellos con falsas apariencias. Mientras mas indiferentes se aumentan estos á sus demostraciones, mas redoblará ella sus esfuerzos y sus medios de seduccion.

Correccion. La correccion estriba en no emplear otras palabras que las de la lengua propia, en darles su verdadero sentido, y en construir las frases segun las reglas gramaticales, con lo cual se consigue la pureza de la diccion. Si no se quiere poner duramente á prueba la paciencia de los oyentes, es necesario conocer la lengua, para que las palabras corran con facilidad, para que cada idea lleve la espresion conveniente, y para que el discurso se desenvuelva con prontitud y método, sin fatigar la atencion ni ofender el gusto. Con efecto, ¡cuánto no es penoso ver á un hombre que se descoyunta para encontrar una palabra, que pregunta el nombre de la cosa de que quiere hablar á los que le oyen, y que asesina á cada paso los fueros de la gramática! El menor favor que se puede hacer á las personas á quienes nos dirigimos es hablarles su idioma. Las faltas de correccion son las que se echan de ver mas fácilmente, y las que dan mas asunto á las carcajadas y observaciones de los críticos. El hombre que habla mal está siempre en ridículo, y las cosas que dice no pueden sufrirse, por buenas que sean: no rebusqueis, por otra parte, las palabras, ni haced que pierdan su natural sencillez; huid de las palabras afectadas, y de las frases pomposas. Si en el silencio del gabinete cuesta trabajo pulir un período largo, ¿qué no será en la conversacion donde su rapidez apenas permite reflexionar? Se acostumbra á oir mal en la sociedad á aquellos que hablan *como un libro*. El que procure tener correccion, debe no adquirir esos vicios y barbarismos que echan á perder el lenguaje, huyendo del uso de palabras de mal tono, ó de aquellas cuyo valor no sepa.

Las personas que se cuidan de su conversacion evitan el uso de cier as locuciones viciosas, si este nombre merecen, que destruyen la claridad, la elegancia y la armonía de la diccion. Como por ejemplo, ciertas ligaciones de vocales y consonantes que no pueden distinguirse bien sino escritas. Entre los franceses puede decirse que todo cuidado es poco para no incurrir en semejante defecto. Tambien deberán esquivar la profusa acumulacion de sinónimos, y epítetos, procurando al menos en estos últimos colocarlos en su órden progresivo; como asimismo las faltas de eufonía que resultan de sonidos iguales, y de nombres que tienen una misma pronunciacion, aun siendo distinto su significado: los que hablan escrupulosa y privilegiadamente, cuidan sobre todo de no dar con su conversacion motivo de entretenimiento á los *calambunitas*. Pero no basta todo eso. Es indispensable que los jóvenes se acostumbren desde luego á no espresarse en rimas tan desgraciadas como ridículas en prosa; á no repetir frases y modismos, poniendo en una palabra todo el esmero posible en tener un estilo claro, correcto y elegante, una conversacion que asi se aparte del descuido y el barbarismo, como de la pedantería y la pedagojía. Cuando conozcan que se les ha escapado un yerro gramatical, deben correjirlo inmediatamente, pero sin afectacion ni pena; y el que tal defecto llegue á notar en otro, guárdese bien de desconcertar al culpable con un gesto burlon, ó una risa inoportuna; en todo caso, si se toma la molestia de ser un maestro de escuela y de darle una leccion de sintaxis, deberá añadir á renglon seguido que él incurre tambien con frecuencia en aquellos solecismos.

Correjirse. «No puedo sufrir, decia Madame de Sevigné, que las personas de edad digan que son muy viejas para correjirse. Semejante razonamiento seria mas disculpable en labios de un jóven. La juventud es tan amable, que irremediablemente se la adoraría si el alma fuese tan perfecta como el cuerpo; pero cuando por desgracia se ha pasado de aquella época de la vida, entonces es cuando hay mas necesidad de correjirse, procurando compensar con buenas cualidades lo que se ha perdido con la ausencia de los encantos. Madame Geofrin, esta muger tan juiciosa y templada siempre, consideraba la edad avanzada como el fin de la vida, no como su término. Bueno es saber que ella opinaba, á los 70 años de edad, que nunca era tarde para correjirse, y que era preciso procurarlo todos los dias; máxima que el cristianismo enseñó á la razon humana. Si alguno decia á aquella muger: «Soy demasiado viejo; tengo arrugas». Ella le replicaba: «Pues precisamente eso mismo es lo que hay que destruir aun cuando sea el dia antes de morirse.»

Credulidad. Disposicion á adoptar sin prévio exámen cuantas ideas quieren sugerírsenos, y á creer al pié de la letra las cosas mas inverosímiles. Por su naturaleza tiende á desarrollar unas veces la debilidad de espíritu, y otras la fuerza de las pasiones. Las mugeres la consideran como un termómetro seguro de su imperio sobre nosotros, y de nuestro vasallaje: á una se ha hecho decir: «¡Ah! bien veo que no me amas; tú das mas crédito á lo que ves, que á lo que yo te digo.»

Crítica. Para burlarse de un defecto sin tocar en la injuria, es preciso talento, y talento de crítica, el cual no se tiene porque crea uno tenerlo. La crítica venenosa es un insulto al verdadero talento y á la razon, sin la cual no debe proferirse ni una simple maledicencia. Las personalidades son odiosas, casi siempre injustas, y lo que es mas digno de observacion aun, inútiles en todas ocasiones para la crítica. ¿Qué prueba todo eso? preguntaba Beaumarchais en la famosa *Memoria* que los Goëzman le forzaron á escribir, ¿qué prueba todo eso? Y añadia despues páginas que no hubiera escrito sin la polémica abierta por sus enemigos; lo que le hizo decir: «Mis enemigos me han obligado á salvarme sobre un pedestal.» Madame Montenon prohibia las conversaciones maldicientes, y decia que eran una tempestad que lo arrasaba todo sin dejar tras sí mas que frutos malísimos.

Creencias. El gran principio, el principio fundamental del bien parecer consiste en no herir á nadie en su amor propio, en sus gustos, en sus intereses. Con mas razon, pues, debe inculcarse que se respeten las creencias. Hacer un objeto de mofa la fé, este sentimiento poderoso, involuntario, ante el cual retrocede la ley; entregar al tormento de la duda corazones piadosos y tranquilos: despertar el espíritu de fanatismo y de arrebato relijioso; pasar para unos por un imprudente, y para otros por un malvado; hé aquí las consecuencias que se obtienen con esas necias é impías cuestiones sobre la relijion, dictadas las mas de las veces por la vanidad de que se luzca la imajinacion. Los sarcasmos impíos sientan mal aun en la gente sábia; pero son de todo punto insufribles en boca de las mugeres que deben ostentar sin tregua alguna su amor, su pureza, su dulzura; en las mugeres, que como ha dicho tan sentida como exactamente Bernardin de Saint-Pierre, son un *sexo piadoso*.

Curiosidad. Esta cualidad que nos lleva á la instruccion, degenera en un vicio cuando tiene por objeto sorprender palabras ó confidencias que no se dirijen á nosotros. El curioso desea saber lo que se dice, lo que se hace, y aun lo que se piensa. Cuando no se atreve á preguntar, se pone cerca y escucha ó hace por adivinar. Para saber, pregunta aun al portero y á los criados. Si ve escribir, se colocará por detrás para leer sin que lo noten, y no por hacer mal uso del contenido, sino para satisfacer su ridícula manía de saberlo todo. Una señora, apercibiéndose de que un curioso puesto detrás de ella leia la carta que estaba escribiendo, la concluyó en estos términos: «Os diria otras cosas de mas importancia, pero no puedo hacerlo ahora en atencion á la curiosidad de M. de la Condamide, que colocado detrás de mí, está leyendo cuanto os escribo.»

Confianza (á medias). Es preciso no hacer jamás confianzas á medias, porque embarazan á quien las hace, y no dejan contento al que las recibe.

Comer (en la ciudad). Sabido es, dice Brillat-Savarin, que entre los hombres próximos al estado de naturaleza, ningun negocio de importancia se trata sino en la mesa; los salvajes deciden de la paz ó la guerra en esta clase de festines, y lo que sucede entre nuestros trabajadores y artesanos puede convencernos de lo mismo. Esta observacion no podia escaparse á las personas que manejan habitualmente asuntos de interés. Ellas han visto que el hombre repleto no es el hombre ayuno, que la mesa establece cierto vínculo entre el que convida y los convidados, y que estos se encuentran mas predispuestos que en otros lugares á recibir impresiones y á someterse á influencias de cierto género. De aquí, pues, ha nacido la gastronomía política. Los convites se han vuelto un medio de gobierno, y la suerte de los pueblos se decide ya en un banquete, lo cual ni es paradoja, ni menos novedad, sino simplemente un hecho observado. Abrase cualquier historiador, desde Herodoto hasta los de nuestros dias, y se verá que todo acontecimiento grande se ha ideado y preparado en los festines.

Pero nuestra intencion aquí no es otra que esplicar la multitud de menudencias y futilidades que hay que tener en cuenta antes de aventurarse á un convite gastronómico. Exije la política que á una invitacion de esta especie se responda de una manera categórica, y desde el instante en que se acepta, empieza á trazarse la línea de los deberes. El primero de todos es llegar á la hora perentoria; tan peligroso es ir temprano como tarde. En el primer caso, se pone en desconcierto toda la casa, el dueño no ha venido, la señora se halla ocupada en los indispensables preparativos de la mesa, ó en los no menos precisos de su tocado; los criados, todos estan embargados por el servicio, la chimenea no está encendida, el comedor se halla en desórden; no se sabe qué hacer del convidado precoz; y si algun miembro de la familia se propone entretenerlo, la conversacion interrumpida cien veces para dar órdenes, se hace bien pronto lánguida é insoportable. Los convidados tardíos son casi mas insufribles, porque empastelan la comida. Si el Anfitrion se decide al cabo de esperar mucho tiempo á servirse la sopa, ¿qué efecto va á causar luego su entrada? Seria preciso abandonarla y cambiar algunas frases de fina política ó de vanas escusas. Para remediar por tanto estos inconvenientes igualmente graves, no hay mas que un medio. Cuando se conoce que se ha llegado muy pronto, pretestar una visita en el barrio, ó irse á tomar el fresco en un paseo, ó á leer los periódicos en un gabinete. En cuanto á los tardíos, que toquen retirada y vayan á consolarse á la casa del mejor fondista de la poblacion, huyendo de una mesa donde solo le aguardan ya amargura y turbacion.

Pero una vez en la mesa, empiezan otros deberes. Podriamos aquí detallar la gran coleccion de usos que hay que tener presente; pero la leccion siguiente dada al abate Cosson por el abate Dalille nos dispensará de ello. El abate Cosson, profesor de bellas letras en el colegio Mazarino, consumado en la enseñanza, lleno de latin, de griego y de literatura, se creia un abismo de ciencia, y no sospechaba siquiera que un hombre familiarizado con Platon y Horacio pudiese cometer torpeza alguna, en la mesa sobre todo. Ridícula creencia que deberia haber desechado. Un dia habia comido en Versalles en casa del abate de Radonvilliers en compañía de mucha gente cortesana, y se vanagloriaba de haber desplegado un raro conocimiento de la etiqueta y de los usos admitidos. Delille, que se hallaba allí, le contradijo afirmándole que habia incurrido en cien inconvenientes.—¡Cómo! esclamó Cosson, yo he hecho lo que todos.—¡Qué presuncion, replicó Delille, voy á probaros que no habeis hecho nada como ninguno.—Hablemos de la comida. En primer lugar, ¿qué hicísteis de vuestra servilleta?—¿De mi servilleta? Lo que todos; la desdoblé cuidadosamente, la estendí sobre el pecho, y la aseguré en un boton.—Pues bien, eso no lo habeis hecho mas que vos; no se estiende la servilleta, se deja sobre los muslos. ¿Y qué hicísteis para comer la sopa?—Me parece que lo mismo que todos, cogí mi cuchara en una mano, y en la otra mi tenedor.—¡Vuestro tenedor, Dios mio! nadie come la sopa con tenedor. Pero sigamos. ¿Y despues de la sopa qué comisteis?—Un huevo fresco.—¿Y qué hicísteis de la cáscara?—Lo que todos, entregarla al doméstico que me servia.—¿Sin romperla?—Sin romperla.—Pues bien, amigo mio, no se come un huevo fresco sin romper la cáscara.—¿Y despues qué habeis hecho?—He pedido volater a al abate Radonvilliers.—¡Desgraciado, desgraciado! se pide un capon, un pollo, pero no volatería; eso es entre gente de poco mas ó menos. ¿Pero nada me decís de vuestro sistema en cuanto á la bebida?—Yo pedí como los demas que me trajeran Champagne, y Burdeos.—Decidme ahora cómo habeis comido el pan.—Hombre, como lo comió todo el mundo, cortándolo antes con mi cuchillo.—Hombre, el pan se rom-

pe, no se corta.—Vamos al café; cómo lo tomásteis?—Cogí la taza por el sitio natural, y viendo que el líquido estaba muy caliente la fuí vertiendo cuidadosamente y en pequeñas partes en el plato hasta que conseguí enfriarlo.—Pues bien, hicísteis lo que no hizo ninguno; todos beben su café en taza, ninguno en plato. Veis pues, mi querido Corson, cómo no habeis dicho ni hecho nada conforme á lo admitido.

El arrogante profesor quedó confundido, comprendiendo que no basta al hombre el conocimiento del griego y latin, y que en la sociedad hay otros conocimientos, que no por menos severos dejan de ser tan útiles como los que mas.

Comida (conversacion durante la). En el Japon, cuando se reunen muchas personas para comer, se hacen recíprocamente grandes saludos antes de empezar. En la isla de Otaiti, por el contrario, aunque sus habitantes son muy sociables y dulces, come cada uno por separado y con muestras de la desconfianza mas ridícula. Los miembros de una misma familia, los hermanos, los esposos, los hijos y los padres, toman respectivamente su racion, y se separan á distancia de tres ó cuatro pasos para comerla, volviéndose mientras tanto la espalda. En cuanto al rey de Loange en Africa, apenas habrá quien envidie su suerte. Este pobre monarca hace la comida en dos mesas diferentes; en una come y en la otra bebe, y está prohibido bajo pena de muerte el verle comer ó beber. Por lo visto allá se cree que S. M. africana no

pertenece al linaje de los hombres, sino al de los dioses. Entre nosotros una comida se considera como un drama, en mas ó menos actos, segun la generosidad del anfitrion. Es necesario pues imitar al comediante, que distribuye sus fuerzas de modo que no se le acaben la voz y el pulmon en los actos primeros. Si en un convite de muchos platos se deja uno llevar completamente de los primeros, la bancarrota es segura antes de llegar á los postres. Conviene ser amable al principio de la comida, pero esquivar los discursos largos, porque en esta ocasion los convidados no prestan oido á nada. A la mitad, que se ha calmado ya el hambre de la mayor parte, es cuando se oyen con gusto las anécdotas divertidas y los cuentos ligeros, aunque no los dichos serios ó que exijan mucha atencion, porque el espíritu se encuentra todavia á las órdenes del estómago. Por último, al empezar los vinos y postres, cuando la curiosidad gastronómica no se fija en ciertas superfluidades cuya sola vista satisface á veces, entonces se presenta al hombre amable, al decidor oportuno, un ancho y fecundo terreno de diálogos animados, de cumplimientos finos, de discusiones delicadas que no debe desaprovechar, sin perder por eso de vista la ribera á fuer de marinero prudente.

Chiste. El chiste es un ejercicio del ingenio con el cual por medio de palabras ó acciones se arranca la risa. El chiste es mas cómico que la simple broma, y menos que la bufonada; es una gracia que se comprende mejor que se esplica. Una palabra, una accion es agradable sin ser divertida; es divertida sin ser enteramente chistosa. Las personas que vulgarmente se llaman de *buen humor* divierten por su finura, su jovialidad y su viveza, mientras que las chistosas seducen or el abandono de su carácter, por su mezcla de locura y saber, y en fin, por su oportunidad cómica que arrebata la risa de cuantos les escuchan. Desempeñar el papel de chistoso es sumamente espuesto y difícil, porque hay que tener cuidado no se rian á costa de uno mismo.

Callarse. Tomar el mudismo impasible por atencion, seria un gran error, una interpretacion muy incivil de la ley de la urbanidad. Es menester probar no solo que se tienen ojos, sino tambien oidos; y un monosílabo de aprobacion ó de interés debe anunciar que se escucha y se entiende, todo á la par; es lo que se puede llamar dar una señal de vida á su interlocutor. Cuando al silencio se une la groseria, no hay nada mas insoportable. Un dia, el general Jackson, presidente entonces de los Estados-Unidos, estaba en el campo con algunos amigos. Iban á sentarse á la mesa: de improviso llega un hombre, un semi-caballero. La maleta que lleva debajo del brazo indica un viagero. Ninguno le conoce, ni él conoce á nadie; pero sabe que está en casa del primer magistrado de la república, y eso le basta. Tira su maleta en un rincon, y sin ceremonia va á tomar su asiento, ó mas bien el asiento de otro. «No hagais caso, dijo el presidente á sus amigos, parodiando un dicho célebre, solo es un convidado mas.» Era mas que un convidado, porque comia como cuatro convidados que no hubiesen comido durante ocho dias. En desquite, no hablaba. El general se decidió al fin á dirigirle la palabra, y le preguntó no quien era, sino solamente de dónde venia. «De Kentucky, caballero, respondió lacónicamente el desconocido.» En aquella época habia precisamente en aquel Estado una eleccion por la cual se interesaba el general tanto mas vivamente, cuanto uno de los dos candidatos era su amigo y el otro su enemigo personal....» ¡Ah! venis de Kentucky, replicó; traeis noticias de la eleccion?—Sí, señor.—¿Quién, pues, ha sido elegido?—No lo ha sido vuestro amigo, señor.» El general Jackson era de carácter colérico; pero los deberes de la hospitalidad y el sentimiento de igualdad dominaban siempre la violencia de su carácter. Nada replicó á aquella mala nueva anunciada tan brutalmente. Despues de la comida se tendió el desconocido en el canapé, tomó su taza de café, su copa de licor, y con el alma contenta y el estómago lleno, se durmió con un profundo sueño. Una hora despues se despertó y marchó sin haber dicho su nombre, sin dar las gracias y sin siquiera despedirse de su anfitrion. (1)

Chochez. Es una debilidad en el juicio, que se observa por los discursos insignificantes y vacíos de sentido, ó por el modo con que recargan las frases sobre los mismos objetos, recordando largamente, sin regla ni medida, sus circunstancias mas inútiles y mas minuciosas. La vejez, debilitando nuestros órganos, nos conduce á este estado. Algunas veces, el deseo de contar cuentos, pero las mas la preocupacion producida por nuestro amor propio, nos persuade que los que nos oyen toman en aquello que nos atañe tanto interés como nosotros mismos. Se lisongea uno entretener, y de pasar por hombre de talento por la manera de relatar, ó de una prudencia y valor raros, segun las pruebas que ha sufrido ó los peligros de que ha escapado; por lo menos se cree que lo miran como un ser protegido especialmente por la Providencia.

Chispa. Se entiende por chispa la costumbre de ser gracioso en la conversacion, y la especie de esfuerzo que se hace para ello. Esta disposicion del ánimo toma diversas formas, algunas incómodas, otras soportables; pero todas, segun nuestra opinion, acompañadas de algunos inconvenientes bastante grandes que no siempre se evitan, y que es preciso evitar sin embargo, sopena de echar á perder mas ó menos la conversacion. La primera y peor especie de chispa es la de esas gentes que van sin cesar buscando en todo cuanto se habla, el flanco que puede prestarse al ridículo, y que se encuentra sin trabajo en las cosas mas formales. Así es que ajan con una palabra lo que se dice de mas ingenioso y algunas veces mas profundo. Los contrastes son la mina de que mas sacan, y ya se sabe cuán fácil es esta especie. Esta es, sobre todo, la costumbre de algunas personas y buenos amigos, á los que se concede con frecuencia mas talento del que tienen, segun el arte que tienen para perjudicar al talento de los demás. Como no les gusta que el génio dé á nadie esa especie de consideracion, que la opinion de los hombres coloca algunas veces sobre la que pertenece al rango ó á la riqueza, interrumpen continuamente la conversacion con la chispa, cuando ven que cautiva á los oyentes el hombre que los instruye y divierte. Para esto espían una palabra que pueda prestarse á la burla, y desconciertan desde entonces la conversacion. Con estas gentes, el hombre sábio que tiene un objeto se ve apartado de él sin cesar, y obligado á seguir, no tiene puerto adonde pueda lisongearse de llegar. No hay nada mas cansado y mas fastidioso, aunque muchos pretenden que esta es una agradable ligereza. Es el carácter mas marcado de un espíritu mezquino, á menos que no sea efecto de una especie de política que se observa en algunas personas de mundo y en algunos literatos tambien; los unos por no dejar ventilar los asuntos cuya discusion contraría sus intereses ó sus preocupaciones; los otros por no dejar ver á la sociedad su ignorancia sobre aquella materia. Ya empiezan á molestar esos hombres que hacen en la sociedad, por decirlo así, el oficio de chistosos; porque muy pronto estan al fin de su papel, que rara vez hacen bien; además, la repeticion empalaga las mas divertidas narraciones; hay tan pocos chistosos originales, que encuentren en sí con qué hacer frente á semejante inconveniente! En cuanto á los imitadores, *servum pecus*, ¿quién po-

(1) Esta anécdota la refiere M. Ch. de Brigne.

dria resignarse á oir cada dia ataques cuya alegria, gracia y sal del autor han desaparecido, ó estan de tal suerte desnaturalizadas, que cuesta trabajo reconocerlos en ella? Desconfiad, sobre todo, de esos bufones poco capaces que empiezan por deciros: *Vais á reiros*: y que ellos mismos estallan de risa á cada palabra que sale de su boca. Su alegria, si la esperimentan, no es contagiosa.

Cautivar (medio de). Para cautivar en la conversacion, es menester empezar por sondear el terreno; es decir, examinar los ánimos de aquellos con quienes uno quiera hablar, para hacerlo sobre asuntos que esten á sus alcances, que les agraden y conozcan mejor. Así es un medio seguro de cautivar á un hombre infatuado de su calidad, proporcionarle ocasion para hablar de la nobleza de sus antepasados; á un hombre de guerra, para referir los sitios y combates en que se ha hallado; á un negociante, para contar los negocios que ha hecho; á un viajero, para relatar los paises que ha visto; y lo mismo puede aplicarse á los demas hombres. Esto dimana de que casi todos procuran hacerse estimables por las ventajas que creen tener sobre la mayor parte, y que les gustan mas los que los aplauden, que no los que buscan sus aplausos. Es necesario, pues, que el que quiera cautivar emplee mucho menos su habilidad en hacer conocer las cualidades de su talento, que en mostrar el de los otros, y ensalzar con acierto y delicadeza las cosas que han hecho y dicho bien. El sacrificio que parece hacer en esto de sus intereses es un rodeo ingenioso que le abrevia un largo camino, y que le hace adelantar mucho mas en su estimacion y amistad que todo cuanto pudiera decir de mas maravilloso. Siempre es necesario, dice madama Neker, hacer hablar á las gentes de lo que les interesa; es el único modo de sacar partido de ellas. El hombre que, en general, nos es inferior, nos es superior en algunos ramos de los conocimientos que le han sido especialmente necesarios; es menester, pues, conversar con él sobre las materias en que tiene la ventaja, á fin de instruirnos un poco con su conversacion; porque, en talento como en comercio, se pierde cuando no se gana. Si hiciésemos hablar á las personas medianas sobre cosas que ignoran, la conversacion seria para nosotros un curso de trivialidades y tonterias. Tal es el consejo que Racine daba á su hijo: «No creais, le decia, que sean mis versos los que me grangean el cariño de la corte. Corneille hace versos cien veces mejores que los mios, y sin embargo, nadie le mira; no les agrada sino en boca de sus actores; en lugar que yo, sin cansar á las gentes con el relato de mis obras, de que no les hablo jamás, me contento con darles asuntos divertidos y entretenerlos con cosas amenas. Mi talento con ellos no es hacerles conocer que tengo ingenio, sino enseñarles que ellos le tienen. Así, cuando veis al duque pasar algunas horas enteras conmigo, os admiraríais, si estuvierais presente, de ver que á menudo se marcha sin que yo haya dicho cuatro palabras; pero poco á poco le pongo con gana de hablar, y me deja aun mas satisfecho de sí que de mí.»

Calles. No es preciso hablar en la calle sino á las personas que se conocen mucho, y eso siempre que sus asuntos les permitan detenerse un momento, lo cual se puede conocer fácilmente en su aire, en su paso y en sus miradas. Si veis andar á uno rápidamente, y que os saluda medio quitándose el sombrero, guardad vuestros cumplimientos para mejor ocasion. Si os encontrais á una señorita sola, contentaos con un saludo respetuoso, lo que tambien debe hacerse respecto de una señora, á menos que no tengais algun fin lícito ó algun asunto interesante para detenerla. En este caso, quitaos respetuosamente el sombrero y decidle cuanto la política y el buen gusto os sujieran relativamente á la dicha de aquel encuentro. Si el acaso os hace dar en la calle con una persona á quien debais atenciones ó favores, ó á quien desearais ver, habladle sin temor con el sombrero en la mano, y en muy sucintas y espresivas palabras esplicadle vuestro asunto, pidiendo al despediros mil perdones por la libertad que os habeis tomado. Si os encontrais con un provinciano recien llegado, esquivad sus interminables asombros y estupefacciones respecto de las maravillas que en la ciudad le han sorprendido, y pretestad una escusa para dejarle pronto, diciéndole al separaros que vuestra casa está en la calle ancha de San Bernardo, si por ventura vivís en la del Príncipe, y que partís para la isla de Cuba en el próximo correo. Si vuestra mala fortuna os depara en el camino un ocioso, uno de esos habitantes perpétuos de las esquinas, y salteadores infatigables de todo transeunte, escapad de sus garras, que es punto menos que imposible. El único medio de salvarse de esta calamidad es tomarle las vueltas, que cuando esto no consigais, os relatará la muerte de Fernando VII, la promulgacion de la ley fundamental del Estado, ó lo que es peor todavía, sus intrigas amorosas y sus desafíos pendientes. Si una vez en manos de estos corsarios quisiérais escaparos, vuestra pena es perder un boton, una manga ó tal vez toda la levita que irremediablemente ha de quedar en sus manos.

Desembarazo. Seria ridículo creer que al entrar en una sociedad, en una reunion cualquiera, y al tomar la palabra, hay que abandonar el tono ordinario para tomar otro de afectacion é importancia, con lo cual al desembarazo se daria un aire monotono, fatigoso é insufrible. Sea en un círculo numeroso, sea en uno reducido, de lo que se trata únicamente es de hablar. Sigamos, pues, á la naturaleza, que ella nos indicará el tono, las inflexiones con que debe decirse cada cosa, y no hay método mas seguro de conseguir el objeto, que es agradar. Voltaire tenia un desembarazo que á primera vista parecia simplicidad; estaba muy lejos de parecerse á esas personas pretenciosas que se escuchan á sí mismas con tanta satisfaccion que no dejan ninguna para los demas.

Decencia. La decencia puede considerarse como el signo esterior del decoro. Es un sentimiento de órden, de conveniencia, de armonía, que nos impele á acomodar nuestras palabras y acciones á las leyes de la moral y á los usos del mundo. Pero hay muchos grados de decencia que se funda en las reglas mismas de la moral, la que es simple resultado de convenciones puramente arbitrarias. Cuando desconcertado el gran maestro de ceremonias de Luis XVI no se atrevia á presentar á este monarca al ministro Roland porque llevaba zapatos con cordones en vez de lazos, no hacia sino obedecer á una etiqueta pueril. Cuando madama Tallieu daba publicidad á sus encantos presentándose con vestidos que dejaban ver hasta los mas secretos, violaba las leyes de la decencia. Pero la decencia no estriba solo en el trage, sino que hace relacion tambien á las maneras y al lenguaje. Las personas ilustradas se distinguen por ciertas prudentes reticencias que parecen como el reflejo de honradas costumbres; y fuerza es convenir en que nuestros padres se permitian algunas licencias en la conversacion que no estan hoy admitidas.

Aunque es natural este sentimiento, es susceptible de perfeccionamiento, y tiene en él mucha influencia la educacion. La verdadera decencia manda que nos sujetemos á las exijencias del tiempo, ó del pais en que se vive, que no procuremos incurrir en la singularidad, ni menos despertar la curiosidad pública sobre nosotros. Sea por sí misma una virtud, la decencia es una cualidad cuya importancia será ocioso desconocer, y que es por lo comun uno de los principales distintivos de una alma buena. Ella conducida al mayor grado de perfeccion, le pone cierto agradable perfume sobre las palabras, testos, y acciones de un individuo, pone en relieve las otras buenas dotes, eleva la distincion, abre la medianía, embellece la virtud, y salva en ocasiones la ignorancia.

Desden. El desden va acompañado de un viso de suficiencia que tiende á despreciar el mérito y las buenas cualidades de los demas. La persona que adolece de este vicio, está bastante castigada con la *pena del talion* que suelen aplicarle las víctimas.

Desconfianza. Si los encantos mas dulces de la vida son amar y esperar, ¿qué mayor desgracia que un carácter desconfiado, junto casi siempre de vicios tenebrosos y bajos? Algunas veces, sin embargo, la esperiencia de la desgracia, y los desengaños sufridos, conducen á la desconfianza un corazon sensible; pero nada mas que cuando esta desconfianza es hija inmediata del carácter, da por resultado el vicio de que hablamos. Y despues de todo no hay personas mas propicias á dejarse arrastrar de una confianza injustificada, que las que son en estremo desconfiadas, pues que de repente hacen á uno solo que no es

dueño de sus afecciones, de sus mas caros intereses y secretos. Porque una de las reglas del sistema de los desconfiados, es contradecir constantemente las inclinaciones de su alma, y concluir por entregarse en manos de aquel, contra el cual se sienten prevenidos, creyendo con esto haber llenado todas las condiciones de la prudencia y la cautela. Acaso el motivo de su confianza lo es de interés para el que es objeto de ella, y como este por su bien particular no puede hacerle traicion, se quedan mas y mas engañados.

Delicadeza. Sentimiento íntimo, vivo y habitual de las palabras, de las acciones y del proceder: la delicadeza se refiere á las cosas que tocan al corazon, por cuyas impresiones se manifiesta, y hace distinguir y apreciar cuantas cualidades pueden recomendar al hombre. La delicadeza es un don del alma, que difiere esencialmente de la cultura hija del talento.

Para que una espresion sea delicada, es menester que la delicadeza del sentimiento que la inspira, tenga sencillez, ingenuidad, ó bien que sea envuelta en un ligero velo, que no deje sino entrever aquel.

Dientes. Aunque los dientes no son de absoluta necesidad para hablar, la pronunciacion de un hombre que esté falto de muchos de ellos, no puede menos de ser defectuosa é ininteligible. Las personas que tienen el privilegio de poseer una bella dentadura, deben no incurrir en el capricho de enseñarla cuando hablan, porque esta es una fatuidad que deja ver la mas ridícula de todas las vanidades. La educacion, de acuerdo con la hijiene, exije que los dientes se cuiden con bastante esmero, pues que de ellos depende el estado de la boca. Un diente en derrota ha derribado á veces los mejores cálculos, sin que la persona á quien esto ha acontecido, pudiera sospechar el por qué. Hay cosas que se sienten y no se atreve uno á decirlas.

Dialogo preparatorio. Antes de sentarse á la mesa es costumbre cambiar algunas palabras entre los convidados, á manera de prólogo. Esta es ocasion oportuna de conocer á las diferentes personas en cuya compañía se van á pasar algunas horas, y es cuando debe hablarse del tiempo, de la atmósfera, de la comodidad de los ferro-carriles, de la última produccion dramática ó lírica ejecutada, en una palabra, de esa coleccion de temas obligados de conversacion, que no obligan á nada sin embargo, y que pueden ocurrirse á la mas pobre imaginacion. A favor de estas futilidades se debe hacer un reconocimiento general del terreno moral que se pisa, para distinguir las personas comunicativas de las que no lo son, los sordos de los que oyen bien, los alegres de los tristes, y otras mil circunstancias cuyo conocimiento *a priori* puede ser muy interesante. Por lo demas, una vez en la mesa, se está dispensado de tener talento, aunque no de hablar, pues no deben publicarse á la reunion los secretos del estómago, ni tampoco demostrar que el potaje es una escelente cosa cuando aprieta el hambre.

Digresiones. Si es necesario evitar los pormenores insignificantes, como diremos al tratar de ellos, las reflexiones inútiles, las advertencias y episodios que no conducen á la claridad de la narracion, no lo es menos el huir de las digresiones toda vez que no sean indispensables. Hay digresion cuando apartándose uno del asunto que trata, habla de otro que tiene alguna relacion con él. Esto tiene lugar si contando por ejemplo una anécdota de viajes, hay que suspenderla para describir las costumbres, trages ó carácter de un pais, sin lo cual la referida anécdota correria riesgo de no entenderse perfectamente. La digresion tiene muchas partes, ó mejor dicho, hay varias digresiones. La primera es el paréntesis, que siempre que sea corto, natural y oportuno, puede ser de muy buen efecto. El segundo es mas delicado porque comprende las reflexiones accesorias, alusiones generales ó particulares, comentarios, bienes, que no se permiten sino con acento especial, de que es á la conversacion lo que la letra llamada *bastardilla* es á las impresiones. Esta manera de hablar, que podemos llamar *en bastardilla* puede ser picante, cándida, pero frecuentemente es tambien oscura ó trivial, y no deben emplearse estas peligrosas digresiones sino con los amigos. Hablemos de la tercera clase, que es la digresion propiamente llamada. La mas comun es involuntaria, pues tiene lugar generalmente cuando en un diálogo vivo y acalorado nos aparta la discusion del objeto que primero lo fué de ella. Si alguno hace esto, y es materia agradable ó interesante, debe decírsele políticamente *«os ruego que vayamos al grano.»* Pero si lo mismo diese el hablar de un asunto que de otro, dejar seguir el cuento adelante será lo mas prudente. La digresion voluntaria, si no es hija de la locuacidad, puede introducirse en discursos graves, como los públicos, filosóficos ó morales; pero en este caso exige su uso gran cuidado y mesura, procurando no incurrir en apologías personales, ni en despropósitos ridículos, como esas personas que interminablemente y con motivo del suceso mas público, nos hablan de su casa, de sus costumbres y hasta de lo que comen. Los decidores, la gente de letras, los militares, los viajeros y los enfermos deben no entregarse sino con mucha sabiduría y tino á esta clase de digresiones.

Dilijencia. Cuando uno sube á una dilijencia debe considerarse como metido en un salon de cuatro ruedas y desplegar allí los usos que la política exije. Sin embargo existe una diferencia notable entre un salon y una dilijencia, y es que en esta puede dormirse y en aquel no, por mas que suceda á mas de cuatro el hacerlo. Antes de engolfaros en una conversacion general ó particular, es preciso que observeis la fisonomía, el acento, las miradas de vuestros compañeros de viaje. Esperad siempre á que os pregunten; no suceda que si preguntais vosotros, os encontreis con uno que no se cuide de responderos. Si el silencio fuese muy largo no obstante, procurad romperlo aprovechándoos de un fuerte vaiven que os eche sobre una nodriza ó un comerciante de paños, y os dé pié para hablar de los caminos, de los vehículos etc. Despues de esto, la conversacion no podrá menos de girar sobre los viajes desgraciados, las cabezas de vuestros amigos que se han roto en ellos, y otras entretenidas anécdotas. Cuando entreis en un pueblo, evocad sus recuerdos históricos, y al pasar por un sitio pintoresco llamad la atencion de los viajeros acerca de sus bellezas, y describidlas vos, que sereis escuchado siempre con gusto y atencion. Si atravesais un bosque, y os acompañan señoras, guardaos bien de la pretension de amenizar el viaje con el relato de ladrones que han sorprendido dilijencias, de otras que han volcado, de mugeres que han sido violadas etc.: se os tendria por un verdugo, ó por el amigo de un guardia civil. Huid de las confianzas que quiera haceros un *erudito*, como de los discursos que intente embocaros un diputado novel. No os riais á vuestro sabor de ninguno; probablemente os sufrirá durante el trayecto, pero despues os arrimará un puntapié sin duda alguna. Reiros con un compañero que os parezca amable y jovial; pero no sacrifiqueis á la risa general ningun cándido ni tonto, porque seria una vileza abusar de las ventajas con que sobre él contais. Es menester alegrarse sin ofender, divertir sin injuriar.

Discusion. Aunque la Fontaine haya dicho de la disputa:

que sin ella de dia
y de noche tambien se dormiria,

no puede tolerarse en una sociedad sino cuando es moderada é interesa á todos los concurrentes. En cuanto á esos disputadores sangrientos, que con cualquier motivo estan siempre dispuestos á llevar el pró ó el contra á todo el mundo, diremos únicamente que son odiados en todo círculo amante de la tranquilidad y el placer. Una disputa debe sostenerse con firmeza, pero con dignidad y política, que es el medio de probar al adversario, haciéndole conocer al mismo tiempo la razon que nos asiste. Por lo demas, cuando os encontreis con una de esas personas cuyo placer está cifrado en no ver nunca la opinion de nadie, tocad en seguida á retirada, dándole á entender no obstante á la parte actora que no son los argumentos, sino su espíritu de contradiccion y pesadez, la causa de cortar aquella discusion.

Discusiones religiosas. De todas los discusiones no hay ninguna que requiera tanto cuidado y reserva, como la que tiene por objeto la religion. Si no os sentís pues con bastante calma, lógica, gracia para cuestionar con probabilidades de éxito, lo mejor es que no entreis en controversias, no sea que la debilidad de vuestros argumentos perjudique la religion que defendeis, ó que caiga sobre vuestra cabeza el mas abominable ridículo. Por lo demas, cualquiera que sea vuestra necesidad de eludir los argumentos del contrario, el tiempo que obtengais, ó la corriente de vuestro espíritu, no echeis nunca á broma lo que debe ser objeto de una cuestion grave y séria, porque entonces os espondriais á perder el terreno ganado, y vuestro adversario podria decir con mucha razon que «los chistes no prueban nada»

Decidores de chistes. No procureis tener mas ingenio que el que la naturaleza os haya dado. Nada mas lastimoso ni desagradable, que esas personas que se afanan por decir á cada paso lo que ellas llaman un chiste. No pueden decir la cosa mas insignificante sin imprimir á la voz un tono particular, sin dejar de hacer lo posible por demostrar ingenio. Vése en sus miradas, y en la fria sonrisa estereotipada en sus lábios, el trabajo que se toman para no ser tontos. Por desgracia sus esfuerzos no son nunca recompensados, porque ni el ingenio acude cuando se le llama, ni le alcanza el que corre tras él, y lo que suele sustituirle en aquellos que le afectan, es una cosa mil veces peor que la tonteria simple y pura.

Disputa. No parecerá estraño que coloquemos la disputa entre los vicios de la conversacion, si se considera que esta no se concilia sino con la discusion, y nunca con la disputa. Se llama discusion la alegacion de razones y argumentos en apoyo de dos opiniones contrarias, siempre que refiriéndose á los principios, hagan completa abstraccion de las personas, pues en otro caso viene á dejenerar en disputa. Es tan ofensivo como frecuente decir á un contrario, que él habla interesadamente en una cuestion, cosa que despues de todo no prueba nada. Debe suponerse que un individuo que sostiene opuesta opinion, lo hace porque la cree verdadera y nada mas; y decimos suponer, porque puede creerse y pensarse, que con efecto le anima cualquier interés al sostenerla. Pero esto no puede alegarse en la discusion, porque el dia en que se estableciera que cada uno opinaba segun sus pasiones ó intereses, la discusion seria una cosa tan ridícula como inútil. Discutiendo, lo único que hay que averiguar, es si una opinion es falsa ó verdadera. Otro inconveniente hay en alegar mira interesada, y es que este argumento puede volverse con admirable facilidad; si uno me dice que yo defiendo tal reforma porque con ella gana mucho cierto amigo mio, con responderle yo que él la impugna porque le perjudica á otro suyo, estamos iguales, y la disputa se haria interminable. Añádase, pues, únicamente á lo que se dice, y no á quien lo dice, ni á cómo ni por qué puede decirlo.

Disputador. No creais que el disputador toma por único tema la religion y la política, estas dos materias tan interesantes al hombre. Lo mismo disputa sobre el ministerio que sobre el amor, y sucesivamente se irá ocupando de la ópera, de los actores, de los periódicos y de las tiendas de ultramarinos. Mirad bien á los disputadores, y vereis cómo nunca merecen los elojios ni los denuestos que entre sí se reparten; pero guardaos de significar este descubrimiento, que pareceria desden ó desprecio. Ocultar aquello que puede desagradar á otro es ser amable.

Distancia. Preciso es que os conserveis á alguna de la persona con quien hablais, no sea que os ocurra un estornudo repentino, un resfriado súbito, ú otra cualquier cosa que requiera de antemano la defensa de un paraguas.

Distancias. Como para ver los objetos, deben guardarse distancias para la sociedad, en la cual cada uno tiene un punto de vista por el que quiere ser mirado. Con mucha razon á veces no quiere alguno ser alumbrado de muy cerca, y apenas habrá un hombre que en todas ocasiones se preste á ser presentado tal cual es.

Desidia en el vestir. La limpieza mas esmerada ha sido siempre la base del vestido, y los marqueses de Dancourt, despechugados y sucios del tabaco, no han tenido modelos mas que en el teatro y en la taberna. Debe formarse muy mala idea de un hombre que descuida su vestido: es preciso ser un la Fontaine para permitir que se ponga sus medias al revés. Hay gentes, sin embargo, que sin llevar el desprecio de los usos tan lejos, deben casi toda su reputacion de originalidad al desórden y negligencia de su vestido. Testigo Chodruc-Duclos. Tambien citaremos el hermano de un académico, hombre de mucho ingenio, al que el olvido de las conveniencias sociales espuso un dia á una escena bastante picante. Se presentó en la verja de las Tullerías:—No se entra, le dijo el centinela.—¿Cómo que no se entra, y por qué?—Porque no se entra, le respondió el inteligente soldado.—Sin embargo, vos dejais entrar á todo el mundo, y no veo por qué. ...—Os digo que no entrareis. Al ruido acudió el oficial de guardia. Nuestro filósofo le instruye de la repulsa que esperimenta, y le pregunta incomodado la causa de ella.—Y bien, caballero, le dijo el oficial, no podeis entrar porque estais vestido como un ladron.—¿A qué llamais vestido como un ladron? Decid que estoy vestido como un robado; vos sois el que con vuestro hermoso uniforme, vuestras botas finas y vuestros bordados, estais vestido como un ladron... Júzguese la diversion que produjo entre los espectadores esta burlesca escena, que no corrijió á nuestro cínico de su manía algo singular. No hay nadie que no esperimente las ventajas de un vestido esmerado en una multitud de circunstancias importantes de la vida: y sin querer renovar un chiste tantas veces repetido, podemos decir que muchas personas han debido su fortuna á su vestido. Empleos, casamientos, ascensos, ¡cuántas cosas pueden perderse por una negligencia de vestido! Pocos hombres hay que no hayan tenido ocasion, al menos una vez en su vida, de esclamar con Sedaine: ¡Ah, vestido mio, cuántas gracias te doy!

Distracciones. Es preciso no estar distraido cuando se nos cuenta algo; y alejar toda idea estraña al asunto, á fin de agradar al narrador, ó mejor dicho, de no desagradarle. Las distracciones no solamente son insoportables, sino ofensivas para la persona con quien hablamos, pues entre otras cosas nos esponen á cometer errores que nos llenan de ridículo (1) haciéndonos descubrir fácilmente los mas íntimos secretos del alma, perder de vista los medios de infundir simpatías, y no estar al corriente jamás de lo que se nos dice. Un hombre distraido apenas hace observaciones, y las que hace, suelen ser importunas, lo cual es consecuencia de que no se entera de todos los puntos de la conversacion, ni va derecho al fin de ella.

Las distracciones, desagradables en la vejez, son insufribles en la juventud, y es en vano el tratar de ocultarlas, pues nos venderá una mirada, un solo jesto, perdiendo los ojos su principal encanto, que acercan por medio de la atencion el alma del que escucha con la del que habla. Si notais que incurrís en la debilidad de distraeros, pensad sériamente en la enmienda antes que aquella pase á costumbre; en cuyo caso es punto menos que imposible curarse de una manía que es casi enfermedad del espíritu. Naturalmente la atencion tiene que redoblarse cuando es uno quien pregunta, ó promueve la conversacion; nada mas enojoso que esas personas que en el momento de dirigiros la palabra, renuncian tácitamente á la contestacion, porque no atienden á ella, ó los que hacen repetir una misma pregunta varias veces (2). Es necesario no olvidar nunca que la conversacion es el reflejo del pensamiento. ¿Cómo se concibe que se pueda un distraer en ocasion en que tenemos que pensar en lo que se nos dice, en quiénes son las personas que nos hablan, y en lo que nosotros decimos? Por otra parte no se pierda de vista que una palabra, una frase de la conversacion, decide comunmente de nuestro concepto en el mundo.

Dulzura. Don de la naturaleza que hermosea el carácter y acoge benévolamente los deseos de los demas; la dulzura está siempre contenta con la sumision, y no es obra de la voluntad, ni de la afectacion, sino que parte directa y espontáneamente del alma. Diferente de la docilidad, que no interviene mas que cuando hay que obedecer, esta cualidad apreciabilísima se deja ver en todos los momentos, y con relacion á cualquiera persona. Puede tenerse bondad sin dulzura, y es imposible tener una verdadera dulzura sin bondad. Parece ocioso advertir que el orgullo tan quisquilloso, tan irritable, está de todo punto reñido con la indulgencia que es hija de la dulzura.

Debilidad de carácter. Es la predisposicion á dejar que los otros adquieran influencia sobre vuestra voluntad, y á otorgarles todo aquello que nos exijen. Fuerza es evitar un estado que nos conduce al envilecimiento, y del que son causas mas frecuentes la timidez, el amor desenfrenado y la indolencia. Sabido es el partido que de este vicio sacan las mujeres á quienes amamos.

Dueña de casa. Para hacer bien los honores de la casa es indispensable tener facto, firmeza, mundo, igualdad de carácter, y dominio sobre sí. La direccion de una conversacion se asemeja á la de un Estado; el gobernante y la dueña de casa no deben mezclarse nunca en deseos propios, sino en remover los obstáculos, cortar los males, y dar vida á la que caiga en languidez. La dueña de la casa debe impedir que la conversacion tome un jiro fastidioso ó que envuelva algun peligro; pero una vez dado el impulso, no debe precipitarlo porque seria causar molestia. Tambien debe rehuir de dar pábulo á la conversacion sacando á plaza á uno solo de los presentes, ó hablando de un asunto que á él nada mas interese, pues de este modo complaciéndole á él, se aburririan espantosamente todos los demas. La conversacion mas picante y deliciosa es aquella que separándose de todos en particular, tiene por base un asunto de comun interés; y tanto es así, que hasta aquellas personas amigas de hablar de sus cosas, concluyen por gustar de ella, y quedar satisfechas, pues entonces se envanecen de haber adquirido nuevos conocimientos, y no las remuerde la conciencia del ridículo con que paga justamente la sociedad á esos *Narcisos* de la conversacion. D'Alembert nos ha dejado la pintura del salon de Madame Geoffrin: «Todas las artes, dice, y todos los talentos eran admitidos en aquella sociedad, y cada uno estaba seguro de encontrar la consideracion con que públicamente se le honraba. En su casa, la reunion de todas clases de distincion impedia que ninguna brillase en particular, y en cuanto á ella parecia despojada de todo amor propio para halagar el de los demas. Tenia ese inapreciable y difícil talento de dar valor á lo que nos dicen, dejando á cada uno contento de sí propio. A Madame Geoffrin fué dirijida esta frase del Abate Saint-Pierre. «*Habeis estado inmejorable hoy*, le dijo ella: *No he sido mas que un instrumento*, respondió él, *del cual habeis hecho lo que habeis querido.*

Echar brindis. La costumbre de echar brindis, inventada en

(1) Un comerciante que estaba firmando el estracto del bautismo de un hijo suyo puso distraidamente: «Gonzalez y compañia.» Y no cayó en el oprobio que inadvertidamente se habia inferido, hasta que todos los concurrentes soltaron la carcajada.

(2) Cierto príncipe queriendo mostrarse amable con una señora, le preguntó cuántos hijos tenia, á lo que respondió que tres. Pasó un cuarto de hora, durante el cual la atencion del príncipe habia estado lejos de allí, y volviendo á preguntar á dicha señora que cuántos hijos tenia: «Como no he tenido ocasion, respondió ella, de tener ninguno desde que me hicisteis igual pregunta, sigo teniendo tres.»

tiempo de Augusto, ha llegado hasta nuestros dias, bajo los bizarros auspicios de la franqueza y la adulacion, de la política y la mentira. Caida en desuso durante algun tiempo, vuelve á estar hoy dia en boga; y en la mejor compañía se echan brindis, desgraciadamente mas alegres que sinceros.

Embromar. Embromar á alguno, es divertirse con él engañándole, abusando de su candor para hacerle creer alguna cosa muy ridícula. Ha estado de moda en algunas reuniones el embromar á ciertos individuos, y hacerles asi objeto de la mofa general. No hay mas que la persona embromada que tenga derecho á decidir si se ha encerrado en los límites de una chanza de buen género; ella sola pronuncia sobre la agudeza, la gracia ó insolencia del embromador. Sentiríamos veros tomar semejante papel, y nos agradaria mas veros víctima que verdugo de esa costumbre; porque la lástima de la gente honrada nos parece preferible á su desprecio. Procurad no escitar ni la una ni el otro, y romped con los que buscan placeres tan necios, tan crueles y tan peligrosos. M. de Grammont, viendo un gentilhombre de provincia llegado hacia poco á la corte, apostó hacerle una pregunta singular. Le preguntó, en efecto, para burlarse de él: Qué era un óbolo, una faribola y una parábola? «El gentil-hombre, sin desconcertarse, le respondió al momento: Una parábola es lo que no entendeis; una faribola, lo que decís; y un óbolo lo que vos valeis.»

Estravagancia. El amor propio es tan vivo en algunas personas, que no temen darse al ridículo antes que pasar desapercibidas. Asi es que disfrazan el timbre de su voz y toman una vocecita amaricada, y otros se comen las últimas letras de las palabras. Estas son otras tantas estravagancias que es menester evitar con cuidado.

Exaltarse. Para hablar bien no es necesario exaltarse en la conversacion, sino esperar el momento en que se pueda decir algo nuevo é importante.

Escuchar. Si el primer principio es callar, el segundo es escuchar, y preciso es convenir que hay pocos que lo practiquen. Aun los mismos que se resignan á callar, no consienten siempre en escuchar, por lo cual el arte de oir viene á ser mas difícil que el de hablar. Montaigne, que ha sondeado tan delicadamente los mas profundos pliegues del corazon humano, se queja con amargura de que en las escuelas de su tiempo no se enseñase á los niños las reglas de oir bien á un compañero de diálogo. Fontenelle es acaso un modelo de este género. El placer de la conversacion era su único gusto, y jamás con tal que fuera entre personas de talento, se le escapaba una sola sílaba de ella, pues tenia el don de escuchar y de escuchar perfectamente. Se deleitaba oyendo buenas cosas, y decia: «Prefiero escuchar, porque me instruyo y deleito sin estropear mis pulmones.»

¡Cuánta gente cuando se la habla muestra visiblemente que no atiende á lo que se dice, y disimula mal el deseo que ella tiene de tomar la palabra á su vez! Parece en verdad que la obligacion de escuchar es una ley social que á cada momento se infunde. La inatencion, la impaciencia, el aire distraido, el afan de dominar, la tonteria de querer siempre llevar la razon, son defectos que en la vida se dejan ver con demasiada frecuencia, y que nos conducirian á un abismo, si otros instintos, aun el de la vanidad, no le contrarestaran produciendo un todo armonioso y tolerable. Si los jóvenes supieran cuánto se estima por el que habla que le escuchen lo que dice, no se resistirian tanto á prestar la atencion debida. Es posible que nuestros lectores hayan oido contar una anécdota, relativa á cierta señora, á quien recomendaron un caballero como hombre de ingenio y gracia. Esta señora no se tenia por tonta, ni tampoco era escasa de palabras en la conversacion. Consintió, pues, en recibir al recomendado, y pasada la visita, que duró dos horas, y viendo á las personas que lo habian presentado, les dijo: «Teniais mucha razon, es un hombre encantador, y tiene la gracia de un ángel,» porque habia sabido callarse, sin dejar por eso de oir ni de comprender nada de cuanto la señora habia dicho. Hay sin embargo ocasiones en que es preciso romper el silencio, á riesgo de comprometer vuestra reputacion de talento, y de que vuestra modestia se tome mas fácilmente por molestia.

Educacion. Es la cultura del corazon, y tiene por objeto corregir los vicios, desterrar los defectos y suavizar y embellecer las costumbres. Ella es la que nos suministra ese cúmulo de ideas morales, que adquiridas en la infancia se desarrollan despues, y determinan el carácter del hombre. Es necesario no confundirla, sin embargo, con la instruccion, que es la cultura del espíritu. Puede haberse recibido una instruccion variada y grande, sin tener mas que una educacion defectuosa. El hombre instruido no es siempre el bien educado, y viceversa. La perfeccion de la educacion es la mezcla de la instruccion con la política, y el saber vivir es la ciencia unida á la virtud. La educacion es el principal patrimonio de la gente distinguida.

Egoismo. El egoismo en la conversacion es un defecto tan grosero que no necesita anatematizarse, y contra él está bastante en guardia la sociedad. La personalidad de cada uno, contenida en los justos límites, es un escudo contra la opresion que el egoismo quisiera establecer. Sin embargo, nunca será demasiado cuanto sobre este particular se predique á los jóvenes: parece que hay una fatal pendiente que nos arrastra á aquel vicio, casi involuntariamente. Digamos con todo que á la máxima prohibitiva de hablar de sí propio no debe darse una estension exagerada. Hay circunstancias en que sin inconveniente alguno, ni ridículo de ninguna especie, puede uno hablar de sí mismo, y hasta hacerse oir con interés. La pendiente es á pesar de todo muy peligrosa, y debe tratarse de no apurar la medida del sufrimiento en los que escuchan.

Elipse. La elipse ó sea la frase de que se suprimen algunas palabras no tiene una gran importancia en la conversacion, porque suele degenerar en oscura é ininteligible. Hay que guardarse de emplear cierta manera de hablar que ofende la gramática, y no consigue la belleza que suele tener por fin.

Enfasis. Hablar con mucho énfasis en asuntos de escasa valía es lo que Montaigne llamaba hacer grandes zapatos para pies muy pequeños.

Entierro. Solamente una ocupacion de la mayor importancia puede dispensar de la asistencia á un entierro para el cual se ha recibido papeleta de convite. Debeis, pues, marchar á la casa del difunto y acompañar al duelo hasta la conclusion, teniendo cuidado de que vuestro semblante esté afligido, aun cuando realmente no tengais pena alguna, pues esta es una hipocresía bastante disculpable é inocente, cuando se trata de dar á la ceremonia el color de la tristeza y el llanto: si no sois pariente ó amigo del difunto, no estais obligado á acompañar su cadáver hasta el campo santo.

Entusiastas. Hay una clase de hombres, diametralmente opuestos á los que hemos dicho en otro lugar, que tienen espíritu de contradiccion y es la de los entusiastas, no menos insufribles que aquellos seguramente, y tal vez mas todavia, pues con los primeros hay siempre el recurso de romperles la cabeza, mientras que con los segundos, como su mision es de benevolencia y aplauso, hay que mostrarse amables, agradecidos, so pena de faltar á la educacion. Contrarios á los que de nada se prendan, los entusiastas lo encuentran todo bien, y ensalzan aun lo que no vale la pena de referirse. Indispensable es que con esta clase de gente se muestre uno únicamente admirador de todo, porque si no le tomarán á uno por hombre incapaz de tener el sentimiento de la belleza. Lo mejor es dejarlos estasiarse á sus solas, porque aventurarse á criticarlos seria perder el tiempo y labrarse su enemistad.

Entrada en el mundo. Tened mucho cuidado en que vuestro primer paso en el mundo no sea falso, en no tropezar á sus umbrales. Mas adelante podeis contar con otros recursos; pero al empezar, toda vuestra atencion y esmero deben ser incesantes. El medio para que os agrade una sociedad es que vos le agradeis á ella tambien. El buen sentido y los conocimientos son prendas seguramente de gran estima para agradar; pero no bastan; necesítanse asimismo modales y educacion. Para adquirir estas dotes hay que frecuentar la sociedad mas distinguida, aunque todo seria en vano, si no hacia cada cual de su parte la observacion particular y retenida, y el empeño de aprender. La amabilidad, el deseo de parecer bien, son la base de todas las relaciones de la sociedad, por lo cual cada uno debe esforzarse en aparecer ante ella bajo el punto de vista mas favorable. Preséntense los jóvenes en el mundo con naturalidad, atiendan, escuchen, é igualarán bien pronto los buenos modelos.

Envidia. ¡Qué deplorable pasion aquella que no se pone en movimiento sino para negar al genio sus invenciones, al talento sus trabajos, y á la virtud sus obras, y que oculte al mismo tiempo sus malos instintos y sus odiosos subterfugios, bajo la capa de una compasion fingida! ¡Cuánta real y positiva merece el que envenena su alma con la ponzoñosa hiel que sale de sus lábios dirijida á los demas! Indudablemente la envidia es uno de los mas temibles azotes de la humanidad. Referid á un hombre los triunfos de otro á quien envidie, y vereis la que brota de su alma, y cómo palidece su rostro y se llena de inquietud, procurando ocultar su ódio, hasta que desbordándose este, le asoma por todas partes y maldice aquellos elogios; ¡fatal pasion la que está destinada á enfriar el entusiasmo mas justo y manchar la gloria mas esclarecida! En casa de Madame Genlis nunca la conversacion era hostil, porque sabia que á nadie menos que á la muger sienta bien la envidia, y que no hay cosa mas repugnante que el rostro femenil animado por la falsedad, y el desagrado que aquella le imprime. Saint Foix era de un carácter dulce, generoso, pero inquieto, susceptible y raro. Era preciso no elogiar en su presencia los autores que no le gustaban, que eran los primeros de la nacion, porque se desaprueba, y no podrá ocultar el disgusto que le causaba.

Como se creia aun en su regimiento, le parecia que toda clase de cuestiones debian decidirse con la punta de la espada, y una vez por una literiara desafió formalmente á un ministro del tribunal de que él era miembro. Su adversario le devolvió el cartel recordándole aquellas palabras de Ciceron *cedant arma togæ*.

Espresarse con afectacion. Hay personas que se imaginan que, para distinguirse de los demas, para elevarse por encima de lo que llaman, clásicamente hablando, *vulgo grosero*, es preciso evitar de hablar como todo el mundo habla. Estudian para redondear los períodos y salpimentar con grandes palabras tomadas del arsenal oratorio y del almacen académico; luego se van, con sus provisiones de frases, á correr los salones, los círculos, y descargar su pesado fardo sobre las oficiosas espaldas de los complacientes oyentes. Bachilleres eternos, nunca hablan, declaman sin cesar; y el asunto mas sencillo, mas fútil, una observacion sobre la lluvia ó el buen tiempo, una queja sobre el lodo de Madrid, sirven á estos señores de testo para las mas fastidiosas disertaciones. Puede llamarse á estos individuos habladores descriptivos, como han dado á los discípulos de Delille el nombre de poetas descriptivos. Búsquese en la naturaleza un ser mas egoista que un hablador que hace frases! Aunque habla, la mayor parte del tiempo para no decir nada, exige la mas religiosa atencion y encarga el mas profundo silencio; es preciso que concluya su frase; y aunque fuese uno sorprendido por una súbita necesidad, ó un asunto muy apremiante, es preciso sufrir hasta la última palabra del malhadado hablador. Es en vano que querais rogarle muy humildemente que abrevie su período; es inútil que le pidais un momento de tregua, ó le supliqueis os dispense dos palabras; él no tiene piedad; él *æs triplex* arma su corazon, y su boca entreabierta continua la emision de largas palabras, frases lánguidas, y citas vulgares de una verbosidad pedante. Un hombre que hace frases, que habla de un modo acompasado con todo el mundo, y que no sabe hacer lugar á las condiciones, rangos y caractéres, es ordinariamente un tonto. El ha leido y retenido en la memoria mucho, este es el talento de los necios, que, no teniendo una idea que sea de su propia cosecha, estan obligados á recurrir á la imaginacion de los otros, y hablan constantemente con su memoria. Estos buenos habladores son casi siempre incapaces de escribir dos líneas que tengan sentido comun; pero es preciso echar por delante las espresiones mas retumbantes, las palabras de un exámen tanto mas ridículo, cuanto que la sencillez y la claridad son las primeras condiciones de la conversacion. Los veis, oradores infatigables, acumular las enfáticas redundancias, agotar el vocabulario de la prosa poética, y perderse en el laberinto de los galimatías. El hombre de talento se guarda bien de ese lujo indigente de palabras, de ese alarde miserable de fraseología, y habla á cada cual el lenguaje que puede entender. Instruido con las personas esclarecidas, razona con los sábios, y bromea con los jóvenes; su política siempre galante divierte al sexo hermoso, y no se atreveria á emplear un giro que hiciese sospechar de su parte el trabajo de una frase presuntuosa; porque el tacto de las mugeres haria muy pronto justicia á una imperdonable infraccion de las reglas del gusto, tal como lo que representa el anterior grabado.

Epígrama. El epígrama es un rayo picante, que tiende á corregir una falta por medio de una espresion feliz, y con ayuda de un pensamiento agudo y mordaz. No está reñido con la decencia ni la honradez; ha de ser breve, punzante, y se ha de envolver en una forma buena y delicada. Si no ha de originar las frecuentes querellas que son resultado de ódio y del deseo de venganza, el epígrama ha de tener por base el buen sentido, la gracia y la amabilidad. Ninguno debe permitirse un epígrama en una reunion, si no conoce perfectamente á todos los individuos de ella. En habiendo treinta personas en un salon, puede decirse que sobre quince lo menos cae á plomo el disparo, que como bala perdida se quiera hacer.

Equívocos. Las frases de doble sentido que tienden á ocultar bajo un velo mas ó menos espeso una indecencia, estan proscritas, y con mucha razon, de toda buena sociedad, y sus actores declarados personas de mala compañía. Los equívocos de semejante clase no se prohiben solo ante las mugeres honradas, sino en todo caso, y cualquiera que sea la reunion. No comprendemos el placer que tienen algunos en poner coloradas á las señoras, ni el mérito que de esta hazaña resulta. Un hombre de buen tono debe mostrarlo en todas, y hay muchos que lo han perdido insensiblemente, acostumbrándose al lenguaje de todas las sociedades en que han alternado. Se necesita mucho tiempo para adquirir las circunstancias de una buena educacion, y basta un momento para perderla, dejándose sobre todo ir de esa indolencia, que consiste en decir cuanto pasa por la cabeza, y en plantarlos colocados encima de las mesas. Una muger debe considerar un equívoco como una ofensa que se le infiere. La castidad es tan delicada que no puede oir ciertas cosas sin sublevarse, y solamente un hombre bestial ó falto de juicio trataria de mortificar á una muger con una conversacion de mal carácter; y aun no lo conseguiria como esta supiese revestirse de su imponente dignidad, porque en la virtud tal confianza interior, que ante ella retroceden las mas insolentes espresiones.

Erudicion. La verdadera erudicion no se proclama ella sola; este es precisamente su mérito, y la que la hace reconocer. No creyéndose dispensada de la amabilidad ni del buen gusto, se guardará bien decir á hablar en un salon lleno de señoras de las antigüedades clásicas que las asustarian. Un hombre instruido no necesita anunciarse; su sabiduría le hará traicion al momento, y si le asedian, le instan y le ruegan para que tome parte en una conversacion erudita, no debe hacerlo sino despues de echar una mirada investigadora por el auditorio, al cual en todo caso tratará de complacer.

Etiqueta. La etiqueta es el talento de los que no lo tienen, ha dicho un poeta, y con bastante razon. No obstante, esos encontrareis en contacto con un príncipe; tendriais que estudiar las costumbres que rigen en los palacios. La etiqueta, carga tan ridícula como fatigosa, ha sido introducida por un conjunto de causas ignoradas las mas, á pesar de la cual debe considerarse feliz el que en la corte sepa cuanto debe hacerse y decirse. En ella estan de tal manera las voluntades inclinadas á la envidia, que las ceremonias serian una confusion, y cada uno tomaria el puesto que le diera la gana si la etiqueta no lo hubiese previsto todo de antemano. Por ridícula que sea, es menester aceptarla. Un hombre tan fuerte, tan orgulloso como Napoleon, dijo á lord Amheist cuando regresó de la China: «¡Qué habeis rehusado una audiencia del emperador, porque era preciso prosternarse á sus plantas! Yo diré á mi embajador que permanezca dos horas con la cabeza en el suelo para que acepte.» No puede uno descartarse ni sentirse humillado por una costumbre que está admitida y no es personal. Los honores que se tributan á un puesto, por grandes que sean, no halagarán nunca ni la misma vanidad como los consagrados al mérito individual, por lo que se ve que todo está compensado. Un talento superior no se rebela jamás contra las formas, aunque él mismo no falte á ninguna. María Antoñeta odiaba á Madame Noailles, porque esta la daba frecuentemente lecciones severas sobre el olvido de su dignidad. Un dia que se encontraba en el parque de Versalles montada sobre un asno, cayó de él, y como acudieran todos para levantarla, los detuvo soltando una carcajada, y diciéndoles: «Vayan Vds. en busca de Madama de Noailles para que nos diga cómo debe levantarse una reina que se cae de un burro.» Pero esta anécdota, si algo prueba, es en favor de la de Noailles, que tuvo mucha razon de retirarse desde aquel momento de su servicio.

Exactitud. De todas las cualidades de amo de casa, la exactitud es la primera. La política mas esquisita no puede disimular ni sofocar los síntomas de impaciencia que se apoderan de un salon donde la cu-

nida es esperada. «Me fundo para sentar esta máxima grave, decia Brillat-Saverir, en las observaciones que yo hice en cierta reunion de la que formaba parte, y en la que el gusto de examinar á cada uno me distraia el hambre. Fuí convidado un dia á comer en casa de un alto funcionario público. La esquela de convite decia para las cinco y media, y todo el mundo se encontró allí á esta hora, porque se sabia que el anfitrion era hombre exacto y se incomodaba con los perezosos. Al entrar yo advertí que reinaba en los convidados la mas viva agitacion; hablábanse á la oreja, miraban hácia dentro por las vidrieras, y veia en todos los semblantes el estupor. Parecia que ciertamente habia ocurrido alguna cosa estraordinaria. Acerquéme á uno de la reunion que juzgué mas á propósito para satisfacer mi curiosidad, y le pregunté qué habia ocurrido. «Ay, me respondió con el acento de la mas honda afliccion, S. E. acaba de ser llamado al Consejo de Estado, y acaba de partir en este instante, sin saberse cuándo volverá.» No hay miedo, repliqué yo indiferentemente, ese será asunto de un cuarto de hora todo lo mas; sabe que hoy comemos en su casa, y no veo la razon de que pretenda dejarnos en ayunas. Al espresarme así, no carecia sin embargo de cierta inquietud, y hubiera dado cualquier cosa por encontrarme lejos de aquel sitio. La primera hora se pasó bien, entreteniéndose la muchedumbre, dividida en círculos, en hacer conjeturas sobre las causas de llamar tan precipitadamente de las Tullerías á nuestro querido anfitrion. Pero la segunda ya fué de impaciencia y murmuracion, sobre todo para los que habiendo llegado tarde, no tenian sitio en qué sentarse. A la tercera, ya la desesperacion y el descontento se hicieron general. «¿Cuándo vendrá? decia uno. ¿Pero señor, en qué piensa este hombre? añadió otro. ¡Se va uno á morir de hambre! esclamaba este; ¿vámonos á la calle? preguntaba aquel, cuestion que inmediatamente se puso en debate.» Una hora despues, los síntomas de la concurrencia eran tan graves, que apenas pudo mitigarlos una observacion hecha por mí, reducida á decir que el mas digno de compasion sin duda era la persona á quien todos esperábamos. Y no era esto lo peor, sino que, habiéndose atrevido á penetrar en la cocina uno de los convidados que tenia franqueza en la casa, volvió con el semblante lívido y desencajado, y pronunció estas palabras de muerte: «S. E. se ha marchado sin dejar nada dispuesto, y venga cuando quiera, ¿de qué nos servirá su vuelta?» Quizá el sonido de la trompeta final no causará un efecto como el que las anteriores palabras produjo en aquella asamblea. Entre todos los mártires habia uno á quien sus habituales padecimientos le tenian en peor estado que ninguno, el cual, así que las hubo oido, se arrojó sobre un sillon y cerró los ojos, no para dormir, sino para esperar la muerte. Ella no vino sin embargo, y á eso de las diez de la noche se oyó el ruido de un carruaje, que puso á todos en movimiento. La risa sucedió á la amargura cuando un instante despues nos sentamos á la mesa; pero como habia pasado la hora de comer, todos estaban interiormente disgustados, y yo he sabido de algunos que enfermaron á consecuencia de esta broma, pesada por cierto.

Exajeracion. Cuando uno quiere interesar á los otros en sus sentimientos, se permite exajerarlos un poco, sea con el gesto, sea con el lenguaje; pues siempre hay una gran distancia del pensamiento propio al ageno, y fuerza es colocarlo sobre un pedestal que lo haga mas visible. Dos personas que tienen las mismas opiniones, igual manera de ver las cosas, y que se conocen bien, no necesitan seguramente de aquella perspectiva para comunicarse sus ideas; pero si una tercera toma parte en la conversacion, esta tiene que adquirir otras formas, que la engrandezcan mas. Todas las artes necesitan de la exajeracion; y el hablar que lo es, no produciria sin ella efecto alguno menos que en el caso citado.

Escusa. Razon que se da para justificarse de una falta de la cual se desea el perdon. Cuando la falta no es mas que aparente, la escusa demuestra siempre un fondo de política en el que la hace. Hay tambien otros que son un sí no es epigramáticos, ó de ingenioso cumplimiento.

Esterior. Antes de salir de vuestra casa para un baile ó una reunion, consultad veinte veces el espejo para que os asegureis de que ningun detalle de vuestro vestido está en contradiccion con vuestra edad ni con el esterior que os haya dado la naturaleza. Todos los hombres no pueden competir con Adonis en belleza; pero á ninguno está vedado pulirse, perfeccionarse, ni ponerse lo menos feo posible.

Enjuagarse la boca y las manos. Las costumbres son leyes mientras convienen; el dia en que otras exijencias necesiten otros usos, se establecen y reemplazan á los antiguos..... Tal es la mancha comun. Nosotros hemos admitido una costumbre inglesa, tan mal aplicada á nuestras maneras como muchas otras: es la de lavarse las manos y la boca en la mesa. En Inglaterra, es cosa muy sencilla, porque las mugeres se levantan de la mesa á los postres; pero entre nosotros es chocante ver á un hombre hacer su toilette al lado de una señora. En algunas casas grandes, todo este toilette se hace sobre aparadores donde las señoras encuentran lo que necesitan, lo mismo que los hombres; y, en nuestra opinion, esta costumbre es mucho mas preferible.

Enfermedades. Ejerced la piedad con todas las enfermedades físicas y morales, á fin de no desgarrar el corazon de la madre de un loco, de un imbécil ó de un paralítico, burlándoos de un ausente que padezca alguna de estas imperfecciones. Es imposible que entre una docena de personas, no haya ninguna en cuya familia no adolezca alguno de aquella desgracia. Por otra parte, ¿no es la cosa mas estúpida é inhumana el burlarse de un defecto natural? Ahora si sois vos el que tiene el defecto, apresuraos á reiros el primero, que es el modo de evitar la risa de los demas. Alfiere, que gastaba peluca desde su juventud, nos cuenta que un dia al entrar en el colejio fué víctima de las bromas de sus camaradas. «Este acontecimiento, dice, es uno de los que mas me han afligido, tanto por la pérdida prematura de mis cabellos, como por la maldita peluca que me queria ser arrebatada por mis compañeros. Al principio traté de defenderla; pero viendo que la cosa iba mala, y que yo mismo corria peligro si no mostarba serenidad, me paséal campo enemigo, *quitándome* la peluca y arrojándola desesperadamente al suelo. ¿Qué sucedió? Que al cabo de algunos momentos se apaciguó el motin, y mi peluca fué una de las mas respetadas que lo hayan sido nunca en la tierra. Entonces aprendí que es preciso aparentar siempre que se concede espontáneamente aquello que en vano trataria de no perder.»

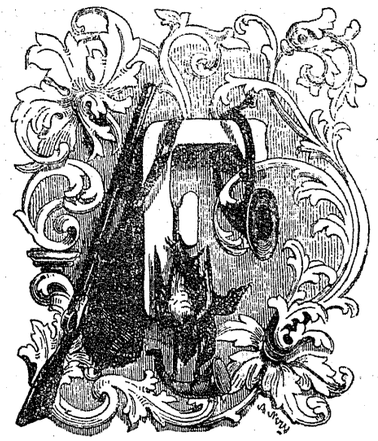
Estravagancia. La estravagancia recorre en un instante todos los estremos, y ninguno debe fiarse en el que la padezca, en atencion á que él mismo no puede responder de su conducta. Pensamientos, modales, vestido, todo en el estravagante se halla en oposicion con las circunstancias y la regularidad. A esta clase de sugetos hay que estarles dando continuamente el *quien vive*, porque nadie puede nunca estar seguro de agradarle.

Espresiones estrangeras. Nosotros profesamos una aversion implacable, una invencible repugnancia hácia el pedantismo bajo todas las formas; que se haga literato, poeta, artista, historiador ó sábio, aborrecemos todos los matices de su lenguaje. En todas partes herimos con reprobacion suprema todo discurso erizado de citas en lengua estrangera, no haciendo mas gracia al pedantismo de los idiomas modernos, que al pedantismo griego ó latino, mirado como la peor especie. Establecida así la regla con franqueza, las escepciones tendrán mas fuerza. Pueden emplearse rara vez felizmente, algunas palabras latinas, cuando su significacion es generalmente comprendida, y que en ciertas ocasiones dan viveza ó gracia al discurso, tales como: *Ad honores, ad libitum, ad patres, alter ego, audaces fortuna juvat, currente calamo, ex abrupto, extra muros, ex professo, nec plus ultra, finis coronat opus, ipso facto, etc. etc.* Lo mismo las espresiones italianas: *far niente* (no hacer nada), *desinvoltura, morbidezza* (abandono, dulce molicie), que no tienen equivalente en nuestra lengua, y que ademas han recibido carta de vecindad. En cuanto á los nombres de obras y personajes célebres, estan tan españolizados, que seria una afectacion ridícula el decir *il Petrarca*, en lugar de *Petrarca; la Gerusalemme liberata*, en lugar de *la Jerusalem libertada*, etc. etc. Tambien se puede recordar agradablemente, aunque con sobriedad, el *lasciate ogni speranza* (dejad toda esperanza), y *anch' io san pittore* (yo tambien soy pintor), y otras bellezas consagradas ademas en todas las lenguas; pero esto, con dos condiciones que libran á la citacion de todo embarazo, para dejar saborear todo su encanto: la una, poseer perfectamente el asunto que se cita; el otro, no dirigirse jamás á personas á las cuales sea necesario esplicárselo. La conversacion procede por cambios, y no por comentarios. En este caso, es preciso traducir, ó abstenerse..... Pero el aleman y el inglés, tan buscados en nuestros dias, tienen exigencias muy diferentes. Aunque se trate de personajes ú objetos muy conocidos; aunque los oyentes puedan ó no apreciarlo, nunca pronunciéis *Goethe*, sino *Guente; Byron*, sino *Beyrone; Shakspeare*, sino *Chespire; Holgrood*, sino *Holiroud; Fotheringay*, sino *Fozrinngay; Times*, sino *Taisme; Spleen*, sino *Spline; Keepsake*, sino *Kipsike; Muffin*, sino *Meuffine; Sanduwich*, sino *Sandouiche*, etc., etc., en atencion á que cada uno debe pronunciar como conviene estas palabras, que ocurren con frecuencia en la conversacion. No tratamos de dar la nomenclatura completa de todas las palabras estrangeras que pueden salir en un discurso usual. Basta haber indicado la marcha á las personas celosas en conformarse con los buenos usos; ellas se apresurarán, sin duda ninguna, á aprender á pronunciar *Westminster, steeple-chasse*, y otras palabras análogas. En cuanto á las personas indiferentes á la pronunciacion, que piensen en lo que será la palabra *beefteaks* (*biftek*) pronunciado como se escribe, que recuerden las innumerables burlas que una señora se atrajo en la sociedad parisien por haber transformado el *steeple-chase* inglés en *siete sillas bajas*.

Elegancia y nobleza del lenguage. La nobleza del lenguaje consiste en evitar los términos groseros, las ideas populares, y espresarse como se espresan en el mundo culto y cortés. No hay frases bastantes para recomendar esta cualidad. El que habla y quiere evitar todo lo que es trivial y fuera de uso, no debe emplear mas que frases nobles y escogidas sin afectacion. De cualquier materia que se trate, debe evitarse la bajeza. La bajeza de ideas y espresiones consiste las mas veces en la opinion y la costumbre. El mejor modo de formarse una idea justa de las que son nobles y de las que son groseras, es el frecuentar el mundo civilizado. Solo la buena sociedad puede enseñarnos á distinguir el lenguaje del pueblo del de las gentes bien educadas. Hay un arte de decir noblemente las cosas mas pequeñas; porque á menudo se vé uno obligado á entrar en detalles mas ó menos comunes. Entonces es menester que la dignidad de la espresion cubra y adorne la pequeñez del asunto. Cuando se quiere elevar y ennoblecer una idea comun, en lugar de su espresion sencilla y habitual, se emplea la perífrasis y la metáfora. Pero la palabra propia tiene ventaja y no puede ser reemplazada en las cosas de sentimiento á causa de su energía, es decir, á causa de la prontitud y de la fuerza con que escita la impresion de su objeto.

Espejo. Suele contraerse la pérfida costumbre de estarse mirando á un espejo mientras se habla, lo cual da un aire poco decoroso á las mugeres, y muy estúpido á los hombres. Este vicio, sin embargo, no prueba mas sino que se ha criado el que lo tiene en una casa donde no habia espejo, por mas que la sociedad juzgando de prisa la llame coqueta si es muger, y fátuo si es hombre.

Elogios. Hay una moneda que tiene circulacion en todos los paises y tiempos, que todo el mundo toma aunque sea falsa, y que por comun que se haga no pierde jamás nada de su valor, y cuya adquisicion, en fin, cuesta á veces importantes sacrificios; esta moneda es el elogio. Duclós ha dicho que aun la adulacion, cuyo esceso se hace fácilmente sentir, produce tambien su efecto. «Yo sé que tú me adulas, decia uno, pero no por esto me agradas menos.» Un hombre de talento, á quien se habia comparado á Dios, decia: «Es demasiado, pero siempre le honra á uno la comparacion.» Una de las cosas peores es alabar inoportunamente y con esceso. Los elogios recargados y fuera de tiempo dejan en mal lugar á quien los hace y á aquel que los recibe. El medio de dejar hecha un tonto á una persona de talento y que se quede sin saber qué responder, es elogiarle cuando no viene al caso. Y con efecto, ¿qué hace uno víctima de una nube de incienso? Si se está callado, parece que es que se está gozando uno en respirarlo; si interrumpe al asesino con gritos descompasados, se da lugar á creer que se trata de escitarlo con esto á que aumente la dósis. Nosotros vemos muchos hombres de gran talento que puestos en semejante potro, contestan una barbaridad: *cómo os estais burlando de mí, vos no creeis eso*, que es despues de todo un grave insulto para el elogiante. Los que no tienen trato ninguno se imaginan que no puede un hombre acercarse á una muger sin hacerle elogios desmesurados, lo cual es un error. Es de muy mal tono requebrar á cuantas mugeres se ven, sin tener en cuenta la clase, la edad y el mérito, y el que siga este sistema podrá agradar á algunas casquivanas, pero no seguramente á una de pundonor y valía. Tened con las mugeres una conversacion viva, picante y variada, y acordaos de que su imaginacion es demasiado activa y su movilidad grande para que puedan sostener largo tiempo una conversacion acerca de una misma cosa. ¿Es preciso desentenderse absolutamente de los elgios? No; nuestra sociedad no se encuentra aun en ese caso; los elogios continuarán siendo todavía un motivo para medrar; pero cuando menos, cuídese de no tributar nunca sino los que sean verdaderos ó siquiera verosímiles, de no hacerlos directa sino indirectamente, para que la persona objeto de ellos no tenga que interrumpirnos, y en fin, mezclarse con cierta suave censura, que todavía la darán mayor estima y un color de apreciable verdad. Una muger, conocida por sus muchas virtudes y gran conocimiento del corazon humano, establecia las siguientes reglas: 1.ª Que es preciso no elogiar mas que muy rara vez á los amigos. 2.ª Que no deben elogiarse determinando tal ó cual hecho ó accion, sino en general, pues en el primer caso no dejaria de descubrir alguno en el hecho cualquier particularidad que lo echase á perder. 3.ª Que no deben impedirse cuando se nos tributan, porque cuantos esfuerzos se hicieran para apagar el entusiasmo del que toma el incienso, no haria, por el contrario, sino aumentarlo.



Familiaridad en el nombre de bautismo. ¡Cuántas gentes se honran en nombre del mundo, al salir de su despacho de abogado ó de su oficina del ministerio, de llamar á los grandes hombres por su nombre de bautismo, de gritarles de lejos: «¿Cómo lo pasas?» y de referir los menores detalles de su vida, á fin de pasar por sus amigos! Y ademas, estas son cuestiones ridículas, súplicas indiscretas, observaciones estúpidas, y sobre todo elogios al revés, mas irritantes que la crítica misma; quejas por parte de vuestras mas íntimas convicciones, y sobre esto para hacer alarde de su prodigioso juicio, de su estraña aptitud y de una vocacion increible. Dejadlos hablar, y os ofrecerán consejos. A este propósito, conozco un escultor que, durante todo un invierno, huyó de casa en casa de un amigo de los artistas, obstinado en ganar su intimidad recomendándose con una multitud de *nombres*, que calificaba de sus buenos amigos y hermanos por las ideas. Nuestro escultor se habia sustraido á este fastidioso y le habia perdido de vista, cuando, yendo de viaje, le encontró á su lado en la diligencia. Al momento se entabló una disertacion artística, y el estatuario, habiendo agotado los monosílabos, no sabiendo ya que hacer, se inclinó hacia el oido de su perseguidor, y señalándole enfrente de ellos un comerciante rico de lanas, que ocultaba su ingrata cara debajo de un gorro de algodon negro, le dijo en voz baja: «¿Veis ese viejo sencillamente vestido? ¡pues bien! es M. de Lamartine que viaja de incógnito. No os deis por entendido que lo sabeis.— ¡Calla! respondió el otro, y es verdad, ahora le reconozco.... ha engordado mucho; sin embargo, no se puede equivocar.» Gracias á este subterfugio, se libró nuestro escultor de todo martirio, con perjuicio del comerciante sobre quien el amigo de los artistas volvió su ingenio admirable y la gracia ática de su conversacion. El tono inspirado del uno contrastaba de un modo adorable con la pesadez del otro. Todo se lo esplicaba este por el deseo de aquel en permanecer incógnito, y el escultor escuchó durante veinte leguas aquel coloquio burlesco con una flema germánica.

Fraseologia. Nada mas ridículo que la afectacion de algunas personas en servirse de espresiones nuevas y lejanas de aquellas que el uso autoriza. Quien no puede brillar por una idea, quiere hacerse notar por una palaba. Mercier, autor del *cuadro de Paris*, conocido por su furor por el fraseologismo, comia un dia en casa de un candidato al Instituto. Sirvieron una pierna de carnero cocida á la inglesa, es decir, que apenas habia visto el fuego. El académico Mercier, poco acostumbrado á aquel método culinario, rehusó la lonja que le ofrecia su huésped, diciendo: «Esa pierna está *incocida*.—Es por el *incuidado* de mi cocinera,» respondió este que no tuvo la grosería de hablar mejor que un miembro del Instituto.

Fisonomia. Antes de empezar á hablar con cualquiera, procurad primero conocer el lenguaje mudo de su fisonomía, porque esta es, con pocas escepciones, la espresion del carácter y de los sentimientos que se esperimenta. Si observais un tinte de tristeza en el semblante de una persona, no la abordeis con as ecto risueño y palabra placentera; y *vice-versa*, si os encontrais con una cara que anuncia buen humor, guardaos de entristecerla con una conversacion séria y severa. Observad en la fisonomía de vuestro interlocutor el efecto de vuestras palabras; procurad penetrar lo que esperimenta; no le perdais un momento de vista, y que vuestros ojos, fijos cons-

tantemente en él, os guien, para no comprometeros con una palabra que pudiera desagradarle, ó con la fatiga de una conversacion demasiado larga. Cuando vuestro interlocutor se suene con frecuencia, ó mire de un lado á otro, en lugar de interrumpiros con una sonrisa ó algun monosílabo de aprobacion, abreviad y llegad en seguida al fin. Si os veis embarazado para acabar y no estais mas que en la esposicion, echad un pretesto político; pedid una cita, que no os rehusarán jamás, y buscad otro interlocutor. De este modo no habreis perdido nada en el ánimo del que habeis dejado políticamente. Sed breve y mesurado con las fisonomías formales y melancólicas; abundante de palabras, pero sin *prolijidad*, con las caras alegres y serenas; no escaseeis la risa y ruidosa alegría con esas caras mofletudas, que siempre estan dispuestas á la hilaridad. Considerada bajo otro punto de vista, la fisonomía es uno de los principales móviles de la accion. A ella toca el espresar la alegría ó la tristeza, el abatimiento ó el orgullo, la amenaza ó el ruego, el entusiasmo ó la indignacion. La espresion del semblante dice á menudo mas que el discurso mas elocuente. Sin embargo, es menester no moverse demasiado, ni cambiarse á cada instante, porque se arriesgaria uno á caer en el ridículo ó en la fealdad.

Facultades naturales. Las facultades del alma, como las del cuerpo, se desarrollan ó empequeñecen, se aumentan ó disminuyen en razon de la actividad que se le da, ó de la inercia en que se las deja languidecer. Pero tal es la debilidad humana, que frecuentemente una *facultad* no se enriquece sino á espensas de las otras. Los únicos apasionados que se ocupan en buscar sonidos, no tienen un movimiento, sino la combinacion intelectual necesaria para este ejercicio, y no se encuentran por consiguiente en estado de juzgar de otros objetos. El trato, el estudio y la necesidad de desarrollar *todas* las facultades naturales, así como las distintas posiciones y circunstancias en que el hombre puede encontrarse, desarrollan talentos inesperados y cualidades desconocidas, que nos llevan siempre á la perfeccion, si hemos adquirido conocimientos sólidos sobre todo.

Familiaridad. La familiaridad es un defecto cuando se usa con personas á quienes se conoce poco. Como la falta de tacto y buen tono es tan general, sucede que muchas personas porque una vez os han visto en cualquier parte, se creen ya autorizadas para hablaros en todas, imaginándose que su sola vista debe causaros un placer estupendo. Seais quien quiera, pasareis por su *amigo querido*, á cuyo título os darán la mano, ú os golpearán en la espalda cuando mas descuidados os encontreis, y os exigirán ademas que les refirais vuestros negocios, les conteis vuestra vida, y les convideis finalmente á comer. Escusado es decir que estas gentes son una de las plagas que afligen la sociedad. La línea en que debe de tenerse la familiaridad no es perceptible sino para el que tiene el corazon bien puesto, el cual la conoce y nunca la traspasa. En cuanto á la gente mal educada, es la que ha dado motivo al adagio que dice: *La familiaridad engendra el desprecio.*

El arte de conducirse en todas las circunstancias de la vida.—El viaje.

Fátuo. El fátuo difiere esencialmente del vanidoso, pues no se ocupa nada de la opinion de los otros, y le basta con su figura, talento, riqueza, etc. El estar solo le aburre, le es necesario enseñar á cada momento y en todas partes su brillante personalidad. La principal tendencia del fátuo es la de singularizarse; le carga mucho parecerse á otro, y al contrario, quisiera ser el modelo de los demas. Destituido completamente de ideas, puede conocérsele en seguida por la variedad de sus palabras, la temeridad de sus juicios, la acritud de sus censuras, la imprudencia de sus relatos, y la estrañeza de su trage. Imposible es simpatizar con un fátuo, que entre otras impertinencias tiene la importunidad de no rehuir nunca sus ofensas al sentido comun y á las conveniencias sociales. Todas las palabras que profiere son irreflexivas; nada hay mas insípido que su conversacion. En medio de un círculo toma siempre la palabra antes que los otros la dejen; toma con las gentes distinguidas familiaridades impertinentes; se llega á ellas con irreverencia, y les hace preguntas sin miramiento alguno. El fátuo no tiene mas que una admiracion, y la reserva para él. Diversas son las manías que indistintamente pueden predominar en el fátuo, y seria tarea larga como inútil el señalarlas cuando todos las conocemos. El hombre orgulloso se ensoberbece, el vanidoso se esponja; pero el fátuo se desvive únicamente por enseñarse, y hasta se resigna á que le hagan caricaturas, con tal que suene su nombre. En Madrid hay una persona con quien la naturaleza no ha podido ser mas avara, que dice á todo el que quiere oirlo: *Yo no voy á los paseos para ver á nadie, sino para que me vean.* ¡Humanidad mal entendida! ¡Cuánto mas le deberia el género humano si aprendiera de Aquiles á ser invisible! El fátuo tiene mucho del tonto; pero este es preferible, atentido á que es obra de Dios, mientras que aquel lo es de sí propio. Aunque el fátuo tiene una gran dósis de impertinencia, no basta esta para declararse tal. La fatuidad exige sin grado distincion tal, como afortunadamente no es dado alcanzar á todos. Un fátuo, encargado de presentar en una casa á un jóven, cuya fisonomía no hablaba mucho en favor de sus facultades intelectuales, se permitió este chiste que le parecia de gran efecto: «Me da V. permiso para presentarle al señor, el cual no es tan tonto como le parecerá á V. á primera vista.» — Señora, respondió la víctima de este atroz ataque, esta es cabalmente la diferencia que hay entre nosotros.» Queriendo otro fátuo mortificar á Sofía Arnould, tan conocida por la causticidad de su espíritu, le dijo: «Ahora, el talento corre por las calles.» ¡Oh! caballero respondió ella, esos son rumores que hacen correr los necios. Refiramos aun otra anécdota de fátuo. Apropiándose uno la propiedad de una noticia que el rey oficialmente habia anunciado á toda la corte, dijo á un antiguo y esperto señor: «Ayer me lo dijo el rey al levantarse.» «Y yo, contestó el otro, oí ayer un gran sermon que *me* predicó Bossuet.» Hay vanidosos que solamente se dan á perseguir las personas que brillan por su talento. Uno de esta especie anduvo persiguiendo largo tiempo al hábil Martainville, con el objeto de que un dia fuese á comer con él y encontrándoselo un dia inesperadamente le dijo: «hace mucho tiempo que me habeis prometido venir á comer mi sopa; os he cogido aquí hoy y no os suelto hasta que os vengais conmigo. Ni aun intentó Matainville defenderse de una desgracia que no tenia remedio, aceptó, y cuando despues de una comida breve hubieron llegado á los postres que se componian de seis nueces, esclamó el anfitrion. «Ya veis que os trato como amigo presentándoos mi ordinario alimento; cuando querais comenzaremos de nuevo.»

—Por vida mia, respondió vivamente al hambriento convidado, cuando gusteis: «No sabemos como tomó la chanza el primero, pero es lo cierto que no volvió á convidar á Martainville.

Facilidad narrativa. Hay muchas condiciones indispensables para el éxito de la narracion. Estas condiciones son: en primer lugar su rareza, despues su oportunidad, su brevedad, y por último su interés. Las mejores historias cansan cuando son demasiado multiplicadas, porque cada cual quiere ser á su turno actor en la escena del mundo. Así, al mismo tiempo que tengais alguna cosa curiosa é interesante que contar, ceded siempre menos al deseo que tengais de hablar, que al deseo que tengan de escucharos. Muchas personas hay que encuentran el secretro de fastidiar, diciendo muy buenas cosas, por el

ánsia inmoderada que tienen de decirlas; despues estan descontentos del carácter de sus oyentes, porque, como dice Rochefoucauld, perdonamos á menudo á aquellos que nos fastidian, pero no podemos á los que fastidiamos. Que nuestro relato nazca naturalmente de la conversacion; que él esplique un hecho, en apoyo de una opinion, pero no parezca jamás traido por el necio placer de la charlatanería ó el deseo no menos necio tal vez de hacer alarde de ingenio. Recordad que los mas medianos relatos, cuando se aplican á tiempo, agradan á menudo mas que las mejores cosas del mundo, cuando se refieren fuera de tiempo; y tambien darse prisa para apoderarse de la narracion, os de mal tono, principalmente en los jovenes y en las señoras, sobre todo cuando hace pocos instantes que se acaba de ocupar la atencion del concurso; es una modestia amable obligar á cualquiera á contar la anécdota del dia de que habeis hecho mencion, y cuyas circunstancias desearan conocer. Esto sienta bien á las personas distinguidas por su talento. El sugeto designado se indigna y se escusa con algunas palabras antes de admitir la invitacion.

Furor de hablar. Hay un tipo que puede llamarse *el orador de salon*. Los hombres que mas agradan en la sociedad no son los que hablan mas y quieren absolutamente hacer brillar su talento. Si uno de estos hombres que tienen la fatal costumbre de disertar y de hacer gala de su saber, pudiese oir todos los epígramas dirigidos en voz baja contra su persona, ¡cómo se intimidaria su serenidad! Asistid á esas reuniones donde uno de esos graciosos ingeniosamente imagina estar obligado á llevar el tributo de sus luces. Es curioso ver como el que procura apoderarse de la atencion general es al instante el blanco de una multitud de amores propios. ¡Qué diversidad en las fisonomías de los que le escuchan! Muchos le señalan con aire desdeñoso; pero muy pocos le honran con una mirada de aprobacion. Tambien hay quien se ocupa del cuidado de rebatir todas las aserciones que se le escapan, y que comentan sus menores espresiones. Se abandonan, en general, á todos los arranques y jovialidades de una amarga crítica. Si se encuentran en esta asamblea algunos oyentes de carácter indulgente, estan casi siempre distraidos ó sin poner atencion. ¡Cuántos no se ven ademas, que languidecen en una inaccion letárgica! Es divertido observar todos los escollos á que se esponen en una situacion tan estraña. Es, en efecto, como si el orador dijese á los asistentes: «vosotros ignorais las cosas que puedo enseñaros; tengo derecho á vuestra admiracion lo mismo que á vuestro reconocimiento.» Esta confesion tácita de superioridad que se atribuyen, choca patentemente con las pretensiones de otro. Seguramente, es preciso haber llegado á un rango muy elevado en la opinion de los hombres para no sufrir, en semejante caso, toda la befa que merecen.

Falsa benevolencia. Mucho se engañaria quien creyera que bastaba el trato social para inspirar el buen gusto de esas formas modestas y benévolas que constituyen la verdadera política. Es menester no olvidar que el trato no es mas que un barniz, la parodia por decirlo así de la verdadera benevolencia, pues no se apoya como esta en la sinceridad, la modestia, ni la simpatía, sino mas bien en un juego de sentimientos y palabras, cuya clave se adivina fácilmente. Basta la política del mundo para ser tenido por amable; pero ella se hace odiosa é inmoral cuando no tiene por base la virtud.

Falsa vergüenza. Diferénciase mucho la modestia de la vergüenza falsa, y tanto es loable aquella, como digna de ridículo esta. Es menester saber portarse en la sociedad con desembarazo, con soltura. Los ingleses, dice lord Chesterfield, carecen por lo ordinario de las maneras libres y francas de los franceses, de quienes deben aprenderlas á todo trance. Sucede que un hombre del campo habla siempre con vergüenza á todos, mientras que uno de la ciudad no se corta aun para hablar con personas que no conoce. Tambien se observa que casi generalmente es mejor recibida una persona vulgar que tiene desembarazo, que otra de muchísimo talento vergonzosa. Téngase esto muy presente, porque es un artículo de primera necesidad en el comercio del mundo.

Falsa modestia. Hay cierta modestia falsa que es cien veces mas insolente que el aire resuelto y pretencioso del mas alto amor propio. Hé aquí sobre poco mas ó menos el lenguaje de esta falsa modestia, que no es sino el refinamiento último de la vanidad. Os dirán que ellos emiten tal ó cual opinion con una desconfianza suprema, y que si no parecen bien á nadie, es sin duda porque la aplican muy mal; que sienten mucho diferir de vuestro juicio, y que en adelante se abstendrán de hacerlo sobre ninguna cuestion, porque en esta les anima un largo y detenido estudio que han hecho de ella. Siempre estarán en sus lábios las fórmulas de la política mas humilde; pero como esto es forzado, en una disputa larga se queda vencido, y entonces el contraste es doblemente desfavorable para ellos. Ni aun los que poseen un gran hábito de disimular, logran engañar á nadie jamás; lo que es tanto mas triste, cuanto que se perdona menos la falsa modestia que el orgullo mas exajerado.

Figuras. Cuando hablamos á alguno de una persona que no conoce ni le interesa nada, es preciso tratar de llamarle la atencion, valiéndonos de figuras que le interesen y con las cuales se encuentre familiarizado. Las figuras son siempre interesantes, pues con su auxilio parece como que tocamos aquellas cosas, que el pensamiento no hacia mas que mostrarnos en lontananza.

Facilidad de quejarse. ¿No se debe mirar como un lenguaje grosero y ridículo esa exageracion que se emplea á menudo asi en la censura como en la alabanza? Parece que la verdadera propiedad de las palabras consiste principalmente en cierta medida de las espresiones. Vale mucho mas hacer pensar lo que no se dice, que apurar los términos y aventurarse á ir mas allá de lo que se quisiera decir. Bajo cualquier aspecto que sea, la queja tiene poca gracia. Alejad, sobre todo de vuestras quejas la aspereza y animosidad; que vuestra cólera sea solamente el sentimiento del mal que os han hecho, y no el de aquel que quereis hacer; este es el medio mas seguro para poner de vuestra parte á las personas que hubieran tal vez vacilado entre vuestro adversario y vos. El decoro se opone tanto á las quejas escesivas que haceis en el primer momento contra aquellos de quienes teneis que quejaros, como á las alabanzas frecuentes y desmedidas que haceis fuera de tiempo á aquellos de quienes esperais favor.

Falta de naturalidad. Lo natural del discurso consiste en espresar sus pensamientos y sentimientos con facilidad, sin esfuerzo y sin compostura; la menor afectacion lo destruye; desde que una espresion buscada, una imágen formada, un sentimiento exagerado se presenta, la gracia desaparece. Es menester no confundir lo natural con la sencillez. La sencillez escluye en general los adornos y la elevacion: en lugar que un lenguaje adornado y aun elevado no debe nunca dejar de ser natural. El defecto mas enemigo de lo natural, es el querer mostrar ingenio fuera de tiempo; el buscar pensamientos brillantes donde no se necesitaria mas que exactitud. La pompa y afectacion del lenguaje destruyen la fuerza y la verdad de la elevacion. Este defecto es tanto mas peligroso, cuanto que lleva en sí mismo cierto atractivo que le hace agradar. Procurando evitar los otros defectos, se corre tras este. No recordamos qué abogado decia en defensa de una hija desconocida, que *su padre habia sido para ella un cielo de bronce, y su madre una tierra de fuego.* ¿Semejantes imágenes no son forzadas é insostenibles? Esta afectacion puede ir hasta el ridículo. *Las comodidades de la conversacion*, por decir *los sillones; el consejero de los granos*, por *el espejo*; hé aquí un lenguaje precioso cuya estravagancia espondria á la burla á cualquiera que quisiera emplearlo. La afectacion de hacer aparecer las cosas mas ingeniosas de lo que son conduce necesariamente á la oscuridad. Nada mas insoportable que las personas atacadas de esta manía. A ellas se dirige la Bruyere cuando dice: «¿Quereis decirme, Acis, que *hace frio*? ¿Qué no me decís *hace frio*? ¿Por ventura es tan gran mal ser escuchado cuando uno habla, y hablar como todo el mundo, es decir, sin énfasis, sin pretension y sin estudio? Nos han contado una discusion que se entabló entre dos señoras antiguas sobre la manera con que se deberia dar á los criados la órden de alumbrar de noche. ¿Seria preciso decir: *Traed la luz?* Esto no está bien, porque la luz no se puede traer, pero sí lo que la produce. ¿Convendria decir *encended las bujías?* Pero Luis XIV decia: *encended las velas*; y por otra parte en la época en que esto se discutia, las personas de mas alto rango no podian encender bujía... La cuestion quedó indecisa. Vosotros no tendreis que disputar respecto á esto, porque la moda de las lámparas ha prevalecido; pero, si quereis creernos, direis *bujía* ó *vela*, segun os alumbreis con cera ó sebo. Hay una afectacion de lenguaje tan pesada como la trivialidad. Moliere ha hecho uso de ella en muchas de sus comedias. Es esa afectacion, esa pretension que hace á algunos provinciales tan insoportables. Hay pueblos en que no le dicen á uno *Sentaos*, sino, *Hé ahi un sillon que os tiende los brazos.* Igualmente pareceria chavacano decir: *Voy á acostarme.* A esto sustituye: *Voy á echarme en los brazos de Morfeo.* Nunca se contenta en el juego con deciros: *Llevais capote;* os repiten: Llevará V. *capote*, que es muy útil cuando llueve. Solamente cuando hace buen tiempo añade vuestro adversario: Hoy no os serviréis de él. La pretension de hablar bien no es cuerda sino cuando se toma por guia las personas conocidas por un estilo escelente. No imiteis á los que dicen *puntear el arpa*, y *tocar el piano;* porque se ha observado con oportunidad que seria preciso decir para espresarse con exactitud: colgarse del harpa y acachetear el piano.

Franqueza. El temor, la debilidad de carácter, el imperio de otros pareceres, la dependencia mas ó menos directa en que nuestros intereses nos colocan, y el respeto á ciertas conveniencias sociales son las causas que mas influyen á coartar la libertad natural de decir cada uno lo que piensa. El hombre valiente y desinteresado no se sujeta á aquel yugo, y dice lo que siente, que es lo que constituye la franqueza. La franqueza, primera cualidad del hombre honrado, supone la noble independencia del que no se intimida por nada, y el desprendimiento del que no se sacrifica á intereses bastardos. Decia Apolonio de Thyana que el mentir era de esclavos, que el hombre libre debe hablar siempre la verdad. Hay que advertir sin embargo que esta cualidad precisa no escluye la prudencia ni la discrecion. La franqueza que desconoce todos los miramientos y conveniencias degenera en grosería, llamando contra sí todas las susceptibilidades del amor propio, y perjudicando muchas veces á la misma verdad que se ocultaria fácilmente, porque hay que contar no solo con el va-

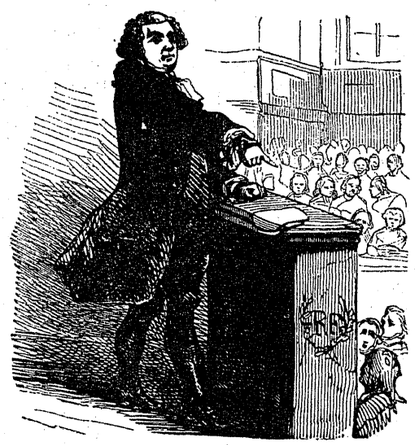
lor que se tiene para decir la verdad, sino tambien con el que se encuentra para oirla á aquellos ante quienes se dice. Por otra parte, no es justo herir á nadie con una franqueza brutal, sobre todo cuando no es necesario. Un dia que se habia graduado un estudiante, le daba gracias por su voto á uno de los catedráticos, el cual le contestó: «Si os he dado mi voto es porque lo merecisteis, no por favor, porque os aborrezco.» Nosotros no aprobamos este sistema que lastima y ofende notablemente á las personas, y que cuando nace únicamente de una antipatía inmotivada, es soberanamente injusta. Creemos que el citado catedrático habria sido mas político y humanitario, sin faltar por eso á la franqueza, con responder el graduado: «Os he dado mi voto, porque era justo; no dois, pues, gracias mas que á vos.»

Gazmoñería. Las mugeres no deben permitir se tengan delante de ellas discursos equívocos. Tal vez las motejarán de gazmoñería. Comunmente se entiende por esta palabra la afectacion de una grande delicadeza respecto á ciertas materias; pero nosotros no queremos que afecten nada. Esa delicadeza queremos que la tengan. Ademas, mas vale ser ridículo que inspirar aversion. Los hombres se compadecerán de vuestra reserva; os asegurarán que con una conducta mas libre agradariais mas. Pero, creednos; al hablaros asi, no son sinceros. Convenimos en que algunas ocasiones seriais mas agradables como compañía; pero seriais menos amables como mugeres: importante distincion que muchas mugeres no hacen jamás. En fin, queremos que pongais en vuestra conversacion claridad y franqueza; pero tambien queremos que no perdais de vista las reglas de urbanidad.

Gracia. Facultad por la cual la imaginacion brilla con ciertos dichos raros ó ingeniosos, mas ó menos picantes, mas ó menos finos, que sorprenden y escitan con frecuencia la risa de los mas impasibles por su forma graciosa, y tambien algunas veces la admiracion por su finura y delicadeza. Si Piroz, el príncipe de la gracia, que se habia embriagado un viernes santo, responde á los cargos que le dirigen con este motivo: *Cuando la divinidad sucumbe, es permitido á la humanidad el vacilar*, da seguramente una respuesta muy chistosa, aunque poco cristiana, porque establece, con un sofisma muy hábil, una semejanza entre él, que vacila el viernes santo, y la divinidad que sucumbe el mismo dia. Si en el teatro de Baune responde á los espectadores del patio, que gritan diciendo que no oyen: *No es, sin embargo, por falta de orejas*, establece una semejanza que todo el mundo comprende al instante. Si cortando los cardos que encuentra alrededor de la ciudad, yendo de paseo, le preguntan el motivo y responde: *Corto los viveres á los Baunois*, es á consecuencia de la misma semejanza. Si otro dia escribe en los bancos de los paseos de la ciudad: *Estos bancos estan hechos para sentarse*, es que todavía establece otra semejanza entre los Baunois y las gentes sin inteligencia. Si dice á un obispo que le pregunta: Señor Piroz, ¿habeis leido mi edicto? *No, monseñor, ¿y vos?* es que le compara con los obispos que hacen escribir sus edictos y pasan por ser ellos los autores. Si dice á un hombre de poco talento, que critica una obra mediana: *Esa obra, caballero, debe pareceros muy buena*, es que le compara á la obra criticada. Si cansado del tono altanero é insolente del arrendador general, la Popelinière, en una discusion acalorada le dice dejándole: *Adios, caballero, id á dormir vuestro oro*, es que le compara á un borracho lleno de vino. Cuando á un autor que le pide un asunto sobre el cual nadie haya trabajado, ni trabaje, le responde: *Haced vuestro elogio*, ¿no le compara á un hombre del cual nada bueno hay que decir? Cuando Voltaire, al salir de la primera representacion de su *Semiramis*, que habia sido mal acogida, le pregunta lo que opina de su pieza, y Piroz le responde: *Opino que quisiérais que yo la hubiese compuesto*, es que establece una semejanza entre la mortificacion que debia esperimentar Voltaire, y el placer que siente un rival; esto no es generoso, pero es maligno y gracioso. Un autor le leia una tragedia en que habia empleado muchos versos que no le pertenecian. Piroz saludó al momento; impacientado el autor con aquellas salutaciones le preguntó la causa: *Es*, le dijo Piroz, *que acostumbro á saludar á todos mis conocidos*. Hemos tomado sin escoger todos estos ejemplos de gracia del héroe de ellas, tales como los hemos hallado reunidos en un diccionario histórico, para probar que estos pensamientos son, como hemos dicho, comparaciones, dichos, semejanzas, antítesis, conocidas y establecidas entre dos ó muchas cosas.

Goces. En los placeres, como en todo, es menester ser dueño de sí, y no dejarse arrastrar por los gritos y movimientos que con sangre fria no aprobaria uno jamás. Cuando uno se entrega á las diversiones, entonces se conocen las personas bien educadas, porque la costumbre les ha dado un buen gusto y elegancia, que nunca se desmienten, y parece serles tan natural, que no los abandonan en ninguna ocasion. La fuerza de las costumbres es tal, que César, lleno de heridas y próximo á espirar, estendió su ropa para que encontrasen su cuerpo decentemente cubierto. Si os invitan en una casa donde esos grandes regocijos sean del gusto de los dueños, no pongais aspecto desaprobador; prestaos á los juegos; pero buscad pretesto para no volver mas á aquella casa, que debe ser fértil en catástrofes.

Gozar de la opinion pública. En Francia, la opinion pública es un poder á ningun otro semejante. Este poder no es hoy dia lo que era, y nuestros mismos hijos no lo comprenden. Mas hubo un tiempo en que el espíritu de sociedad, la necesidad de reunion, el de las consideraciones y alabanzas recíprocas, elevaron un tribunal donde todos los hombres de la sociedad fueron obligados á comparecer. Allí, la opinion pública, como desde lo alto de un trono, pronunciaba sentencias y daba sus coronas. Marcaban con una señal de reprobacion á aquella ó á aquel que se mostraba en falta. El imperio de la opinion, en fin, era inmenso, y este imperio lo gobernaba una muger. Era la dueña de un salon que presidia á los fallos que se daban en su casa: con su talento y buen discernimiento se redactaban, y su corazon, siempre al lado de su ingénio, impedia que este tomase un camino estraviado. En Francia, particularmente, el gran ascendiente de la opinion pública es el que opone obstáculo á menudo al abuso de la autoridad. Luis XIV la temia; Luis XV y Luis XVI se hacian dar cuenta exacta de las mas insignificantes conversaciones de París para juzgar por ellas del espíritu de la villa, de ese espíritu que forma un todo llamado *¡opinion pública!* Napoleon.... con qué minuciosa exactitud se hacia dar cuentas de las menores palabras! En nuestro tiempo, esta opinion pública es menos fuerte,



porque las sociedades particulares estan destruidas y la sociedad general está diseminada y sin lazo; y sin embargo, á pesar de este desacuerdo, existe siempre una especie de respeto por la *palabra del mundo*. Quieren someterse á su ley, y su menosprecio hace derramar lágrimas, como sus alabanzas y aplausos hacen latir su corazon. Gracias á ese poder, el vicio, por atrevido que sea, creyéndose fuerte en su impudencia, despues de haber hecho una tentativa, y levantado su cabeza con la ayuda de la riqueza y de la apatía aparente del mundo, el vicio horrible é infame fué forzado á arrastrarse como siempre en el silencio y el fango del desprecio. Hay mugeres que dicen que su conciencia les basta, y que la opinion del mundo les es indiferente si es injusta. Repugna creerlo, porque la cosa es imposible. Tambien hay hombres que dicen que les es indiferente la opinion. Pues bien: á esos tambien diremos que no es verdad. Nadie es invulnerable bajo el aspecto de infamia ó menosprecio. «Hay en la malevolencia, segun la duquesa de Abrantes, un tósigo penetrante, cuyo veneno es muy áspero y abrasador, y cuando el corazon de un hombre llega al punto de no sentir el dolor de esta herida, es que su corazon se ha hecho de mármol, y él mismo no es mas que un cebo indigno de insulto.»

Galantería. Es una especie de culto y política, que impone al hombre bien educado el guardar con las mugeres en todas ocasiones ciertos miramientos. La galantería no se encuentra hoy seguramente á la altura que la llevaron nuestros abuelos, para los cuales era una ley ese respeto que inspiran los seres que por su debilidad no pueden exigir nada por medio de la fuerza. Su orígen es debido á la caballería, tan fecundo en nobles y grandes sentimientos, y que obligaba á sus individuos no solamente con un voto de honor y bravura, sino tambien con el de galantería. Pero las revoluciones políticas han cambiado los trages y las costumbres. Pudiéramos citar infinitas respuestas, que se han hecho célebres por lo galantes, pero nos concretaremos á las siguientes: «Una jóven y aturdida señorita dijo un dia á Fontenelle: Se dice, caballero, que os incomoda la luz, y quereis sin embargo que os alumbren las bujías.... confesad que os gusta mas la oscuridad.» «Pero no donde vos estais, respondió el galante viejo.» Antes de leer d'Alembert su discurso sobre la apología del estudio en una sesion pública de la academia, lo leyó en un círculo de amigos. Al decir en este discurso que la misma providencia que parece haber concedido la felicidad á la mediania de la clase y la fortuna, la ha otorgado tambien á la mediania del talento, fué interrumpido por una linda señorita que le dijo: «Caballero, eso nos demuestra que vos no sois feliz.»—La felicidad, señorita, contestó d'Alembert, se alcanza por varios caminos, y uno es el de veros y oiros.» Una elevada señora reconvenia al embajador turco en Francia, porque permitiese la ley de Mahoma el tener muchas mugeres. «Lo permite, señora, respondió el galante embajador, con el fin de que puedan encontrarse en muchas las cualidades que se hallan reunidas en vos sola.»

Arte de conducirse en todas las circunstancias de la vida.—El taller.

Gestos. Por gesto comprendemos aquí todas las actitudes y movimientos del cuerpo que sirven para espresar con mas fuerza nuestro pensamiento, no obstante ser los principales agentes la cabeza, los brazos y las manos. Acompañar toda palabra de una pantomima es una cosa intolerable. Los grandes gestos, los gestos multiplicados que no guardan armonía con la conversacion, los que llevan el signo del misterio y se emplean en enunciar cosas insignificantes, los que pecan de bruscos y groseros en el trato familiar, los desconcertados y que manifiestan aturdimiento, y por último, los poco graves y comedidos, cuando se trata de un asunto formal, deben desterrarse completamente como contrarios de todo punto á la razon y el buen gusto. No se entienda sin embargo que los gestos, que tanta espresion dan á la fisonomía, deben condenarse en absoluto. El arte del gesto, por el contrario, merece cultivarse por todo el que aspire á agradar en la conversacion, pues no bastan solo para ello una buena voz, ni una fisonomía simpática. Nosotros queremos siempre que participen los demas de los sentimientos que nosotros esperimentamos, y que dé testimonio de ello la fisonomía. Los gestos dulcemente cómicos, airosos y blandos son mas que convenientes, indispensables. La mano izquierda puede en buen hora tenerse quieta, pero el movimiento inteligente y vivo de la derecha debe intervenir en la conversacion. Como el órden y simetría son de tanto interés en todas las cosas, cuando las palabras van acompañadas de gestos adecuados, graciosos y espresivos, el mérito de ellas se hace mayor, y su intencion mas poderosa. El jóven que se dejara arrastrar de una inconveniente multiplicidad de gestos, caeria en un escollo inevitable, y no tendria presente que en la sociedad ni se declama, ni se gesticula. Se acuerdan aun algunas personas de haber visto á Mirabeau arrastrar á la asamblea constituyente, mas con el poder de sus gestos que con el de sus palabras. Un dia se encontraba fatigada la asamblea de un interminable debate, que no habia dado resultado alguno: Mirabeau, que no habia hablado aquel dia, permaneciendo solo y silencioso en su banco, se levantó al fin y pidió la palabra. Todas las miradas se fijaron entonces en él, cuyo paso grave hácia la tribuna, cuyo recogimiento de espíritu fueron observados de todos á favor de la atencion universal que inspiraba, y casi todos se daban ya por convencidos de lo que dijera, antes de que lo dijera.

Gusto. El gusto es el soberano regulador de la sociedad, que sin escluir las formas vivas y variadas, el encanto y gracejo de una conversacion amable, rechaza la insípida monotonía de un hablador sin ideas ni originalidad, de esos que agobian á los oyentes bajo el peso de interminables frases.

Gramática. La gramática es la ley suprema de la conversacion. Lícito es, hasta cierto punto, hablar sin elegancia; pero está absolutamente prohibido hablar con incorreccion. No se debe entrar en ningun salon sin una gramática en la memoria y un diccionario de bolsillo en la cabeza. Ademas del conveniente uso de los verbos en subjuntivo, y de las reglas de participios, que es una piedra de toque, debe cuidarse de no hacer frases muy largas, que equivalen casi á una falta gramatical: hay oraciones en que es mas conveniente atenerse al uso comun que á los preceptos de la academia. El hombre de mundo soporta sin esfuerzo el yugo de la academia: un pedante que pretende pasar por purista, se asemeja, y dispénsenos la comparacion, á un asno cargado, que no sabe andar si no se le arrea con una vara.

Gravedad. Es un defecto ser grave cuando no viene al caso, y el que lo es, casi nadie le busca en la sociedad. La circunspeccion es buena siempre, pero la gravedad únicamente en el desempeño de altas funciones. Todavia es mas odiosa la gravedad cuando no es sino un sistema para imponer opiniones, ó decir cosas que parezcan grandes.

Larochecauld dice que la gravedad es un misterio del cuerpo inventado para ocultar los defectos del alma.

Gritar. La conversacion puede ser animada, pero no convertirse en un campo de Agramante. Hoy acostumbramos á disputar: en otro tiempo se hablaba ó cuando mas se discutia. La revolucion que nos trajo formas tan exageradas como las ideas que defendia, introdujo entre nosotros esas palabras acerbas, injuriosas, que necesitan de una voz fuerte, bastante á cubrir la del contrario. Marmontel se distinguia mas que otros en este concepto, y disputaba mucho con M. de la Harpe, que nunca se desbordaba, aunque sí reprendia ágriamente á aquel por su rudeza.

Hiato. Esta palabra, importada del latin, espresa la mal sonancia que resulta de la union de dos vocales. El hiato, siempre dificultoso para el que le comete, es generalmente desagradable para la persona de gusto que lo escucha, si aquel no tiene cuidado de darle en su pronunciacion las inflexiones convenientes. Son tan numerosas como conocidas de todos las frases que podriamos citar como ejemplo del hiato, y las cuales conviene evitar en la conversacion.

Hombres y mugeres. La sociedad de nuestros dias reune los hombres y las mugeres, y esto acaso haya pasado los límites justos, si se ha de tener en cuenta el interés de la conversacion. Porque si es difícil que se sostenga una conversacion entre diez ó doce personas, la dificultad sube de punto cuando forman parte de la reunion muchas mugeres. Cada una es naturalmente un centro que atrae á algunos de los hombres presentes, de lo que viene á resultar que se divida pronto la asamblea en pequeños círculos, que forman, valiéndonos de una frase vulgar, rancho aparte. «Diré con franqueza, decia el abate Morellet, que no hay conversacion habitualmente buena, sino aquella que tiene lugar solo ante el ama de la casa, ó por lo menos, ante un ama de casa que constituye por sí el centro de la sociedad. Y admito el último estremo, porque he presenciado conversaciones muy buenas delante de mugeres, que aunque instruidas, buscaban los medios de aumentar su saber.»

Humor. El buen humor, uno de los mas preciosos dones de la naturaleza, hace feliz al que lo posee, que por la benevolencia que inspira, derrama parte de su felicidad sobre los demas. El que lo tiene habitualmente malo, es por el contrario un ser desgraciado, que sufre y hace sufrir constantemente á los que le rodean. Vense con alguna frecuencia personas que no se ocupan sino de relatar sus males y penas, como si esto pudiera ser agradable para alguno. Este es de todos los recursos el mas miserable, y preciso es que esté muy falto de ideas el hombre que despues de haber hablado de su cabeza, pierna, etc., pregunte las noticias del dia.

El buen humor debiera acompañarnos siempre, para no abrir jamás la boca sino en recreo y agrado de nuestros amigos. ¿Pero cuántos son en el mundo los que se cuidan de esto? Y al hablar así, no es nuestro pensamiento recomendar que busquemos en todas ocasiones la alegria, y que hayamos de coronarnos de rosas como los antiguos sibaritas; queremos solo, supuesto que el ócio y la escesiva sensibilidad desarrollan tan fácilmente el mal humor, que procuremos formarnos una disposicion tal de espíritu que nos sean agradables la mayor parte de las cosas que veamos y oigamos. El buen humor, entre otras ventajas, nos proporciona la de que el tiempo no se nos haga una carga insufrible, como á tantos que luchan con uno de los peores inconvenientes de la vida.

Humor. Tambien se entiende por *humor* cierta originalidad, cierto *don especial de ocurrencias* que nos hace solicitar la compañia del que lo tiene. Pero el humor no debe prodigarse mucho, porque es generalmente enemigo de la delicadeza, y mas aun de la dignidad de carácter. Se consiguen con él aplausos, pero no estimacion ni respeto.

Hastío. Hay personas que llevan do quier el hastío; va en sus sus palabras, ya en su persona misma. Es menester dividir á estos míseros mortales en dos especies; unos, que con el vacio de su corazon y su cabeza comunican su languidez á los demás; y otros, que aburren mas que aquellos todavia con sus injustas pretensiones de gracia y talento. El hastío es una de las mas tristes prerogativas del hombre civilizado, y tanto mas inevitable, cuanto que es el resultado diario de nuestras relaciones sociales. Siempre que alguno nos arranca de nuestros pensamientos favoritos para hacernos fijar la atencion en otros que nada nos importan, esperimentamos aquel tormento insoportable. El efecto que en nosotros produce es el de un veneno que nos sumerge en una mortal embriaguez, á cuya sombra los importunos prosiguen su obra de misericordia, sin que jamás se aperciban de ello. Si en las condiciones de nuestra civilizacion entrase por algo el decir á cada uno lo que se siente, esta clase de enemigos serian rechazados con tanta violencia como los mas encarnizados de la humanidad: pero como esto es imposible, el único remedio de librarse de ellos es la fuga ó el engaño. M. de Tayllerand tenia en su rostro tal espresion de disgusto y hastío, que helaba á cuantos habia á su alrededor. Tal vez con el poder que se le supone sobre sí mismo vencia en ocasiones un defecto que no perdona nunca la sociedad, sobre todo á las personas de talento.

Hechos. Una de las mil causas que dan mas orígen á las disputas, es la manía de querer esplicar los hechos antes de conocer bien su existencia. Se dice que *acerca de los hechos no puede disputarse*, lo cual es simplemente un acto de política para no desmentir al que los relata, aunque pudiera hacerse esto adoptando la fórmula de Lanott: «Caballero, lo creo porque vos lo decís; pero si fuera yo mismo el que lo hubiera visto, no lo creeria.» Cuando se disputa sobre hechos cuya veracidad no se ha tomado uno la pena de saber, se hace siempre con tanto mas trabajo y calor, cuanto que se bate uno con castillos de viento. Cassini descubre un satélite á Venus, y todos los telescopios se ponen en facha en seguida, resultando que unos le distinguen y otros no, y que todos se matan en una interminable disputa. Mairan esplica por qué se ve este satélite y por qué no, sacándose en claro que el astro de Cassini no era sino un defecto visual del anteojo.

Hacer los preguntones. No hay en la sociedad carácter mas importuno y mas impertinente que el preguntón; y desgraciadamente es muy comun. El preguntón carece ordinariamente de talento, y siempre de tacto. Su modo de mostrar amor é interés es un interrogatorio; cree serviros mucho haciéndoos mil preguntas embarazosas; si eludis el responder, os insta, os acosa, y os obliga á mentir. No le basta una palabra: quiere esplicaciones, pormenores; en vano intentareis cambiar de conversacion, porque no le bastará: solo la fuga puede sustraeros á esta especie de inquisicion; todavia es capaz de correr tras de vos, de atajaros en el camino, deteneros, daros un espectáculo, y preguntaros en voz alta si ha hecho alguna pregunta indiscreta. Todo esto con un candor perfecto; porque los preguntones son la mejor gente del mundo; pero mas agradaria que fuesen malos: se chocaria de frente con ellos, ó los insultaria sin remordimiento. La Bruyere ha dicho: «Un preguntón es á veces un hombre que procura instruirse, pero mas á menudo es un tonto ó un fátuo que quiere preguntar.» Voltaire decia un dia á un hombre de Ginebra que le dió la idea y el modelo del bailio preguntón en el *Ingénuo*: «Caballero, estoy muy contento de veros; pero os advierto de antemano que no sé nada de las cosas sobre que vais á preguntarme.» El mismo Voltaire, siendo muy jóven, preguntaba á menudo; Boileau le reprendió un dia con dureza aquella especie de indiscrecion. Cuando fué mayor tomó tal aversion á los preguntones, que le ocurrió mas de una vez levantarse bruscamente y abandonar su puesto. Franklin nos indica un medio muy sencillo para desembarazarnos de estos importunos. Cuando este filósofo viajaba por su pais y se encontraba detenido en el camino que debia seguir, como sabia cuán curiosos y preguntones eran los americanos, acostumbraba decir á aquellos que se dirigia: «Yo me llamo Franklin, soy impresor, vengo de tal parte y deseo ir á tal otra; ¿qué camino debo seguir?» Con esto satisfacia la curiosidad de aquella buena gente y limitaba la respuesta para impedir toda especie de pregunta.

Hablar á propósito. No hableis sino cuando manifiesten deseo de escucharos, porque es fácil fastidiar diciendo muy buenas cosas. Los hombres que tienen esperiencia, no hablan nunca mas que á propósito y de lo que saben. Si no dicen nada de notable, evitan al menos las tonterías. No basta el talento para hacer la conversacion agradable; exige ademas tacto y juicio. Jamás debe uno permitirs

una chanza, un epígrama, cuando no se conoce á todos aquellos delante de los cuales se habla, para evitar herir á cualquiera sin saberlo, ni quererlo. Evitad en la conversacion de salon el hablar de vuestros asuntos, de vuestros intereses, de las ocupaciones de vuestra profesion, á menos que esto no os provea de los detalles propios á interesar vuestro auditorio. Tomad un asunto general. Desconfiad de vuestra memoria; no citeis sino rara vez, pero á tiempo. Nada es menos soportable que esas gentes que siempre tienen á su disposicion anécdotas, con que acribillan la conversacion á propósito y fuera de propósito.

Hablar de sí. Es difícil guardar un tono conveniente hablando de sí. El mas seguro, respecto á esto, es evitar la ocasion. Es bueno no ocupar á los demas con nuestra persona. El *yo* es odioso, dice Pascal. Si le obligan á uno á hablar de sí, y se ve reducido á hacer su apología, el tono que conviene es el de un hombre honrado que no muestra ni orgullo ni bajeza.

Hacer el pedante. Entiéndese por esta palabra el uso demasiado frecuente y fuera de su lugar de nuestros conocimientos en la conversacion ordinaria, y la debilidad que hace dar á estos conocimientos una importancia demasiado grande. Segun esta definicion, los cortesanos, los militares y los hombres de todas las clases pueden caer en el pedantismo, tanto como un filósofo ó un teólogo; tambien las mugeres incurren en este ridículo, si nos hablan largamente de sus vestidos, de sus adornos, y de su economía doméstica. Esto hace que, aunque sea en general un proceder honrado y razonable el traer á las personas con quien se habla sobre aquella conversacion en que estan mas versadas, evite con frecuencia un hombre razonable las ocasiones de hablar asi de lo que sabe mejor, para no merecer la nota de pedantismo de parte de los que saben menos que él. Pero es menester convenir en que la pedantería está aun mas comunmente en el tono que en el asunto. Es pedante aquel que, levantándose sobre sus pies y alzando una voz magistral y dura, dicta sus opiniones y pronuncia sus decisiones con el mismo tono con que los maestros de escuela hablan á sus discípulos. La pedantería es uno de los defectos á que estan frecuentemente mas sujetos los literatos, y por el cual muchos de ellos, con mérito y talento, llegan á disgustar en la sociedad. De todos los defectos de la conversacion no es este el mas comun. La gente de mundo ha puesto en esto buen órden. Como á sus ojos el saber lo

mas real es algunas veces ridículo, ó al menos fuera de propósito en la conversacion, el pedantismo ó afectacion del saber lo es para ellos aun mucho mas. Francia tiene, sobre todo, en este género una gran delicadeza, y en muchas sociedades lo mejor que puede hacerse es ocultar que uno es instruido. Este es el consejo que daba á su hijo lord Chesterfield: «No aparezcais nunca, decia, ni mas sábio ni mas docto que aquellos con quienes trateis. Llevad vuestro saber como vuestro reloj, en un bolsillo particular, que nunca saqueis y que no hagais sonar solamente por hacer ver que le teneis.» Jacobo I, rey de Inglaterra, queria que un embajador de Francia que asistia á su salida de la cama, le hablase latin; y este señor, á quien dicha lengua habia llegado á ser menos familiar que á aquel monarca, habiendo soltado un solecismo, tuvo el disgusto de sufrir de parte del rey, así como de la de los cortesanos, las chanzas menos moderadas. Picado de la aventura, salió de palacio y se encontró á Buchanam, antiguo maestro de Jacobo I, y á quien queria mucho. «Cuerpo de tal! le dijo, amigo mio, habeis hecho un gran pedante de vuestro discípulo.»—¿Un pedante? respondió el poeta levantando los ojos al cielo, bendigo á Dios, señor embajador, de haber podido al menos hacer alguna cosa.

Homenaje debido á las preocupaciones. Todo error es malo, sin duda. Una preocupacion resultado necesario de la sancion dada por el tiempo á un error, debe ser condenada en el tribunal de la razon. Tal es la regla general. ¿Pero se sigue de esto que sea menester incluir todas las preocupaciones en una proscripcion comun? Nosotros opinamos que no. La sabiduría humana consiste en no buscar lo imposible; y como existen verdades que no siempre se pueden decir, á menos de hacer de nuevo el mundo, se debe reconocer, si no la necesidad absoluta, al menos la utilidad de algunas preocupaciones, aunque hayan sido engendradas por el error. La ilusion es seguramente una preocupacion; ¿pero quién querria quitar á los desgraciados mortales la mágia de sus consuelos, por engañosos que sean? Además, todo el mundo tiene sus preocupaciones; ¿y quién es el hombre que puede llamarse exento de error? La esperiencia que tenemos de los límites de nuestra razon debe hacernos algo mas tolerantes con las preocupaciones de los demas. Los jóvenes se engañarian, pues, groseramente si pensasen que les era permitido atacar de frente las preocupaciones que reinan en tal ó cual sociedad, y que es el capricho ó la moda quien nos impone la obligacion de respetarlas. Una verdad que nos digan nos causa mas pena que ciento que nos dijéramos nosotros mismos; se está menos humillado con el fondo de las verdades, que lisonjeado de saberlas decir. Lo que viene de otro hiere siempre algo, y hay pocas personas para quien no sea la verdad una especie de injuria. La propiedad de la verdad es combatir todos los vicios y todos los errores; desde entonces, no es de admirar ver armarse contra ella todas las pasiones y preocupaciones. Por otra parte, ¿es acaso buen medio para convencer á alguno empezar hiriendo su amor propio? Pero, sin hablar de esos juicios erróneos, reconocidos por tales, minados, derribados, mas todavía respetados de la sociedad que atormentan, debemos prevenir á nuestros lectores contra esas preocupaciones antisociales de nacion á nacion, de ciudad á ciudad y de barrio á barrio. En resúmen, que los jóvenes no olviden que cualquiera que quiere sobreponerse á las preocupaciones, acaba por insultar las costumbres, y que una preocupacion útil es mas razonable que la verdad que la destruye.

Hacer reflexiones. Las reflexiones no deben ser en una narracion ni prodigadas, ni espresadas largamente, ni comunes, ni triviales. Pero cuando vienen á propósito, y tienen algo de nuevo ó picante, tienen el doble mérito de instruir y recrear.

Hacer alarde de talento. Nada daña tanto á la conversacion como el demasiado deseo de mostrar talento; este es un defecto al que nadie está tan sujeto como las mismas personas que lo tienen, y en el cual caen aun mas pronto cuando estan juntas. Los hombres de esta especie mirarian sus palabras como perdidas si abriesen la boca sin decir alguna cosa ingeniosa. Es un tormento para los asistentes así como para ellos mismos, el trabajo que se toman y los esfuerzos que hacen sin éxito. Se creen obligados á decir algo de estraordinario que les satisfaga á ellos mismos, y que sea digno de su reputacion, sin lo cual imaginan que los oyentes se verian burlados en su esperanza y podrian mirarlos como seres semejantes al resto de los mortales. Cuántas veces no se ha visto á dos hombres, que se habian reunido para gozar con su talento, aprestarse á reir á su costa toda una sociedad! Es preciso convenir en que este capricho es mucho menor, ó menos frecuente en las reuniones cultas, y sobre todo en las de la capital, donde el talento y la facilidad de hablar ocupan su puesto, de modo que los que poseen el uno ó la otra pueden mas fácilmente lucirse con ellos. Pero el deseo de mostrar ingenio daña tambien á la conversacion entre otra clase de personas. Las jóvenes y los jóvenes que entran en el mundo se hacen tristes al principio, y despues de una charlatanería insoportable. Buscando con mucho temor lo que conviene decir, no encuentran nada: porque lo estudiado pierde toda su gracia. Abandonarse al curso natural de sus ideas y al movimiento de su talento es un medio seguro de agradar en la conversacion, aun para aquellos que tienen talento mediano y conocimiento poco estenso. Esta instruccion es útil, sobre todo á las mugeres, que hablan siempre bien cuando lo hacen naturalmente. Hay otra especie de prentension de talento que no es menos funesta en la conversacion: es aquella que manifiestan muchas gentes, mostrando tener opiniones hechas sobre todos los asuntos que traten. Siempre tienen juzgado con antelacion lo que les decís: han profundizado la materia, nada nuevo tienen que aprender sobre ella, y generalmente es la primera vez que alguna idea sobre aquel objeto se presenta á su animo. Lo malo es que despues de haberse anunciado así, obligadas como estan á sostener su vanidad con algunas observaciones, os repiten bajo otra forma lo que acabais de decirlas, ó lo que es mas frecuente todavia, os contradicen á diestro y siniestro. De este defecto proviene sobre todo la gran dificultad que esperimentan para persuadir en la conversacion. Todo el mundo se precia de traer á la sociedad sus opiniones formadas, porque cada

uno quiere mostrar que ha leido, estudiado y reflexionado sobre los asuntos que trata. Ademas, dejándose convencer, temen dejar ver que no habian reflexionado sobre la materia, y la vanidad de aparecer instruido aleja de nosotros la instruccion. No es necesario decir que esa vanidad, que hace publicar una opinion resuelta sobre cuestiones que jamás han examinado, es el gran distintivo de la ignorancia; porque el hombre que sabe mucho es el que mejor sabe que todavia le falta mucho que aprender, y no se avergüenza de no saberlo aun. Por lo demas, esta falta es, conviene decirlo, mas escusable en los literatos y en los que han cultivado su talento con mas cuidado que la mayor parte del mundo. Pregúntese á los primeros, y se mostrarán aver gonzados de no estar en estado de responder á la idea que se tiene de ellos. Pero es estraño que personas que solo han tenido una aplicacion pasajera, á quien su estado ó los placeres de la sociedad no han dejado *tiempo de instruirse* y que nunca han tenido tampoco voluntad para ello, tengan la pretension de tener ideas hechas y determinadas sobre cuestiones muy difíciles, y de saberlo todo sin haber aprendido jamás nada. Esa estravagancia toma tambien su orijen en un error bien grosero y comun, que hace creer que todos los conocimientos que no tienen, como las ciencias físicas y matemáticas ó las artes, y que son por esta razon el objeto natural de la conversacion, tales como la moral, la política, la administracion, etc., son por esto solo un campo abierto á todo advenedizo, donde puede combatir tan bien como otro cualquiera. Nada sin embargo es mas falso, por la gran razon que no saben lo que han estudiado. Aunque no se emplea fórmula algebráica, ni lenguaje particular en economía política y en materia de gobierno, ni el hombre de mundo, ni tampoco el literato que no lo ha estudiado, estan en estado y derecho de hablar de ello con autoridad, y tampoco de dar su opinion sobre materias de medicina ó de química, para pronunciar cuál es mas grande geómetra, si Clairant ó d'Alambert, Lagrange ó Laplace. Se ve que esta observacion alcanza tambien á las señoras, que son tan sábias hoy dia sobre la distincion de las formas de gobierno y el derecho de representacion, etc.

Quedaremos fácilmente de acuerdo sobre lo que acabamos de decir, con esta sola consideracion, que precisamente estas ciencias son las que no tienen un lenguaje que les sea particular, fórmulas propias, instrumentos que no sean sino para ellas, y que el error se desliza mas fácilmente; los *términos* son mas equívocos, mas mal definidos, y mas difíciles de definir; y mientras que la geometría, armada con sus espresiones algebráicas, que son invariablemente las mismas en todas sus fórmulas y en todas las partes de su demostracion, tiene un medio, por decirlo asi, mecánico, de alejar de sí el paralogismo, nuestro doctor en política y en economía política, tomando la misma palabra en dos ó tres sentidos diferentes, olvidando uno ó dos de los elementos necesarios de la cuestion, divaga y se pierde despues de algunos pasos, sin que pueda uno hacerse entender de él, ni hacerle entender á él mismo sus propias decisiones. Esta pretension de saber lo que no se ha aprendido, es defecto mas comun de nuestra nacion (1) que de ninguna otra. Franclin ha hecho sobre este punto una picante observacion. Decia que habia esta diferencia entre un inglés y un francés: que cuando se pregunta á un francés, siempre empieza á responderos como si supiese muy bien lo que le preguntais, y que preguntándole en seguida sobre los detalles y las circunstancias, le acontecia á menudo verse obligado á confesar que ignoraba los mas importantes, y aun lo mismo que necesitaba saber para responder si quiera; que en lugar del francés, el inglés en igualdad de circunstancia, diria fácilmente: ¿don 't knone (no lo sé), respuesta que no se logra nunca de un francés á la primera vez. La verdad de esta observacion llama la atencion todos los dias mas, desde la época de la revolucion de 1789. Este defecto nacional nos parece que va de mal en peor. El espíritu de libertad que han pretendido darnos ha dado, á los jóvenes sobre todo, una seguridad, una audacia, un menosprecio del decoro establecido, un olvido de los miramientos debidos á la edad y al saber, una disposicion tal, en fin, á dominar en la conversacion, que puede asegurarse generalmente que el orador escuchado en cada círculo, ó al menos el que os obliga á escucharle, es un joven creyéndose capaz, no solo de disputar, como Pic de la Mirandole, sino de dar lecciones *de omni re scibili et quibusdam aliis*, es decir, de todo cuanto puede saber, y tambien de todo aquello que no sabe.

(1) Tenga presente el lector que habla el autor francés. N del T.

Inclinacion á ridiculizar. Si la sociedad no es una escuela para acostumbrarse á los pedantes, tampoco es una arena para el uso de esas gentes malignamante ingeniosas, que se creen con derecho para insultar con gracia. Cualquiera que sea la delicadeza de sus dardos, la sal de sus observaciones y tambien la risa que esciten en nosotros, no por eso rehusaremos menos nuestra atencion á los genios cáusticos y ridiculizadores el nombre de personas de educacion y de buen tono, porque la educacion es la *benevolencia*. Aquellos que estudian sin cesar para turbar y herir á las gentes, no tomando mas precaucion que quitarles el derecho y los medios de quejarse, que estan á la espera del menor error para ampliarle, acriminarle y presentarle bajo el punto de vista mas ridículo; que atacan cobardemente á los que no pueden responderles; ó se esponen cada dia por un sarcasmo á jugar sus vidas ó la de otro, esas gentes, ¿qué son? No nos atrevemos, en verdad, á decirlo. Semejante retrato, que seguramente no es exagerado, haria para siempre la broma odiosa; pero *bromear* no es parecerse á tales gentes, gracias á Dios. Al contrario, es alejarse de ellas; porque la broma apacible, graciosa y ligera, deben participar de ella con gusto aquellos mismos que son el objeto; es una lucha amistosa, jovial, en que nunca debe aparecer causticidad, desconfianza ni resentimiento. Desde que veais asomo de esto, la broma cesa en efecto; cesad, pues, tambien vosotros en ella.

Inclinacion á preocuparse. Las preocupaciones son los males mas frecuentes y mas peligrosos del alma: pueden llamarse opiniones anticipadas y formadas sin exámen, ó mas bien sorpresas hechas á un juicio rodeado de tinieblas ó seducido por falsas apariencias. Es una especie de *contagio* que, como todas las enfermedades epidémicas, se ceba sobre todo el pueblo; en las mugeres, en las diversas escuelas, en los maestros, en los discípulos, y que no cede sino á la fuerza de la edad y de la razon ilustrada con la esperiencia. Las preocupaciones tienen su orígen, sobre todo, en las pasiones que desnaturalizan todos los objetos; todo lo que nos *gusta* nos parece casi siempre verdadero, justo, útil, sólido y razonable. Estas enfermedades son las que favorecen la supersticion, producen y acreditan los errores populares. Hay preocupaciones de naciones, de estados y de clases reducidas á sus justos límites; pueden llegar á ser útiles, pero

llevadas demasiado lejos, no son mas que un manantial de errores. Hay tambien preocupaciones universales, y por decirlo asi, inherentes á la humanidad. El mismo saber tiene sus preocupaciones como la ignorancia: el supersticioso cree demasiado y el sábio muy poco. Nada admitamos sin exámen; rechacemos todo cuanto choque á la razon; confiemos en lo que enseña, y suspendamos nuestros juicios sobre lo demas; respetemos toda opinion, aunque falsa, desde que contribuya á la felicidad de la sociedad. Una preocupacion útil es mas razonable que la verdad que la destruye. No tendríamos preocupaciones si fuésemos menos perezosos para examinarlas; si tuviésemos mas buena fe con nosotros mismos, y si fuésemos menos dóciles en recibir todas las opiniones hechas, para ahorrarnos el trabajo de estudiar ó reflexionar; pero somos vanos y perezosos, queremos aparentar saber lo que no sabemos, y esa disposicion que multiplica las preocupaciones, impedirá probablemente la curacion completa entre los hombres. Si para agradar en el mundo es necesario respetar las preocupaciones, no es menos cierto que para evitar tanto como sea posible el ridículo, se debe procurar deshacerse de los que las tienen. Libertaos de toda preocupacion, y pensad despues vos mismo, es decir, interrogaos sobre cada una de esas opiniones que estan en vos, sin que sepais ni cómo han venido ni de dónde; sometedlas á un exámen severo, y hacedlas pasar por el crisol de la razon. La preocupacion no puede morar sino en una cabeza donde la razon haga raras y cortas visitas.

Ir en ómnibus. Cuando por casualidad encontreis en un ómnibus un conocido ó un amigo colocado lejos de vos sobre la dura banqueta, contentaos con saludar; pero absteneos de toda especie de arenga por respeto á la reunion. Si teneis delante y á vuestro lado uno de esos personajes familiares que creen que, mediante la suma de dos reales, pueden fraternizar con todos los viajeros, presentadle la cara severa; fingid que no creeis se dirige á vos, y respondedle volviendo la cabeza ó tomando un polvo; os juzgará distraido ó sordo; y aun cuando os tenga por impolítico, eso no puede dañaros. No hableis de negocios del estado, ni de la religion, ni de los ministros, porque un ómnibus se considera como un sitio público, y podriais muy bien grangearos lances sérios con los señores tales ó cuales. Cuando oigais á dos sugetos, colocados enfrente uno de otro, lanzar violentas filípicas contra el gobierno, y hacer, por decirlo asi, asalto de patriotismo, desconfiad de esos oradores que no hablan mas que para haceros hablar: tened presente que semejante gente solo vive de los procesos verbales y las denuncias. Por lo demas, como el viaje que se hace en ómnibus es muy corto, el partido mas sábio que se puede tomar por las personas que no tienen aun mucha esperiencia, es no mover los lábios.

Ideas. La manera, las ideas es lo que imprime carácter al espíritu humano. El talento que no forma ideas sino con miras reales, es un talento sólido, asi como es superficial el que las forma bajo falsos supuestos. El hombre que ve las cosas tales como son, es un hombre justo, y tiene un espíritu falso el que hace malas apreciaciones. El que fragua lo que vulgarmente solemos llamar castillos en el aire, es un loco, y por último el que no compara es un imbécil. La mayor ó menor aptitud humana para hacer comparaciones y apreciaciones, es lo que constituye la diferencia intelectual de unos hombres á otros. Las distracciones matan el espíritu antes de desarrollarse, y solamente fijando la atencion en lo que los demas dicen, es como formamos ideas propiamente, bastando á veces una sola palabra para despertar nuestros recuerdos, y tomar parte en una conversacion. Preciso es estar muy atento á lo que se dice y reparar en la manera de decirlo, y en la delicadeza de las palabras, teniendo siempre en cuenta que nada hay mas frio que la exageracion, ni mas ardiente que la pintura verdadera y exacta de nuestros sentimientos. Mientras se pueda oir á la persona á quien se trata de agradar, no debe interrumpírsele sino para animarle á que continue, y mostrarle que el silencio es por puro placer de escucharle.

Ignorantes. El hombre de talento y el instruido que poseen el arte de escuchar, pueden sostener una conversacion con el tonto y el ignorante, porque el primero suele llevar razon en algo, y el segundo sabe alguna cosa. Fijeseles, pues, las cosas razonables que digan, y aguárdeseles á esplicarse, y no hay duda que se sacará algun partido. Al descender el hombre de talento á donde estan ellos, los elevará casi hasta sí, si bien no basta solo el talento para conseguir aquel resultado, sino que son precisas cualidades mas raras todavia, tales como la paciencia, la dulzura. Debemos recomendar sin embargo que esta indulgencia no se exagere mucho, pues llegaria á convertirse en bajeza, y recaeria en perjuicio de la sociedad á la cual se llama víctima.

Imbécil. Como el talento, la conciencia y el tacto son dotes que no reparte mas que la naturaleza, el imbécil se quedará siéndolo hasta la consumacion de los siglos, por muy buenos consejos que se le dieran, por muchos que fueran los libros en que estudiara. Pero que aprenda siquiera á escuchar, á no comprometer ninguna palabra, y á no infringir los usos sociales, y sabrá lo suficiente para que no le tributen en el mundo los honores que van unidos á la credencial de tonto.

Imitadores. Los que se echan á imitar á las personas de alto rango son por lo mas general pésimos copistas, que se esfuerzan ridículamente en asimilarse á ellos. Pero lo que hay de particular en esto es que estas personas no copian generalmente sino lo peor y mas defectuoso de aquellos á quienes toman por modelos. De los *pollos* se apodera por lo comun esta manía hasta dominarlos completamente.

Impertinencia. Es la fatuidad llevada á un estremo que nada puede contener, y que se hace insensible á toda especie de humillacion. Nada mas irritante que la union de la fatuidad y el orgullo con la ignorancia, union que desgraciadamente se ve por donde quiera. En este caso lo mejor es el consejo de Montaigne, «dejar á los tontos que se despachen á su gusto, á ver si por último llegan á conocerse.»

Importante. El que tiene la manía de hacerse el importante, que irá en cada esquina, en cada casa, á hacer valer sus talentos, riquezas, ó relaciones.

Impresiones. Cuando se habla, dice una muger (1) célebre, es menester observar con perspicacia las impresiones que se produce en los oyentes, las risas forzadas de los unos y la satisfaccion contenida de los otros. Vense pasar como nubes por las frentes de aquellos á quienes hablamos que puedan con tiempo disiparse antes de que hagan su descarga.

Imprudente. El imprudente es arrastrado siempre á obrar inconsideradamente, sin relacion á la importancia de los objetos, ni á la gravedad de las circunstancias, y sin tocar los medios que deben conducirle al término de sus deseos. *No hableis de la soga en casa del ahorcado*: este es un proverbio que, como todos, enseña una gran verdad. Sin incurrir en impertinente curiosidad, ved de averiguar un poco la historia de las gentes que visitais, porque en una casa será imprudente hablar de divorcio, en otra de apostasía, en esta de concusion, y en aquella de escándalo, y todas las miserias y vicios de la humanidad pueden sublevarse en un momento por una palabra ligera.

Inatencion. La obligacion de escuchar es una ley social que obra incesantemente en nosotros, y cuya infraccion, mas ó menos política ó insultante, es siempre un delito de lesa-sociedad. Difícil es no obstante observar dicha ley con los tontos; pero con estos nos queda el recurso de reñirles, y se consiguen dos cosas buenas: evitar su trato y faltar á las leyes de la atencion.

Inconsecuente. Lo es el que habla y obra en contra de los principios que tiene adoptados, y muchas veces del fin que se propone.

Inconvenientes. Llámase con este nombre cuanto puede turbar la union y el aspecto agradable que en la sociedad se busca. Es inconveniente por tanto preguntar á una muger de edad madura los años que tiene; hablar á las personas tristes riéndose para demostrarles lo poco que uno se interesa en su situacion; turbar la alegría de las personas satisfechas con declamaciones patibularias y angustiosas; ponderar las ventajas de la belleza delante de mugeres que no la tienen; las de la riqueza entre personas de mediano vivir; y en fin, el alabarse de salud ante sugetos débiles y enfermos. Tampoco deben tocarse las manos ni los vestidos de aquel á quien hablamos, ni abotonarle ni desabotonarle, que es de muy mal tono, y revela en el que lo hace á un fátuo, un paleto, ó un aprendiz de la calle de Postas. Tambien es grosero señalar con el dedo á uno de quien se esté hablando con otro, pues la política exige que esto se haga de un modo imperceptible, valiéndose para ello de un gesto ó una mirada. Téngase en cuenta que no hay mas que un paso de la cultura á la familiaridad, de la chanza al epígrama, de la naturalidad á la rudeza, de la alegria al aturdimiento, y que para no dar este paso hay que frecuentar sobre todo buenas relaciones, y un trato escogido. Cuando se ha llegado á habituar una persona con las conveniencias sociales, ni se le olvidan nunca, ni puede faltar á ellas á pesar suyo. Subiendo al cadalso Maria Antoñeta, puso su pie sobre el del verdugo, y tuvo la sangre fria de decirle con dulzura y política: «*os pido que me dispenseis*,» en cuyo rasgo se manifiesta la fuerza que en nosotros adquieren aquellos hábitos de la juventud.

Indulgencia. Es una disposicion que nos inclina á soportar los defectos de los otros, y perdonar sus faltas; es el carácter de la virtud esclarecida. La envidia, mas contrariada por el mérito, que herida por los defectos, ve el mal al lado del bien, y le censura en el hombre estimable. El orgullo, para tener el derecho de condenar á todos los hombres, los juzga tomando por tipo un grado de perfeccion que es imposible imitar. La virtud se conduele siempre del malo, y hasta en su severidad hay algo que consuela.

Ingenuidad. Un aire de inocencia íntima y de encantadora ignorancia y una gran franqueza en el lenguaje son los atributos que nos dan á conocer la ingenuidad. Sienta muy bien en la infancia y se conserva largo tiempo entre personas de costumbres sencillas y rígidas. La jóven ingénua dice sin ruborizarse las frases mas aventuradas, y aunque en este caso la ingenuidad presenta graves inconvenientes, todos los que la escuchan se rien y á ninguno le ocurre el criticarlo. Lo que en otra boca seria una indecencia en la suya es una candidez.

Insistencia. Es preciso no *insistir* jamás con demasiado calor en nuestras opiniones; nuestro principal objeto debe ser agradar al

(1) Madame de Stael, *de la Alemania*, 1. parte, c. XI.

que hablamos, y no demostrarle que dice una tonteria. La vivacidad debe quedar reservada para opiniones solemnes, y en ciertas circunstancias.

Interés. Ante todo, la narracion de cualquier asunto debe ser interesante, es decir, capaz de cautivar hasta el fin la atencion de los oyentes. Aunque el interés nace del fondo mismo del asunto, no se sostiene mas que por el talento del narrador que saca partido de las circunstancias mas precarias y que sabe animar su relato con la vivacidad de su ingenio ó pasion. Hay un arte de despertar interés y mover la curiosidad, dejando pendiente al que oye del que habla; pero este arte no tiene reglas, y únicamente se alcanza por el estudio y la práctica. El narrador hábil no se detiene sino en los detalles importantes, y pasa ligeramente por los otros, dando variedad á su discurso con descripciones cortas y episodios rapidísimos: no presenta dos veces una misma situacion, ni procura inspirar mas que una un propio sentimiento. En ocasiones derrama el misterio por su narracion para hacerla mas interesante, y luego, con el fin de escitar la curiosidad, descorre un poco el velo, haciéndolo todo con tal arte, que parece que en vez de dominar al auditorio, es el asunto que cuenta el que le domina á él mismo.

Interrupciones. Este es un vicio que no se perdona jamás ni por nadie, y que es preciso evitar cuidadosamente si no queremos que nos odien. Cuando cualquier persona que os esté refiriendo una cosa se vea interrumpida por algun incidente, debeis procurar que vuestras miradas no la embaracen; y luego que se halle en disposicion de continuar, volver á prestarle toda vuestra atencion, animándole á veces con estas palabras: «Prosiga V., decia V.» etc. Si una interrupcion estraña debe cortarse de este modo, no necesitamos decir lo malo que es incurrir en una propia. Es tan aborrecible esto, que si dos individuos se dan á hablar á la vez en el calor de una conversacion, en el momento que lo notan se callan á un mismo tiempo y se piden mil perdones. Por pesado, por insípido que sea el relato que se nos haga, no hay otro recurso que resignarse á escucharlo, sobre todo si viene de un anciano ó de una persona á quien debamos respetar: únicamente cuando nos las hayamos con un amigo nos será lícito incitarle á que concluya con un «al grano», espresivamente dicho. Los jóvenes que no tienen aun suficiente trato social, se creen autorizados para interrumpir á cada paso al que escuchan, preguntándole un nombre ó circunstancia cualquiera; la gente formal no debe hacer esto sino despues de mil cumplimientos y salvedades. Cuando la narracion sea una impostura, la dificultad sube de punto: es menester no ser grosero ni pasar por tonto, lo que puede conseguirse á merced de ciertas fórmulas, tales como «*Eso es admirable.*» «*Si no creyera en la veracidad de V. diria que era un puro embrollo.*» En todo caso, lo importante es no interrumpir. Sucede muchas veces que, refiriéndose una anécdota cualquiera por una persona que no tiene gracia, se apodera de ella otro que saca mas partido, lo cual es una interrupcion de orgullo, que lejos de deberse perdonar si está entre gente bien educada, ni aun debe ser oida.

Inutilidades. Es preciso en la conversacion sufrir que los que hablan digan cosas inútiles, y hasta demostrar que nos son interesantes. Carga penosa, pero inevitable, que impone la sociedad.

Invitaciones. Las de un baile deben hacerse con ocho dias de anticipacion, para que las señoras tengan tiempo de preparar sus trages.

Irresolucion. Padece irresolucion el ánimo que está siempre dispuesto á suspender sus determinaciones por falta de ideas claras ó por temor de inconvenientes falsos ó verdaderos.

Imprudencia. La prudencia es una facultad preciosa que la naturaleza parece haber dado á todo ser viviente, como norte para dirigirle y conducirle en medio de las borrascas que agitan nuestra pasajera existencia. Timon del alma, señala justos límites á las acciones morales, y es la razon perfeccionada del ser viviente. ¡Cuántas veces no se arrepiente uno de no haber seguido los consejos de la prudencia! ¡Cuántos hombres no dicen: Si me hubiesen escuchado, si me hubiesen creido, no tendriamos que deplorar las consecuencias de semejante accidente! etc. El mismo Epicuro miraba la prudencia como el primer apoyo de la felicidad del hombre en la tierra. La prudencia hace que procuremos conservar la estimacion, consideracion, y sobre todo, el amor y amistad de nuestros semejantes; la prudencia da la direccion mas útil á las costumbres sociales; ella ha inventado los miramientos, cumplidos y urbanidad que usamos con todos los hombres que estan en comunicacion con nosotros; porque deseamos que nuestros semejantes tengan interés en servirnos, y tememos herir á los que puedan usar de represalias con nosotros ó nuestros parientes. El hombre prudente con esceso tiene una fisonomía que le caracteriza; la reserva se distingue en su semblante, pero algunas veces carece de franqueza; en general es discreto y taciturno; nunca se esplica acerca de las personas, por miedo de esponerse á su animadversion; calcula su conducta, pesa sus acciones, y aprecia de antemano sus consecuencias y resultados; no se resuelve sino despues de profundas reflexiones; observa hasta la minuciosidad las costumbres y los usos; es escrupuloso respecto á los miramientos que se deben al rango, al nacimiento, y teme usurpar el dominio de los demás; no traspasa jamás el círculo de sus obligaciones y deberes; no tiene tampoco un goce del que no teme las enfadosas consecuencias por su tranquilidad individual.

Ingeniosidades y sutilezas. Que ninguna sutileza de abogados, ni ninguna mala distincion de casuistas debiliten en vos por nada de este mundo las nociones naturales del bien y del mal que la sana razon y el sentido comun sugieren á todos los hombres para guiarlos. Sin embargo, como esas sutilezas de los sofistas se acomodan perfectamente á las pasiones de los hombres, aceptan voluntariamente la indulgencia, sin tomarse el trabajo de descubrir la falsedad del razonamiento; y en efecto, el mayor número es incapaz de hacerlo; así se ve á esas perniciosas sutilezas multiplicarse y estenderse de una manera prodigiosa. «He visto, dice lord Chesterfield, un libro titulado: *Quid libet ex quo libet*, ó arte de probar una cosa cualquiera por la razon que se quiera escojer; lo que no es tan difícil como parecerá al principio, si se abandonan solamente ciertas verdades sencillas y evidentes para todo el mundo, y si se entregan al exámen de las dificultades mas sutiles, á los desbarros de una imaginacion acalorada, y á los razonamientos puramente especulativos. El doctor Berkely, obispo de Clogne, hombre muy estimado, lleno de talento é ilustracion, ha compuesto un libro para probar que no hay materia, y que todo cuanto vemos no existe mas que en el pensamiento: que vos y yo nos imaginamos comer, beber y dormir; que es una mera imaginacion el creer que tenemos carne y sangre, brazos, piernas, nariz, boca, etc.; pero que realmente no somos mas que espíritus. Sus argumentos, hablando estrictamente, son de tal naturaleza que no se sabria responder á ellos; sin embargo, estoy tan lejos de estar convencido, que estoy resuelto á continuar bebiendo, comiendo, paseando y yendo á caballo, para entretener en tan buen estado como me sea posible esta *materia*, de la cual tan falsamente me imagino que está compuesto mi cuerpo.» El sentido comun, que, á decir verdad, no es bastante general, es el mejor sentido que conocemos. Cenios á él, y siempre os suministrará los mejores consejos. Leed y escuchad, para vuestra diversion, los sistemas ingeniosos, las cuestiones delicadas, tratadas sutilmente, con todas las sutilezas que las imaginaciones ardientes pueden sugerir; pero no la consintais sino como ejercicios para el ingenio, y volved siempre á poneros de acuerdo con el buen sentido. ¡De qué estravagancias no es capaz el hombre, cuando una vez su razon esclavizada y encadenada es llevada en triunfo por la imaginacion y las preocupaciones!

Joviales. El hombre risueño de profesion, cuya fisonomía está continuamente contraida por una alegria convulsiva, es el ser mas triste que se puede encontrar. Desconfiad de él; apenas os haya visto, apenas hayais cambiado algunas palabras con él, os mirará como su amigo íntimo; le bastará haberos hablado una vez, para que os estreche la mano con una insolente familiaridad; al segun lo encuentro os tuteará, y al tercero os abrazará: entonces no hay medios de huirle; su alegría os perseguirá, os esperará en la calle, en vuestra casa; le escuchareis reirse desde un cuarto de legua; las carcajadas de su alegria son tan estrepitosas como los sonidos de una trompeta. Hay gran distancia entre la alegria dulce y apacible, cuya espresion es una amable sonrisa, y los transportes de la alegria que se exhala en gritos y movimientos desordenados. El hombre de buena educacion es siempre fiel á las reglas del gusto, y una aventura chistosa ó una palabra picante no le apartan jamás de la decencia. Las personas que rien de todo se parecen á los Tyrinthios, que eran los mas risueños de la antigüedad. «Estos últimos, dice el abate Barthélemy en el *Viaje de Anacharsis*, fatigados de su ligereza, recurrieron al oráculo de Delfos: este les asegura que curarian, si despues de haber sacrificado un toro á Neptuno, podian arrojarle al mar sin reirse. Se reunieron en la orilla; habian alejado á los niños; y como quisiesen echar á uno que se habia mezclado con ellos: *¿Temeis por ventura, esclamó, que me trague vuestro toro?* A estas palabras empezaron á reir, y persuadidos que su mal era incurable, se sometieron á su destino.»

Juicio, circunspeccion, reserva. La reserva, ó mejor dicho la circunspeccion, es cuidar reflexionada y mesuradamente sobre el modo de hablar, tratar y conducirse en el comercio del mundo, para contribuir á la satisfaccion de los demas antes que á la suya propia. Sin embargo, la circunspeccion se aplica principalmente al discurso; consiste, siguiendo su sentido literal, en mirar atentamente á su alrededor antes de hablar, á fin de no decir nada que pueda comprometer, herir ó escandalizar á alguna de las personas presentes. La circunspeccion, en este sentido, es siempre un deber, pero, sobre todo, cuando se habla delante de niños: *Máxima debetur puero reverentia.* Carlos V, rey de Francia, arrojó de su corte á un señor que se habia permitido hablar con demasiada libertad en presencia del jóven príncipe su hijo primogénito, y dijo á los que estaban presentes: «Es preciso inspirar á los hijos de los reyes el amor á la virtud, para que sobrepujen en buenas obras á los que deben heredar en dignidades.» Cuando Voltaire tenia por huéspedes y visitas, en su castillo de Ferney, la flor de los hombres componiendo la reunion filosófica, y queria hablar con toda libertad con ellos sobre toda clase de materias, y particularmente sobre la religion cristiana, objeto contínuo de sus sarcasmos, tenia cuidado de despedir á todos sus criados, y encargaba que tuviesen las puertas de sus aposentos exactamente cerradas. «Si esas gentes son benignas y honradas, decia, es gracias á sus preocupaciones religiosas; debemos, pues, respetar esas preocupaciones si no queremos convertir esos corderos en bestias feroces siempre prontas á devorarnos.» ¿Por qué no tenia Voltaire la misma circunspeccion en sus escritos? Su gloria y su reposo hubieran ganado con ello.

Juzgar, pensar en voz alta. Cuando seais tan dichoso que os admitan en una casa donde se reunan personas generalmente apreciadas, y la dueña de la casa anime vuestras visitas, conservad cuidadosamente su confianza redoblando las atenciones. No repitais nunca, nombrando los sugetos, lo que les hayais oido decir: este es el medio de saber mucho. Los comerciantes de noticias estan muy poco considerados; siempre se teme ser el héroe de sus historias; se ocultan de ellos, y su veracidad es á menudo puesta en duda. Si empezais por escuchar en lugar de hablar, muy pronto habreis adquirido bastante discernimiento para saber en qué casas es permitido *pensar en voz alta.* No pretendemos privaros de este placer, el primero de todos para un hombre honrado; pero os advertimos que sereis feliz si, en el curso de vuestra vida, encontrais tres ó cuatro casas semejantes y que quieran daros entrada en ella.

Juego. No creais que el juego, tan admitido en los salones del gran mundo, nos dispensa de hablar, ni que lo que naturalmente él nos ocupa nos impone la ley del silencio. Si no teneis demasiada paciencia para sufrir las pérdidas; si profesais exagerado amor á vuestro bolsillo, lo mejor es que huyais del campo de batalla y no os aventureis á cargar con el ridículo del hombre interesado. Para esquivaros del juego, podeis iros al salon y entablar una conversacion sobre literatura, política ó filosofía, ó agarraros á un tonto, que os escuchará con mucho gusto creyendo que teneis una alta idea de su capacidad. Porque una vez ya sentado en la mesa del juego, se necesita mucha sangre fria, y un si es no es de alarde de desprendimiento y desinterés, sin que esto tampoco se haga con exageracion, pues tanto conviene huir de un estremo como de otro.

Jovialidad, risa. Hay muchas clases de risa: en primer lugar, la risa insípida; es la de personas que rien de todo, sin sentir nada; se puede decir de estas gentes, que rien como las praderas, las mieses, y otras mil cosas inanimadas á las que la poesía concede la facultad de reir y que llama *risueñas.* La risa mas comun y mas grosera es la de carcajadas; los que rien de esta manera pueden servir para recordar aquellas palabras del Eclesiástico: «Respecto á la risa, digo que es insensata: y respecto á la alegria, ¿para qué sirve?» Saber reir á propósito y con mesura es un arte que pocos poseen y que solo se adquiere con la esperiencia y el trato del mundo. El hombre de educacion sonrie voluntariamente cuando oye una palabra ó salida ingeniosa; pero cuando él mismo paga un tributo á la sociedad, se guarda de reir antes ó despues del dardo chistoso que acaba de lanzar enmedio del círculo; cuando todo el mundo aplaude riendo, él solo permanece impasible, y aun parece retroceder humildemente ante aquel sufragio unánime. Tanta modestia y abnegacion personal hay en su fisonomía, que casi se diria que le pesa el tener ingenio.

Juegos de familia. Los de prendas y otros que pudiéramos citar no son admitidos sino en reuniones familiares y de confianza.

Juegos de azar. ¡Cuánto pudiéramos decir en contra de estos perniciosos juegos, que son la ruina y escándalo de personas que antes nadaron en la opulencia, y que encendiendo las pasiones de una manera violenta, no respetan ni la honradez ni los sentimientos generosos! ¿Pero quién no conocerá esto? Limitémonos, pues, á obrar aquí, como si tuviéramos que legislar en la materia, estableciendo bandos de buen gobierno: se prohiben de todo punto los juegos de azar.

Lances y querellas. Solo las personas sin educacion pueden buscar querellas; el hombre honrado y de buen juicio se contenta respondiendo á las invectivas con el silencio y el desprecio. Una persona de genio quimerista siempre será un huésped muy desagradable, aunque posea por otra parte ingenio y conocimientos superiores; debe vivir retirado y evitar á los demas el peso de su fastidioso carácter. Huid de aquellos con quien siempre es preciso disputar, si no quiere uno ceder ó callarse. Estando un dia de mal humor M. de Sainte-Foix, entró en el café de Procops, y se sentó en un rincon á reflexionar; á poco llegó un guardia del rey, pidió una taza de café con leche y un panecillo, y añadió: *Eso me servirá de comida.* El mozo trajo lo que el guardia habia pedido. Nuestro moderno censor dijo: *Una taza de café con leche y un panecillo es una comida estrafalaria;* y lo repitió en voz alta muchas veces. El guardia del rey no dijo una palabra al principio. «Como gusteis, señor guardia del rey, continuó Sainte-Foix; pero no me impedireis decir *que una taza de café con leche y un panecillo es una comida estrafalaria.* El guardia se levantó y le hizo una seña. Sainte-Foix entendió lo que queria decir, y salió en seguida; ambos sacaron las espadas; Sainte-Foix fué herido en el brazo; pero herido y todo, repetia: *Si señor; siempre sostengo que una taza de café con leche y un panecillo es una comida estrafalaria.* Esta disputa hizo mucho ruido; al momento se reunió la multitud en la calle; llegaron dos guardias de los mariscales de Francia, que prendieron á los combatientes. Pero la cuestion no quedó aquí. Al dia siguiente los dos campeones fueron conducidos al tribunal delante del duque de Noailles, que era el decano de los mariscales de Francia. Sainte-Foix dijo bruscamente: Monseñor, yo no he pretendido insultar al caballero guardia del rey; le tengo por un valiente y honrado militar; pero vuestra grandeza no me impedirá decir que *una taza de café con leche y un panecillo es una comida estrafalaria.* El mariscal de Noailles perdió su gravedad de juez y decano de los mariscales de Francia.

Leyes de la urbanidad. Para designar con una sola palabra el carácter de las principales naciones de Europa, se decia: el juicio aleman, la flema alemana, la gravedad española, la delicadeza italiana, y la urbanidad francesa. Lord Chesterfield escribia á su hijo, que un francés político por educacion es la obra maestra del arte y de la naturaleza. Otro autor lleno tambien de ingenio ha dicho igualmente: la urbanidad gaia á los que hiere la vanidad. No hay transaccion con el orgullo. La urbanidad es un lazo que la sociedad ha establecido entre los hombres estraños unos á otros. La incivilidad en el lenguaje y las maneras influye mas de lo que se cree sobre los sentimientos y acciones. Se acostumbra uno á pensar lo mismo que habla, y pronto se obra como se piensa: no hay distancia del hombre incivil al cruel. Si la educacion es la salvaguardia de las relaciones entre los hom-

BIBLIOTECA UNIVERSAL

bres, es ademas la garantía de la virtud de las mugeres. Una muger incivil en su lenguaje no es ya muger á nuestros ojos: pierde todos sus hechizos y su sexo. En el seno de la familia la modestia y sencillez bastan para mantener los respetos que una muger tiene derecho á exigir; pero en medio del mundo, se necesita algo mas: la elegancia de su lenguaje, la urbanidad de sus modales, hacen parte de su dignidad, y exigen de todo lo que le rodea el respeto que le es debido.

Lenguaje poético. Una de las primeras observaciones que se debe hacer en la conversacion, es el estado ó carácter de la educacion del sugeto á quien se habla. Ciceron hacia largos discursos al pueblo; pero era mas conciso cuando se dirigia al senado. La poesía del lenguaje que se debe usar con los individuos ha de estar fundada sobre principios muy diferentes. Es preciso ser breve con las gentes del pueblo, á fin de ser mas claro; conviene cortar la idea principal de los accesorios que le son á menudo estraños, y abreviar tambien para conservar un tono de dignidad que siempre se pierde reduciéndose á demasiados puntos; esto es lo que llaman comunmente *habladurías*.

Llamamientos y calificaciones. Es una falta de urbanidad decir: *señor poeta, señor sábio, señor filósofo, señor autor, señor artista.* La palabra *señor* no es sino un título que se da indiferentemente al hombre conocido lo mismo que al desconocido. El mérito no lo necesita, porque él es el mas hermoso de todos los títulos. No puede ser sino por ignorancia ó irrision el caer en semejante defecto. Piros, encontrándose un dia en el momento de entrar, no sabemos donde, con un señor de la corte: *pasad, señor poeta*, le dijo el último. El poeta, que conoció el epigrama, obedeció, diciendo: *A cada cual su puesto.* Es difícil dar una leccion mas grande con mas política y sumision.

Lyones petimetres. Seres frívolos que quieren llamar y fijar la atencion por su tono insolente, porte libre, vivo y ligero, y por su compostura y modales afectados. Los petimetres son mas numerosos de lo que se piensa; pululan en todos los estados, en todas las condiciones, y son tan ridículos por el modo con que representan su papel prestado como por el papel mismo. El talento de los petimetres, de aquellos que se llaman *divertidos*, segun ha dicho un escritor, reune

toda la gracia y sutileza de los equívocos, la sutileza y solidez de la charada, la profundidad del logogrifo, el interés y natural del dicho, la alegría bulliciosa del calembourg, los recursos del tono afirmativo, y los de la ironía. Los petimetres esperimentan, á la verdad, mil mortificaciones en la sociedad; son chiflados en los parajes públicos, y señalados en el teatro; pero no parecen por eso menos contentos de sí mismos, y estan muy satisfechos de que se dignen ocuparse de su persona.

Lengua. La lengua es el principal órgano de la palabra: preciso es, pues, estudiarlo antes de hablar para corregir sus defectos y sacar el conveniente partido de sus buenas cualidades. Las lenguas son grandes ó pequeñas; y téngase presente no nos ocupamos sino de la parte fisiológica. El que la tiene grande, tiene los inconvenientes de no poder hablar con espedicion, y de dar cierto sonido de mal gusto á las palabras. Las lenguas pequeñas tienen por su parte los suyos, que son entre otros no poder pronunciar distintamente, y producir una especie de silbo cuando se habla bastante dificultoso. Hay otras personas que se espresan con tanta dificultad, que parece que tienen, como vulgarmente se dice, sopa en la boca. Malherbe era por el estilo; por lo que decia Mazini de él: «No he visto hombre mas húmedo, ni poeta mas seco.» En cuanto á la costumbre de sacar la lengua por de-

trás, este es un acto de burla y grosería, relegado únicamente á sujetos mal educados.

Lo que se entiende por recibir. Recibir no es, como muchos entienden, dar una gran comida cada semana, bien ó mal. Recibir es tener una casa abierta, donde todas las noches se puede ir con seguridad de hallar la casa habitada, iluminada, y los dueños dispuestos á acogeros con la mayor amabilidad. Para esto no es de absoluta necesidad tener un talento superior, ni descender de Carlo-Magno, ni tener un millon de renta; pero es preciso absolutamente el trato del mundo, y sobre todo, educacion, y no todos estan provistos de estas dos cualidades. Cuando Napoleon, mas tranquilo y mejor guiado, quiso una corte, la quiso como lo queria todo, inmediatamente. Conoció, sin embargo, que era asunto imposible. El primer ensayo que hizo le convenció de que no se organiza una sociedad en algunos dias, como se hace con un regimiento de quintos. «Pues bien, es preciso que me secundeis, dijo á las damas de la corte. Vosotras teneis vuestros salones, y es menester dar el ejemplo. Vosotras las mugeres, añadió, podeis hacer todo lo que deseo; todas sois jóvenes y casi todas bonitas; pues bien, una muger jóven y bonita hace todo cuanto quiere.»

Lenguaje culto. Las costumbres, los hábitos, la educacion política y las creencias religiosas, influyendo tan poderosamente en nuestra manera de pensar, tienen tambien una intervencion muy directa en nuestro lenguaje. De aquí esa notabilísima diferencia que todo el mundo sabe existe entre el modo de hablar de un labriego y el de un ciudadano, y que se ve hasta en las diferentes clases que forman los individuos de una misma poblacion. Habríamos de escribir un tomo abultado, y aun no incluiríamos en él cuanto acerca de un lenguaje culto puede decirse. Digamos solamente dos cosas: 1.ª Que es indispensable, de absoluta necesidad á todo el que trate de brillar en el mundo por algun estilo: y 2.ª, que la buena compañía y la frecuente lectura de libros escogidos son todas las reglas que pueden dictarse para la adquisicion de un lenguaje culto.

Lenguaje de los niños. Seria imperdonable que en nuestro diccionario nos olvidásemos de este artículo. Sabido es que á los niños se les enseña en sus primeros años un lenguaje completamente distinto del que han de hablar despues, y aun á veces hasta indecoroso y ofensivo al pudor, tan propio de la edad tierna. Esto debe su orígen principalmente al deseo que los parientes y amigos tienen de oirles decir una gracia. Escusamos decir lo condenable que es esto, ya bajo el aspecto moral, ya considerando que pueden adquirirse por los niños ciertos vicios de pronunciacion que suelen no desterrarse jamás.

Lengua estrangera. Es una grave impolítica hablar en una reunion ó círculo cualquiera una lengua que no sea conocida de todos los concurrentes. Esto, ó parece desconfianza ó desprecio hácia ellos, fuera de la humillacion que se les hace sentir recordándoles que no saben aquel idioma, y de la pena que les causa no entender lo que se dice.

Lengua natal hablada por estrangeros. ¡Cuántos sabrian hablar nuestro idioma si cuantos hablan le supieran! Nuestra conviccion ha sido siempre que la gramática no es sino un punto de partida, muy importante sin duda, pero que no basta para aprender á hablar un idioma. Para esto se necesita trato, sociedad y necesidad de aprenderlo bajo todas sus fases. Los disparates, las ridiculeces y aun los compromisos á que da lugar el oir hablar nuestro idioma á un

estrangero esceden á toda ponderacion, y apenas habrá uno para quien sean desconocidos. Todavía recordamos con horror á la vez que con risa una escena de que fuimos espectadores hace algun tiempo. Un sugeto de Madrid bastante ricó nos daba un convite, para el cual estaba invitado cierto inglés que viajaba por España con objeto de aprender su lengua. Estábamos ya en la mesa, y hacíamos todos por esce-

der en gravedad al inglés, cuando este tuvo por conveniente dirigir un cumplimiento á la señora de la casa, pero cumplimiento tan disimulado, que ella se levantó indignada, apostrofando duramente al hijo de la Gran Bretaña. Y era que la habia dicho este una desvergüenza atroz, que suprimimos en obsequio de nuestros lectores, y que nuestros lectores podrán figurarse ya.

Laconismo. Atenas y Esparta no se parecian en nada respecto á la conversacion. Los atenienses estaban de tal modo poseidos de la manía de hablar, que hacian largas disertaciones sobre cualquier cosa; os esplicaban docta y gravemente de cuántas maneras se puede dar una caida; hablaban en voz alta, en público; disputaban en las calles; se detenian en los mercados, y se retiraban debajo de los pórticos para resolver allí problemas del modo mas brillante. Plauto los pinta llevando en los pliegues de sus mantos muchos volúmenes para poder, caso de necesidad, aplastar á sus adversarios con el peso de sus citas. En cuanto á los espartanos, era todo lo contrario. Ningun pueblo ha llevado tan lejos como los habitantes de la Lacedemonia la costumbre de la brevedad del lenguaje: esta misma brevedad ha sido caracterizada con la palabra *laconismo*. Bastaba algunas veces á los lacedemonios un monosílabo para responder á un largo discurso. Así es que habiéndoles escrito Filipo, rey de Macedonia, que si llegaba á entrar en su territorio, lo llevaria todo á sangre y fuego, *si*, fué toda su respuesta. Tambien escribian cartas bastante lacónicas, es decir, impertinentes. Pero, desde que fueron batidos en Leuctres, empezaron á alargar un poco las frases. Yo soy, decia Epaminoudas, quien, desatándoles la lengua, los ha enseñado á ser mas políticos. Una de las singularidades inglesas mas inocentes y que mas se presta á las escenas cómicas, es, en efecto, esa *originalidad* de laconismo que ha suministrado á Ben Johnsan el personaje de Morose en una de sus comedias. La exageracion de esa imperturbable originalidad era, dicen, muy divertida en el duque de Devoushire y su hermano el conde Jorge. Estos dos nobles lores pasaban meses enteros sin decir una palabra, no espresando sino por gestos, con una simple mirada sus mas vivas emociones. Así recorrieron la Europa en la misma silla de postas durante un año, cuando, llegados una noche á una posada de Alemania, les avisaron, despues de cenar, que no podian ofrecerles mas que un cuarto con tres camas, de las que una estaba ya ocupada. No hicieron ninguna observacion, y se desnudaron sin ruido; pero antes de acostarse los dos hermanos tuvieron curiosidad de ver lo que contenia el tercer lecho, cuyas cortinas estaban cuidadosamente cerradas. El duque las entreabrió poco á poco, y su hermano se contentó, siguiendo con una mirada el movimiento de su brazo; despues se metieron en sus camas, y durmieron profundamente. Al dia siguiente, despues de haber almorzado y pagado la cuenta, no pudo al fin el duque contenerse, y dijo á su hermano:

Jorge, ¿vísteis ayer noche aquel cadáver en el lecho?—«Sí,» respondió su hermano. Y subieron gravemente en el coche para continuar su viaje. Convenid en que perdieron quizá una horrible historia con tan terco silencio. No es sinrazon el que se vitupere el laconismo, sobre todo entre los jóvenes, porque si la reserva es necesaria para no soltar palabras imprudentes, no conviene, sin embargo, llevarla hasta el estremo de permanecer enteramente mudo. Mucho se fastidia uno con esas personas indolentes, que no toman parte en la conversacion, que no conocen lo que se dice fino y chistoso, y que no saben responder mas que *si* y *no*. El laconismo puede tener su orígen en una escesiva desconfianza de sí mismo. Este defecto se encuentra generalmente entre las personas de un carácter amable, pero que les falta educacion y trato; es una debilidad que merece indulgencia, al menos en los primeros tiempos, aunque sea dañoso á la sociedad el privarla de cierto número de ideas útiles. Decimos en los primeros tiempos, porque con un poco de esperiencia se adquiere muy pronto el conocimiento de las fuerzas de los demas y de las suyas propias, y entonces toda desconfianza debe desaparecer, á menos que no esté unida á la estupidez. Un saber superficial y mucha vanidad producen igualmente el laconismo. Hay gentes que no se atreven á contradecir, porque no pueden sufrir que les contradigan. Su paciencia solo es un orgullo tímido, y su silencio prudencia. ¡Espíritus apocados, que no teniendo ninguna opinion, permanecen mudos, para hacer creer que la tienen! El orgullo puede tambien algunas veces unirse á un mal carácter; el silencio no es entonces sino efecto de la maldad. Al salir de una sociedad donde no han proferido una sola palabra, algunas gentes pasan revista á todo lo que se ha dicho y se ha hecho, con el objeto de criticar los discursos mas indiferentes. Observadores malévolos, su silencio es un verdadero espionaje siempre dispuesto á abusar de la ventaja que las almas falsas y frías tienen sobre la franqueza y la verdad. Preguntaban un dia á M. Fontanes, célebre matemático, lo que hacia en las asambleas, donde siempre estaba taciturno: «Observo, dijo, la vanidad de los hombres para herirla cuando tenga coyuntura.» ¡Bonito oficio para un filósofo!

Lo que sucede en las tertulias, sociedades y raouts. (1) —Hablemos primero del raout. No parece sino que el mundo elegante de Lóndres estaba celoso del tumulto estrepitoso del pueblo á la puerta de los teatros. Porque ¿qué es, en efecto, un raout? Una gran reunion de elegantes. La dueña de la casa avisa con anticipacion á sus amigos, conocidos, y tambien á los que jamás ha visto, á fin de que la concurrencia sea completa; porque es uno de los mil caprichos de la moda el querer acumular en un salon, como en un hormiguero, mucha mas gente de la que puede contener. A eso de las once de la noche, instante que llaman el momento de la *marea alta*, las avenidas de la calle estan llenas de carruajes; las escaleras, el portal, los aposentos, estan de tal manera atestados de gente yendo y viniendo, que siempre os creeis próximos á andar á

puñetazos para introduciros hasta la sala principal, donde la señora prodiga sus sonrisas á todos los que las olas llevan hasta ella. Mesas de juego estan dispuestas en todos los ángulos de las salas, tanto que apenas queda sitio para que los jugadores puedan siquiera sentarse. El café, el té, la limonada, etc., circulan por todas partes.... La confusion y el desórden, tal es el verdadero mérito de un raout. Mientras mas gente haya, se opriman, y atropellen, mas ufana está la dueña de la casa. Si alguno se queja de la tortura, del ruido, de la calor, y

(1) Esta palabra está hoy dia casi admitida en España, y por eso la insertamos aquí.

otras mil cosas desagradables, ella esperimenta tanto placer como un actor escuchando los gritos, los aplausos de los espectadores que asisten á la representacion dada á su beneficio. Las torpezas de los criados, la pérdida de alguna alhaja, las repetidas esclamaciones: *¡ Oh! ¡qué calor hace!... ¡Se ahoga uno!* ¡ *Voy á desmayarme!... etc....* le son sumamente agradables, y si sabe que hay alguna camorra en a calle, que los criados de don fulano se han pegado, que los coches se han roto, que alguno ha sido robado en la puerta.... nada falta á su felicidad. Al salir cada cual esclama sin poder respirar: *¡ Que hermosa, qué magnífica y qué deliciosa reunion!* y al otro dia se devora con afan las largas columnas de los diarios, buscando con la vista el artículo intitulado *reuniones elegantes:* y dichosa la dama que lee en ellos los detalles circunstanciados de su tocado, de su adorno, que ella *misma* ha enviado tal vez escrito al *periodista*. Esto es un *raout*. El juego es casi el único placer que allí se encuentra. Perdidas considerables hacen la reputacion de tales tertulias, y si un jóven heredero se arruina, la celebridad de la casa está para siempre asegurada.

Preséntanse á nuestra *consideracion ahora* las tertulias. La tertulia es una division del tiempo en que cada cual, despues de haber cumplido con sus deberes, procura recrearse. Nada hay mas satisfactorio, mas delicado y menos costoso que el placer que se halla en la conversacion de las personas instruidas y de *talento*, que se complacen en reunirse en aquellas horas que no les preocupan los negocios. Los raouts necesitan baile, música, juego; las tertulias no existen sino entre personas benévolas los unos para los otros. Unos forman el encanto por sus conocimientos, los otros por un talento natural, alegre y delicado. Algunos hablan, otros escuchan, y estos últimos, cuando tienen juicio, hallan que les ha cabido en suerte la mejor parte. ¡Qué diferencia de estas *reuniones tranquilas y apacibles* á esas *tumultuosas* en que el juego es el único placer! Algunas veces, es verdad, se baila en ellas y sigue al baile una gran cena; pero siempre falta lo que hace la delicia del baile, la gracia y alegria. En cuanto á la conversacion, ¿qué quereis que sea en semejantes *babilonias*? Allí no es de *ningun* modo general; cada uno habla con su vecino ó vecina; ninguno cuida de apoderarse de una palabra aislada, para hacer de ella el asunto de una discusion; ninguno lleva una de esas anécdotas en que el narrador, aspirando al efecto, triunfa llamando *toda la atencion sobre sí*. En una palabra, puede decirse de esas brillantes reuniones lo que decia madama Staël de las sociedades alemanas: «Se pierde cierto tiempo para el adorno necesario en estas grandes reuniones; tambien se pierde *tiempo permaneciendo tres horas en los salones*; y es imposible oir, en estas numerosas asambleas, nada que salga de las frases convenidas.» Es una invencion hábil la mediana para anular las facultades del talento esta presentacion diaria de todos los individuos los unos á los otros. Si fuese *reconocido que era menester considerar* el pensamiento como una enfermedad contra la cual es necesario un regimen regular, no se podria imaginar nada mejor que una clase de distraccion á la vez deslumbradora é insípida. Semejante disiraccion no permite seguir ninguna idea; transforma el lenguaje en un *murmullo* que pueden aprender los hombres lo mismo que los pájaros.

En cuanto á las sociedades, el jóven debe buscar las sociedades donde está siempre seguro de encontrar decoro, urbanidad, predilecion, tacto y buen tono; donde se es *político* sin afectacion, alegre sin licencia; donde se sabe alabar sin adulacion, reprender sin dureza; porque en ninguna parte el hombre bien educado está mas á sus anchas, porque allí se encuentra en su sitio. Algunas veces dicen que el hombre político es falso; pero, en primer lugar, ¿qué es la política? El arte de no herir ninguna susceptibilidad, de no chocar con ninguna opinion, de no humillar ningun amor propio, de no faltar á ningun deber de sociedad, de saber, en fin, estar satisfecho de sí y de los demas. ¿ Es esto falsedad? No, porque la falsedad consiste en no obrar como se habla, en mofarse por detrás del sugeto que se adula por delante, en ofrecer servicios á los que no se quiere obligar, y hacerles tambien mal servicio secretamente; hé aquí lo que es la falsedad. La política, repito, no es así. El hombre mas tosco puede ser falso; es vicio del corazon, y no efecto del buen tono, que no se puede adquirir sino con una buena educacion.

Leyes del respeto. El respeto es un sentimiento que debe uno esperimentar por los otros y por sí mismo. Consiste en observarse en sus discursos y gestos, que deben ser reflexionados y mesurados segun las circunstancias en que uno se halla. Se debe respeto á muchos hombres reunidos, cuando forman tribunal, academia, una masa cualquiera y tambien en un espectáculo; se debe respeto á un anciano, á un sacerdote, á una muger, á un funcionario público, á un hombre célebre; se debe á sus parientes y á la desgracia. Segun esto se conoce que nada debe ser mas *variado* que el modo de mostrar respeto; pero para que vuestra postura lo anuncie, no es necesario que lo esperimenteis. Satisfaced las exigencias con un esterior sosegado y algunas escusas, pero sin que os puedan acusar de hipocresía; no habrá uniformidad entre vuestros pensamientos, discursos y acciones, sino cuando esteis en presencia de personas virtuosas. Se puede ser anciano, poderoso, débil, revestido de un carácter sagrado, y merecer solo el desprecio; pero las leyes sociales, la prudencia y la caridad cristiana, os prohiben manifestarlo. Esta es, lo confesamos, una de las mas insoportables violencias que puede uno imponerse; así os aconsejamos eviteis *todo cuanto podais* el trato de las personas con quienes esta especie de disimulo es indispensable. Habiendo escrito la marquesa de Saubise á madama de Mainternor y firmado *con respeto*, la marquesa terminó su respuesta con esta frase: «En cuanto al respeto, que no se hable mas de él entre nosotros, no podreis tenerle mas que á mi edad, y os creo demasiado política para recordárnelo.»

Menestrales. La urbanidad entre los menestrales parece á una lugareña que no conoce aun bastante las maneras de la ciudad. Seria, sin embargo, muy fácil acostumbrarla un poco, sin hacerla perder nada de su lozanía y natural. Esta urbanidad toca mas de cerca á la *civilizacion primitiva* que á la de la buena sociedad.

Mansedumbre, paciencia. La paciencia es una cualidad preciosa y que no se sabria recomendar bastante; dulcifica las amarguras de la vida; divide con nosotros la carga de las penas, á fin de que no nos abrumen. El filósofo Abanzit nos ofrece de ello un ejemplo muy notable. Jamás en su vida se habia encolerizado; jamás se habia incomodado; jamás, en fin, habia una emocion descompuesto la calma inalterable de aquella fisonomía de hombre honrado, que tenia y que tanto correspondia á la verdad. Sus amigos creyeron que aquella igualdad de humor podria por último ceder á una contrariedad cualquiera. Consultaron á una criada, que hacia treinta años estaba á su servicio. Esta muger buscó mucho tiempo cómo podria llegar al sitio vulnerable de su amo, porque le queria y no podia resolverse á afligirle y hacerle aparecer de otra suerte de lo que era, puesto que sus mismos amigos declaraban que era una apuesta. Esta muger protestaba que hacia treinta años no habia visto á su amo una sola vez colérico. «Una sola vez! eso es imposible! esclamaban; en treinta años! Vaya ¡conven en que alguna vez!...—Pero yo no puedo mentir, decia la buena muger.—Mas cómo llegar á incomodarle?... ayúdanos.—Ah! hé ahí lo difícil; cómo incomodarle?... Hay gentes que no sabe uno cómo satisfacerlas.» En fin, despues de muchas vueltas en su pensamiento, despues de haber examinado á su amo en las costumbres de su vida, la vieja Margarita creyó haber encontrado el medio de hacer ganar la apuesta. Aunque en verdad, no comprendo, decia ella, por qué razon quereis hacer salir á mi buen amo de su paz.— Qué te importa? Nosotros le queremos tanto como tú.—Eso no es verdad!—Le queremos, te digo, y tú bien lo sabes; así, no debes tener temor ninguno por las consecuencias de todo esto..... Veamos qué has imaginado.—Hélo aquí: M. Abanzit gusta, sobre todas las cosas, de estar bien acostado; es una de las costumbres de su vida interior, á la cual no renuncia... Pues bien! no le haré su cama, y diré que me he olvidado. El espediente pareció admirable. Al dia siguiente, los amigos de M. Abanzit fueron á buscarle y le llevaron á pasear con ellos; pasan el dia juntos, y por la noche le volvieron á su casa, bastante cansado de su jornada, y contento de encontrar su cama y el reposo. Su cama! no estaba hecha, como se sabe. Al otro dia por la mañana dijo á Margarita: «Margarita, parece que os habeis olvidado de hacer mi cama; procurad no olvidarlo hoy.—¡Y bien! preguntaron los amigos cuando fueron por la mañana para saber el resultado.—Nada absolutamente, dijo la criada. Me ha dicho que no me olvide hoy.—¡Pero tú te olvidaras!.. ¡acuérdate de las condiciones!» Al dia siguiente lo mismo. Por la noche, M. Abanzit vuelve á entrar tambien cansado de un largo paseo, y halla su cama en el mismo estado que por la mañana. Al levantarse, llama á Margarita: «Te has olvidado tambien de hacer mi cama, Margarita; te suplico que pienses en ella.» Por la mañana, la misma pregunta de los amigos, y la respuesta de la vieja criada. Era el segundo dia. Por la noche al llegar delante de su cama M. Abanzit, la encuentra en el estado en que se encuentra una cama hecha ó mas bien deshecha despues de tres dias. Al otro dia por la mañana llama á Margarita: «Margarita, le dice, pero sin alzar la voz, todavia no habeis hecho mi cama ayer; segun parece habeis tomado vuestro partido sobre esto, y os veo bastante decidida; pero no importa, no hay gran mal en ello, porque ya empiezo á acostumbrarme.» Enternecida con tanta bondad, porque aquí ya no hay paciencia, y nosotros creemos que M. Abanzit lo habia adivinado, Margarita se arrojó á los pies de su amo inundada en lágrimas, y se lo confesó todo.... Por ventura, ¿no figuraria admirablemente esta accion en la vida de Sócrates? Cuántos otros, en lugar de Abanzit, hubieran despedido el mismo dia á la vieja criada con sus treinta años de servicio, y no hubieran vuelto á ver á sus pretendidos amigos, que podian mofarse de él hasta el punto de hacer esperiencias sobre su carácter y tambien sobre su corazon!

Modestia. Ser modesto es saber contener el movimiento mas impetuoso de nuestra alma, que es la vanidad; es mirar con dulzura el orgullo y la presuncion de nuestros semejantes; es atribuirle una grande superioridad sobre nosotros mismos; es hacer continuas concesiones á sus pretensiones; es someterse á todas las deferencias que inspira la conviccion completa en que estamos de sus cualidades y de su mérito; es confesar en toda ocasion nuestra insuficiencia, ya con nuestras acciones, ya con nuestra postura; es, sobre todo, ser sábio en nuestras opiniones, tanto como reservado en nuestros discursos; en efecto, hay una multitud de hombres que no deben su reputacion de modestia mas que al prestigio de su moderacion ó la magia de su silencio. La *modestia* es una *virtud enteramente* obligatoria en la sociedad: imprime un carácter de decoro á nuestras mas agradables relaciones; da fuerza y crédito á las palabras, y nos pone á cubierto de los tiros de la envidia. Tener una opinion demasiado favorable de sí mismo, es indisponer á todos los demas contra nosotros. No se aprecian esos juicios anticipados, y el público no siempre confirma el rango que uno se ha señalado en su opinion. En las mugeres tiene grandes ventajas la modestia; aumenta la hermosura, y sirve de velo á la lealdad. El hombre *modesto* evita las alabanzas con tanto cuidado como las busca el orgullo con avidez. Agrada, porque no interrumpe á nadie, y si guarda silencio, los que hablan delante de él tienen bastante candor para creer que solo se calla para tener el gusto de escucharlos. En *cuanto* á las *mugeres*, la modestia es uno de los mayores atractivos de su carácter; esta reserva, tan esencial en su sexo, debe inclinarlas naturalmente á guardar silencio en una reunion, sobre todo si es numerosa. Los hombres de juicio y talento nunca tomarán este silencio por estupidez. Puede tomarse parte en la conversacion sin pronunciar una sílaba. Vuestra postura y vuestro semblante mostrarán que sabeis escuchar, y no pasarán desapercibidos para un ojo observador.

Mentira. Es preciso tener un respeto inviolable á la verdad; la mentira es un vicio vil y despreciable. Se ven algunas mugeres, dotadas por otra parte de escelentes cualidades, á las cuales no puede uno referirse en la narracion de ningun hecho, por poco que la historia tenga de estraordinario, ó que hayan sido en ella las heroinas. Esta debilidad no es efecto de falsedad, sino de vanidad, ó de una imaginacion desarreglada. No pretendemos, sin embargo, condenar las galas con que algunas veces se embellece un cuento divertido, cuando solo se tiene por objeto el escitar en la sociedad una alegria inocente. Un hombre que madama Geoffrin conocia por embustero incansable referia en su presencia un hecho cuya verdad negó ella, sospechando que hiciera una mentira nueva. «Se apresura V. demasiado, le dijo uno, á negar el hecho; porque, por desgracia, es cierto.—Si es cierto, respondió ella, ¿ por qué lo dice V?» El mentiroso verídico no esperó como se puede creer, el fin de la conversacion, y cuando hubo salido, añadió: «Cuando un hombre miente siempre, es como si siempre dijese verdad; no hay mas que creer siempre tambien lo contrario de lo que sienta; pero si trata de decir verdad alguna vez, ¿qué ha de hacer uno en la sociedad? ¿Cómo vivir y hablar con una persona á quien no se puede decir ni sí, ni no?

Mirar. Hablar sin mirar es de tonto: es prueba de que se está sin inquietud por el efecto de sus discursos, y que no trata de cambiar de conversacion, de tono ó idea, segun que uno disgusta ó fastidia.

Mofa. La mofa es una inclinacion que tiene su orígen en el orgullo y la malicia del hombre; es el resultado de aquella alegria cruel que esperimentamos á la vista de las desgracias que pueden afligir á nuestros semejantes. Es una reaccion de nuestro amor propio contra los ridículos ó los defectos que nos chocan. La mofa es grata de ejercer como la venganza. Un filósofo ha dicho ingeniosamente que la mofa era la espada de la muger. Es, en efecto, el arma de los débiles contra los fuertes; es el recurso de los pequeños contra los grandes. El arte de usar de ella está particularmente vinculado en los raquíticos, en los gibosos, en los cojos, en los niños, y en todos aquellos que son inferiores por su poder físico. Basta oir lo que se dice en el círculo de nuestras sociedades, para descubrir la tendencia que tienen todos los hombres hácia una murmuracion burlona que el ingenio sazona y hace mas ó menos picante. Todas las palabras proferidas con tono burlon se refieren á anécdotas verdaderas ó falsas sobre tal ó cual individuo; escudriñan los escondrijos mas secretos de su alma; buscan, descubren, publican sus acciones privadas; y la curiosidad se pone en juego para satisfacer ese instinto funesto del cual es difícil defenderse. Al hombre le gusta de tal manera hacer circular este veneno, que cuando en un discurso, en una *conversacion*, se habla en general de un vicio, de una estravagancia, de un ridículo, los auditores acogen con avidez todo lo que puede ayudar á las alusiones particulares. Recogen el dardo que se habia perdido para asegurarle una direccion determinada. De este *modo*, la *mofa* hace el suplicio de las relaciones sociales. La mofa supone por consecuencia la ausencia de toda accion benévola. Observad al hombre que tiene inclinacion á ridiculizar á los demas; de seguro es tan presuntuoso como maligno: reirse de otro es alabar su propia escelencia. Los hombres son tanto mas inclinados á la mofa, como que sirve á avivar su ingenio, á animar su conversacion y á hacerla aplaudir; por otra parte, la hacen mas picante haciéndola sufrir una *multitud* de formas. Hay una, por ejemplo, que *consiste* en un *silencio espresivo*, ó en una mera inflexion de voz; á menudo se atiene á la sutileza de ciertas palabras usadas en tal ó cual idioma. Finalmente, bajo cualquier forma que se presente, no es menos por eso un poder que pocas personas se atreven á despreciar. La temen hasta tal punto, que recelan generalmente sobreponerse á lo que llaman *el qué dirán*. Así, en este mundo las burlas del hombre débil hacen el suplicio del hombre fuerte.

Monólogo. No basta ser verdadero, natural y sencillo en su lenguaje; es menester tambien no hablar mas que á su vez. Ciceron prohibe apoderarse de la conversacion y esplotarla como caudal propio. «No se debe, dice, escluir de ella á los demas; pero se debe permitir que, en las pláticas familiares como en *todo lo demas*, cada *uno* tenga su turno; así lo exige la justicia.» En efecto, á la sociedad se viene para cambiar sus ideas y no para oir á un orador. Por otra parte, ademas que no es justo reducir la conversacion á un monólogo, hay algun peligro en hablar solo y mucho tiempo: los oyentes, á quienes no dejais hacer otra cosa, os juzgan algunas veces con bastante severidad: ademas, el talento se agota, se debilita con el ejercicio demasiado frecuente de la palabra, y se hace incapaz de un trabajo mas formal. Se ha observado que los *hombres de ingenio que se entregaban* demasiado al placer de la conversacion adquirian la costumbre de escribir con negligencia.

Me han dicho.—Se dice. Es fácil abusar de estas palabras, y el empleo que se hace de ellas es una prueba *suficiente*. Los que acostumbran á servirse del *se dice*, *se sabe*, *se cree*, *etc.*, quieren comunmente apoyar su opinion en la autoridad de ellas; y para hacerlas mas respetables, las hacen significar el mayor número de personas, y las dan toda la estension que pueden. No entendiéndose por *se dice* mas que un solo hombre, ó un número reducido de ellos, al que intenta fundar una opinion, un hecho, describir un libro, desacreditar á un ministro, ó esparcir una calumnia, no le sale la cuenta. Es preciso que haga entender que su *se dice* comprende la ciudad, el reino, la Europa, y si es posible el mundo entero. Es el arma comun de esa multitud de hombres sin conocimiento, sin delicadeza, y sobre todo, sin justicia, que inundan las grandes capitales, y cuya única y querida ocupacion es dañar á las letras, afectando amarlas. Nuestras damas se sirven tambien del *se dice* muy diestramente para justificar la estravagancia, la veleidad y el lujo de sus modas y vestidos. ¿No es tambien la espresion comun empleada por la calumnia? En fin, para terminar el cuadro de las injusticias de ese desgraciado *se dice*, añadiremos aun que á favor de esa espresion usurpada se arrogan frecuentemente un poder que es obra nuestra, y que degenera en horrible tiranía. ¡Cuántas personas sujetas á viles y absurdas preocupaciones se dejan cobardemente disuadir de una buena accion, por el miserable temor del qué *se dirá!* De modo que estas palabras tan cortas dicen mucho mas de lo que parece, puesto que comprenden con frecuencia un número infinito de individuos, segun la opinion del que las emplea, ó al menos del que quiere hacerlas comprender.

Modo de pronunciar las palabras. La pronunciacion debe ser correcta, clara, sin afectacion, sin gritar, ni demasiado lenta ni demasiado precipitada; en una palabra, debe estar en relacion con el asunto que se trata, y con el sentimiento que se quiere espresar ó escitar. Cada pasion, cada afecto tiene su espresion particular, su fisonomía y su acento. Los sonidos de la voz responden, como las cuerdas de un instrumento, á la pasion que los hiere y los pone en movimiento. No es por medio de violentos esfuerzos como llega uno á hacerse escuchar, sino por una pronunciacion limpia, distinta y sostenida. La buena pronunciacion no es menos necesaria para hacerse inteligible que para hablar con gracia y dignidad. Así será si se le da á cada sílaba el sonido que el uso le señala; si no se hacen breves las sílabas largas y las largas breves; en una palabra, si se huye de todo

acento vicioso, arreglándose á la pronunciacion admitida. Es incontestablemente cierto que si no quereis hablar con claridad y esmero, nadie deseará escucharos. La pronunciacion es en efecto mas indispensable al discurso que la elocucion; porque, en fin, antes de escoger las espresiones, es necesario dejarlas oir, y no se puede llegar á esto sino imperfectamente si se pronuncia mal. Por eso se debe procurar buscar con cuidado todo lo que pueda conducir al conocimiento de las causas que hacen la pronunciacion defectuosa, y á descubrir los medios mas seguros de remediar, ya los vicios de conformacion de los órganos, ya la irregularidad de sus acciones.

Mundo. Por esta palabra no entendemos aqui mas que la sociedad de los hombres ó una parte de esta sociedad. Entonces se compone de personas distinguidas por el nacimiento, el rango, el ingenio, la ciencia, por un talento cualquiera, gracias personales ó una fortuna considerable. Es cierto que á menudo se pasa *en el mundo* sin poseer ninguna de estas ventajas; pero en este caso no es muy posible jactarse de hacer parte de él. Hace cincuenta años, el círculo que contenia el mundo se ha aumentado, y su poder ha disminuido al estenderse; ese mismo círculo, al decir de muchas personas, se ha multiplicado, y no hay ninguna clase de hombres que no tenga su *mundo*, es decir, un paraje en que sean mirados, escuchados, juzgados, acogidos ó rechazados, no solamente por iguales, sino tambien por superiores ó inferiores en mérito verdadero ó facticio. Sin embargo, siempre se entiende por la palabra *mundo* un número de personas escogidas, entregadas á ocupaciones frívolas, ansiosas de goces, que procura el lujo, y buscando los placeres de los teatros, del juego, del baile, de la mesa, de las asambleas numerosas y algunas veces de la conversacion. Los filósofos han observado siempre que son perezosos, sensuales, y sobre todo, presuntuosos los que así se aislan de las masas. Las máximas de ese mundo, adulando las pasiones y justificando el egoismo, estan en oposicion con la sabiduría, tal como la comprenden los mas ilustres talentos de todos tiempos. Tambien han estado obligados á decir: *hermoso mundo, gran mundo*, y mas especialmente *mundo escogido*, si esto último concilia los principios de la moral y los placeres de la civilizacion; en tal caso, ser llamado *hombre de mundo* es recibir un elogio; entonces *tener uso del mundo* es conocer el modo de vivir y apropiarse la conducta que escita la benevolencia de aquellos con quienes se mantienen relaciones; es saber agradar con todas las apariencias de la virtud, su indulgencia, su serenidad, su delicadeza, su amor al órden y á la paz; hablamos por la apariencia, porque solo á Dios toca juzgar si esta virtud es real; pero obrar como si se la poseyese es ya un mérito. El conocimiento del mundo y sus exigencias forman parte de una buena educacion. No es uno sabio cuando, por fastidio, por avaricia, ó por consecuencia de una decepcion, huye del mundo y se venga de él hablando mal. En materias frívolas, tales como usos, modas y otras cosas de variable naturaleza, las máximas del mundo son buenas de seguir, y solamente la necia vanidad de ocuparse de sí puede decidir á despreciarlas; este capricho es propio de la juventud, mientras que las personas de una edad madura, por un capricho contrario, pero para alcanzar un fin semejante, se sacrifican hasta la abnegacion á las prácticas de un culto de que el tiempo los dispensa. La esperiencia del mundo no se adquiere frecuentemente sino con los años, y algunas veces se paga mas que el mundo vale.

Mano á mano. Un autor ha dicho que esto era el escollo de los tontos. Es mas difícil, en efecto, sostener que tomar parte en una conversacion general. Absteneos con una muger de toda discusion grave ó científica; la anécdota del dia, las últimas modas, el bueno ó mal éxito de un drama, podrán hacer el gasto de una conversacion mano á mano que no tenga objeto especial: si hablais con una madre de familia, hablad le de sus hijos; eso le interesará siempre. Con un hombre, sondead primero el terreno para saber con quién tratais; basad en seguida la conversacion sobre el conocimiento que vuestro interlocutor os haya dado de sus gustos y de su talento. Si se trata de un niño, buscad el medio de divertirle.

Manía paradójica. Hé aquí lo que anima, lo que enardece á la sociedad, lo que le da la vida, por decir así, ofreciendo á la conversacion el medio de avivar su languidez en el fuego de la discusion. No hay medio de obtener, de conservar la reputacion de hombre de ingenio, sin la paradoja. Escelente mérito el ser de la opinion de todo el mundo; de repetir sin cesar lo que se dice desde Adam; de estar constantemente en paz con la lógica ó la verosimilitud! Si sois razonable, dirán que sois comun; si sois absurdo, con una especie de impertinencia espiritual aplaudirán vuestra originalidad, y los oyentes menos indulgentes no os rehusarán la osadía en las opiniones. Semejante confusion arrancada á la severidad de los jueces es un triunfo completo. Pero la paradoja no va sino á las personas que pueden sostenerla, y que no se espantan del murmullo general; porque es preciso contar con los combates, y las eventualidades de una lucha con las preocupaciones y las prevenciones que contrarían. La paradoja no es mas que una tontería ó un yerro; cuando es un necio quien le arroja en medio de la conversacion, ni aun se toma el trabajo de aceptar el desafío. A la facilidad de la elocucion, al diestro uso del epígrama, es menester unir la fuerza de los pulmones. Aquiles, desafiando á todo un ejército y tambien á los dioses, de una idea bastante justa de un caballero de la paradoja, y de su difícil situacion en presencia de toda una asamblea que él mismo subleva contra sí. Aquiles lanza un grito, y los troyanos huyen, dice Homero. La paradoja no debe hacer huir, pero debe retumbar de un modo terrible y estrepitoso; es el trueno de la conversacion; precede á la tormenta de la discusion, tempestad de la palabra.

Medios de espresion. Las palabras. Las palabras son los signos de nuestras ideas: por ellas podemos espresar con facilidad, rapidez y claridad nuestras sensaciones, nuestros sentimientos, nuestras afecciones, y en fin todo lo que resulta del ejercicio de nuestras facultades intelectuales. Pero, como todo lo que obra sobre nuestros sentidos, las palabras pueden ser un manantial fecundo de sensaciones agradables ó desagradables, aun en la conversacion mas sencilla. No bastará, pues, poner el mayor cuidado en el uso y la eleccion que se hace de ellas. Hay ciertas personas que con ayuda de términos elegantes y escogidos saben ennoblecer las cosas mas vulgares, y darles interés; hay otras, que por el empleo que hacen de términos vulgares, groseros ó chavacanos, os harian tomar horror á las cosas mas sublimes. El poeta Malherbe estaba en la agonía; el vicario de San German, su confesor, que habian enviado á buscar, le representaba la felicidad de la otra vida con espresiones triviales é incorrectas. No pudiendo el moribundo contenerse, le interrumpió diciéndole: *Ah señor! no me hableis mas; vuestro mal estilo me desagrada.* Esta respuesta de Malherbe prueba hasta qué punto puede ir la susceptibilidad de algunos individuos respecto á la conveniencia de las palabras.

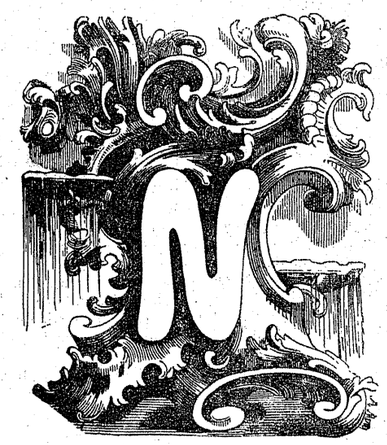
Máscaras. Diversion generalizada en todo el mundo civilizado y fecunda en lances, no ofrece riesgo alguno cuando el antifaz no es un pretesto para creerse dispensado de guardar las consideraciones sociales y la decencia conveniente. Los jóvenes que en un baile de máscaras quieran ensayar sus facultades de galanteador y enamorado,

deben tener presente esta regla: «Que no puede ni debe decirse nada á una señora, con careta, que no pudiera decírsele sin ella.»

Mano. La mano es la lengua suplementaria del hombre que secunda y da vida á la espansion del pensamiento. Por consiguiente, cuando se habla, hay que cuidar de no tener metidas las manos en el bolsillo. La mano derecha debe acompañar el pio y movimiento de la conversacion, y casi puede decirse que ella y el discurso son dos amigos inseparables. En cuanto á la izquierda, está por lo comun condenada al reposo; pero es útil á veces y debe acompañar á su hermana, sobre todo en las discusiones vivas, en que todos los medios de persuasion no son bastante.

Médicos. Los médicos en general escuchan mejor que los demas hombres. Cercados desde por la mañana en el hospital y en el mundo de toda especie de sufrimientos físicos, aprenden por fuerza á prestar atencion, y compartir con los enfermos sus dolencias. Ciertos prácticos de habilidad han hecho en sus escritos hasta un precepto particular de este arte de escuchar. Hipócrates recomendó el estudio á sus discípulos. Valsara dijo formalmente al célebre Morgagni: «Hijo mio, yo os he enseñado la medicina, pero no olvideis nunca que el arte no consiste solo en los libros y la esperiencia, sino que hay que fijarse en ciertos detalles despreciados por el genio, y armarse de la paciencia habitual y constante que se necesita para no perder una sola minuciosidad en la relacion de un enfermo.» Barthez, en su *ciencia del hombre*. Vimmernaanh en su famoso *tratado sobre la esperiencia*, emplea el mismo lenguaje. Plutarco, á quien debemos tan curiosos detalles sobre la vida doméstica de los antiguos, compuso un tratadito sobre el *arte de oir bien*, y recomendó á un amigo suyo médico que

escuchase perfectamente á sus pacientes «porque, decia, escucharlos bien, es curarlos, ó por lo menos templar sus dolencias.» Conócense muchas pruebas de esta verdad, pero nos limitaremos á citar un solo ejemplo. Sufria Delille los temibles dolores de un ataque de gota, y llamó al doctor Portel para que fuera á verle. El médico, hombre de tacto y talento, se entretuvo primero en hablar con el enfermo sobre los autores de la antigüedad, y le suplicó que le esplicase algunos pasajes de la *Iliada* y la *Eneida*. Delille, que no oyó pronunciar nunca sin un estremecimiento grande de placer los nombres de Homero y Virgilio, se puso inmediatamente á traducir los trozos que se le pedian, esplicándolos despues con la claridad y delicadeza que le caracterizaban. Pasado esto, Delille quedó sorprendido de que nada hubiese dicho de su dolor, á lo cual contestóle el médico que estuviera convencido de que el placer de ser escuchado es una cosa de nuestro mayor interés, puede mitigar y aun hacer desaparecer un dolor violentísimo. ¡De cuántos inconvenientes no libertaria con efecto al mundo la medicina, si todos ó la mayor parte de los que la profesan fuesen hombres de alta capacidad!



No saber vivir. La Rochefoucauld ha dicho que el saber vivir consiste en fingir estimar á los demas mas de lo que valen, y en apreciarnos menos de lo que valemos. Madama Geoffrin se habia dedicado á leer en el corazon humano; conocia á fondo las costumbres y los usos del mundo. El saber vivir era para ella la ciencia suprema, y hubieran podido pedirle consejos para analizar bien á los hombres, las mugeres mas aun quizá, como tambien para no separarse en ningun caso de las reglas de la prudencia. Nunca se dejaba arrastrar, y las almas sensibles hasta el ardor hubieran podido ser inducidas á compadecerla de haber sujetado asi su existencia á un régimen: pero ella cuidaba de su felicidad como de su salud.

Necios. Cuando encontreis en la sociedad necios, no les mostreis mas talento que el preciso para agradarles, y nunca para incomodar su amor propio, porque esa especie de hombres tienen interior y profundamente celos del brillo del talento, no perdonan á los hombres superiores sino á proporcion de la indulgencia que les dispensan, y del mismo cuidado que tienen en ocultarles esta indulgencia. Fontenelle y Lamotte, cuando se encontraban en las sociedades poco adecuadas para ellos, no tenian ni la distraccion ni el desden que la conversacion merecia; dejaban á las pretensiones de la necedad en todo género la mas libre carrera y la mayor facilidad para mostrarse con confianza, sin hacerle jamás temer el ser reprimida y sin hacerle sospechar que la juzgaban. Mas Fontenelle, poco impaciente siempre por hablar aun con sus iguales, se contentaba con escuchar á los que no eran dignos de oirle, y pensaba solo en mostrarles una aprobacion aparente, que les impedia tomar su silencio por desprecio ó fastidio. Lamotte, mas complaciente todavia ó mas filósofo, se acordaba de aquel proverbio español, *que no hay tonto de quien el sabio no pueda aprender algo*, y se aplicaba á buscar, en los hombres mas desprovistos de ingénio, el lado favorable por donde pudiera comprenderlos, ya para su propia instruccion, ó ya para consuelo de su vanidad; les hablaba de lo que mejor sabian, y les procuraba sin afectacion el placer de ostentar lo muy poco que poseian; de esto sacaba la doble ventaja de no fastidiarse nunca con ellos, y sobre todo, de hacerlos dichosos mas allá de sus esperanzas. Si salian contentos de Fontenelle, tambien salian encantados de Lamotte, lisonjeados de que el primero los hubiese hallado con talento, pero enagenados de que el segundo los hubiese hallado mucho mas. Sirva este ejemplo de caridad filosófica de leccion á esos hombres duros é intratables, cuyo intolerante orgullo rechaza á los necios con un ceño humillante, que haciéndoles ver inhumanamente lo que son, les deja siempre bastante génio para buscar y encontrar medios de vengarse.

Nociones para un salon. Un salon debe ser considerado como un teatro, adonde se está llamado á representar un papel ante un público que aplaude ó silba, segun le parece el autor bueno ó malo; es menester, pues, observarse observando á los demas, y formarse un lenguaje y modales que sean análogos á los parajes. Si os encontrais en un salon donde dominan los bolsistas, banqueros y especuladores, observareis allí una especie de abandono y descaro, á los que se debe uno arreglar; pero es muy necesario no olvidarse, porque la tolerancia de un agiotista es muy susceptible, y podria llamaros al órden de un modo algo caballeresco. Por lo demás, este salon es el primero que un novicio de la sociedad debe frecuentar, en atencion á que allí puede hallar su natural timidez proteccion y benevolencia. El tono severo y casi solemne es de absoluta necesidad en el salon de la aristocracia; la palabra debe allí ser rara; algunas espresiones, repeticion frecuente de los títulos, unidos á los nombres con acompañamiento de la partícula nobiliaria; muchos saludos; hé aquí lo que reclaman los círculos adonde los marqueses, condes y caballeros llevan el tributo de su vanidad heráldica. El salon de la clase media quiere mas pretension, mas afectacion que verdadera educacion. Las mugeres son en él mas exigentes que en otra parte: allí es preciso ocuparse de ellas especialmente, y los hombres, por el contrario, son muy complacientes, y sonrien fácilmente á un mal juego de palabras ó á un equívoco.

Necedad.—Tontería. La tontería es aquella alteracion del juicio que, por incapacidad de apreciar los objetos, parece aplaudirlo todo indiferentemente con una espresion sensible de alegria y un aspecto embarazado y ridículo. El tonto se descubre por una risa imbécil é impertinente.

Narrar por proverbios. Los proverbios, que se han llamado justamente la razon del pueblo, hacen degenerar la conversacion en fastidiosa cuando se citan con mucha frecuencia. Un provervio mal aplicado es un estravagante contrasentido. Es menester, tanto como sea posible, colocar el proverbio al fin de lo que se puede tener que decir, para que tenga la forma de conclusion. Es necesario hacer comprender, por la manera con que se cita un proverbio, que se ha tomado del diccionario del pueblo; y se debe advertir de él al auditorio por una ligera perifrasis: primero, porque hay proverbios que no son conocidos de todos; y segundo, porque los proverbios tienen una forma dogmática que haria pasar á un hombre de ingenio por pedante ó maestro de escuela; lo que con corta diferencia viene á ser lo mismo. El recuerdo de Sancho Panza, que mortificaba á don Quijote con proverbios, debe estar siempre presente á la memoria de cualquiera á quien agrade una mania tan próxima al ridículo.

No hay que hacer repertorio. Hay muchas personas que poseen tres ó cuatro anécdotas graciosas, algunas agudezas que improvisan, sin variarlas ni corregirlas al cabo de veinte años, y que

siempre refieren á los mismos sugetos; tales gentes son cómicos sin repertorio. Otros se contentan con el papel de mudos, porque no tienen nada que decir, y generalmente son preferidos á los primeros. Pero ved con qué atencion escuchan á ese hombre que acaba de empezar una narracion! De antemano celebran lo que va á decir; admiran con anticipacion las palabras que van á salir de su boca: ese hombre tiene un repertorio numeroso y variado; tiene en su memoria cuentos para todas las clases de público con que puede tratar; tiene en su mente salida para cada lance; nunca está desprovisto, y satisface sin retardo todas las letras de cambio que la sociedad pueda girar sobre él. Es un hombre rico en hechos, recuerdos, historias y crónicas; ha devorado quince ó veite mil volúmenes, y asistido á las representaciones mas notables; sabe la crónica escandalosa de la corte y la ciudad, de la aristocrácia y del pueblo; en fin, tiene un repertorio. Cuestion de memoria, dirán. Sea: pero en fin, para saber es preciso aprender, y un hombre de mundo, lo mismo que un académico, debe aprender y saber, no para componer libros, sino para hacer su conversacion agradable, graciosa y divertida. Tambien es un depósito que trasmite reñigiosamente á la sociedad; y no seria difícil probar que entre un sabio en ejercicio y un hombre amable no hay como dicen, mas que la mano.

Observaciones sobre la Religion. La religion es un sentimiento y no un raciocinio. Los dogmas mas importantes de la fé estan suficientemente claros. Fijad vuestra atencion sobre estos y no disputeis sobre los demas. Si os lanzais en ese caos, no podreis salir de él jamás; vuestro carácter se alterará, y mucho nos equivocaremos si el corazon no se resiente tambien de ello. Alejad de vosotros todos los libros y conversaciones de naturaleza á conmover vuestra creencia sobre esos grandes puntos de la religion que sirven para arreglar la conducta, y sobre los que estan fundadas vuestras esperanzas de una eterna felicidad en otra vida. Nunca mezcleis el ridículo á los discursos que tienen por objeto la religion, y no autoriceis á los demas á que se tomen esa libertad, divirtiéndoos con lo que digan. Esta frialdad bastará solamente para detener en vuestra presencia á las personas bien educadas. Evitad toda gala y ostentacion en las prácticas religiosas; ellas son ordinariamente la máscara de la hipocresía y muestran siempre la debilidad y pequeñez del espíritu. Nunca hagais de la religion asunto de la conversacion en las reuniones. Cuando alguno se arroje en esta materia, procurad cambiar el discurso. Al mismo tiempo, no consintais jamás que insulten vuestros sentimientos religiosos con una chanza grosera; y si esto sucede, mostrad el mismo resentimiento que tendriais si alguno os insultase personalmente. Pero el medio mejor de evitar este inconveniente es el permanecer siempre en una reserva modesta sobre esta materia, y jamás atacar los sentimientos religiosos de ninguno. Si promoviesen una proposicion religiosa que helase cruelmente vuestras opiniones, callaos. La mision de convertir no os ha sido dada; escuchad al impío, al ateo, y al fanático, con igual sangre fria. Compadecedlos y huidlos. Si sabeis medir el abismo hácia el cual caminan, dad á Dios gracias, que os lo manifiesta, é invoca l su omnipotencia porque ellos tambien la vean á su vez; pero no los esciteis con vuestra oposicion, y no contribuyais á hacerle ofender al Dios, que reconoceis y amais.

Observaciones sobre el silencio. El silencio es á menudo un lenguaje mudo mas espresivo que la palabra; la elocuencia lo emplea tambien con sublimidad. Nada espresa mejor la negativa que el silencio, como lo prueba el hecho siguiente de Plutarco: «Un embajador de la ciudad de Abdera arengaba largamente á Agis, rey de Esparta, en favor de sus conciudadanos. «Y bien, señor, ¿qué respuesta quereis que les dé? le dijo Agis.—Que te he dejado decir todo cuanto has querido, sin hablar yo una palabra le respondió el rey.» Los ingleses conocen bien el precio del silencio, y hacen gran uso de él. Un miembro de la cámara de los comunes decia que *el hablar echa á perder la conversacion* (*to speak spoils the conversation*). ¡Si la presuncion y la tontería tomasen esto á la letra! A fines del siglo XVII se formó en Londres un club del *Silencio*. La ley fundamental era no abrir nunca la boca. El presidente era sordo y mudo; hablaba con los dedos como los demas, y no le era permitido desplegar aquella rara elocuencia mecánica sino muy rara vez y en ocasiones importantes. Despues de la famosa jornada d'Ilochstedt, un miembro, trasportado de patriotismo, osó anunciar de viva voz la noticia de aquella victoria; al momento fué despedido, á pluralidad de votos, que segun costumbre de la antigua Roma, se daban doblando los pulgares hácia atrás. Este club dió probablemente al abate Blauchet la idea de su lindo cuento de la *Academia silenciosa*, que nuestros lectores verán con gusto reproducido aquí: «Habia en Amadan una célebre academia, cuyo primer artículo estaba concebido en estos términos: *Los académicos pensarán mucho, escribirán poco, y no hablarán sino lo menos posible.* Se llamaba la *Academia silenciosa*, y no habia en Persia verdadero sábio que no ambicionase ser admitido en ella. El doctor Zeb, autor de un escelente librito titulado *La mordaza*, supo, en el fondo de su provincia, que vacaba una plaza en la Academia silenciosa. Marcha al instante, llega á Amadan, y presentándose á la puerta de la sala en que los académicos estaban reunidos, le rogó al portero entregase al presidente el billete siguiente: *El doctor Zeb pide humildemente la plaza vacante.* El portero desempeñó al momento la comision; pero el doctor y su billete llegaban demasiado tarde; la plaza estaba ya ocupada. La academia se desconsoló de aquel contratiempo; habia recibido, algo á pesar suyo, un talento de la corte, cuya elocuencia viva y ligera hacia la admiracion de todas las callejuelas, y se veia reducida á rehusar al doctor Zeb, azote de los habladores, cabeza tan bien organizada. El presidente, encargado de anunciar al doctor aquella noticia desagradable, no podia casi resolverse á ello, y no sabia cómo hacerlo. Despues de haber reflexionado un poco, hizo llenar de agua un gran vaso, pero tan lleno, que una gota de mas hubiera hecho derramar el licor; despues hizo seña para que introdujesen al candidato. Apareció con ese aire modesto y sencillo que anuncia casi siempre el verdadero mérito. El presidente se levantó, y sin proferir una sola palabra, le mostró con semblante afligido el vaso emblemático, aquella copa tan exactamente llena. El doctor comprendió que no habia ya puesto en la academa; pero sin perder su valor, procuró hacer comprender que un académico supernumerario no la perjudicaria. Vió á sus pies una hoja de rosa, la recogió, la puso delicadamente sobre la superficie del agua, y lo hizo tan bien, que no se vertió ni una sola gota. A aquella ingeniosa respuesta todos aplaudieron, dejaron dormir el reglamento por aquel dia, y el doctor Zeb fué recibido por aclamacion. Le presentaron acto continuo el registro de la academia, donde los nuevos electos debian ellos mismos inscribirse. El se inscribió, pues, y solo le quedaba que pronunciar, segun costumbre, una frase de agradecimiento. Pero, como académico verdaderamente silencioso, el doctor Zeb dió las gracias sin decir palabra. Escribió al márgen el núuero 100, este era el de sus nuevos compañeros; despues, poniendo un cero delante de la cifra, escribió encima: *Nó valdrán ni mas, ni menos* (0100). El presidente respondió al modesto doctor con tanta cortesía como presencia de su espíritu, Puso el guarismo 1 delante del número 100, y escribió: *Valdrán diez veces mas* (1100).» Rogando un dia un señor aleman á madama Dacier se inscribiera en el album donde, en el curso de sus viajes, recojia el recuerdo de personajes célebres, despues de una larga duda, trazó al fin su nombre con este verso de Sófocles:

El silencio es el adorno de las mugeres.

Aquel precepto del sabio griego estaba madama Dacier mas dispuesta á seguirle que á imitar la locuacidad de los héroes de Homero. Esta reserva en la conversacion tenia un fondo de modestia innata que no le abandonaba en las circunstacias importantes, ni en los pormenores ordinarios de su vida.

Observaciones sobre política. La política es ahora en Francia la diosa del dia. Cada uno se ocupa de ella; cautiva todos los ánimos; y desde el gabinete del grave jurisconsulto y del profundo diplomático hasta el mostrador de la modista, se ocupan de la política. En el templo del gusto y de la elegancia, muellemente sentada sobre su otomana, se admira uno de ver á la jóven beldad que reina en él interrumpir la conversacion, alguna vez frívola quizá, pero siempre viva, picante y animada, para reemplazarla por la fria política. Al mismo tiempo sus bonitas facciones toman un aspecto mas grave y casi inquieto, porque, es preciso decirlo, la política es en general poco favorable á sus gracias; y, semejante á la Pitonisa, ocupada siempre

del dios que la oprime, está allí como sofocada. Desde entonces, ya no se trata ni del baile de la víspera, ni del concierto del dia, ni de la comedia nueva del dia siguiente; las interesantes bagatelas de la moda son igualmente aplazadas, y cesan tambien de hablar mal de sus rivales. No os apasioneis de la política. El espíritu de partido, que un hombre distinguido llamó la *tonteria* de partido, hace decir los absurdos mas inconcebibles é impele hácia la insolencia á las personas mejor educadas. Imposible es referir lo que se habla sobre esta especie desde 1789 hasta el dia. La necedad y atrocidad alternaban, y, sin distincion de sexo ni de rango, hablaban por bocas de que no debian salir sino palabras de paz, discursos elocuentes y llenos de atractivos. No discutimos aquí cuál opinion os conviene adoptar; pero cuando esteis prontos á armaros para sostenerla, cuando la tea de la guerra civil deba brillar en vuestras manos, os mandaremos reservar vuestras fuerzas para el campo de batalla, y no hacer testigos de vuestros furores á las mugeres, las niñas y los pacíficos habitantes de un salon. Si vuestra turbulencia está dividida, y cada cual, á ejemplo vuestro, grita y gesticula, como ya se ha visto mas de una vez, vereis vuestra discusion asemejarse á una disputa de verduleras en medio de un mercado ó plaza pública, y disponeos á romper con una parte de los que se hayan mezclado.

Orgullo de presuncion. La presuncion se adorna algunas veces con talentos y virtudes que no tiene: á menudo exagera las cualidades loables que tiene realmente, y se complace en darles una estension que escede de tal modo los límites, que hace con frecuencia dudar de su realidad efectiva. Pocas personas hay que tengan buen talento para librarse de esa especie de amor propio, y con razon se dice que cada uno quiere añadir un palmo á su estatura. Nada hay mas insoportable en el mundo que esas personas que nada saben, decidiendo de todo y sobre todo sin el menor conocimiento de causa, porque tienen la pretension de creerse infalibles. Este partido, tomado sin tener en cuenta las objeciones que pueden presentarse contra una opinion emitida, destruye todo el encanto de las relaciones sociales: es el verdadero sello de la necedad. En efecto, la presuncion es el amor propio llevado al mas alto grado del ridículo.

Obstinacion. La obstinacion salva todos los límites; es una adhesion decidida por una voluntad particular, por irracional que sea; ella se niega á toda reflexion capaz de rectificar sus ideas y aun sus acciones.

Oportunidad. Hay ciertas torpezas mezcladas en las acciones, que les quitan todo su precio. Un hombre es servicial, pero hace los servicios fuera de tiempo: otro es pródigo, pero le falta gusto. La oportunidad es la que constituye el mérito de todo.

Orgullo. El orgullo es un sentimiento desordenado que nos da la mas alta idea de nuestro mérito, de nuestra superioridad, que nos lleva á pretender esclusivamente la admiracion, los homenajes y los elogios universales. El orgulloso confunde á menudo la grandeza con la pasion que le domina; manda con dureza y obedece de mala gana. De todo cuanto existe sobre la tierra, no aprecia mas que á sí mismo; tiene la locura de creer que los hombres no estan hechos sino para contribuir á su poder ó á sus placeres, y que todo debe servir á sus proyectos y á su gloria. Responde á un saludo con un movimiento de cabeza; quiere dominar en toda conversacion; es menester que él sobresalga en todo; tener razon con él, es ofenderle. Lo que le pertenece, vale mas que todo cuanto los demas poseen. Sin cesar se pone en juego como el egoista; no habla sino de sí, y se imagina que todo el mundo está convencido de su superioridad. Su jactancia os abruma y os dispone á litigar las cualidades que posee, pero de las cuales hace valer insolentemente la ventaja. El orgulloso reune algunas veces en su persona el mérito, las dignidades y la fortuna; pero pone á tan alto precio sus prendas, su proteccion y sus favores, que teme uno acercarse á él. El desprecio que inspira debe ser un poderoso preservativo contra la pasion de que está dominado. Con razon se dice: el ignorante pesa á la tierra y el orgulloso la hace gemir. El orgullo mas refinado, el mas adaptado al amor propio, es el que parece ocultarse para hacerse buscar; que se esconde para ser descubierto, que no parece olvidarse sino con el objeto de hacerse distinguir y elevarse mas.

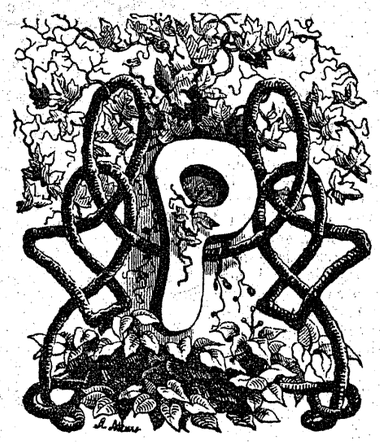
Oscuridad del entendimiento. Es el vicio del que, por falta de ideas claras, acumula confusamente una multitud de ellas y no puede distinguir las cosas con precision.

Originalidad. Hay una originalidad que consiste en decir las cosas ordinarias de una manera picante, en estender el encanto de arranques vivos y agradables en la conversacion. Su palabra breve y concisa rechaza las voces inútiles, teme cansar la atencion, y no admite los largos períodos, las frases lánguidas. Su pensamiento es una flecha que sale, vuela y toca el objeto; ella interesa, divierte, y aunque impregnada á menudo de mordacidad é ironía, no hiere jamás. La originalidad mas preciosa es la que agrada siempre y es corriente en todas partes. Los originales de gestos y modales, al contrario, encuentran pocos partidarios; frecuentemente cuesta trabajo el soportarlos; pero un tonto que aspira á la originalidad, es el azote de toda sociedad. Una de las originalidades de Mézerai era la de no trabajar sino con luz, aun en medio del dia, y en lo mas fuerte del verano, y acompañar con el candelero en la mano á los que iban á mediodia á visitar á aquel nuevo Diógenes, llevando siempre una vela, tan inútil á menudo á él como á los demas.

Ojos. El poder de la fisonomía reside sobre todo en los ojos. Los principales escollos que deben evitarse respecto á esto son: en primer lugar, no tenerlos cerrados, no fruncir ó mover sin cesar las cejas. Es menester tener cuidado de no andar vagando con los ojos de un objeto á otro, sin tenerlos contínuamente fijos sobre uno mismo. Aquel cuya mirada fuera siempre inmóvil y fija, produciria el mismo efecto que si volviese la espalda á sus oyentes. Si teneis los ojos pequeños, sin pestañas y ribeteados, poneos gafas con vidrios azules: se puede tener malos ojos, pero es ridículo tenerlos ruines.

Objetos de la conversacion. Cuando hableis, que sea sobre una materia que conozcais bien; no imiteis á esas gentes que dan la preferencia á los asuntos que les son mas estraños. Cuántas veces no se han visto hombres que hubieran podido decir escelentes cosas sobre las ciencias ó las artes, y que hablaban esclusivamente de caza y de caballos. Otros, que habian pasado casi toda su vida á caballo ó en los bosques, aventurarse en las especulaciones mas abstractas, ó queriendo decidir como erudito. Todos quieren ser universales. Es el medio de fastidiar, y de caer en toscos errores; porque no se camina con paso firme por un terreno que no se conoce. ¿Por qué, pues, cuando nos hallamos reunidos, no hablaremos de lo que sabemos bien, de lo que nos ocupa á nosotros mismos todos los dias? ¿Por qué no pondria el sabio, en un lenguaje claro y metódico, á la sociedad en que se halla al corriente de los nuevos descubrimientos, y de la marcha de esas ciencias que trabajan en la instruccion y felicidad de la especie humana? ¿Por qué el artista, el abogado, el médico no escogerian en sus observaciones personales lo que puede escitar la curiosidad general? No decimos que no puedan de tiempo en tiempo permitirse algunas escursiones por las tierras de sus vecinos; pero nos gustaria que en general hablasen de lo que saben, y de lo que han visto, sin caer, sin embargo, en un defecto que nunca se perdona, el de ocuparse demasiado de sí. Ademas en las ideas que cada cual puede tomar en su estado y en su género de vida particular, hay vastos asuntos que pertenecen á todos. Tales son las grandes ideas de justicia, de órden, y de moral, sobre las cuales descansa la sociedad, y que deben agradar en la conversacion habitual de los ciudadanos; los descubrimientos de la industria, que provee á las necesidades y adornos de la existencia diaria; en fin, las bellas artes y la literatura, ese lujo de la vida social, ese lazo comun que acerca á los hombres de todas las clases, dando á su inteligencia goces puros y tranquilos. Los negocios públicos vendrian naturalmente á colocarse entre los objetos de un interés general, si consultasen al hablar, no sus pasiones é intereses, sino su conciencia y su razon.

Objetos frívolos. Gravemente se equivocaria uno si creyese que los objetos frívolos eran solos capaces de sostener una conversacion; al contrario, es lo que la hace caer: no hay mas que las ideas graves que puedan darle una vida durable. Falta de este alimento, se arrastra algun tiempo como por artificio; pero muy pronto cae y se estingue, porque lleva un gérmen de muerte en su misma frivolidad.



Prurito de hablar todos á un mismo tiempo. Es una falta de saber y de querer escuchar que vemos establecida entre nosotros casi universalmente, la de interrumpir sin tregua á la persona

que habla antes de que acabe la frase y concluya de espresar su pensamiento, lo cual es un azote horrible de la conversacion. Los franceses mismos no tienen inconveniente en decir que este es un defecto casi peculiar de ellos. En las conferencias preliminares al tratado de Vercéil, firmado en 1495 entre Cárlos VIII y los italianos, se observó como un rasgo característico del carácter francés, ese prurito de levantar la voz muchas personas á un mismo tiempo, y dar por resultado el que no hable ni se entienda ninguna. Por parte de los italianos, dice Felipe de Comines, no habló mas que el duque Ludovico; pero por la nuestra hablaron dos ó tres á la vez, lo que hizo esclamar al duque: *«¡Oh! uno á uno.»* Por lo que se ve que es bastante antigua en los franceses esta enfermedad. Muchos estrangeros que han observado por vez primera una sociedad francesa, en la que, no solamente entre dos interlocutores se interrumpa la conversacion, sino aun entre muchos, han concluido por calificarlos de locos. Los miembros de la antigua academia francesa han conservado por tradicion una ocurrencia de M. de Mairau, que fastidiado mas que ninguno de aquel defecto, dijo un dia sériamente á sus colegas: «Caballeros, tengo el honor de proponeros que no hablemos aquí mas que cuatro á la vez; puede ser que de esta manera nos entendamos. El hombre que considere sériamente que los dos principales fines de la conversacion son agradar é instruir á los demas, caerá difícilmente en la manía de interrumpir á nadie. Con efecto, el que habla debe creerse que lo hace por el placer y utilidad de los que le escuchan, y no de sí propio, fuera de que abrumar con interrupciones á la persona que nos dirige la palabra, es la manera mas grosera de hacerle entender que nada nos importa lo que dice.

El arte de conducirse en todas las circunstancias de la vida.—El baile.

Postura.-Maneras. La postura, la planta, digámoslo así del individo, es tan espresiva como el acento, ó mas todavía, por ser mas contínua. Ella revela al observador los signos todos de su carácter; por lo cual debemos tener sumo cuidado en no hacer nosotros mismos nuestra confesion por medio de una postura ridícula, pretenciosa, protectora, descompuesta ó de dómine. La conveniencia de la postura es todavía mas recomendable en las señoras, puesto que por ella las personas que no las tratan, juzgan en un baile, en un paseo ó en una tertulia de su mérito y calidades. ¡Cómo se rien los hombres sensatos de la muger que se apoya en su codo con afectacion, ó que hace á cada paso movimiento de sorpresa! ¡Cómo se estan toda la noche sin tener quien las hable en un baile, las mugeres que toman una posicion embarazosa, muda, estúpida en una palabra! El juego de los brazos tiene mucho que aprender á este propósito. Madame Stael que los tenia muy bellos, acostumbraba constantemente á manejar entre sus dedos una flor, para no quedarse á manera de estátua sin movimiento alguno.

Diremos ahora dos palabras sobre las maneras. Las personas que tienen trato de mundo, se distinguen por modales desembarazados y francos, y no hacen nunca nada que sea contrario al bien parecer y á la gracia. El hábito de buenas maneras es como todos los hábitos; se adquiere en la infancia, y con una educacion escogida. Se ven muchas personas educadas así, que consideran luego como una verdadera desgracia el faltar á aquellos principios, mientras que otras, á quien la fortuna ha puesto en rango elevado, no los saben ni aprenden nunca. Y esto se concibe muy bien: la que llega á ser una cualidad inherente que crece con nosotros desde los primeros años, es luego fatigosa y difícil carga, en edad en que nos llaman la atencion preocupaciones mas urgentes,

Perplejidad. Despues de la ligereza viene la perplejidad, que no acarrea mejores resultados. Este defecto, que á veces es de organizacion, se desarrolla mucho con la negligencia de pensar antes de tomar la palabra, lo cual produce timidez, emocion, y deseo de proferir palabras rebuscadas. Esta última causa nos hace ser las mas de las veces enojosos, en vez de espirituales, que es lo que nos proponiamos. Sevigné fué á casa del presidente de Bellievre para recomendarle un proceso que tenia, y al verle, comenzó á hablarle con aire resuelto de su negocio. Mas despues, como notase que se iba embarazando, añadió: «Caballero, yo sé bien el tono, pero no me acuerdo de las palabras.»

Procacidad de los grandes. La procacidad é insolencia de las personas elevadas son tales en ocasiones, que hacen de difícil tarea el respeto. Cuando esto os acontezca, tened entendido que un fino reproche, ó un gesto de pacífico desprecio, serán mas eficaces que los modales groseros, pues cuando el desprecio sale del corazon, se manifiesta bien claramente sin esfuerzo alguno. Por otra parte, para vengarse de la ofensa que un grande nos infiere ¿no basta en todo caso la memoria? Pues qué ¿la justicia hace esperar siempre sus favores hasta el valle de Josaphat? Léase la historia de estos últimos cincuenta años, y dígasenos qué hombre, qué partido no ha devuelto con usura los agravios que de la parte contraria ha recibido. Acordaos de esta circunstancia, para no dejaros llevar ante las ofensas de un exagerado acaloramiento.

Periódicos. La lectura de los periódicos alimenta hoy todas las conversaciones; sin ellos, apenas se podria decir mas palabras en un salon que las de ordenanza sobre el tiempo y la moda. Un periódico bien escrito, lleno de noticias variadas, falsas ó verdaderas, pero curiosas, da pasto á infinitas disertaciones, y el hombre que por la mañana haya leido tres ó cuatro, como tenga siquiera criterio para escoger lo interesante y un átomo de memoria, ya tiene de que hablar á cuantos se encuentre durante todo el dia, y mucho adelantado para irse adquiriendo una reputacion de amable. La existencia de los periódicos se halla pues muy ligada con la vida social y el buen trato. Suprimamos los periódicos, accediendo á los votos de personas que tal vez ni aun saben lo que quieren con eso, y la sociedad se quedará hecha un desierto, convertidos en cafres los habitantes de provincias, y sin saber la mitad del género humano la suerte de la otra mitad. Confiemos en que los periódicos no se acabarán.

Precision. Montesquieu hizo del príncipe Eugenio, á quien conoció en un viaje á Viena, el siguiente elogio: «Nunca oí decir á este príncipe sino aquello que era necesario decir. Con efecto, no decir sino lo preciso, es el signo de un talento superior, y da en las discusiones una fuerza irresistible de autoridad, impidiéndoos al propio tiempo no cometer ninguna de esas imprudencias que os detienen en la carrera de la fortuna, y os arrebatan la pública estimacion.» La cualidad preciosa de no decir sino lo indispensable, está recomendada ademas por todos los moralistas. M. Audibert, en sus *Recuerdos políticos y literarios* dice: «Ten cuidado de pesar tus palabras antes de que las dejes ir, porque una vez idas en vano tratarás de alcanzarlas.» Y despues añade: «Juzga tus palabras como han de ser juzgadas por los otros.» Estas reflexiones me recuerdan un hecho ocurrido delante de mí en la Chancillería, siendo guardasellos M. Portaliz. Una noche de recepcion en que la multitud llenaba los salones, la señora condesa de Portalis estaba sentada en el centro de un semicírculo que se habia formado, y que se lamentaba de los ataques feroces que el clero y la religion estaban recibiendo. Decíanse cosas muy buenas, y el obispo de Bourges que hasta entonces habia escuchado en silencio, y á quien todos manifestaban estraordinario respeto, como si con él hubiesen querido compensar aquellos ultrajes, esclamó: «La iglesia se ha convertido en una galera.» Esta comparacion entre lo mas sagrado y sublime, y lo mas abyecto y miserable, produjo en la asamblea una sensacion inesplicable de disgusto. Dudaba yo todavia de que el señor obispo hubiese pronunciado aquella palabra, y miré para cerciorarme á la de Portalis, que poseia el talento de las conveniencias; pero ví á esta enrojecerse ligeramente y dar otro sesgo á la conversacion, para que el obispo de Bourges, á quien ella estimaba mucho, no se apercibiese de la derrota.

Palillo de dientes. Hay personas que en todas partes y á cualquier hora se ven armadas de este instrumento. Esta costumbre es de mal tono, y por otra parte perjudica mucho la pronunciacion, pues con un palillo de dientes en la boca está uno siempre seguro de que no le entiendan casi la mitad de las palabras. Del mismo modo que de este defecto, debe huirse del de llevarse las manos á las encias, y otras preciosidades por el estilo.

Postres. El momento de interrupcion que produce en una mesa la llegada de los postres debe aprovecharse para reanudar las conversaciones interrumpidas y tomar aliento para el último período gastronómico. Cuando los domésticos preparan los agradables y risueños postres, y los vasos se ven llenos de raros y esquisitos vinos, parece como que los dichos agudos y las espresiones felices deben venir inmediatamente. Para que el ingenio de los convidados marche á compás de lo escelente de las viandas, aquellos deben referir anécdotas entretenidas, y curiosos cuentos, no olvidando nunca como principio general que los mejores son siempre los mas cortos. Cuidad mucho de no hablar precipitadamente, y no os dejeis seducir por el buen vino, que entorpece la lengua y os pone en evidencia en seguida. No debe beber uno sino hasta donde se pueda, sin detrimento de nuestras facultades y sentidos. Una vez en los postres, hay que renunciar á la política, á la literatura, á los periódicos, á los teatros, aunque de estos puede hablarse únicamente bajo el aspecto de la crónica escandalosa. En general los puntos de la conversacion deben ser ligeros, y estan prohibidas, como delitos de lesa-sociedad, la seriedad y la importancia. Si alguno quisiera probar vuestra paciencia ó convenceros de que habeis cometido una torpeza, todo menos que mostraros incómodo: esperad vuestra ocasion para hacer reir á su costa á los concurrentes.

Arte de conducirse en todas las circunstancias de la vida.—La bohardilla.

Pormenores. La brevedad no escluye los pormenores ni detalles, que bien colocados, ayudan estraordinariamente á la claridad, verosimilitud é interés de la narracion. Esta con efecto es mas verosímil y fácil de comprender, cuando despues de haberla referido como ha pasado, se amplifica de tiempo en tiempo con pormenores importantes. La pintura de las cosas y las personas, que las caracteriza y colorea, y otros accidentes análogos, lejos de quitar á un relato su interés, se lo aumentan visiblemente. ¿Quereis parecer breve aun en las narraciones mas largas? Pues enriquecedlas con detalles buenos. La narracion para ser corta, no debe carecer de gracia; de lo contrario siempre habia de parecer larga por poco que lo fuera. El placer engaña y deleita, y cuanto mas lo tenga una cosa, mas apreciable será. Así es como se esplica que un viaje de doscientas leguas, por ejemplo, pueda parecernos mas corto en ocasiones que otro de veinte. Hay que cuidar sobre todo de tomar los acontecimientos á mucha altura. Sucede muchas veces que haya necesidad de referir ó esplicar sucesos anteriores; pero esto debe hacerse siempre de modo que la claridad y concision no salgan perjudicadas. Tambien conviene concluir oportunamente. Una vez contado lo principal y satisfecha la curiosidad del auditorio, la narracion debe quedar terminada, lo cual no impide que se complete en ciertos casos, añadiendo brevemente alguna que otra circunstancia que pueda aumentar su interés.

Plática. La plática suave, familiar y entretenida puede asegurarse que data desde el siglo XVII. Las costumbres rudas, y hasta el idioma bárbaro y dificultoso de nuestros primeros padres impedirian probablemente esas pláticas tan frecuentes ahora, que son como recapitulacion de lo que se sabe ú oye, y que tanto nos agradan.

Paseo. Cuando esteis en paseo público, hablad de cosas indiferentes, para que la conversacion no sea mal interpretada por los que puedan escucharos. Guardaos tambien de escuchar la que tengan aquellos que no son de vuestra compañía. Pero si el paseo tuviese lugar en un jardin, y despues de comer, téngase en cuenta que no debe uno limitarse á hacer la digestion, sino que debe buscarse la compañía de una persona cuya conversacion pueda ser útil. Si teneis la dicha de encontraros entonces junto á una bellísima señorita, aprovechad la ocasion para establecer comparaciones entre ella y algun objeto del reino vejetal. Las alusiones alhagüeñas sacadas del reino vejetal son de muy buen efecto siempre, sobre todo si se las imprime cierta novedad, y de seguro ninguna muger rechaza el parentesco con una rosa. Si la edad ó la figura de vuestra compañera de paseo no admiten dichas relaciones de afinidad con las flores, procurad distraerla por otros medios, hablándole de las delicias de una hermosa noche, de los encantos de la soledad, de los placeres campestres, etc. etc. Aun los lugares comunes ayudan siempre cuando se usan con oportunidad y delicadeza. Por lo comun cuando se pasea es por mero recreo y pasatiempo, lo cual no debe olvidarse, para tener cuidado de evitar las conversaciones sobre asuntos graves y el tono pretencioso. Procurad, pues, no exigir de vuestro interlocutor una atencion sostenida, y contentaos con que comprenda el sentido de vuestras frases, que no deberán ser muy largas.

Palabras (juego de). El espíritu burlon y picante consiste por lo comun en prodigar los juegos de palabras, equívocos ó *calembours*, como hablando en francés suele decirse ahora. Sucede con frecuencia que un juego de palabras eche á perder una conversacion entera; pues para los *calemburistas* las palabras realmente no son palabras, ni tampoco significan las ideas que para los demas; son simplemente unos sonidos, unas sílabas de que ellos se valen para sus combinaciones y rebuscamientos lengüísticos. La manía de hacer equívocos supone generalmente escasez de mas altas facultades y falta de medios para interesar por otro camino en la conversacion. Esta gente debe ser considerada como uno de tantos azotes de la sociedad, sin negar por esto que en circunstancias dadas un equívoco natural, gracioso y ligero pueda ser de mucho efecto, y muy digno de elogio el que lo diga.

Propension á la lectura. Unas personas leen para trasmitir lo que aprenden á los demas por medio de la conversacion; otras, para brillar y demostrar lo que saben en los círculos, y otras, en fin, para no ignorar los mas vulgares conocimientos. Tomada primero por vanidad, seguida luego por costumbre, la lectura, manantial continuo de instruccion y deleite, por la cual somos, como ha dicho un gran poeta, contemporáneos de todos los hombres y ciudadanos de todos los pueblos; la lectura, decimos, concluye por degenerar en una pasion que nos hace huir de las cosas frívolas. El que lee para sí propio, para su placer ó su instruccion, encuentra en la variedad de su lectura el alimento que su alma necesita. Al mismo tiempo que le proporcionan los libros ese deleite que eleva el corazon, ennoblece el pensamiento é impresiona el alma, le dan nociones útiles, conocimientos exactos y apreciaciones sinceras. Todos los momentos que á la lectura consagra, son otros tantos que arranca á la corrupcion ó á la perniciosa frivolidad de

la vida ociosa. ¡Cuántos son los jóvenes que se estravian por no saber hacer un empleo útil de su tiempo! Hace algun tiempo que la lectura era casi un objeto de lujo por lo escasas y costosas que eran las ediciones de toda obra buena; pero hoy que la librería ha variado tan esencialmente de precio; hoy que por una cantidad posible á todas las fortunas se adquieren libros famosísimos, tesoros de inagotable ciencia, las personas que no dediquen á la lectura algunas horas del dia, no tienen sentido comun. Pero como por mucha que fuese la aficion á los libros nunca podrian leerse todos ni mucho menos, menester es fijar una regla sobre este punto; y la regla no puede ser otra que encerrarse en el ramo á que se dé preferencia, y leer en él con lógica y método las obras mas útiles y clásicas. No todos cuando leen estan dotados de esa atencion fuerte y poderosa que todo lo domina; se ve, por el contrario, que para muchos es mas instructiva la conversacion, cuyos accidentes de circunstancias le hacen estar mas atento. En cambio, el que prefiera lo último, no tendrá la ventaja de poseer convicciones profundas ni fijeza de gusto, que solo se adquieren con la lectura.

Personalidad. La personalidad consiste en citar desfavorablemente los nombres propios. De todas las clases de talento, es el mas fácil y falso. Es ridiculizar á una persona sin aprovechar á su autor, que luce un instante. Es un triunfo casi siempre acompañado de peligros para aquel que la emplea. El uso de las personalidades agria por consecuencia los ánimos y fomenta las disputas. Esto sucede generalmente cuando faltan buenas razones para apoyar su opinion, se recurre á las invectivas, á las quejas directas, que aquellos á quien se dirigen rechazan bastante á menudo con usura.

Presuntuosos. Siempre estan dispuestos á admirarse y á manifestar el sentimiento de su admiracion por discursos igualmente vanos y enfáticos. El presuntuoso juzga de todo superficialmente, sin profundizar nada, y manifiesta su ignorancia con un tono tan desdeñoso y decisivo, que lo hace insoportable en la sociedad.

Péndola sábia. Segrais se habia formado una sociedad tan agradable como escogida, y se parecia en su casa á los miembros de la academia de Caen. Allí escuchaba con gusto y hablaba tambien con placer cuando sus colegas lo deseaban; estos gustaban mucho de oirle, y decian de él que no habia sino darle cuerda y dejarle andar. Pero esta especie de péndola sabia tenia en esta comparacion un doble mérito, bastante raro en las de su especie, el de responder sin palabrería y sin digresiones á lo que le preguntaban, y el de pararse cuando lo juzgaban á propósito ó cuando ella misma creia que habia hablado bastante tiempo.

Palabra. Un hombre de talento ha dicho que: *La palabra fué dada al hombre para callarse.* Esta singular paradoja ha hecho reir á las gentes que hablan á mas y mejor, y no han visto en esto mas que un epígrama contra los habladores; pero los tontos se han apoderado de ello como de una memoria justificativa compuesta ex-profeso para ellos, é interpretan enteramente en su favor ese irónico arrebato de una burlona misantropía. ¡Convendria felicitarse de esta interpretacion, si esos señores permaneciesen al menos fieles al sistema que pudieran acreditar si se callasen! Pero ellos hablan y hablarán siempre.

Prurito de hablar mal.—Maledicencia. Hay un género de frivolidad que consiste en hablar mal de los ausentes, y que debe ser muy fecundo, porque ciertas personas no se cansan nunca de ejercitarlo, en lo cual se parecen al conde de Cominges, de quien decia el mariscal de Banompiene que no abria jamás la boca sino á costa de otros, ya para comer, ya para maldecir. Para estos es un medio de conservar su reputacion, pues se figuran que sacando á plaza los defectos de los demas, ocultan los suyos propios. Hay otros que buscan en la maledicencia un recurso de hacer gracia, siguiendo la pista á cuantos sucesos escandalosos ocurren en la poblacion, con tal de que sean picantes. La deshonra de una muger bella, la desesperacion de toda una casa, les parecen asuntos dignos de ejercer su honrado oficio. ¡Y qué pérfidas reticencias, qué odiosos comentarios, y qué malévolas notas no se les ocurren en el discurso de su tarea! La maledicencia es la peor de todas las conversaciones, porque envenena el carácter, seca el corazon, y no deja tras sí ningun recuerdo que no sea un pesar ó un remordimiento. La juventud debe mirar con desden este recurso, inventado por la ociosidad, la envidia, y una desenfrenada comezon de hablar: deben tener presente, que los maldicientes son odiados y temidos por aquellos mismos cuyas delicias causan, y que un golpe dado por la espalda y no frente á frente como debe darse, es siempre una vileza. Entiéndase que hablamos aquí de esos murmuradores de salon, no de los que en medio de un círculo cualquiera levantan sus reclamaciones vigorosas y duras contra la injusticia, la ignorancia y toda clase de malas cualidades. Una muger está mas obligada aun á huir de la maledicencia, sobre todo de aquella que tiene por fin ajar las personas de su sexo. Aunque generalmente se cree que las mugeres adolecen mas de este vicio, nosotros creemos que es injusto pensar así. Los hombres suelen ser mas culpables, por lo mismo que sus intereses estan mas en juego; lo que tiene es, que las sensaciones femeniles son mas vivas, y esta circunstancia suele arrastrarlas á la fatal pendiente de aquella y otras faltas. La muger debe siempre respetar la reputacion de las demas, y muy particularmente de aquella con quien parezca hallarse en rivalidad. Los hombres mirarán esta moderacion como uno de los caractéres mas ciertos de un alma elevada. El mariscal Grammot tenia tal fama de maldiciente, que decia el cardenal Mazarino, que al pedirle él á Dios un buen dia, le suplicaba que no se acordase Grammot de su persona. Una muger muy elevada de Francia, á quien frecuentemente hemos citado, porque era modelo de buen tono y amabilidad, reunió constantemente en su casa la mejor sociedad de París, que acudia á ella bajo la garantía de que no toleraba jamás una sola palabra en agravio de las personas que allí concurrian. Sucedió una noche que murmurase una jóven señorita, á mandíbula batiente, de un pobre caballero, tan taciturno y sombrío, que acababa de dejar la tertulia sin haber dicho ni hablado absolutamente nada. La dueña en-

tonces, proponiéndose darle una buena leccion, y dejar bien puesta su casa, le dijo: «Muy bien, señorita, muy bien! pero si buscando los contrastes riéramos aquí de los que hablan demasiado, como reís ahora de los que nada hablan, ¿qué es lo que no diríamos cuando vos os fuérais?»

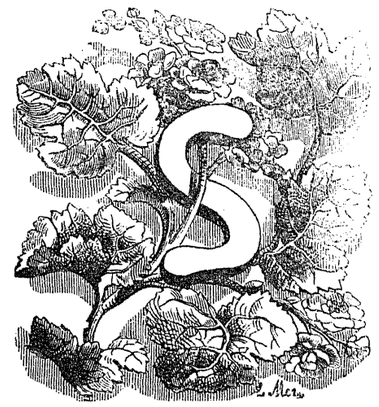
Que Dios os guarde.—Jesus. Estornudar en otro tiempo era una tarea difícil y peligrosa, y se han escrito algunos tomos para averiguar de donde proviene la costumbre de decir ¡Jesus! cuando á alguno le sucede aquel tropiezo. Los paganos hacian este saludo á los que estornudaban: «Dios os asista.» En Monomotapa, cuando estornuda el rey, los cortesanos por política tienen que imitarle; de lo que resulta que corriendo el estornudo de la corte á la ciudad, y de la ciudad á las provincias, estornuda á un mismo tiempo todo el imperio

que parece atacado de un constipado general. Acerca de esto entre nosotros debe hacerse aquello que se vea, donde y entre quienes nos hallemos.

Ripio. Sin duda es un privilegio de la conversacion el pasar bruscamente y sin preparacion de una idea á otra; pero es menester no abusar. ¡Cuántas personas hay que no solamente colocan en todas partes á diestro y siniestro la misma frase y hacen un abuso mas que cansado de la misma palabra que creen elegante ó graciosa, pero que muy á menudo olvidan de respetar los oyentes, repitiendo á cada período el mismo modo de decir, la misma locucion, como: *Es preciso deciros.... A propósito, yo os diré.... Por lo demas, sabed que.... No es esto decir....* etc. etc. Debe cuidarse de no hablar nunca sin pensar. Muchas personas, no teniendo nada que decir, llenan la conversacion de ripios, como para servir de union á lo que tienen que decir en seguida; pero careciendo de sentido esas palabras, no hacen sino mostrar su esterilidad. Nadie se corrige de este defecto sino con un gran cuidado; porque este impide que se vaya el hilo de la conversacion, y todo hombre de ingenio que sigue una idea, rara vez siente agotarse las suyas.

Rapidez. Es bueno que proceda el discurso rápidamente, á fin de escitar en el alma de los demas el mayor número de ideas en el menos tiempo posible. La demasiada prisa daña á la claridad, como la demasiada lentitud anuncia ó ignorancia ó afectacion.

Reverencias.—Cumplimientos. El tipo del hombre cumplimentero se va perdiendo de dia en dia, sobre todo en las capitales. Para dar con él hoy forzoso será que le busquemos en provincias, donde se conservan tradicionalmente ciertas reverencias y cumplimientos del mas estraño gusto. Nuestros abuelos llevaban esto á la exageracion, al contrario de nosotros que hemos caido en el estremo opuesto. Apenas habla hoy un mozalvete á una señora sino para decirla una barbaridad.



Sátira. Tal vez no se dará á ninguna sátira una respuesta mas pesada que la de Fontenelle á un autor que, necesitándole, vino á acusarse humildemente de haberle ultrajado en un libelo: «Caballero, le dijo Fontenelle, vos me enterais de ello.»

Servicios. Es de la mayor grosería hacer valer sus servicios, y no se puede perdonar el echarlos en cara. El que obliga sin delicadeza, no tiene derecho al agradecimiento.

Saliva. Hay sugetos en quienes la saliva es de tal modo abundante, que hace su pronunciacion difícil. Estos deben acostumbrarse á tragarla antes de empezar á hablar.

Susceptibilidad. La susceptibilidad es un vicio de carácter que nos hace insoportables á los unos y á los otros, y que despoja á la sociedad de toda clase de recreo. La susceptibilidad es hereditaria en los habitantes de los pueblos pequeños; se apodera de los hombres en la cuna para acompañarlos hasta la tumba. En rivalidad continua los unos con los otros sobre la fortuna, el nacimiento, la mayor ó menor importancia de la posicion, se observan á cada palabra, se espian á cada gesto, y sacan consecuencias sobre el modo con que uno entra, se sienta, se coloca y se retira. Su vida solo se compone de riñas, reconciliaciones, y, gracias á la susceptibilidad que los caracteriza, hacen tambien de las relaciones de la amistad una especie de guerra continua, siempre alerta para examinar si ha sido justo lo que se les debe ó lo que se imaginan que se les debe. La susceptibilidad solo se mantiene de pequeñeces: tambien está escluida ordinariamente de capitales. Así, negocios, intereses, todo es grandeza, y esta última se desliza en las ideas y en las costumbres. El hecho siguiente prueba con qué susceptibilidad de amor propio el autor de *Gil Blas*, Lesage, conservaba su independencia y su dignidad de literato. La duquesa de Bouillon habia reunido en su casa una brillante y numerosa asamblea para oir la lectura de *Turcaret*. Lesage tenia un pleito importante que se sentenciaba aquel dia y que perdió, por lo que no pudo llegar tan pronto como habia anunciado. La dueña de la casa le afeó su poca exactitud: «Señora, le respondió marchándose, os he hecho perder dos horas y quiero que las ganeis. No tendré, pues, el honor de leeros mi comedia.»

Suposiciones, comparaciones, etc. Los dos escollos de esta forma de lenguaje son totalmente opuestos: el uno es la trivialidad, el otro la pompa. La suposicion, moda ya antigua, y algunas veces bastante ingénua, tiene por objeto aumentar la fuerza del raciocinio, y llevar la conviccion á las personas que os escuchan. Cuando se sujeta á la razon, á la costumbre y al gusto, está bien; pero ¡cuántas veces no sucede lo contrario! La suposicion es enteramente inconveniente, si en el curso de una discusion empeñais á una persona respetable á poneerse en el puesto de un mal criado, de un loco, de un ladron; si suponeis que sea en una situacion vergonzosa ó tambien ridícula. Así, por ejemplo, es fuera de propósito decir: *Si fuéseis ese mal sugeto; supongo, señora, que hubiéseis cometido esa bajeza; que se mofasen de vuestra nariz, de vuestra boca, etc.* No son menos inconvenientes, cuando aun evitando comparaciones chocantes, se piensa designar á alguno de despreciable, comparando su esterior al de una persona de la sociedad, como cuando se dice: *Ese desgraciado es de vuestra estatura, caballero; tiene vuestras facciones, vuestra fisonomía, etc.* Un hombre que habia perdido un pleito, entró en un café y esclamó: «Los hombres son grandes bribones, es menester confesarlo.» Un original que estaba allí, tomó la palabra y le dijo: «Caballero, no considerais que estoy comprendido en el número de los hombres; vuestra proposicion insulta mi probidad, por consiguiente seguidme.» Salieron en efecto, y el hombre del pleito perdido murió.

Singularidad. La singularidad se ofende de obrar de una manera conforme á los usos recibidos en la sociedad, y quiere hacerse notar por un contraste raro. Es cierto que alcanza comunmente su objeto; pero reconoce á menudo que no se violan impunemente las leyes del decoro y de la honradez.

Saludo. Debe saludarse al que nos saluda, cualquiera que sea la condicion en que se encuentre. El no hacerlo es faltarse á sí mismo. La cortesía que solo obra por interés ó por mera política cosa de ser apreciada, sin dejar por eso de ser útil. Lisonjea la vanidad del que es objeto de ella, sin que sea mas estimado. El inferior saluda á su superior porque le necesita ó porque le teme. El mendigo saluda al trage, porque pide limosna al que lo lleva. Si fuese vestido como él, lo dejaria pasar sin saludarle. Un dia se paseaba el mariscal de Catinat en sus tierras, reflexionando como tenia por costumbre. Un jóven fátuo se llegó á él con el sombrero encasquetado, mientras que Catinat le escuchaba con el sombrero en la mano, y le dijo: «Buen hombre, no sé de quién es esta tierra, pero tú puedes decirle al dueño que yo me he dado permiso para cazar en ella.» Los labradores, que no estaban lejos, se reian á carcajadas. El jóven cazador les preguntó con tono insolente de qué se reian. «De la insolencia con que hablais al mariscal de Catinat», respondieron. El jóven se volvió al momento con el sombrero en la mano, y se escusó con el mariscal porque no le conocia. «No veo, dijo Catinat, que haya necesidad de conocer á quien se habla, para quitarse el sombrero.» Y le volvió la espalda.

Sarcasmo. En un pueblo meditabundo, el sarcasmo es menos peligroso, porque no ataca sino esteriormente. En un pueblo ligero, penetra en el corazon y causa heridas mortales. Decirlo todo es el secreto que conduce á emprenderlo todo. Jorge de Trevizonda se cansó un dia de los sarcasmos de Pogge, y le contestó con bofetones. Una lucha de puñetazos se trabó entre ellos, y de allí resultó un duelo, que no tuvo felizmente ninguna mala consecuencia. De las palabras, segun se vé, se llega á las manos, y algunas veces á mas todavia. El hecho siguiente es la prueba: El rey Luis IV tenia dos médicos; uno

se llamaba Deroldus, y fué despues obispo de Amiens; el otro, que no nombra Richer, habia nacido en Salerno. Ambos entablaron un dia una discusion que degeneró muy pronto en disputa; y el de Salerno, furioso, resolvió vengarse de su adversario. Un dia que se hallaba con él á la mesa en el palacio del rey, untó con veneno la uña de uno de sus dedos y lo metió en la salsa donde ambos mojaban las tajadas. Apenas hubo Deroldus probado aquella salsa, se sintió malo y conoció que estaba envenenado. Pero, gracias á la triaca de que hizo uso, estuvo fuera de peligro á los tres dias. Hallándose de nuevo á la mesa con su enemigo, ocultó veneno entre su dedo índice y el pequeño, y le estendió sobre los platos destinados á su compañero, que envenenado á su vez, agotó inútilmente toda su ciencia para curarse; pronto se vió en peligro de muerte, y tuvo que implorar la piedad de Deroldus. Este, dejándose aplacar por los ruegos del rey, consintió en asistirle y le curó; pero imperfectamente y adrede, de modo que el mal se fijó en un pie del de Salerno, que se vió en la precision de dejarse amputar.

Tono. No solamente es preciso medir el tono á las diferentes propiedades del carácter, estado, posicion, costumbres y edad; es casi necesario distinto tono con cada persona, segun la diversidad de sus relaciones con ella, y este cambio debe ser todo natural. El tacto ó el instinto que hace tomar el porte de cada sociedad, de cada situacion, de cada momento, solo puede indicar el buen tono. Es el camaleon que debe tomar el color de los sitios que atraviesa y de los objetos á que se acerca; y aquellos tambien que tienen, por decirlo asi, el diapason de la sociedad, deben siempre ponerse al nivel de las cosas, y modificar su tono segun las circunstancias.

Tocado. El vestido es el hombre. No es en el lujo de la ropa, ni en la riqueza de las joyas, en lo que consiste el tocado. Una elegancia esquisita y una armonia perfecta, le dan realce. Hay personas á quienes una nada las adorna; hay otras que inútilmente se desvivirian por distinguirse del comun de los mártires. Un hombre bien calzado y bien peinado puede presentarse en todas partes. Este aforismo, casi convertido en proverbio, es falso. Aunque tuvieseis el sombrero mejor hecho, el chaleco mejor cortado, la corbata mas bonita y los guantes mejor cosidos, todo esto no haria de vos el hombre mejor vestido. Es la gracia, la manera de llevar la ropa, lo que constituye el precio. Generalmente, una gran sencillez en el vestido es preferible á toda afectacion, y es preciso no confundir el cuidado de sí mismo con el esmero de la coqueteria. El dia de la entrevista de Napoleon y Alejandro en el Niemen (1), Murat y el general Dorsenne llegaron al mismo tiempo para colocarse detrás del emperador: Murat, como de costumbre, cargado de bordados, pieles y plumas; Dorsenne con aquel uniforme elegante y esquisito, pero severo, que hacia de este escelente general el modelo del ejército. Napoleon, viendo á Murat con aquel atavio le dijo: «Andad á poneros vuestro uniforme de mariscal; os pareceis asi á Franconi.» Despues saludó afectuosamente á Dorsenne. Aquella leccion de tocado no fué perdida para el ejército. Solo aquel á quien se dirigia no la supo aprovechar. La moda es una vieja coqueta con quien seria muy peligroso chocar de frente, pero á la cual, sin embargo, no deben hacerse demasiadas concesiones. A pesar del refran «el hábito hace frecuentemente al monge,» al ver andar á un hombre, seria facil decir su pais, su estado, el barrio en que vive, y el tiempo que ha empleado en su adorno. En las mugeres sobre todo, el esmero bien entendido del tocado alarga la juventud y la lozanía, fortaleciendo la salud. Agradar es el único pensamiento de su vida; un tacto particular, una especie de sesto sentido les revela todo cuanto es propio para embellecerlas; asi es tan raro ver á una muger ataviada sin gusto, como encontrar á un hombre perfectamente vestido. La afectacion es mortal, lo mismo para el tocado que para el talento. Todo el arte consiste en saber unir á la elegancia una sencillez original. Las modas han tenido sus revoluciones, sus anarquias, sus catástrofes; pero la limpieza mas esquisita ha sido siempre la base del vestido. El español es el pueblo que mejor se viste; nuestras modas han asegurado frecuentemente el triunfo de nuestras armas. Asi el madrileño, ese ser de gusto tan esquisito, de prevision tan rara, de egoismo tan delicado, de talento tan fino, de comprension tan aguda, servirá constantemente de modelo á sus vecinos, que no pueden menos de ser tributarios de su genio, porque cuando les toma alguna novedad, es para embellecerla imprimiéndole su gracioso sello.

(1) Rio de la Rusia occidental junto al cual tuvieron una entrevista Napoleon y Alejandro el 25 de junio de 1807, que dió por resultado la paz de Tilsitz. (N. del T.)

Tener la cabeza á pájaros. Cualidad apreciable que le hace á uno salir de casa sin sombrero, ó preguntar por la corbata que se tiene puesta.

Teatro. En cualquier teatro que os halleis, cualquiera que sea el asiento que ocupeis, asi en el Príncipe como en el Instituto, en el Real como en el Circo, no os encargueis de ser el mentor de vuestro vecino ó vecina para los nombres de los actores, actrices, bailarines ó bailarinas encargados de los principales papeles. No aventureis discusion literaria sino en los entreactos y con persona que os parezca tener algun conocimiento y algunas ideas de la literatura dramática. No analiceis jamás una zarzuela ni un melodrama; abandonad la crítica de esas piezas llamadas andaluzas con sus gitanos, toreros y ladrones. Si oís una necedad muy grande y pomposa en el Instituto ó Variedades, una cancion de mal género en el Circo, permaneced mudo, impasible; si por casualidad estais cansado de la admiracion de un vecino imbécil y de los aspavientos de un entusiasmo ridículo, contentaos con encogeros de hombros. Cuando se trate de una comedia del teatro del Príncipe ó de una gran ópera, esperad el fin de la representacion para juzgar la obra del génio; que vuestra crítica sea mesurada, para no ser oido de todos vuestros vecinos, y evitad asi el chocar con las opiniones que puedan diferir de la vuestra. Huid las maneras ridículas y los discursos impertinentes de los jóvenes del dia. *¡Esto es malo, detestable! ¡Esto es admirable, sublime!* Y otras cosas semejantes que solo prueban mucha ignorancia y fatuidad en los amables elegantes de Madrid y del Rastro. Procurad tambien, cuando asistais al teatro, huir de esos que á sí mismos se dan el nombre de *claquistas*, y que se dedican á asistir á todos los teatros, cuyos empresarios les dan entrada gratis á trueque de que aplaudan á sus actores, sean buenos ó malos, y los hagan salir concluida la representacion. Huid, repetimos, de tales hombres, para que no puedan confundiros con ellos; cosa, en verdad, poco envidiable.

Timidez. Las personas poco acostumbradas al mundo deben estar en guardia contra la escesiva timidez, porque no solamente paraliza sus recursos, los hace torpes y aparecer como necios, sino que tambien pueden aparecer orgullosos ante las gentes que no saben que la cortedad toma á menudo las formas del desden. ¡Cuántas veces no sucede á las personas tímidas el no saludar, el responder en voz baja ó mal, el omitir mil deberes insignificantes de sociedad, y el faltar á mil atenciones amables por no atreverse! Esas atenciones, esos deberes, se pagan *in petto*; pero ¿quién lo sabe? Un aplomo conveniente, que no degenere en seguridad, y mucho menos en audacia ó familiaridad, es una de las cualidades mas apetecibles en el mundo. Para obtenerlas, es preciso observar el tono y las maneras de las personas corteses y benévolas, tomarlas por guias, y, bajo su direccion, hacer contínuos esfuerzos para vencer la timidez.

Términos favoritos, repeticiones, etc. Madame Necker observaba ingeniosamente que esos términos favoritos y á menudo repetidos con que se siembra la conversacion, sirven por lo regular para mostrar el carácter de las gentes. «Asi, dice, los embusteros tienen por espresion habitual: *podeis creerme, esta es la verdad;* los habladores: *en una palabra, para concluir;* los orgullosos: *sin alabarme, etc.*» Esta picante observacion es de las mas fundadas, y por consiguiente, debemos cuidar de no poner á las gentes al corriente de nuestros defectos. Pero independientemente de este motivo, es menester evitar con cuidado las palabras supérfluas, porque con el tiempo se toma la costumbre de multiplicarlas hasta un punto verdaderamente asombroso. Ellas embarazan, inundan nuestros discursos, distraen la atencion de las personas que nos escuchan, y nos hacen importunos y ridículos, sin que podamos conocerlo. Si los términos usuales, no reprensibles, pueden llegar á ser tan enfadosos, ¿qué resultados no producirán, cuando son familiares, esos giros anticuados, esas espresiones triviales, esas transiciones ordinarias: *ponerse en el caso; encima del ajuste; eso no es dificultad; al cabo de la cuenta?* etc.

Tema. Boileau dice en una de sus sátiras, que *todos los hombres son locos, y que sobre poco mas ó menos todos se parecen.* Con efecto, cada uno tiene su mania, que está tan agarrada á él como su vida, porque acaricia sus gustos, inclinaciones y afectos. ¿Quién de nosotros no se figura poseer una cualidad predominante que prefiere sobre otras? ¿Y quién no rompe el espejo de la verdad, acusándolo de injusto y falso, cuando se nos presenta á desmentirnos? A lo mejor os encontrareis en una tertulia con un ser que no sabe hablar sino de una cosa misma, y que aun á las señoras mortifica con su *maldito* tema.

Talento para hablar. El talento para hablar tiene el primer rango en el arte de agradar; solo con él se pueden añadir nuevos encantos, á los que el uso acostumbra los sentidos. El ingenio no solo vivifica el cuerpo, sino que le renueva hasta cierto punto; por la sucesion de los sentimientos y las ideas, anima y varia la fisonomía; y por el discurso, que inspira, suspende la atencion, sosteniendo mucho tiempo el mismo interés sobre el mismo asunto.

Tono (El buen). El buen tono es la lengua del buen gusto. En vano se reunirian todas las academias para hacer su diccionario particular; les costaria tanto comprenderlo y fijarlo, como si se tratase de la lengua de los pájaros. Por mas que observe las propiedades, por mas que se jacte de descubrir las reglas, se escapa á toda especie de arte y solo obedece al sentimiento. Es un acuerdo de instinto que se establece naturalmente entre la conversacion, la voz, las maneras, las espresiones y tambien el órden de las ideas, segun la conexion de nuestra situacion habitual y las de nuestra situacion del momento, es decir, segun las propiedades generales de nuestra existencia, de nuestro carácter, de nuestra edad, y las propiedades particulares relativas á las personas y circunstancias en que se encuentran. Enemigo de toda afectacion, no toma el acento de ningun estado, de ninguna clase, ni de ningun papel. Y como el agua, que para ser buena no debe tener ningun sabor, el buen tono, para ser puro, debe ser natural, constantemente natural y siempre distinguido; abandona las locuciones vulgares y las frases usadas, los antiguos juegos de palabras, los primores trillados, los rodeos demasiado comunes, sin abordar esas palabras modernas, á menudo efimeras, que vienen de un orígen científico como de una fortuna inesperada y llena de juventud; estos son los adelantos del lenguaje. El buen tono está siempre igualmente distante del neologismo y de las ocasiones vulgares. El solo conoce los límites de la alegría y de la facilidad, la tranquilidad conveniente, la medida de las bromas, la estension que puede darse á cada asunto, sin recargar ninguno, y el grado de espesor que exige el velo de la decencia. El solo quita á la malignidad su veneno para no dejarle mas que su chiste. El solo sabe hacer el elogio indirecto y salvar la sosería á fuerza de lijereza, ya por medio de contrastes picantes, ya por antífrasis, cuya aparente rudeza forma á menudo su delicadeza. El buen tono enseña á discutir tan bien como á hablar, á satisfacer á cada cual con una atencion obsequiosa, á no interrumpir á los demas por temor de per-

der su idea: enseña, en fin, que lo que se necesita para que os encuentren amable, no es tanto estar contento de vos, como estar contento de sí con vos. Tambien enseña á no hablar como un libro, y sobre todo como una gramática. Os prohibe escribir hablando, y os prescribe aun en ocasiones ciertas faltas indispensables. Los jóvenes se complacen en confundir el buen aspecto con el buen tono, porque esa es su parte; pero el buen aspecto tiene mucho de la vanidad, que es el mayor enemigo del buen tono. Este exige sin embargo cierta elegancia en sus maneras; y cuando el buen aspecto se une á él, tanto mejor; pero desde que se le busca, ya no vale nada. Si el buen aspecto suple en los jóvenes al *buen tono*, este hace las veces de aquel entre las gentes de cierta edad. Tal es la diferencia del semblante al talento. En la primera juventud, la diversidad de tonos hiere menos; y sin tenerlo malo, no se puede estar todavia tranquilo acerca del bueno. El *mucho trato de gentes*, la costumbre de comparar todos los tonos, es quien naturalmente acaba por llevarnos al mejor, cuando uno ha nacido para conocerlo. Madama de Montessan nunca queria que se hablase de política en su casa; pero lo que exigia ante todo de una persona que le fuese presentada, era buen tono. «Yo la he visto respecto á esto, dice la señora de Abrantes, de estremo rigor, y rehusarme el recibir á un general, que despues ha llegado á ser mariscal, duque, y todo cuanto es posible ser. Era el general Suchet.—No, no, querida mia, me dijo cuando la hablé de esto.... Yo os amo, pero no amo á todos vuestros amigos de sablazos; vuestro general no me conviene.—Pero señora.... os aseguro que no jura como el coronel S***.... Me miró y se echó á reir.—Qué mala sois! me dijo: ¿conque no jura.....? Pues bien! creo, Dios me perdone, que me agradaria mas que esas eternas reverencias y cumplimientos melosos.... No, no, me fastidiaria....» Mucho tiempo lo rehusó; y si mas tarde le recibió, estoy cierta que fué á pesar suyo.

Traviesos. Hay fuera de los decidores de chistes y de los bromistas, otro tipo que se conoce con el nombre de los *traviesos*. Estos son aquellos que ocultan un sombrero, dan almendras amargas á los niños, detienen las bolas de villar en el juego, y retiran vuestra silla cuando os vais á sentar.

Trivialidades. Un charlatan que solo decia cosas triviales, y que sin embargo las esparcia con un tono de importancia, dirigiendo la palabra á Fontenelle, el sábio académico, este, lejos de escucharle, le interrumpió: «Todo eso es cierto, muy cierto; ya lo he oido tambien á otros.»

Tono de la buena conversacion. El tono de la conversacion es fluido y natural; no es ni pesado ni frívolo; es sábio sin pedantería, alegre sin alboroto, político sin afectacion, galante sin sosería, y chancero sin equívocos. No usa disertaciones ni epígramas, raciocina sin argumentar, bromea sin jugar con las palabras, y reune con arte el ingenio y la razon, las máximas y los chistes, la broma ingeniosa y la moral austera. Habla de todo, para que cada cual tenga algo que decir; no profundiza las cuestiones, para evitar el fastidio; las propone como de paso, y las trata con rapidez; su precision guia á la elegancia; cada uno dice su oponion, y la apoya con algunas palabras; ninguno ataca con calor la de otro; ninguno defiende obstinadamente la suya; disputan para ilustrarse; cada cual se instruye, se divierte, y todos se separan contentos; y el mismo sábio puede sacar de estas conversaciones asuntos dignos de meditarse en silencio.

Terquedad. La terquedad es aun mas peligrosa que la contradiccion, pues despues de haber emitido un juicio sobre cualquier objeto determinado, rehuye hasta el escuchar las circunstancias que puedan demostrarle su falsedad. «Me acusais acaso de terquedad, dijo un dia Madame de Genlis á Madame Necker, pero no es sino *perseverancia* en mi opinion.» Ah! con efecto, ¿no sois vos de la órden de la perseverancia? respondió la de Necker. No hay un recurso mas fácil para tener un breve de terquedad. Se dice: *Yo tengo perseverancia, no cambio de opinion*, y se tiene razon, y nada mas cómodo.» Madame de Genlis con efecto habia fundado una órden llamada de la perseverancia, y sostenia que esta órden era antiquísima, y habia venido de Polonia. Madame Potocka y un polaco se la dieron á conocer, y el rey de Polonia acabó la mistificacion pretendida por aquella. Dicha órden ha metido mucho ruido por el mundo, y han pertenecido á su comunion altos personajes y aun reyes. Por último, el anillo dado á los caballeros no les imponia otro deber que la perfeccion, y llenaba los tres letreros siguientes: *candidez y lealtad, valor y bondad, virtud, perseverancia;* (Duque de Abrantes, Salones de París, tomo 1.°)

Tercos. Si la dueña de la casa os anima, podeis hablar, referir una noticia, preguntar algunos detalles, y sostener una opinion; pero sin levantar la voz, ni multiplicar los gestos, ni convertir la sala en un campo de batalla. Cuando de vuestro interlocutor se vaya apoderando un peligroso entusiasmo, cambiad hábilmente de conversacion; y si no la teneis, esperad á poseerla; y por último, si conoceis que nunca habeis de dominar á la persona con quien disputais, renunciad á ello y evitad toda cuestion en adelante. Fastidiosas de verdad son aquellas personas que se empeñan en llevar razon á fuerza de palabras. Los amigos mismos del abate Regmei le daban el nombre de *Pertinaz*, porque tenia la costumbre de disputar hasta el momento en que fatigados, rendidos sus adversarios, abandonaban el campo, dejándoselo involuntariamente por suyo. Entre cien disputadores apenas se encontrará uno solo que termine con estas palabras: «No fundo mi gloria en obstinarme en mi opinion; esta es cualidad de espíritus débiles; y yo me creo bastante grande para dejarte el honor de haberme persuadido.»

Yo he conocido, decia Galileo, un hombre tan partidario de la filosofía

de Aristóteles, que habiendo ido á casa de un sabio médico en Venecia, adonde habia acudido mucha gente para presenciar una diseccion, y habiendo demostrado el que la hacia, persona muy hábil, cierta cantidad de nervios, que saliendo de la cabeza atravesaban la espina dorsal y se desparramaban por todo el cuerpo, sin tocar en el corazon mas que por un hilo, «confieso, esclamó, que me habeis demostrado la cosa muy bien; y que si no fuera porque Aristóteles dice que los nervios parten del corazon, os creeria sin ningun inconveniente.»

Trato de gentes. La cortesia y trato de gentes consisten en saber olvidarse de sí mismo, en ocuparse de los demas, en aprovechar las ocasiones de hacerlas valer, en manifestarles el deseo de obligarlos y agradarlos; en mostrarles dulzura, complacencia y miramientos; en persuadir sobre todo que uno se cuenta por nada, ya que es menester aparecer sorprendido y reconocido de las atenciones mas sencillas y de los cumplimientos mas usuales. Seria bueno tener todos estos sentimientos, y el hombre que los sintiese seria el mas político de todos, y seguramente el mas amable; pero la exigencia de la sociedad se limita á volver á hallar las apariencias de tantas cualidades, y es lo que hace inescusables á sus ojos á los que las olvidan.

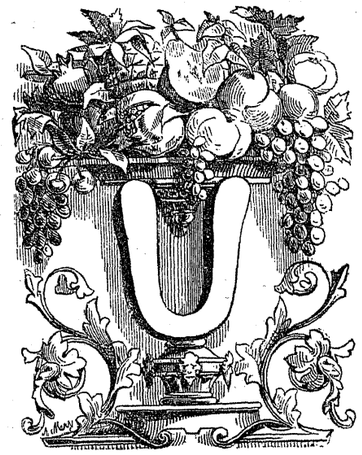
Taravilla. No merecen otro nombre esas personas que, nacidas esclusivamente para hablar, ni hay poder humano que las contenga, ni se cansan nunca de abrumar al prójimo con sus eternos discursos é infatigables monólogos. Nuestro célebre poeta cómico Breton de los Herreros ha pintado este tipo con admirable maestría en la *Marcela*, en aquel famoso don Matías que se atrevia aun á criticar á los habladores, diciendo entre otras cosas:

«Sirve en mi cuerpo un alférez
que es hablador furibundo,
y se llama don Facundo
Valentin Perez y Perez.
No hay poder hablar con él:
sí, sí, facilito es eso!
en soltando la sin hueso
á ninguno da cuartel.

Muchos son los mortales que por este estilo afligen á la indefensa sociedad, y podriamos hablar de cierto sugeto, que sentado una vez ante tres señoras, no las dejó respirar en tres ó cuatro dias.

Escusado es decir que se niegan constantemente á recibir la visita de aquella *Taravilla*, como ellas le llaman.

Tono decisivo. Casi siempre se coge la palabra en el mundo á las personas modestas: hé aquí por qué el tono decisivo se ha hecho de moda. «Mi reputacion, decia Duclos, no empezó hasta el momento en que yo mismo dije que tenia talento.» Montesquieu cita un ejemplo notable del tono decisivo. Habla de dos sábios que tenian una gran celebridad. «Su conversacion, dice, me pareció admirable. La del primero, bien valuada, se reducia á esto: *Lo que he dicho es verdad, porque yo lo digo;* la del segundo giraba sobre otra cosa: *Lo que dicen no es verdad, porque yo no lo he dicho.*» Creemos deber aconsejar á los jóvenes se acostumbren á espresarse con modesta desconfianza y á evitar todo lo que pueda dar á su opinion apariencia de seguridad dogmática. «Habiéndome advertido, dice Franklin, un cuákero amigo mio que me miraban generalmente como orgulloso, y que el orgullo se mostraba con frecuencia en mi conversacion; que no me contentaba con tener razon en una discusion, sino que me convertia en arrogante é insolente, de lo cual me convenció citándome muchos ejemplos, resolví curarme de este vicio ó de esta locura, como de lo demas, y añadí la *humildad* en mi lista, dando á esta palabra una significacion muy estensa. No puedo vanagloriarme de haber conseguido adquirir realmente esta virtud; pero he ganado mucho, al menos en cuanto á su apariencia. Me prohibí toda contradiccion directa de las opiniones de los demas, ó toda asercion positiva en favor de las mias. Tambien me abstuve de toda espresion que denotase una manera de pensar fija y determinada, como *ciertamente, seguramente, indudablemente, sin duda alguna; etc.*; y adopté en su lugar: *yo presumo, yo me imagino, me parece que tal cosa es asi*; ó bien: *eso me parece asi.* Cuando otro adelantaba una proposicion que me parecia un absurdo, me privaba del placer de contradecirle claramente, y de demostrarle en seguida lo absurdo de sus palabras, y en mi respuesta empezaba por observar que en algunos casos, y en ciertas circunstancias, podria ser justa su opinion; pero que en aquella ocasion, *me parecia, se me figuraba que la cosa era diferente, etc.* Bien pronto conocí la ventaja de este cambio en mis maneras: las conversaciones en que me empeñaba fueron mas amenas. El tono modesto con que proponia mis opiniones les proporcionaba mejor acogida y menos contradicciones. Esperimentaba menos mortificaciones cuando me encontraba sin razon, y hacia que los demas abandonasen mas fácilmente sus errores y se uniesen á mí cuando tenia razon.» Siendo el objeto primordial de toda conversacion instruir ó instruirse, agradar ó persuadir, seria de desear que los hombres sensatos y de buen criterio no disminuyesen los medios que tienen para hacer el bien, tomando un tono decisivo y resuelto, que raramente deja de desagradar, que tiende á hacer nacer una oposicion, y á impedirnos el esperar el fin para que nos fué otorgada la palabra. Si quereis instruir á los demas, el tono positivo y dogmático que tomeis al anunciar vuestro pensamiento hará nacer el deseo de contradeciros, é impedirá que os escuchen con confianza. Por otra parte, si quereis hallar en los otros con qué instruiros, es menester tambien no mostraros definitivamente fijo en vuestras opiniones; las personas moderadas y razonables, que no gustan de disputas, os dejarian en vuestros errores sin contradeciros. Adoptando semejante marcha, rara vez llegareis á complacer á vuestros oyentes, y á obtener su concurso para lo que deseais. El abate Polignac unia á su figura, á su elocucion y á sus maneras estremadamente distinguidas, el arte de presentar sus ideas con tanta modestia y nobleza, que el papa Alejandro VIII, á quien gustaba infinito el carácter y talento de este jóven eclesiástico, le dijo un dia al final de sus conversaciones particulares: «No sé cómo lo haceis; siempre parece que sois de mi opinion, y soy yo el que concluyo por ser de la vuestra.» Despues de la negociacion concerniente á los cuatro artículos famosos del clero de Francia, el mismo abate volvió á ella para dar cuenta á Luis XIV. El rey, despues de haberle concedido una larga audiencia, se esplicó acerca de él de una manera contraria en apariencia al juicio del papa, pero que no retrataba menos bien al negociador honrado con la confianza de ambos. «Acabo, dijo, de hablar con un hombre, y hombre jóven, que siempre me ha contradicho, sin que yo haya podido incomodarme.» Nunca tiene mas imperio la razon que cuando se nos presenta, no como una ley que se ha de seguir, sino como una opinion que someten á nuestro exámen. Asi es que en los círculos de Filadelfia se pagaba una multa siempre que alguno se servia de una espresion dogmática y decisiva. Los hombres mas osados en sus convicciones estaban obligados á emplear fórmulas dudosas y á tomar en su lenguaje la costumbre de la modestia, que aun cuando solo se sujetara á las palabras, tenia ya la ventaja de no herir el amor propio de nadie; pero que por la influencia que ejercen las palabras sobre las ideas, acaba siempre por estenderse á nuestras mismas opiniones. «El tono decisivo, dice Sterne, es un absurdo. Si teneis razon, disminuye vuestro triunfo; si no la teneis, aumenta la vergüenza de vuestra derrota.»



Uniformidad. Cuidad no contradeciros; pero no vayais á caer en la monotonía. La uniformidad es mortal en la conversacion. Se encuentran en la sociedad hombres poseidos de una eterna tristeza: si esta tristeza está en sus almas, debe compadecérselos y consolarlos; pero á menudo es una costumbre que han tomado, un giro que han dado voluntariamente á sus ideas, y en ese caso es una estravagancia que se debe evitar. Un defecto bien diferente, y mucho mas comun, es el chancearse sin motivo, reirse á cada paso, y convertirlo todo en broma y algazara. Esta jovialidad aparente oculta con frecuencia, ó al

menos hace sospechar, la ausencia de ideas formales y la esterilidad del corazon. Algunas veces esas gentes de tan buenas palabras, que no pueden vivir sino en medio de la bulla que escitan, tienen en el interior de su vida privada un humor insoportable, y hacen pagar á su muger y á sus hijos el interés de esa alegria pasajera que divierte á la gente. Evitad esos dos escesos. La vida es una mezcla de penas y placeres, de buenos y malos dias: sed variado como ella en vuestra conversacion; mostraos sucesivamente triste ó alegre, sério ó festivo segun el objeto y la circunstancia.

Vanidad. La vanidad es un desórden del alma que la incita á ostentar sin tregua las ventajas reales ó imaginarias, con contínuos esfuerzos para hacerlos admirar. Le agrada rodearse de partidarios y admiradores; no se prenda sino de la superficie de los objetos, y no penetra mas allá de esta primera cubierta. El hombre vano es muy susceptible acerca de la etiqueta y hace de ella un estudio formal; siempre está ocupado en hacer valer la consideracion unida á su rango ó á su fortuna, y no en hacerse digno de ella. Mas encerrada en su objeto, es menos chocante, menos atrevida que el orgullo, pero se apoya en motivos mas ligeros, mas frívolos; la etimologia de su nombre basta para caracterizarla. El hombre vano no recibirá mas que una recompensa tan vana como él. Un jóven se jactaba de haber en poco tiempo aprendido muchas cosas, y de haber gastado mil escudos en pagar á sus maestros. Uno de los que le escuchaban le dijo: «Si encontrais cien escudos de todo cuanto habeis aprendido, os aconsejo el tomarlos.»

Viajes. El decoro de los viajes no es tan rigoroso como el de la sociedad. Solamente exige que no se dé tormento á sus compañeros, que se sea complaciente con ellos, que se les responda políticamente si os hablan; pero os deja por otra parte libre para leer, dormir, mirar hácia afuera, guardar silencio, etc. Pareceria poco amable un viajero, si, conociendo el camino, no se apresurase á indicar los sitios pintorescos, y á satisfacer las preguntas hechas respecto á él; en fin, mereceria el nombre de imprudente y de hablador, si hablase con sus vecinos de un rato como con conocidos íntimos.

Volubilidad. La primera y mayor falta de la pronunciacion es la volubilidad. Hablando demasiado vivo, se tartalea, se producen sonidos inarticulados, ininteligibles; y de todos los defectos de la pronunciacion, es sin contradiccion el mas insoportable. Ya se sabe que pronunciar demasiado lentamente, y, como dicen, *escuchándose*, es una estravagancia que parece denotar orgullo ó flojedad, y que en algunos casos es preciso activar la palabra; pero nunca debe precipitarse, ni aun en los asuntos que exigen una espresion valiente. Ademas de su inconveniente físico, el tartaleo tiene otros morales: supone aturdimiento, locuacidad y tontería.

Vino de Jerez. El vino de Jerez no autoriza los gritos de una ruidosa alegría, pero los tolera. Es permitido desatinar una vez, cuando se han vaciado tres ó cuatro vasos. Si sabeis cantar, proponeos para alegrar al auditorio bebedor con algun refran báquico; pero que sea sin pretension y sin prefacio sobre la debilidad de vuestra voz y vuestra inesperiencia. No se os pide que sea is un Duprez ó un Levasseur, sino un convidado amable; y aun cuando cantáseis con las narices, no dejareis por eso de obtener un triunfo completo, y todos os tendrán, hasta la mañana siguiente, por el mejor cantor del mundo.

Visita. No creais distinguiros de la multitud desdeñando los usos antiguos, cuyo orígen y resultados no habeis maduramente examinado. Oireis repetir que las visitas son fastidiosas, que convendria suprimirlas, y otras cosas semejantes, que se rebaten mas en este siglo quizá que en los que le han precedido. No os detengais en eso, y haced visitas. Estas son un lazo social, y esto basta para decidir á un hombre destinado á vivir en el mundo, á no dejarse olvidar de él. Debeis una visita al que ha llenado ya con vos ese pequeño deber de sociedad. Solo un hombre vano se dispensa de pagar esa deuda de política. La vanidad en este caso es peor que la necedad. No es fácil determinar la duracion de una visita; pero es indudable que se fastidia cuando uno está fastidiado. Juzgad vos mismo por el frecuente silencio, por el semblante adusto de la dueña de la casa, por sus ojos vueltos hácia el reloj, por cualquier órden dada en voz baja, de la oportunidad de vuestra retirada, y daos prisa á salir. No temais permanecer cuando no observeis ninguna de estas señales. Si no sois un fátuo vanidoso, no os equivocareis jamás sobre el deseo que os muestren para que prolongueis vuestra visita. En la duda, no vacileis en marcharos; vale mas escitar sentimiento que impaciencia. En las visitas de *circunstancias* debeis esperaros á que la circunstancia que os lleva sea el objeto de la conversacion. Tomad vuestro partido de antemano, para oir hablar mucho tiempo de lo mismo, y recordad esta máxima: «Reid con los que rien; llorad con los que lloran.» Esto no es hipocresía; es bondad de corazon que os hace sensible por lo que toca al prójimo. Os dirán que no está en la mano del hombre el ser sensible, y os engañarán. A fuerza de escitarse en sentimientos religiosos, se llega á esperimentarlos. Cuando reconozcais que una cosa es buena, nunca digais que no llegareis á hacerla: probad, perseverad con valor, y lo consiguereis. Si no hiciésemos mas bien que aquel hácia el cual nuestras inclinaciones nos arrastran, nos arriesgamos á hacer muy poco, y dependeria de los innumerables caprichos de nuestra alma. Cuando la visita está terminada, debe uno retirarse, no como una muger aun de buen tono se iria hoy dia, corriendo y saludando, bien con la cabeza como un alférez prusiano, bien arrastrando ó adelantando una pierna y dando una mano que os sacuden con fuerza (1), sino andando poco á poco, ya para escapar sin ser visto, á fin de evitar el hacerse notable. Para esto escoged el momento en que entre una nueva visita, despidiéndoos de la dueña de la casa, cosa que no debeis olvidar. Madama Montessan tenia costumbres que, despues de la revolucion, debian parecer estrañas. Por ejemplo, no se levantaba para nadie, no devolvia las visitas, sino á aquellas personas que queria y la agradaban; no acompañaba jamás, escepto para demostrar que no queria volver á ver á la muger que acompañaba. Una amiga de M. de Saint-Far conoció á madama de Montessan en Plombieres, adonde fué en 1803. Esta muger creyó que bastaba haberla encontrado en los baños para ir á su casa en París. Esto desagradó á la dueña de la casa, que la acompañó hasta la puerta de su salon. La otra, que no conocia aquella costumbre de príncipe, contó á su amigo, M. de Saint-Far, lo que le habia sucedido, añadiendo: «Es estraordinario: al principio ha estado fria, y despues de pronto, cuando me iba, me ha hecho un cumplimiento que no habia hecho á nadie. Me ha acompañado.»—¡Cómo! dijo Saint-Far, ¿os ha acompañado?—Sí, ¡sin duda!—Pues bien no volvais allí.... Y se lo esplicó todo: aquella muger estaba furiosa.

Viajeros. A luengas tierras, mentiras luengas. Este es, en efecto, el privilegio de todos los viajeros. Desconfiad de las relaciones que os cuentan, y evitad que os tengan por bobalicon. Un viajero, que decia haber recorrido las cuatro partes del mundo, contaba que, entre las curiosidades que habia encontrado, habia una de la cual ningun autor hacia mencion. Esta maravilla, decia, era una col tan grande y tan alta, que debajo de cada una de sus hojas podian formarse en batalla y hacer maniobras militares cincuenta caballeros armados, sin incomodarse absolutamente. Uno que le escuchaba no se entretuvo en rebatir aquel disparate; pero dijo con la mayor sangre fria que él habia tambien viajado, y habia estado hasta en el Japon, donde vió con la mayor sorpresa trescientos jornaleros que trabajaban en fabricar un caldero, y cincuenta hombres dentro de él ocupados en pulirlo. «Pero, ¿para qué podia servir ese enorme caldero?» dijo el viajero.—Sin duda seria, le respondió el otro al momento, para hacer hervir la col de que acabais de hablarnos.

Vicios.—Defectos. Confesar nuestros defectos cuando se nos notan, es modestia; descubrirlos á los amigos, ingenuidad, confianza; reprochárselos uno mismo, humildad; y predicarlos en todas partes sin cuidado alguno, orgullo. Preciso es, si queremos tener amigos, que les amemos con sus defectos y vicios. Lo cual espresaba risueñamente Madame Sevigné cuando decia: «¡Hay que sufrir las consecuencias y dependencias de la amistad, siquiera no sean todas ellas agradables.» Madame Geoffrin, que habia tratado á casi todos los hombres ilustres de su siglo, habia descubierto sagazmente los defectos y manias de todos ellos. A Fontenelle, que era todo un egoista, se le daba la razon siempre, aunque añadiendo: «¿y cómo no, si la teneis vinculada?»

(1) Un hombre de un mérito superior, dice la duquesa de Abrantes, y que une á este mérito un talento especialmente fino y una naturaleza á lo Sterne, M. Dupin, presidente de la cámara, me decia un dia hablando de esas sacudidas de manos, moda tan grosera como ridícula, pero de moda al fin, que le desagradaba con razon, que convenia llamarlas *manotadas*.

UNA MARTIR DESCONOCIDA

O LA HERMOSURA POR CASTIGO.

CUENTO MORAL

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Maravilla del Oriente llaman á la hija del emperador Teodosio, la sin igual en hermosura Pulqueria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la princesa, nacida como su padre en Itálica, el tierno atractivo de su virginal semblante, la gallardía española de su cuerpo, su entendimiento claro y su honesta vida sobre todo, la atraian de cerca y lejos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en gerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo que debia oscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella. La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, ídolo de la imperial familia, jamás habia visto á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie, ni nada. Pulqueria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las mas gentiles damas de Constantinopla, no veia con ellos. Pulqueria nació y habia vivido ciega hasta la edad juvenil; ciega oyó las cariñosas palabras de su madre Flaccila, cuando la criaba á sus pechos; ciega recibió la bendicion de aquella muger santísima cuando la llamó el Señor á recibir entre los ángeles el premio debido á sus altas virtudes; ciega habia escuchado los rendidos y amorosos ruegos del príncipe Favencio que solicitó y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa en llegando la jóven á contar quince abriles.

Feliz Pulqueria por su estado, mas feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la habia enriquecido, felicísima por el amor que le tenian los suyos; bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que, entrada en la pubertad, y dando oidos á la voz universal que la proclamaba por la mas bella de las hermosas, nació en su corazon el vanidoso y vehemente deseo de ver para verse. Persuadida, y con razon, de que su madre habita gloriosa la mansion de los bienaventurados, cada noche le dirigia una ardiente súplica para que le alcanzase del Todopoderoso el don de la vista. Apareciósele una noche á Pulqueria en sueños, ó por mejor decir, figuróse Pulqueria una noche que se le ponia delante la feliz matrona, cercada de resplandores vívidos, ceñida la sien va inmortal con la aureola de las esposas sin mancilla, una palma en la diestra y en la izquierda una corona formada de fúlgidas y rojas estrellas. «Hija mia,» le dijo Flaccila con acento dulcísimo), Dios que sabe mejor que el hombre lo que al hombre le conviene, se niega de contínuo á satisfacer vuestros imprudentes antojos, porque, de satisfacéroslos, irremediable se seguiria vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la Divina Magestad sino lo mejor y mas justo, bien puedes tener por cierto que la privacion de vista era para tí un beneficio tan grande como para otros es el tenerla. Movido, sin embargo, el Señor de mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese don, en vez de producirte males, te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma que te presento, victoriosa insignia de los mártires, necesario es, hija mia, que te resignes á no ver, hasta la hora precisa de tu muerte, aquello que mas quieras, aquello cuya vista mas ahincadamente desees. Dí si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á medio dia te será milagrosamente otorgada.»

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fé de su celestial orígen, piensa á veces en una difícil cuestion cuanto hay que pensar y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar un *sí*, este largo discurso: «Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar, ademas de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca seria yo en verdad si no lo admitiera. ¿Qué es lo que yo amo mas en el mundo? Lo primero á mi prometido esposo, luego á mi padre, despues á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol, de que nace el dia, y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rugidos oigo desde mi lecho; veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y el esplendor de este soberbio alcázar: leve sacrificio es permanecer siempre ciega para solo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo de la creacion entera. Admito la condicion, madre: quiero ver, *sí*.» Dicho apenas este monosílabo, con la sordaculacion de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó tiró la celeste vision.

Los goces que provienen del cielo se distinguen de los placer ramente humanos en una circunstancia notable: estos, en sien vivos, fatigan y á veces matan como el dolor mas agudo; las fr que el Altísimo envia á sus predilectos, por intensas que sean, frutan apaciblemente, sin detrimento de nuestro débil ser físico. Pulqueria, despues de la desaparicion de su madre, siguió reposan tranquila; tranquila y gozosa despertó á la hora ordinaria; tranq y gozosa se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitacion su padre, á quien, lo mismo que á sus hermanos, quiso, para que sorpresa fuese mayor, ocultar la prodigiosa visita que la noche antes habia recibido. Un solo efecto visible producia el júbilo interior que saboreaba Pulqueria; el de animar su rostro con tan nuevos encantos, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y porte con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamás, ni aun el dia en que, amand ella ya supo el amor de Favencio, la habian visto los que la rodeab tan alegre y hermosa. Sentada frente al emperador en una estanc magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su recibia de todos, aun de Teodosio mismo, afectuosos encarec de su peregrina hermosura, nunca mas deslumbradora que e cuando el sol llegó al medio de su carrera. Instantánea y sobr ralmente, como si abriese los ojos despues de un sueño apa breve, sin que la luz la ofendiera, la hermosa hija de Flacci Teodosio, la mas bella de las hijas de Itálica, se halló con el divin por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era vivir, l era embriagarse y desfallecer de puro contento. En un ¡ay! prolong se reasumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiracion y la ale causadas por el hallazgo y posesion de una dicha mayor que se la p pintar la esperanza, mayor que la habia solicitado el deseo. Tres cerró y abrió inmediatamente los ojos: tres veces creyó que muerto y que revivia. Conoció á Favencio, conoció á Teodosio, c ció á sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el las estátuas, las pinturas, el brillo de las joyas, los cambiantes seda.... y quiso, en fin, conocerse á sí misma. Llevóla Teodosi espejo de plata tersísimo.... miróse en él.... y vió en la pulida s cie una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió un collar, arriba un zarcillo á cada lado, y mas arriba una diadema ó cint brada de piedras preciosas... y todas estas imágenes de túnica, collar, zarcillos y cinta se movian en el espejo segun movia el y la cabeza Pulqueria; pero de humana figura no se descubr espejo ni rastro. Llevóse la princesa la diestra á la frente, y desapareció parte de la diadema como si la taparan con alg en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano frente, pero sin verse frente ni mano; despues de muy po

nvenció de que el espejo reflejaba todos los objetos
l se ponian menos la imágen de la princesa, desde
nta. Probados otros espejos de diferentes materias,
los lo mismo; quiso Pulqueria esplicar á los circuns-
prodigio y referir el coloquio habido entre ella y Flac-
al de su grado la lengua á revelar el secreto, que por
ion habia de mantenerse largos años oculto. Preguntó
odos si la veian en el espejo, y respondiéronle que sí,
s el espejo representaba la imágen de Pulqueria lo
otra persona. Cayó, pues, en la cuenta de que el ob-
ia de ser visible en su vida eran sus gracias, y por
ue ó que ella amaba mas y con mas ahinco apetecia ver
en el mundo no era su padre, ni eran sus hermanos, ni el hombre á quien habia consagrado su primero y único amor: era ella misma.

Y si algun género de duda la hubiese quedado, el tormento indecible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en la bruñida lámina, le hubieran hecho comprender que una hermosura célebre adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez y sin quererlo de suyo, habia de venir por último á idolatrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, apostura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo habia oido encarecer mil y mil veces: queria, pues, complacerse con su sonrisa, admirar su caida de ojos, percibir el roce y crecimiento de los matices purpúreos con que teñia el rubor sus mejillas, estudiar el tocado mas propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos, y el vestido mas conveniente para que resaltara la morbidez de su cuello y brazos y la elegancia de su cintura; queria, en fin, conocerse y gozar de sí: habia creido llegada la hora, y hallaba que para todo tenia vista menos para verse: no podia ser el chasco mas doloroso, ni mas atroz el martirio. Sollozos y lágrimas de amargura se tornó en seguida el momentáneo alborozo que le causó la inestimable adquisicion de la vista; mas ¡oh portento! con la angustia y el llanto (que todos los que lo vieron lo creyeron de júbilo) parecia mas bella que antes, cuando solo respiraba alegria: díjole Favencio que estaba mas hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la série larguísima de padecimientos que veia se le preparaban, hubiera querido entonces que desfigurara su rostro una fealpantosa... con tal que nadie hubiera podido echársela en cara.
sde aquel dia que tan venturoso habia de ser para la hermosa
eria, la risa huyó de sus lábios, y de su corazon el contento;
n seriedad, bien que triste, era bella: todos eran á decírselo, y
ogar en vano que enmudecieran en su alabanza. ¡Cuánto no
adecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bo-
el príncipe, ya en la lengua de Pindaro, ya en el metro de Ho-
o! ¡Cuánto no envidió la suerte de los mendigos é imposibilitados
re quienes solia repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veian, y
a ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á
un hijo, una hija, dos... «Quizá vea mi retrato en esta criatura:»
sclamaba al sentir fecundado su seno. ¡Vana esperanza! Todos se parecian á Favencio. Desesperada, furiosa, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgreñó su cabello y se vistió con un trage tosco de esclava.... nunca mas seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio para evitar los aplausos del vulgo, llegó á mandar á su servimbre y familia y al mismo Favencio que, para no alabarla, no la miraí: fué obedecida; pero ¡cómo sujetar los ojos y la lengua de sus hijos queñuelos! ¿Quien la libraba? Y aquellos inocentes, admirando en z de Pulqueria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mugeveian, no podian menos de prorrumpir con el lenguaje arrebatado infancia: ¡Madre, querida madre, tú eres la mas hermosa de las eres!—Sí, respondia ella para sí suspirando: soy la mas hermosa mundo; y es tal mi desdicha, que no puedo ver lo que soy. Para alogarse de alguna manera, escribió una vez una como carta á su go, refiriendo la aparicion de Flaccila y la dura ley á que estaban jos sus ojos; mas en el momento de acabar el escrito, se le desapareció de entre las manos.

Muchos años fué Pulqueria infeliz como víctima rebelde de una vano satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la que le ofreció su madre cuando le anunció que veria. Consideró no llevaba con paciencia la privacion de verse, durante su vida, olo no ganaria la palma del martirio, sino que ni aun tendria el uelo de conocerse cuando se muriera; y por saciar su curiosidad enos á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignaquel martirio de su deseo, mientras el Señor la mantuviese en do. El escesivo amor de sí misma la habia apartado de la vir-or consecuencia de la felicidad; y aquel mismo impulso la con-or fin á la virtud y á la dicha: prueba de que las pasiones hu-nicamente son malas ó buenas, únicamente nos dañan ó nos n, segun el uso que de ellas hacemos. Asi Pulqueria, gasantoarto su curiosidad con el tiempo, fuése poco á poco ave- sus elogios, primero sin ira, despues con tolerancia, mas sufrimiento, y al cabo con humildad reverente. Siempre una sensacion dolorosa al oir una razon ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante despues obraba el conocimiento, y decia: cuando muera me veré: sometámonos entre tanto á lo que el Señor ha dispuesto. No se escondia ya de las gentes para escusarse de oir felitaciones y cumplidos; no se vestia mal para quitar lucimientos á su belleza; salia con frecuencia en público prendida y adornada como correspondia á la hija y hermana de los Césares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Ocurrióscle varias veces que su belleza naturalmente debia decaer con los años y cesar la mortificacion que le ocasionaba: equivocóse hasta en esto: Pulqueria estaba condenada á ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años florecia con la delicada hermosura de la doncella: de treinta, descollaba con la sazonada y perfecta beldad de la esposa: de cuarenta, ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijos y nietos, y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era menos. Ya Teodosio habia muerto. En aquel medio siglo todo habia envejecido al rededor de Pulqueria: Pulqueria no; Pulqueria tenia la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincuagésimo aniversario del natal feliz de su esposa, vinieran de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueras y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada al tocador, con el inútil espejo delante, se hallaba Pulqueria en su cámara de vestir, dejándose engalanar por sus damas, cuando la ilustre turba invadió la estancia, precipitándose á los pies de la hermosísima abuela. Echada la bendicion á todos, desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueras y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quién le servia el calzado, quién le rodeaba el ceñidor, quién le ponia el collar, quién le echaba á los hombros el manto, quién le adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema que solo una vez suelen ocurrir en la vida del hombre: Pulqueria no obstante habia disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista. «Mírate al espejo, señora, le dijo con tierna efusion la mayor y mas hermosa de sus nietas; mírate, y verás cómo todavia nos vences á todas en hermosura.» Miró Pulqueria por complacer á la nieta, que era su favorita, aunque estaba muy agena de verse, y por primera vez de su vida percibió en el espejo una imágen que debia ser la suya. Vió primero una niña de pocos dias, que sin embargo era ya hermosa. Las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de mas, y asi fueron apareciendo en el espejo cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos, de manera que en un instante conoció Pulqueria todo lo que habia sido, todos los grados de belleza que habia contado desde que nació hasta aquel mismo dia. ¿Conque esta fuí yo? dijo Pulqueria con un acento de indefinible espresion, que confundió á su familia, la cual no veia en el espejo mas que la imágen de la abuela, tal como naturalmente debia entonces representarla. ¿Conque esta soy yo? volvió á decir mucho mas conmovida y ya balbuciente. Y respondió á sus palabras una voz del cielo, aquella voz que le hablára lo menos treinta y cinco años antes, la voz de Flaccila, clara y blandamente le dijo: «Esa fuiste, hija mia; pero mira lo que vas á ser ahora.» Súbito desaparecieron en el espejo los atavios mundanales de la princesa; cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenia sujetos, y derramáronsele vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de la que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del Empíreo; en su diestra apareció la palma del triunfo, en su cabeza la corona de estrellas, refulgente símbolo de bienaventuranza durable; dos alas candidísimas doradas á trechos le salieron de los hombros, y asi representada una figura de un ángel que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalen celeste, vió Pulqueria en el espejo, despues de las gracias de su ser físico, la imágen de su alma. Una sonrisa dulce asomó á sus lábios, cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó caer blandamente la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu en brazos de la bienaventurada Flaccila se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La plata del espejo que ya no habia de ser profanada con otra imágen, perdió su diafanidad convirtiéndose en un mineral blanco y sin brillo, como alabastro sin pulimento, brotando en su superficie las letras de aquella carta que escribió Pulqueria para revelar el secreto de su vida y se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos esperimentaron al perder á Pulqueria, se mitigó al entender por el escrito que Pulqueria infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenia la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponian al tocador para vestirse de baile, añadia de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras: en efecto, queridas, el mayor suplicio para la muger es el que atormenta su vanidad, asi como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate su orgullo.